

Revista Foro

Bogotá-Colombia

No. 10

Septiembre de 1989

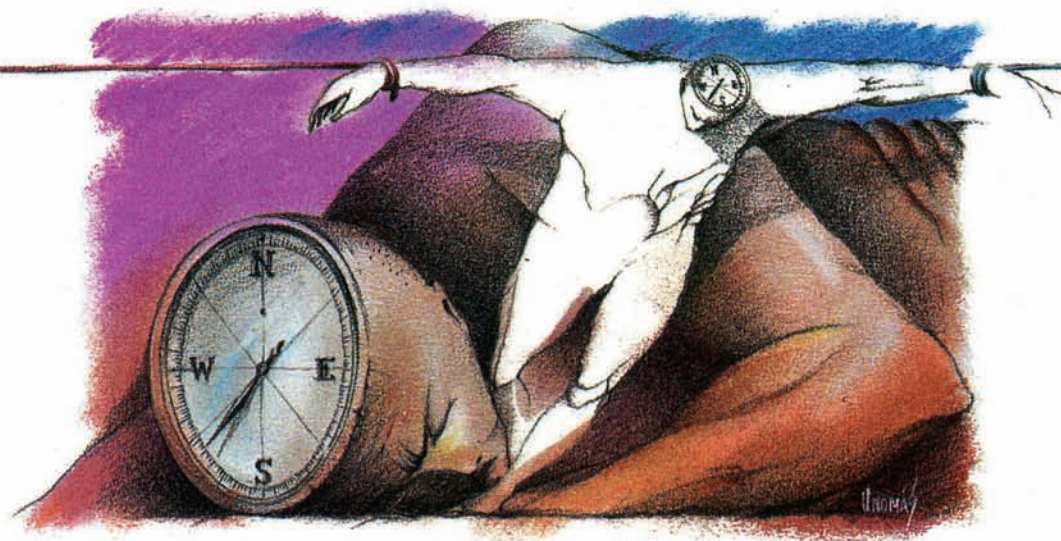
\$ 800

La última batalla de Carlos Pizarro

Carlos Jiménez Moreno

La Ley de Punto Final

Eduardo Galeano



Modernidad y Democracia

Ese desencanto llamado posmoderno

Norbert Lechner

Los dilemas de la legitimidad política

Francisco Weffort

Izquierdas y Democracia en Colombia

Ricardo Sánchez A.



Ediciones Foro Nacional por Colombia

Revista Trimestral de la Fundación
Foro Nacional por Colombia

No. 10 \$800 Septiembre 1989

Director:

Pedro Santana R.

Editor:

Hernán Suárez J.

Comité Editorial:

Eduardo Pizarro L.
Orlando Fals Borda
Constantino Casasbuenas
Javier Sáenz O.
Carlos Escobar A.
Fernando Viviescas
Carlos Escobar A.

Colaboradores:

Alberto Corchuelo, Fabio Velásquez, Alvaro Camacho Guizado, Helena Useche, Carlos García, Abel Rodríguez C., Alberto Echeverry, Olga Lucía Zuluaga, Humberto Quiceno, Mario Sequeda, Gustavo Téllez I., Orlando Pulido Ch., Patricia Calonje, Alberto Martínez B., Raúl Delgado, Jaime Rodríguez, Alvaro Cabrera, Alvaro Argote, Ismael Beltrán, José Granés, Jorge Luis Villada, Norberto Ríos, Rogelio Castaño, John Jairo Cárdenas, Juan Camilo Ruiz, Ana Lucía Sánchez, Ligia Castro, Enrique Vera, Sofía Díaz, Ebroul Huertas, Gloria Rincón, Leonardo Velásquez, Blanca Gutiérrez, Arcesio Zapata, León Dario Gil, Ricardo Mendoza, Francisco Reyes, Rosa Emilia Salamanca.

Colaboradores internacionales:

Eduardo Galeano (Uruguay), Jorge Enrique Hardoy, Hilda Herzer, Mario Dos Santos (Argentina), Edison Nunes (Brasil), Alfredo Rodríguez, Alex Ronsenfelt (Chile), Gustavo Riofrio, Federico Arnillas (Perú), Fernando Carrión, Jorge García (Ecuador), John Turner (Inglaterra), David Slater (Holanda), Carlos Jiménez (España), Juan Díaz A. (París), Ricardo García (París).

Diagramación:

Hernán Suárez J.

Carátula e ilustraciones:

Victor Sánchez (Uno más)

Administración, Distribución y Suscripciones:

Mildrey Corrales
Carrera 4A No. 27-62
Teléfonos 2340967 - 2822550
A. A. 10141
Bogotá, Colombia

Licencia:

No. 3868 del Ministerio de Gobierno

Tiraje:

5.000 ejemplares

Preparación litográfica:

Servigraphic Ltda.

Impresión:

Editorial Litocamargo

REVISTA FORO

Fundación Foro Nacional por Colombia
Bogotá, Colombia No. 10, Sept. de 1989
Tarifa Postal No. 662 \$800

Contenido

Editorial

- 1 Desde el fondo de la crisis

El Invitado

- 3 La ley de punto final:
Una expresión de dignidad colectiva

Eduardo Galeano

Política Nacional

- 11 La última batalla
de Carlos Pizarro
- 17 Proceso de paz y perspectivas
democráticas
- 27 Izquierda y elecciones:
Liberalismo y democracia
en Colombia

Carlos Jiménez Moreno

Eduardo Pizarro Leongómez

Federico Machado

Informe Especial

Modernidad y Democracia

- 35 Ese desencanto llamado
posmoderno
- 46 Los dilemas de la legitimidad
política
- 63 Izquierdas y democracia
en Colombia
- 72 Colombia: una democracia
sin partidos
- 79 Cultura y Sociedad
Universidad pública,
sociedad y cultura

Norbert Lechner

Francisco C. Weffort

Ricardo Sánchez A.

Alfredo Rangel

Edgar Vásquez B.

Arte

- 84 Vincent Van Gogh:
La miseria no acabará jamás

Fabio Giraldo I.

Libros y Revistas

- 100 Reseña libros Fondo
Editorial Foro

Editorial

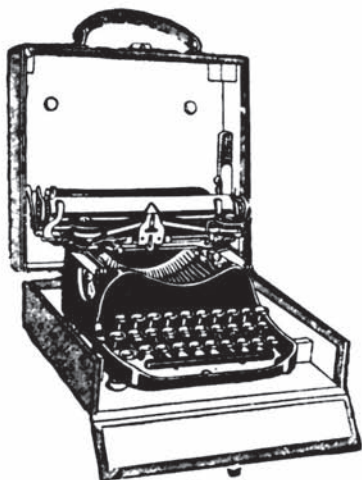
Desde el fondo de la crisis

La crisis nacional ha tocado fondo. El Estado, al borde de su propia negación, ya no garantiza lo que para los ciudadanos es preceptivo y esencial que garantice: la paz y la justicia. Los asesinatos políticos sobrepasan en este año la cifra de los 4.500 y entre ellos se cuentan un gobernador, un magistrado, un jefe de policía y un precandidato presidencial. Los simples jueces también han sido víctimas recurrentes del crimen y todos ellos, puestos contra las cuerdas por la dilatada y todavía no resuelta impotencia de las autoridades encargadas de protegerlos, han recurrido en su defensa a armas tan insólitas en su caso y tan extremas como la huelga y la renuncia masiva, que han dejado al descubierto lo que todo colombiano sabe: en este país ya no hay justicia.

Tampoco ha quedado a salvo de la crisis otra de las obligaciones esenciales del Estado: la defensa de la soberanía nacional. Por el contrario, la pieza clave de las medidas adoptadas por el gobierno de Barco para combatir el narcotráfico —el consentimiento a la extradición de los “capos”—, significa de hecho el reconocimiento por ese mismo gobierno de la incapacidad del Estado de garantizar el derecho de los colombianos a resolver soberanamente sus propios problemas.

Las llamadas instituciones obviamente no están al margen de este terrible deterioro estatal. Al contrario, son parte integral del mismo: el medio donde éste toma cuerpo y tiene lugar. Para empezar, las Fuerzas Armadas ya no ostentan el monopolio de las armas y sus acciones en un número considerable de casos no se han sujetado a las leyes de la República, ni han escapado a la tentación de colaborar con el sicariato o con los ejércitos privados organizados por los narcotraficantes. La justicia como ya se dijo está paralizada, pocos colombianos esperan algo de ella y muchos, demasiados, han decidido obtenerla por su propia mano. El gobierno, que oscila entre la perplejidad y el espasmo, hace lo que puede y el Parlamento, durante tanto tiempo olvidado de todos y olvidado de sí mismo, continúa dominado por quienes piensan que los asuntos verdaderamente importantes son los auxilios parlamentarios y el reparto de los puestos públicos.

Pero no todo es negativo. Para bien o para mal la crisis ha tocado fondo y ya nadie discute su existencia ni su terrible gravedad. Ni siquiera el gobierno del presidente Barco que durante tanto tiempo intentó surcarla como si no existiera, como si sólo existiera en las cabezas perversas de la oposición. También es un dato positivo la creciente decisión de los partidos políticos, de las llamadas fuerzas vivas, de la sociedad civil de hacer algo y de hacerlo ahora, sin dilaciones. Desgraciadamente el gobierno —y los dirigentes del partido de gobierno— no logran ser plenamente consecuentes con la fuerza y la urgencia de esta multitudinaria demanda nacional. Predomina en él y en ellos, esa “vanidad de partido” que Antonio Gramsci calificó



Editorial

como la versión moderna y empeorada de esa "vanidad de las naciones" denunciada en su día por Giambattista Vico. Y en su caso no se trata sólo de ese insultante desprecio a las demandas legítimas de la gente expresado recientemente por los editorialistas de *El Tiempo* y por el ministro de Comunicaciones y vocero del gobierno, Carlos Lemos Simmonds, quienes al unísono acusaron a la pacífica huelga de maestros de hacerle abiertamente el juego a la reciente ofensiva criminal de los narcotraficantes. No, el núcleo consistente de esta "vanidad de partido" interpuesta como un grave obstáculo en el camino de unificación de los colombianos que quieren sacar adelante este país, se manifiesta sobre todo en la actitud del presidente Barco ante el referendo.

El referendo es ahora dos cosas. En un sentido estricto, estrecho, es apenas una de las cuestiones incluidas en el artículo 87 del proyecto de reforma constitucional puesto a consideración del Parlamento por el gobierno nacional. En el otro sentido, el referendo es la única posibilidad que tiene delante de sí el pueblo colombiano para decidir qué salida tiene Colombia de la crisis en la que tan profundamente está hundida.

Evidentemente el presidente Barco defiende la primera versión. Condensando en un solo gesto toda la vanidad de su partido, él quiere pasar a la historia como el promotor de la reforma constitucional más importante aprobada a lo largo de este siglo, aunque este empeño le cueste al país lo que le está costando. Para empezar la reedición de lo peor del santanderismo. Los 187 artículos del proyecto de reforma constitucional del gobierno contienen muchas medidas capaces de ampliar y mejorar la vida democrática entre nosotros. Pero desgraciadamente su sola aprobación por el Parlamento no resuelve el problema de reintroducir la democracia y devolverle la legitimidad que hoy tan urgentemente necesita el Estado. La ley ha regido entre nosotros durante demasiado tiempo exclusivamente "para los de ruana", y muchos de los buenos artículos de nuestra Constitución son, gracias a 40 años de Estado de Sitio, apenas un poco más que un listado de buenas intenciones impreso en un trozo de papel.

En realidad la cuestión decisiva y verdaderamente urgente no es la de aprobar o no tales o cuales leyes. La cuestión es devolverle la voz y la decisión al pueblo, al constituyente primario, al mismo que a lo largo de todo este siglo nuestra clase dominante sólo ha consultado directamente una sola vez, en 1957, cuando se lo forzó a aceptar simultáneamente su renuncia definitiva a un nuevo ejercicio de ese mismo derecho. Esta sí es la reforma que ahora vale por todas las otras reformas: la reforma de un hábito histórico de nuestra clase dominante: el de mantener al pueblo excluido de las decisiones importantes del poder político.

El senador liberal Federico Estrada Vélez, ponente de la reforma constitucional, ha pretendido enmendar la actitud del presidente Barco, proponiendo que el referendo se convoque con carácter de urgencia para el tercer domingo siguiente a la aprobación de la reforma por el Parlamento. Pero la verdad es que no lo consigue porque su actitud en el fondo continúa siendo intransigente y sectaria y, lo peor de todo, excluyente. Estrada Vélez sigue pensando que el liberalismo se basta y se sobra para definir qué es lo que hay que preguntarle al pueblo el día crucial del referendo, ignorando que la salida en realidad es otra. La salida está en que todos los partidos políticos, la Iglesia, los gremios, los sindicatos y las organizaciones guerrilleras comprometidos efectivamente con una política de paz, integren, a instancias del gobierno, una comisión de salvación nacional que elabore en un plazo perentorio el cuestionario del referendo. Sólo así, con la participación de todas las fuerzas que cuentan en este país, el referendo podrá señalarnos el camino de salida del sangriento laberinto en el que todos nos hemos extraviado.



Eduardo Galeano
Escritor y periodista uruguayo

La Ley de Punto Final: Una expresión de dignidad colectiva

Eduardo Galeano

I. 1987/ La campaña por las firmas

A contramano, a contramiedo

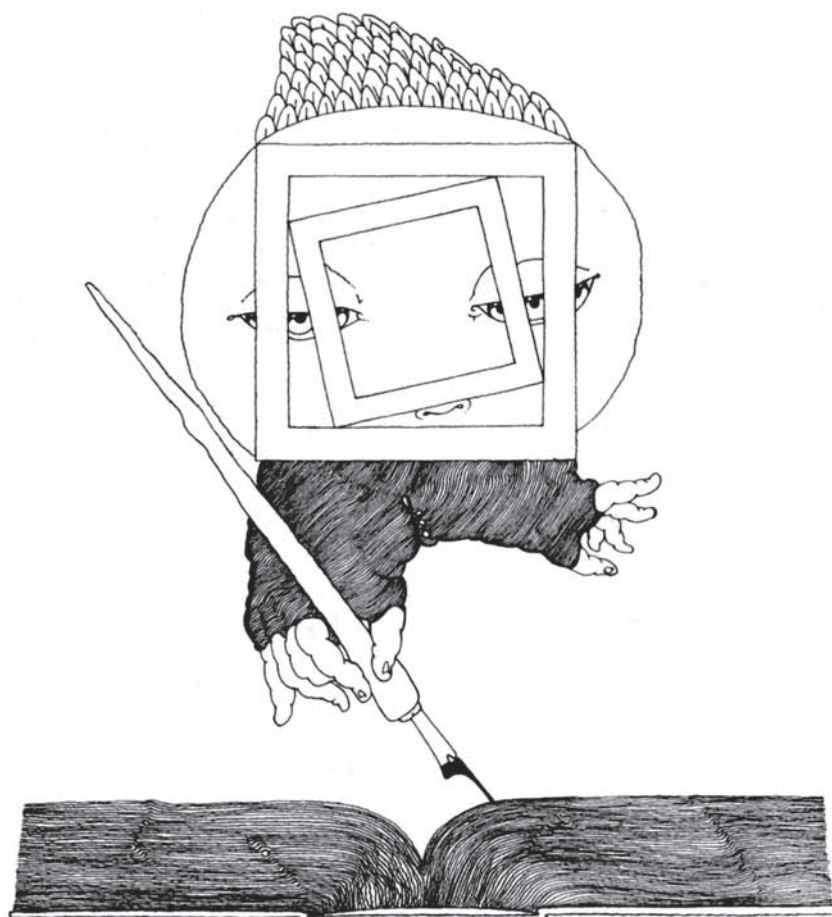
El dibujo es de Tabaré, y se publicó hace poco. “¡Fiiiirme!”, grita un oficial. Y el soldadito firma: firma contra la ley de impunidad.

Seiscientos mil uruguayos han estampado su firma, junto a su número de documento, contra la ley que manda olvidar los crímenes de la reciente dictadura militar. Comparando con los países vecinos, esas firmas equivalen, en proporción, a seis millones en la Argentina y a más de veinte millones en Brasil. No es poco: y sobre todo teniendo en cuenta que esta tremenda respuesta de dignidad colectiva proviene de un país envenenado. El terrorismo de Estado nos había inculcado el veneno del miedo por todos los poros. Los uruguayos estábamos, y estamos todavía, clasificados en tres categorías, A, B y C, según el grado de peligrosidad. Hasta hace tres años, en tiempos de la dictadura, el peligrosímetro oficial decidía quién perdía el empleo, quién iba preso y quién marchaba al destierro o al muerte.

La tortura estaba en la base del sistema. La dictadura torturó a un ciudadano de cada ochenta. Muchos murieron en la tortura. Ningún torturador ha pasado ni un solo día entre rejas. En cambio, pongamos por caso, el capitán Edison Arrarte estuvo nueve años en la cárcel, desde 1972, *por haberse negado a torturar a un preso político*.

Los de uniforme pesan más que un ahogado

En la campaña electoral, los políticos uruguayos habían prometido justicia. Después, la mayoría de ellos votó por la amnesia.



Tabaré
7-86-14

En una democracia vigilada, cada político tiene una bayoneta apuntándole al pescuezo. La campaña de firmas demuestra, sin embargo, que la impotencia no es el único destino posible; y demuestra que la democracia quiere desatarse y ser.

Nuestras fuerzas armadas estaban en guerra contra la gente. Se supone que esa guerra acabó. Se supone. Ya no hay dictadura, pero están intactas las estructuras de poder; y la

gente de uniforme pesa más que un ahogado. El presupuesto militar del Uruguay es proporcionalmente mayor que el de los Estados Unidos o la Unión Soviética. El país financia generosamente a quienes lo intimidan.

Del Estado benefactor al Estado policial: el Estado sirve para la represión, y además sirve para acomodar parientes. Parecía imposible burocratizar más al burocrático Uruguay, pero la dictadura militar ha cumplido la hazaña. Antes de la dictadura, yo trabajaba en la editorial de la universidad. Eramos cuatro funcionarios. Después de la intervención militar, la editorial pasó a tener ochenta funcionarios, para editar manuales de tiro al blanco y folletos de propaganda del terrorismo de Estado.

La política económica de la dictadura, que la democracia perpetúa sin cambios, habla claro: el Estado también sirve para hacerse cargo de las empresas en bancarrota. En el Uruguay, hay socialismo para las pérdidas. Las ganancias son de poquitos; las pérdidas, de todos. Para reflotar al Banco Comercial, una empresa privada en dificultades, el Estado gastó el equivalente a dos años de presupuesto de la universidad. Las escuelas y los hospitales se caen a pedazos; el sarampión ha vuelto a ser una enfermedad mortal. *No hay recursos*, dice el Estado, mientras se hace cargo de las deudas del Jockey Club.

El país de las paradojas

Un cerro Chato, un arroyo Seco, una cárcel que se llama Libertad: el Uruguay es el país de las paradojas.

Tenemos dos veces más tierras arables que el Japón, y no podemos dar de comer a una población cuarenta veces menor.

En nuestras praderas hizo José Artigas la primera reforma agraria de América, medio siglo antes de la reforma agraria de Lincoln en los Estados Unidos, un siglo antes de la de Zapata en México. Hoy esas praderas están en manos de cuatro señores, que elevan alabanzas al prócer en las efemérides patrias, pero lo echarían preso si resucitara.

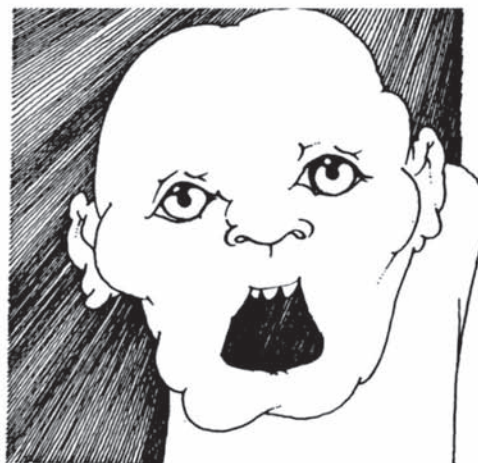
El país, vasta llanura fértil, está despoblado; y sin embargo expulsa a sus hijos. La cuarta parte de los uruguayos, confiesan las fuentes oficiales, vive en condiciones de pobreza absoluta. El campo expulsa jóvenes a Montevideo, que a su vez los condena a buscar mejor vida bajo otros cielos. Los po-



cos jóvenes que pueden quedarse, están obligados a disfrazarse de viejos.

Desconcertantes ciclos biológicos, inexplicable inversión de la ley de la herencia, están ocurriendo en el sistema político tradicional. Padres políticos progresistas, de espíritu abierto, engendran hijos políticos conservadores, que tienen el alma llena de telarañas. Los hijos son más viejos que los padres. Este fenómeno deja estupefactos a los más distinguidos hombres de ciencia del mundo entero.

Es un hecho, y un hecho indudable: a principios del siglo veinte, el Uruguay tenía políticos del siglo veintiuno. A fines del siglo veinte, tiene políticos del siglo diecinueve. En este país, que supo ser el más audaz, hoy se castiga toda osadía que cuestione las rutinas del orden establecido y sus intocables jerarquías. En el primer país latinoamericano que conquistó el voto femenino y el divorcio por sola voluntad de la mujer, hoy no hay ni una mujer en la Cámara de Diputados, ni en la de Senadores, como no sea en carácter de suplente o secretaria.



Contra la impotencia

La dictadura aceleró, por la violencia, el proceso de selección al revés que venía mediocrizando todo desde tiempo atrás. Los dueños del poder han ido perfeccionando una eficaz maquinaria para desalentar la energía creadora.

La avalancha de firmas se ha desatado contra esa maquinaria, que fabrica impotencia, sacrifica la libertad a la seguridad y niega la dignidad en nombre del miedo. No sólo ha firmado la gente contra los verdugos del terrorismo de Estado, no: también contra el sistema usurpador que simula ser el país. Por eso las firmas, que dan prueba de coraje colectivo y de voluntad popular de protagonismo, constituyen un gran acontecimiento democrático y un asombroso acto de juventud.

II. 1988/ El filtro oficial

Nosotros, los insanos

Un año entero ha llevado la trabajosa búsqueda y localización de los pelos en la leche y los cinco pies del gato. Inspirada por el noble propósito de salvaguardar la desigualdad de los ciudadanos ante la justicia, la Corte Electoral ha revisado tortugamente las firmas, y ha suspendido o anulado cien mil. Un año entero: ahora otorga un par de días para la ratificación. Este fin de semana, una parte, apenas una parte de los ciudadanos que se quedaron en el filtro tendrá el brevísimo derecho de confirmar lo firmado contra la Ley de Caducidad del Ejercicio de la Pretensión Punitiva del Estado, la ley que agravia al lenguaje y humilla a la democracia.

Un gobierno ejemplar

América Latina, ya se sabe, es el reino del revés. Los jueces condenan a las víctimas. Los militares están en guerra contra sus compatriotas. Los policías no combaten los crímenes, porque están ocupados en cometerlos. Los funcionarios no funcionan. Los bancos prestan dinero a los banqueros. Los votantes no votan, o votan pero no eligen. Los medios de información desinforman. Los centros de enseñanza enseñan a ignorar.

Pero al sur de tanto desatino, hay un pequeño país ejemplar. Para consuelo de los sensatos y estímulo de los cuerdos, el gobierno del Uruguay alza su lanza contra el Dragón de la insania.

Muchos son los actos demenciales que los uruguayos estamos cometiendo. Tantos, que cuesta enumerarlos:

La insania de creer en el diccionario. Democracia, dice el diccionario, es el ejercicio de la soberanía por el pueblo. Y nos hemos tomado la definición en serio, firmando por un referéndum contra la ley de impunidad del terrorismo de Estado. Las firmas, que para la población de Argentina equivalen a seis millones, y para la de España a ocho, implican la patológica tentativa de ejercer directamente la soberanía. Haciendo democracia, los gobernados pretendemos usurpar, en pleno delirio, las funciones de los gobernantes, que al fin y al cabo para algo están.

La insania de creer que el uniforme no otorga impunidad. Una clara negación de la evidencia: el gobierno ha demostrado que sí otorga. Cuando era comandante en jefe del ejército, el teniente general Medina proclamó a los cuatro vientos la impunidad de los uniformados que habían asesinado, secuestrado, torturado y violado durante la dictadura, y anunció que ningún oficial se presentaría a la justicia, porque él guardaba en su caja fuerte las citaciones. Entonces, el gobierno actuó como correspondía: no destituyó al teniente general Medina, sino que lo ascendió. Y aprobó la ley que le da la razón. Ya convertido en ministro de Defensa, el teniente general Medina declaró "insanos" a quienes hemos firmado contra la ley. Diagnóstico correcto: en nuestro país, la voluntad de justicia es cosa de locos.

La insania de creer que en la democracia no mandan los militares. Otra clara negación de la evidencia: el gobierno ha demostrado que sí mandan. La ley cuestionada invoca expresamente "la lógica de los hechos", o sea: la cosquilla que la punta de la espada produce en la garganta. Cuatro de cada diez pesos del presupuesto nacional van a parar a los cuarteles y las comisarias, que son los núcleos más dinámicos de la economía nacional, y cuatro de cada diez dólares de las exportaciones se destinan a la deuda externa, que la dictadura multiplicó. El país, en ruinas, languidece, pero el juicioso gobierno condena a la democracia a pena de amnesia y a esclavitud por deudas. De esta manera, todos tenemos la satisfacción de pagar los platos rotos de la fiesta del terror, y jubilosamente financiamos un ejército enorme, sumamente útil para desfilar en las efemérides patrias.

La insania de creer en la palabra. El economista chileno Manfred Max-Neef, que vivió



en el Uruguay hace veinte años, me comentó, recientemente, lo que más lo había impresionado en aquel entonces: que los perros ladraban sentados y que la gente tenía palabra.

Después, la dictadura puso las cosas en su lugar, y al país en sus cabales, obligando a los uruguayos a mentir o callar. Los perros se paraban para ladrar y tener palabra era como no tener nada.

En vísperas de la apertura democrática, a fines de 1984, todos los partidos se comprometieron a esclarecer y castigar las violaciones a los derechos humanos, cometidas por la dictadura militar. El partido que hoy gobierna también firmó el acuerdo, y el actual presidente lo ratificó en varios discursos y declaraciones. Luego, el partido y el presidente se salvaron de aquellos ataques de enajenación mental. Entonces hicieron lo contrario de lo que habían prometido, como es lógico: "la lógica de los hechos". Así los políticos gobernantes, y unos cuantos de la oposición, han dado al país un alto ejemplo de cordura. Para que la realidad no sea irreal, la moral ha de ser inmoral.

Patología de las firmas

Los uruguayos, piantaos, piantaos, hemos firmado en homenaje a la palabra traicionada. Se recogieron muchas más firmas que las necesarias para convocar a un referéndum. Hay un excedente de ochenta mil. Pero la Corte Electoral suspende o anula cien mil, con toda razón, debido a las siguientes chilladuras de los firmantes:

La insania de no firmar exactamente igual. El caso del general Liber Seregni es el más notorio. La S no coincide. Muchos años después de su inscripción en el registro cívico, su firma ha cambiado, y él también ha cambiado. Eso prueba que está vivo: imperdonable locura. Otro caso, no famoso pero muy revelador, es el de un portero de la Corte Electoral. El estaba en la oficina donde trabaja, justo en el momento de la verificación:

—Mariño —dijo el funcionario—. ¿Usted firmó?

—Sí —dijo Mariño.

—La firma no coincide —dijo el funcionario.

—Pero es mi firma —dijo Mariño.

—Lo siento —dijo el funcionario—. Pero no coincide.

En vano, Mariño insistía: "¡Pero yo soy yo!", clamaba, y el funcionario lo miraba,

como diciendo: "Te creías muy listo, muchacho. Pero no has logrado engañarnos".

La insania de firmar exactamente igual. Previendo la desagradable situación de Seregni, el portero de la Corte y muchos miles más, yo falsifiqué mi propia firma de hace treinta años. Pero tuve el cuidado de que no me saliera demasiado bien. Porque si la firma no coincide, no sirve. Pero si coincide demasiado, tampoco sirve: indica mala intención, y puede haber sido copiada o calcada por otra persona.

La insania del error ajeno. Más de ocho mil firmas fueron anuladas, entre ellas la del senador Carlos Julio Pereyra, por errores cometidos por los funcionarios de la Corte



al transcribir los datos a las tarjetas de verificación. Hubo numerosas protestas en este sentido, lo que nada tiene de sorprendente. No reconocer el error ajeno es un claro síntoma de anormalidad.

La insania de la lentitud ajena. A tres mil jóvenes les anularon la firma, porque sus expedientes de inscripción de ciudadanía no habían terminado de recorrer el laberinto burocrático de la Corte Electoral.

La insania de haber aprendido a escribir. Fueron anuladas las firmas de quienes se habían registrado poniendo el dedo y después cometieron la locura de alfabetizarse y firmaron con su firma, en lugar de poner la huella digital.

Eduardo Galeano: "Mi sentido común me impide entender por qué un criminal de guerra merece castigo en Alemania, y si ha nacido en Uruguay, merece ascenso".

La insania de no haber aprendido a escribir.

También fueron anuladas las firmas de los analfabetos que han seguido siendo analfabetos, cuando la huella digital no resulta convincente, por sospecha de falsificación de dedo.

Otras insanias que la Corte Electoral ha castigado como corresponde: ofrecer datos no solicitados, que se agregan a los solicitados, como, por ejemplo, el número del carnet de identidad, que no había por qué ponerlo, ya que nadie lo exigió. O escribir el número de la credencial con un color de tinta diferente de la firma. O repasar alguna letra, o número, o corregir un dato. O escribir un número más alto que los otros. O colocar los datos del documento en el renglón siguiente al de la firma. O deslizar un borrón o marquita al lado, o abajo, o arriba. O poner el número de la credencial anterior, alevosa insania que muchos miles cometieron y fue penada con definitiva anulación.

El pueblo ingrato

Todos estos desvaríos conducen a una alienación mayor:

La insania de ignorar que las apariencias engañan. Porque el sol, pongamos por caso, parece que gira alrededor de la tierra, y sin embargo existen fundadas sospechas de que no. Y de la misma manera, la suspensión o anulación de cien mil firmas parece una estafa, escandalosa estafa, pero esa apariencia engaña. En realidad, la Corte Electoral ha llevado a cabo una ardua tarea, digna de aplauso, con el fin de evitar que la irresponsable opinión pública pueda expresarse.

El gobierno confía en la limpia tarea realizada. Pero el pueblo es ingrato, como las mujeres de los tangos y los mayordomos de las novelas policiales, y este fin de semana puede ocurrir lo que parece imposible. Puede ocurrir, quién sabe, que los ciudadanos convocados, que son un tercio, o poco más, de los descartados, se enteren de la convocatoria a tiempo y tengan tiempo de llegar, y no estén enfermos, ni de viaje, y se animen a desafiar las intimidaciones que los amenazan con perder el empleo, o marchar presos, o integrar la lista negra de alguna próxima dictadura, y entonces vuelvan a firmar contra la impotencia del poder civil y por la recuperación del perdido honor de la palabra. Puede ocurrir, quién sabe: sería un milagro de la dignidad, que es la más loca costumbre de esta tierra de insania.

III. 1989/ En vísperas del plebiscito

Que te quiero verde

Primero fue la campaña de firmas. Luego, el filtro oficial, que descartó cien mil firmas por motivos más bien misteriosos. Después, los firmantes ratificaron. Y finalmente, al cabo de una interminable carrera de obstáculos, los uruguayos podrán votar, el domingo 16 de abril, a favor o en contra de la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado. Según sus opositores, que la llaman "ley de impunidad", esa ley impone el olvido obligatorio de los crímenes cometidos por el terrorismo de Estado durante los doce años de la dictadura militar. En el plebiscito, que no tiene antecedentes en el mundo, el voto de color verde anula la ley y el de color oro la confirma.

El autor de este artículo explica su voto.

1. Porque no me gusta que el miedo mande

Allá por 1544, las tropas del general Francisco de Carvajal ocuparon la ciudad de Lima. Ante la prepotencia militar, los oidores de la Real Audiencia inclinaron sus cabezas. El licenciado Zárate fue el último en firmar el acta de la humillación. Con su pluma de ganso, el licenciado dibujó una cruz y debajo, antes de firmar, escribió: "Juro a Dios y a esta Cruz y a las palabras de los Santos Evangelios, que firmo por tres motivos: por miedo, por miedo y por miedo".

Esta ley de impunidad es también hija del miedo. Cuando los militares amenazaron con matar la legalidad democrática, la mayoría de los parlamentarios se ofreció a suicidarla. El actual ministro de Defensa se jactó de esconder las citaciones de la justicia civil a los oficiales que habían violado los derechos humanos: "Las tengo en mi caja fuerte", dijo el general Medina. La presión militar no era un problema a resolver, herencia maldita de la dictadura, sino un veredicto del Destino. Muchos parlamentarios olvidaron súbitamente sus promesas de justicia y el poder civil mostró, así, una capacidad de abyección que confirmó, paradójicamente, la mala opinión militar sobre los políticos.

Ahora, cuando el plebiscito pone a prueba esta ley obscena, el gobierno da nuevas pruebas de la ninguna fe que la democracia

Puede ocurrir, quién sabe, que los ciudadanos convocados, que son un tercio, o poco más, de los descartados, se enteren de la convocatoria a tiempo y tengan tiempo de llegar, y no estén enfermos, ni de viaje, y se animen a desafiar las intimidaciones que los amenazan con perder el empleo, o marchar presos, o integrar la lista negra de alguna próxima dictadura, y entonces vuelvan a firmar contra la impotencia del poder civil y por la recuperación del perdido honor de la palabra. Puede ocurrir, quién sabe: sería un milagro de la dignidad, que es la más loca costumbre de esta tierra de insania.



tiene en sí misma: "Y después, ¿qué?". La propia gente del gobierno dice o sugiere que los militares no van a obedecer.

2. Porque tengo sentido común

Mi sentido común me impide entender por qué un criminal de guerra merece castigo si ha nacido en Alemania, y si ha nacido en Uruguay, merece ascenso.

Y mi sentido común me dice que todos los ciudadanos debemos ser iguales ante la justicia. Los militares, ni más ni menos que cualquier hijo de vecino. El hecho de tener uniforme no autoriza a nadie a torturar, violar, secuestrar ni matar al prójimo.

La ley de impunidad no "perdona" a los verdugos de la dictadura, sino que simplemente los declara intocables. Los militares quedan situados más allá del bien y del mal. Nada tiene que ver esta ley con la amnistía que benefició a los presos políticos, al fin del tiempo del terror. En todo caso, ahora, en democracia, esos verdugos no corren el riesgo de que se haga con ellos lo que ellos hicieron con sus víctimas civiles en los campos locales de concentración.

3. Porque no creo que las cosas sean más importantes que las personas

La ley no absuelve a los militares que robaron; pero de antemano absuelve a los que violaron los derechos humanos. Para la ley, el derecho de propiedad es sagrado. El derecho a la vida, no.

En este sentido, la ley uruguaya de impunidad es como la ley de punto final del presidente Alfonsín, en la otra orilla del Río de la Plata. Una y otra parecen haberse inspirado en el ejemplo de la bomba de neutrones, símbolo de nuestro tiempo, que mata a las personas pero deja intactas a las cosas.

4. Porque la libertad no es una viejita paralítica

En vísperas del plebiscito, la propaganda oficial asusta y amenaza. La ley ha consagrado el derecho militar a ejercer impunemente la violencia terrorista. Para defenderla, la propaganda practica, caraduramente, el terrorismo de la violencia terrorista. Sangrientas imágenes de actualidad en nuestra América del Sur: la desesperada violencia de la pueblada de Caracas, la estúpida violen-

cia del asalto al cuartel tramoso de La Tablada, en Buenos Aires. Cuidado, advierte la propaganda: el voto verde amenaza la seguridad y la paz. Y además, por si fuera poco, detrás del voto verde se esconde la promesa del paredón.

La propaganda oficial identifica a la seguridad con la impotencia, a la paz con la resignación y a la justicia con la venganza y el odio. Apoyándose en las rutinas de la obediencia, pulsa los resortes más conformistas de una numerosa clase media y mediocre que cree que más vale pájaro en mano, que lo mejor es enemigo de lo bueno y que más vale mal conocido que bueno por conocer. Al fin y al cabo, la reivindicación de la dignidad civil implica una voluntad de cambio. Y la voluntad de cambio, como se sabe, pone en peligro la tranquilidad pública y merece el castigo divino de los ríos de sangre.

El Uruguay tiene fama de ser un país de espectadores. Hay toda una tradición que nos entrena para la contemplación y nos hace desconfiar de la acción. Tenemos la mayor cantidad de críticos y criticones, por metro cuadrado, de todo el hemisferio occidental. Hasta en el fútbol, que es la pasión nacional, hay más ideólogos que jugadores.

Contra esa tradición de pasividad, el plebiscito revela una voluntad popular de protagonismo democrático. Los uruguayos nos hemos tomado la democracia tan a pecho, que actuamos defendiéndola de una ley que la niega. No sé si el voto verde ganará el plebiscito; pero ya son una victoria las más de seiscientos mil firmas que lo han hecho posible, en este país de apenas tres millones de habitantes. Una victoria contra la costumbre de la parálisis y contra la poderosa máquina del miedo.

5. Porque la alegría es lo más serio que hay

La propaganda oficial se basa en el miedo. La propaganda verde, en la alegría. El gobierno se enoja y dice que la alegría es poco seria.

Las momias se llevan mal con la alegría, porque se llevan mal con los jóvenes. Jodida cosa, ser joven en el Uruguay. ¿Cuántos jóvenes abandonan, cada día, este país de viejos? La cifra exacta no se conoce. Cincuenta, cien, quién sabe. La economía les niega trabajo y los echa, la policía los apalea, el sistema educativo no los escucha, los políticos los ignoran.



Un vigilante electrónico se ocupa de ellos desde la infancia. En el programa infantil más popular de la televisión, hay un robot, Ultratón, que denuncia a los niños que se han portado mal. Los padres le escriben cartas de queja y Ultratón señala públicamente al que se hace pichí en la cama, al que dice malas palabras, al que se niega a dejar el chupete y a todos los malos uruguayitos que no obedecen.

6. Por el anticuado, y quizás ridículo, sentido del honor

El poder militar no se nota, ahora, a simple vista. Un gobierno paralítico y una izquierda que se muerde la cola, ocupada en sus líos internos, han hecho posible el aparente eclipse. Pero los uruguayos trabajamos para quienes nos vigilan. Militares y policías devoran el presupuesto nacional. La universidad, la única que hay, recibe veinte veces menos que ellos; la Biblioteca Nacional está a oscuras desde hace seis meses, porque no hay dinero para arreglar la luz, y la Biblioteca Pedagógica dispone de doscientos dólares *por año* para comprar libros a los educadores.

El Uruguay tiene una larga tradición civilista. Los doce años de dictadura militar no hicieron más que confirmarla. Con los dientes apretados, el país resistió. Quienes ahora lo queremos verde, creemos que merece algo mejor que una democracia vigilada, donde el poder militar, enmascarado, se ocupa de que nadie se salga de la raya. Y creemos que merece algo mejor que una economía cada vez menos democrática, que enriquece a los ricos y empobrece a los pobres.

El plebiscito no es fácil. No votan los que están fuera del país, que son muchos, quién sabe cuántos, quizás medio millón de uruguayos corridos por la falta de trabajo y de destino; y en cambio votan, dentro del país, los indiferentes que no se tomarían la molestia si el voto no fuera obligatorio.

Yo no sé si el voto verde ganará. Al fin y al cabo, el Uruguay forma parte de una región del mundo, América Latina, que tiene la costumbre de trabajar por su propia perdición. Pero, en todo caso, estoy seguro de que no ha sido en vano la larga campaña contra esta ley que llama paz a la humillación nacional. El país ha confirmado que están vivas las energías de su propia dignidad y que el viejo y querido sentido del honor, que tan fuera de moda está en el

mundo, sigue siendo nuestra más porfiada manía colectiva. El país verde no nace de una victoria, ni muere cuando pierde. Por eso vale la pena.

IV. 1989/ Después del plebiscito

Este país gris tiene un país verde en la barriga

En este Uruguay de tres millones de habitantes, ochocientos mil hemos votado, y no me parece poco, contra la impunidad del terrorismo de Estado. En Montevideo ganamos, y por buen margen, quienes nos negamos a aceptar que la impotencia del poder civil deba ser el obligado precio de la paz. En el interior del país, en cambio, la gente menos informada se creyó los cuentos de terror que la televisión le contó: el triunfo nuestro implicaba el golpe de Estado militar, la violencia guerrillera, el abismo sin fin y el infierno con todas sus serpientes.

Una historia de dignidad colectiva

Perdimos. Pero el plebiscito fue una tremenda expresión de protagonismo democrático, nacida desde muy adentro y crecida desde muy abajo. Esta historia de dignidad colectiva empezó hace más de dos años, cuando lanzamos la campaña de firmas, calle a calle, puerta a puerta:

—¿Y qué garantías me dan? —me preguntó uno—. Esta lista de firmas, ¿no será la lista negra de alguna próxima dictadura?

—Garantías, ninguna —le dije.

El hombre estuvo un buen rato rascándose la cabeza, y finalmente decidió:

—Firmo.

Y reunimos un aluvión de firmas. Y mucho después, al cabo de un largo camino de trampas y emboscadas, hubo el limpio plebiscito del domingo. El voto amarillo confirmaba la ley de impunidad; el voto verde la anulaba.

No ganó el voto verde, el voto contra una ley hija del miedo por parte de padre y por parte de madre; pero el voto verde duplicó la votación que la izquierda había alcanzado en las últimas elecciones. Gentes de diversos pelos políticos y colores ideológicos nos juntamos tras las verdes banderas, queriendo una democracia plena, que no renuncie a la justicia y que no esconda avestruzamente la cabeza bajo tierra.



La doble impunidad

Los dueños del poder respiraron con alivio. Sin embargo, aunque no ganó, el voto verde ha marcado un límite, en los tiempos por venir, a la antes ilimitada impunidad de los militares, y también de los políticos: un límite a la impunidad del terror y a la impunidad de la mentira. Hay toda una tradición de promesas y traiciones, que se ha hecho típica de los políticos criollos. Esa tradición nos induce a aceptar, con fatalista resignación, como si fuera veredicto del destino, esa costumbre de decir una cosa y hacer otra. Todos los políticos que aprobaron la ley cuestionada, que obliga a aceptar la injusticia sin chistar, habían prometido, antes, justicia. Ahora, mediante el plebiscito, más de un cuarenta por ciento de los uruguayos ha condenado ese salto de circo, al mismo tiempo que ha rechazado el miedo como un modo normal de vida ante la perpetua amenaza militar. El miedo y el olvido. La razón de Estado obliga a la amnesia, pero no hay alfombra que pueda tapar la basura de la memoria. No se necesita ser Sigmund Freud para saberlo.

La generosidad del poder

Y también sabemos, ahora, que no somos mayoría. Y sin embargo, somos muchos los uruguayos que no mascamos vidrio y nos hemos negado a tragarnos la propaganda del poder. El poder es tan generoso, proclama el poder, que no sólo perdona a los torturadores antes de juzgarlos: perdona a los torturados y también perdona a los torturados. Así, pone un signo de igual entre el verdugo y la víctima, entre el torturado y el torturador. Es la falacia de las dos amnistías. ¿Cuántos fueron los torturados, mientras duró la larga guerra de la dictadura militar contra el país? ¿Un torturado cada cincuenta ciudadanos? ¿O uno cada ochenta? ¿Tupamaros o gente que pecaba discrepando, o dudando, o simplemente respirando? El propio general Medina, ministro de Defensa, reconoce que hubo torturas, y no lo lamenta. "Hubo apremios", confiesa; pero dice que peor es la muerte, al fin y al cabo.

A una buena parte de los uruguayos no nos parece bien que no haya habido ni un solo procesado, ni un solo condenado, entre todos los heroicos compatriotas que en las cámaras de tormento libraron, picana eléctrica en mano, la tercera guerra mundial

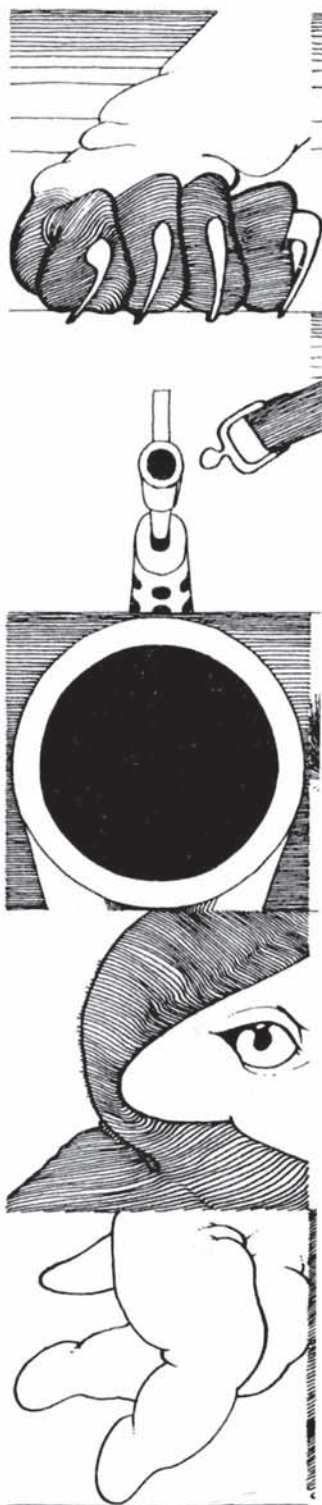
contra el comunismo y demás dragones de la maldad. No ha habido procesos ni condenas, y tampoco los habrá, de acuerdo con el resultado del plebiscito. "Los torturadores me ponen verde", garabateó alguna mano anónima en un muro de Montevideo. Muchos nos sentimos expresados por esa frase. No somos la mitad más uno; pero tampoco somos cuatro gatos.

Los jóvenes y las mujeres

Yo tengo la sospecha, la casi certeza, de que otro gallo hubiera cantado si hubieran podido votar los uruguayos que viven afuera. Son una multitud, quién sabe cuántos, y una multitud joven. No me parece nada democrático que ellos no tengan derecho a votar en las tierras, a veces muy lejanas, adonde han sido expulsados por un sistema que les niega trabajo y destino. Todo parece indicar que el voto juvenil fue, dentro de fronteras, abrumadoramente verde; pero el Uruguay es un país de viejos, que condena al exilio a los jóvenes que en su suelo nacen. La alta proporción de ancianos en las colas para votar, el lluvioso domingo 16, impresionó a los periodistas extranjeros. Eso les llamó la atención tanto como el no menos alto grado de madurez cívica que todos demostramos.

El movimiento por el voto verde mostró, desde su origen, una juvenil capacidad de audacia y de alegría. Integrado por gentes de todas las edades y de todas las ideas, fue desde el pique irremediablemente joven, por militancia y vocación, y al ritmo de la bamba hizo bailar al Uruguay. Y por si eso fuera poca herejía, nació de un grupo de mujeres y fue por ellas conducido. En este reino del machismo, donde las mujeres son un cero a la izquierda, donde no hay ninguna diputada, ninguna senadora, un puñado de mujeres ha sacudido a fondo la modorra colectiva. Ellas son el equivalente nacional de las madres y las abuelas de Plaza de Mayo, o de aquellas mujeres de las minas bolivianas que con su huelga de hambre voltearon, hace una década, a la dictadura militar de Bolivia.

El país verde todavía no es mayoría, pero llegó para quedarse. Eso creo, eso espero. El país gris trabaja para los militares que lo vigilan y los bancos que lo vacían, y está organizado para el desaliento de la imaginación creadora. Es viejo y melancólico y parece resignado a ignorar que el miedo miente. Pero ahora este país gris tiene un país verde en la barriga ■

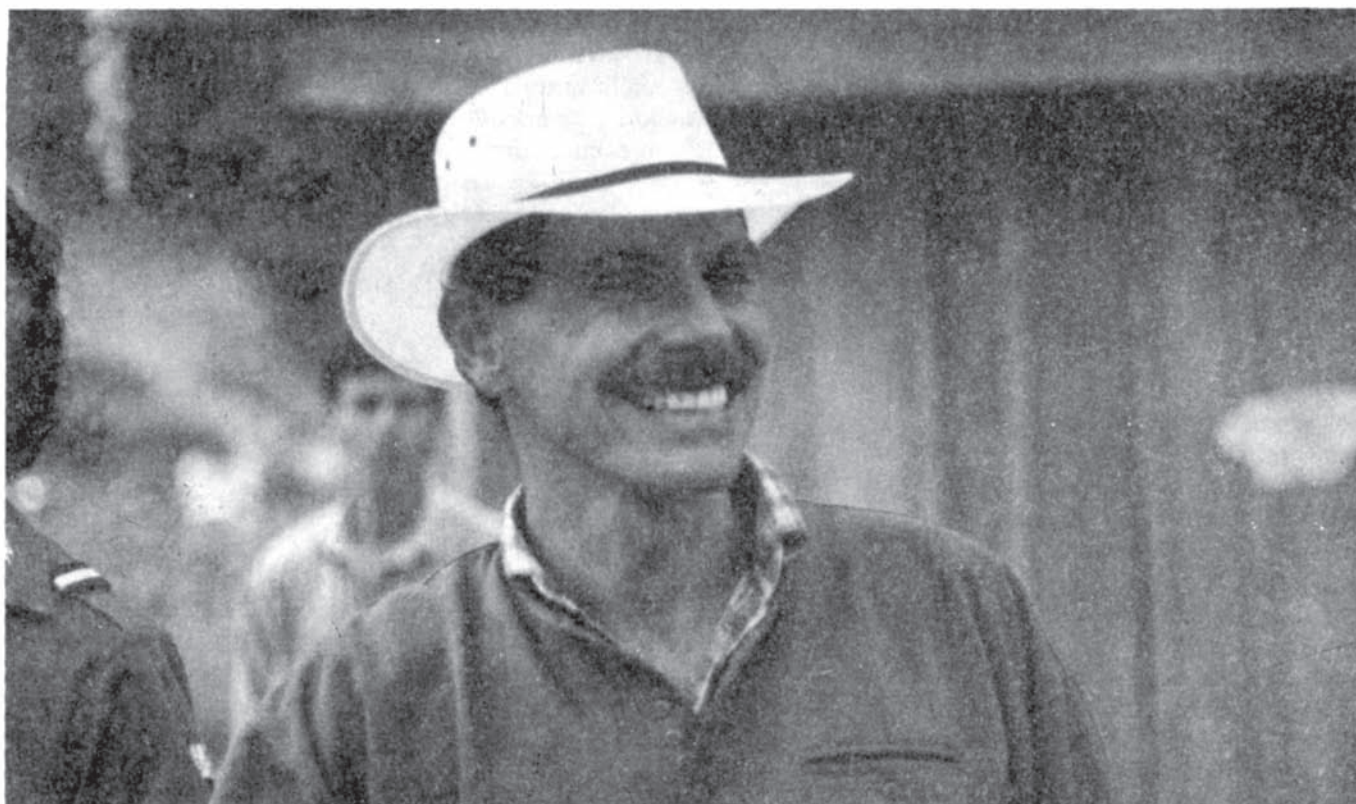


Carlos Jiménez Moreno
Periodista, redactor de la
Revista TIEMPO de Madrid, España

Entrevista

La última batalla de Carlos Pizarro

Carlos Jiménez Moreno



Carlos Pizarro tiene ahora 37 años. Y se le nota. La extrema dureza de las últimas campañas militares que adelantó el M-19 han dejado profundas arrugas verticales en su rostro pálido, anguloso y aristocrático, en el que sólo un bigote negro y cuidadosamente recortado sobrevive al afeitado de la barba salvaje que durante tanto tiempo fue componente indispensable de su imagen. Es evidente que para él han quedado definitivamente atrás los años furiosos de la adolescencia cuando, expulsado de la facultad de derecho de la Universidad Javeriana de Bogotá por participar en una huelga estudiantil, se echó al monte de la mano de Jaime Bateman Cayón y bajo las banderas de las FARC. También están lejos los primeros años de su turbulenta participación en el liderazgo del M-19, cuando la toma de Yumbo y sus reticencias a los acuerdos de tregua y diálogo nacional con el gobierno de Belisario Betancur, lo convirtieron, para algunos, en la personificación del maximalismo y la intransigencia, y, para otros, en el profeta de desastres como el del Palacio de Justicia. Carlos Pizarro inclusive, ya no es el mismo que condujo al Batallón América en la campaña "Paso de vencedores", la más audaz y delirante ofensiva desatada jamás por la guerrilla de este país. La misma que echando por la calle del medio quería pura y simplemente tomarse a Cali.

Ahora Carlos Pizarro vela sus armas en un caserío perdido en las montañas del Cauca, guardado por un centenar de veteranos combatientes del M-19 que, a pesar de la explosiva mezcla en sus cabezas de escasos años de edad y muchos de experiencia guerrillera, confían en que su comandante saldrá bien librado de la extraña batalla en la que hace más de un año está empeñado. La batalla por convertir a una fuerza guerrillera en uno de los artífices de la paz que tanta falta le está haciendo a Colombia.

—Comandante Pizarro: ¿qué enseñanzas le dejan 18 años de guerra?

Como todas las experiencias de muchos años ésta me ha dejado profundas reflexiones y un conocimiento creo que más exacto del país. Ahora sé más de su comportamiento político, de sus aspiraciones y tengo además un palpito más cercano de lo que está pasando. Colombia ha cambiado en los últimos 15 años de una manera que yo creo absoluta. No tenemos ahora el mismo país de los años 60. Colombia es hoy una nación totalmente distinta, afectada por una crisis generalizada de credibilidad. La gente no cree en los partidos políticos tradicionales, no cree en las Fuerzas Armadas, no cree o cree en una forma muy parcial en la Iglesia...

—Pero antes tampoco creían mucho...

No, no es así. Yo creo que antes hubo momentos de enorme confianza, momentos como los de los años 50. La gente de este país fue capaz en ese entonces de ir hasta la muerte por defender unas banderas políticas: en este momento no. Creo que ahora estamos reconstruyendo valores, reconstruyendo lealtades, reconstruyendo proyectos históricos, después de la frustración que significó para toda una generación el Frente Nacional. Colombia vivió durante prácticamente 20 años un gran inmovilismo. Creo que el gran aporte del M-19 fue romper con el inmovilismo del Frente Nacional, poniendo en pie una guerrilla no marxista, con capacidad de aproximarse al país de una manera distinta a la que era tradicional en América Latina. Ahora, siguiendo el camino que hemos emprendido estamos intentando recoger los frutos de esa experiencia de ruptura.

—¿Qué lo decidió hace 18 años a empuñar las armas y a meterse en la guerra?

Al comienzo nosotros éramos la mezcla de muchas cosas y aunque todavía seguimos siéndolo, en esa época la mezcla era mucho más informe. Estaban todos los componentes del espectro de una doctrina justicialista cercana al socialismo, combinados con quienes tenían una formación mucho más marxista que impregnaba la doctrina y el estilo del M-19. Pero desde el comienzo contamos con la ventaja de nuestra preocupación por encontrar un lenguaje con el cual comu-



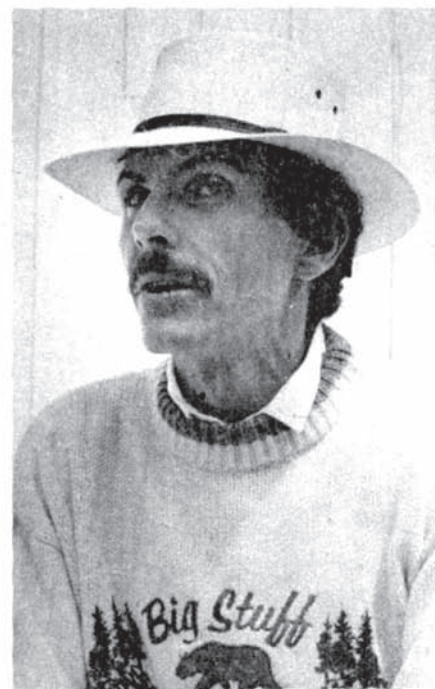
Carlos Pizarro tiene ahora 37 años. Y se le nota en su rostro pálido, anguloso y aristocrático, en el que sólo un bigote negro y cuidadosamente recortado sobrevive al afeitado de la barba salvaje que durante tanto tiempo fue componente indispensable de su imagen.

nicarnos con el país y tomarle el pulso. Entonces lo que hacíamos a nivel interno, los famosos congresos y conferencias de la organización, debatidos en un ambiente de secta generaban entre nosotros, sistemáticamente, crisis profundas. Hasta que un día decidimos que íbamos a hablar hacia adentro tal y como hablábamos con el país. Que íbamos a dejar extrovertir lo que éramos como hombres, lo que éramos como organización, lo que queríamos como proyecto his-

tórico. En definitiva que íbamos a zafarnos de muchos de los dogmatismos y conceptos, en cierta manera esclavizantes, que actuaban como una camisa de fuerza en el M-19 de la primera etapa...

—Le preguntaba por las razones que los llevaron a meterse en la guerra...

Primero fue la afirmación vigorosa de nuestras propias esencias. Y la consecuencia fue el desafío brutal que nosotros mismos nos impusimos, confrontando al Ejér-



cito en el Cantón Norte. Esa decisión nos enfrentó a la realidad del país, nos enfrentó a la realidad del régimen, a la realidad de la oligarquía dominante en aquella época, a la realidad del Ejército. Vivimos en ese momento los rezagos de la Violencia que en Colombia han conducido a una violación sistemática de los derechos humanos. Pero esta dura prueba nos dio por otro lado una apreciación más objetiva de nuestras propias fuerzas y capacidades y una dimensión más exacta

de lo que eran los retos de una transformación revolucionaria.

—¿Qué piensa cuando piensa en sus compañeros en la dirección del M-19, muertos a lo largo de todos estos años?

Bueno, son mis maestros. Con ellos no tengo sólo una relación de nostalgia, de afecto, porque eran mis amigos, sino también de reconocimiento y respeto hacia quienes me formaron. Yo ingresé en el M-19 muy joven, sin gran madurez política, sin una gran experiencia de la vida, y fueron hombres como Bateman, Fayad, Iván Marino Ospina, Carlos Toledo Plata, Almarales, los que me marcaron pautas básicas de comportamiento.

Todos ellos fueron figuras muy importantes en la historia de estos últimos quince años de la vida de este país. Ellos dejaron una especie de semilla sembrada en muchos hombres que todavía estamos vivos. Creo que hoy les tenemos la ventaja de unos cuantos años más de experiencia, pero al mismo tiempo la obligación y la necesidad de producir el relevo de todos ellos. Ahora tenemos buenos cuadros en el M-19 pero ninguno tiene todavía la dimensión nacional de nuestra dirigencia histórica. La relación con ella, sin embargo, no puede ser sino una relación con una perspectiva hacia adelante. Yo



"Yo ingresé en el M-19 muy joven, sin gran madurez política, sin una gran experiencia de la vida, y fueron hombres como Bateman, Fayad, Iván Marino Ospina, Carlos Toledo Plata, Almarales, los que me marcaron pautas básicas de comportamiento".

no me puedo quedar, ni puedo permitir que la gente se quede pensando que lo mejor fue lo de ayer, porque el pasado no tiene retorno: lo que tiene significado es el futuro. Entonces hay que poner a los hombres a mirar hacia adelante, sin que eso signifique olvidarse que uno tiene raíces y que parte de su destino ha sido trazado por unos hombres que se han quedado en el camino. El hecho de que ahora cojamos unos caminos originales o muy distintos de los que tradicionalmente hemos transitado, no quiere decir que nosotros perdamos las esencias de esos hombres. Sus enseñanzas,

lo que han sembrado en este país, sigue siendo muy valioso.

—¿Cuáles han sido su peor y su mejor momentos como dirigente del M-19?

Es una pregunta difícil de responder porque uno siente que ha cometido muchos errores en su vida, tantos que a veces uno quisiera volverlo a hacer todo de nuevo a ver si sale mejor...

—Sí, pero de todos esos momentos habrá alguno especialmente malo...

Bueno, creo que mi peor momento fue el de la cárcel, cuando estuve preso junto con casi toda la dirección del M-19 en la cárcel La Picota de Bogotá en el año 79. Fue un momento realmente malo, en el que sentí que le había fallado a la organización y sobre

tudo a Bateman. Sentí que lo habíamos dejado solo, con todo el peso y la responsabilidad de dirigir el M-19 sobre sus hombros. Lo admirable de su parte fue haber respondido a ese desafío, contando sólo con cuadros jóvenes e inexpertos, con los cuales Bateman sin embargo consiguió que el M-19 superara esa dura prueba.

—¿Y el mejor momento?

El M-19 ha tenido muy buenos momentos, momentos de alegría por triunfos obtenidos en acciones políticas en beneficio del país. Momentos como los de la toma de la embajada de la República Domini-

cana. Pero entre todos ellos yo destacaría Yarumales, que fue sin duda un episodio muy duro, una confrontación muy dura, en la que sin embargo los combatientes del M-19 dieron lo mejor de sí, demostrando su entereza y su coraje.

—*¿Estos años de guerra han cambiado su imagen del Ejército colombiano? ¿Qué imagen tenía de él antes y qué imagen tiene de él ahora?*

A mí lo que me ha cambiado es la imagen del país. Creo que el Ejército colombiano tiene enormes deficiencias. Es un Ejército formado en la doctrina de la seguridad nacional que debería hacer un curso de polemología, que es una disciplina que cultivan ahora los militares españoles, donde se plantea cómo evitar no sólo las guerras externas sino también las internas, a partir de un compromiso mucho más cierto con la paz de un país y de una politización que no implica necesariamente partidismo. Las Fuerzas Armadas nuestras todavía adolecen de una gran orfandad ideológica, y eso las lleva muchas veces a comportamientos opuestos a las que son sus propias hipótesis de trabajo. Y a actitudes arrogantes con respecto a la solución de los problemas nacionales.

—*¿No han sufrido entonces ningún cambio?*

No, yo sí creo que ha habido cambios: todo el proceso de paz, toda esta confrontación de los últimos años con la guerrilla colombiana, una guerrilla mucho más audaz, mucho más moderna, mucho más cuestionante políticamente, han tenido que alumbrar la mente de muchos generales de la República. En cierto sentido el proceso de paz de hoy refleja eso: esos cambios. Y no hay que olvidar que estamos viviendo en una nación en la que no sólo actuamos nosotros, también actúa el narcotráfico que se ha incrustado en muchos sectores de la sociedad co-

Los esfuerzos de paz que adelanta el M-19 pueden significar un "adiós a las armas", de hondo significado en la vida política nacional.



lombiana, incidiendo sobre las Fuerzas Armadas.

Por lo demás pensamos que si han comenzado a producirse modificaciones dentro del Ejército colombiano, y si ha habido modificaciones dentro del M-19 es de desear que también se den modificaciones dentro del resto de la guerrilla. La guerrilla, sin embargo, cambia con mucha lentitud, tiene una concepción muy rígida, muy asfixiante desde el punto de vista doctrinario, y eso la lleva a que no siempre sea muy apta para los cambios. Los cambios que está reclamando precisamente la nación colombiana.

—*¿Por qué el M-19 propuso en una oportunidad la fusión de la guerrilla con el ejército regular colombiano?*

Los hombres nuestros son hombres que se han formado dentro de la práctica de las armas y nosotros no podemos descartar que el Ejér-

cito sea un camino donde nuestra gente pueda realizarse. Pero en cualquier caso éste es un aspecto secundario, en el que por lo demás no hemos vuelto a insistir. El hecho central, en lo que vale la pena insistir, es en la necesidad de unas Fuerzas Armadas diferentes, cuya consecución no pasa por la destrucción de las actuales Fuerzas Armadas sino por una recomposición ideológica y por la introducción de unos comportamientos políticos y sociales distintos. Yo creo que este cambio es posible en el marco de un acuerdo mucho más amplio con toda la sociedad civil y todas las fuerzas políticas existentes. Quizás sea causa de escándalo que sea una fuerza guerrillera la que proponga esos cambios, pero creo que es más escandalizante todavía que en medio de una conmoción tan grande como la que padece actualmente Colombia sea una guerrilla la que proponga la paz.

—¿Se puede hablar de militarismo de derecha y militarismo de izquierda?

El militarismo significa muchas cosas, pero yo sí creo que existe en Colombia una tendencia a sacralizar el uso de las armas. El uso de las armas da prestigio, el uso de las armas da poder, el uso de las armas coloca a los comandantes guerrilleros y muchas veces a los miembros de las Fuerzas Armadas en condiciones de marcar los rumbos del país. Yo creo que eso ha sido positivo en ciertas épocas, lo que no veo tan positivo es que se convierta en una constante histórica en Colombia. No podemos hacer un culto a las armas; tenemos, por el contrario, que hacer un culto a las alternativas de solución política.

El Che Guevara nos dejó el mito de la guerrilla, del hombre nuevo de la guerrilla y eso marcó profundamente muchos de nuestros proyectos políticos. Pero el M-19 considera que ahora es necesario desacralizar el uso de las armas, convencido de que las armas adquirirán nuevos significados si nosotros accedemos a nuevos estadios de la política, a nuevos estadios de la sociedad, a una configuración más justa de nuestra economía o a una democracia más participativa.

—¿No cree que es muy difícil que vuelva la paz a Colombia después de tantos años de conflicto armado? ¿No quedan en pie demasiados odios y enconos pendientes entre las Fuerzas Armadas, los guerrilleros, la población civil?

Sí, hay unas enemistades y unos odios de una violencia tremenda, sobre todo en las zonas donde se ha sentido más el azote de comportamientos autoritarios sea de izquierda o de derecha. Pero esta difícil situación puede ser resuelta si surgen los correctivos, las terapias, del terreno donde estos mismos hechos han sido propiciados, si son formulados por quienes han tenido

y tienen el prestigio de las armas. Yo creo que el signo más positivo en medio de todo el deterioro que estamos sufriendo consiste en el hecho de que hombres que durante toda su vida han hecho la guerra estén hoy dialogando entre ellos, hombres tanto de las Fuerzas Armadas como de la guerrilla. Eso ayuda por lo menos a aclimatar una expectativa distinta aunque no basten esos diálogos para conseguir una paz definitiva. La historia de Colombia es la de alternancia de los periodos de guerra con los de paz, como ocurrió en los años cincuenta. Al final de esa década se

rece sin embargo que sus lentas y complicadas negociaciones de paz con el gobierno están más cerca del estilo de Santander?

En cierto sentido el M-19 es una organización de origen costeño: la fundó Jaime Bateman que era caribe y recibió por eso desde sus comienzos una fuerte influencia de Bolívar. Y creo, además, que con nuestra insistencia en el Libertador hemos contribuido a recuperar su figura que estaba medio perdida entre los textos y la retórica oficial. Pero este país no es sólo caribe, también es andino, también es un país de la letra menuda y del lega-



“No podemos hacer un culto a las armas; tenemos, por el contrario, que hacer un culto a las alternativas de solución política”.

consiguió restablecer la paz, gracias a un pacto histórico suscrito por los partidos políticos que en ese momento hacían la historia de este país. Hoy toca hacer algo parecido, eso es lo que estamos buscando. Por eso hay que trascender acuerdos como el de la Casa de Nariño en busca de acuerdos mucho más grandes, mucho más amplios, que incluyan a todas las fuerzas que hoy pesan en los destinos de este país.

—El M-19 se ha declarado siempre partidario de Bolívar. ¿No le pa-

lismo, y el M-19 no se puede sus- traer a esa realidad. Por el contra- rio, tiene que tomarla en cuenta si realmente quiere ser una organiza- ción que actúe como una fuerza nacional y con una repercusión efectivamente nacional. Creo que de lo que se trata ahora es de lograr una síntesis entre la herencia de Bolívar y la de Santander.

—Tampoco parece muy congruente con el bolivarianismo del M-19 el rescate de Agualongo, un guerrillero realista, enemigo declarado del Libertador.

Lo de la recuperación de los restos de Agualongo fue una iniciativa de los compañeros de Nariño que nosotros hemos respaldado, conscientes de que Agualongo es un héroe para los nariñenses. Y porque pensamos que la personalidad histórica del Libertador es más compleja de lo que aparece en las versiones oficiales. No hay que olvidar que en Venezuela Boves fue capaz de movilizar contra Bolívar a una gran masa de negros y de pardos, de gente del pueblo en definitiva, que no estaba de acuerdo con determinados aspectos del movimiento independentista. El caso de Agualongo es equiparable. Revisar su historia y en cierto sentido recuperarla, es contribuir a forjar una imagen del Libertador más compleja, menos esquemática, menos en blanco y negro.

—Comandante Pizarro, ¿no cree que está conduciendo a su organización por un camino muy riesgoso, que pone realmente en peligro la vida de sus miembros? ¿No cree que al M-19 le pueda pasar lo que le pasó a la Unión Patriótica?

El caso del M-19 es distinto al de la Unión Patriótica. Yo no creo que estemos sometidos a los mismos factores ni a las mismas presiones a los que está sometida la Unión Patriótica. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que el M-19 no está buscando una salida sólo para el M-19. El problema de la paz es hoy en este país un problema global, general, que nos concierne a todos. Y todos debemos hacer algo por resolverlo. Ese es el marco de nuestras acciones y sólo en ese marco pueden ser com-

prendidas. Otra cosa es que pensemos que el camino de la paz es fácil. Por el contrario, hace mucho tiempo perdimos la inocencia y sabemos que la lucha por la paz en Colombia está llena de obstáculos. Pero lo que nadie puede pretender es tener la paz sin hacer algo por alcanzarla. El M-19 cree que está haciendo algo por la paz, que todavía es limitado y falto de un compromiso más amplio y de una mayor participación de las fuerzas sociales y políticas de este país, es indudable. Pero es un aporte, un esfuerzo por aclimatar la paz entre nosotros. Y es en ese marco donde hay que situar la suerte de los militantes del M-19. El M-19 estará seguro el día en el que el pueblo colombiano esté seguro: el M-19 no se pone al margen de la suerte del pueblo colombiano ■

SI EL SERVICIO CERTIFICADO DE ADPOSTAL, LE SIRVE A LAS ENTIDADES FINANCIERAS, CON MAYOR RAZON LE SIRVE A USTED!

Señor
Jorge Medina
Calle 93 N° 2-80
Bogotá
CERTIFICACION N° 131

Ponga su correspondencia en manos de expertos. En Adpostal su correo tradicional y de "Servicio Certificado" le llega seguro y rápido! Nosotros se lo garantizamos!

CORREO DE COLOMBIA
llega seguro y a tiempo!

Eduardo Pizarro Leongómez
Sociólogo, investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia.

Proceso de paz y perspectivas democráticas*

Eduardo Pizarro Leongómez

Es muy baja la viabilidad de consolidar un régimen democrático en un clima de confrontación generalizada. Las tareas democráticas quedan subordinadas a la lógica de la guerra y sus alcances a los resultados de la confrontación. La persistencia en Colombia de un conflicto sin perspectivas de solución por la vía militar, no ha contribuido a la ampliación de los espacios democráticos, ni al fortalecimiento de los movimientos sociales alternativos. Todo lo contrario. La violencia política ha llevado a una persistente polarización de los adversarios sociales (no en término de opositores, sino de "enemigos"), a una criminalización extrema de los antagonistas en detrimento de los movimientos sociales, a un cerramiento de los canales de participación ciudadana y ante todo, a una desgarradora feudalización del conflicto en una abigarrada "geografía de la violencia".

El objetivo de este ensayo es la reconstrucción, necesariamente subjetiva, de los dos seminarios-taller efectuados en el Hotel Centro de Convenciones de Paipa, convocados por la Secretaría de Integración de la Presidencia (SIP) y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). En ambos seminarios participaron dirigentes políticos y gremiales, académicos, militares en retiro y miembros de la Iglesia y del gobierno, de las más diversas procedencias políticas y matices ideológicos. Se trata de una experiencia inédita en el país. No sólo por la amplitud pluralista de sus participantes, la franqueza y profundidad de los debates, sino, ante todo, por el impacto que ha tenido en la acción



tanto gubernamental, como de otros sectores de la vida nacional. En estas reuniones se han desarrollado, sin lugar a dudas, los debates más significativos del país en el terreno de la paz y la guerra, el autoritarismo y la democracia. Sus diagnósticos y recomendaciones ameritan ser conocidos no sólo por los analistas políticos, sino por todo el país.

* La primera parte de este artículo, salvo algunos ajustes, fue redactada conjuntamente con María Jimena Duzán y Juan Tokatlián (Cf "Hacia un nuevo modelo de paz en Colombia", *El Espectador*, 10 de julio de 1988). Igualmente, ver Fernán González, "Conversaciones sobre paz y reconciliación en Colombia. Notas sobre el forotaller de Paipa, organizado por las Naciones Unidas, mayo 3 de 1988" en *Documentos Ocasionales*, N° 49, Cinvep, 1988.

Podríamos hacer nuestra la pregunta que se formula el profesor de la Universidad del Valle, Lenin Flórez, en un artículo inédito (*Intelectualidad y Política*), “¿Existe en Colombia una alternativa a la violencia?” y responder que sí es posible con dos condiciones: una, el reconocimiento de todos los actores involucrados en el conflicto sobre la no viabilidad de una salida militar. Y dos, que las negociaciones actuales entre la guerrilla y el gobierno se desarrollen, con pragmatismo y realismo, no en torno a la paz deseada sino en torno a la paz posible. Estos postulados alimentaron, sin duda, los debates desarrollados en las dos reuniones de Paipa.

Paipa I

En el mes de mayo de 1988 se realizó el primer seminario-taller. La importancia de esta primera reunión residió en que se dieron elementos de gran importancia que, tras múltiples elaboraciones posteriores por parte del equipo de la Consejería para la Reconciliación, Normalización y Rehabilitación, culminó en la iniciativa de paz del gobierno.

Por paradojas del destino, la reunión de Paipa I comenzó sus deliberaciones el mismo día en que se produjo el secuestro de Alvaro Gómez Hurtado, por parte del M-19. Es decir, coincidió por los azares de la historia con un acontecimiento que partiría en dos la política de la actual administración en su manejo del orden público.

1. Escenarios posibles en el manejo del orden público

En un futuro próximo, se planteó en la reunión, se podrían presentar tres escenarios en relación con las posibles alternativas a la problemática del orden público por parte del Estado.

El primero, la continuidad del modelo de la administración Barco en ese momento, sintetizado en la fórmula “mano tendida y pulso firme”. El segundo, el conflicto abierto y desnudo, que conduce, generalmente, a la “gue-

rra total”. El tercero, la búsqueda de una solución política basada en el diálogo, la reconciliación y la profundización democrática, esquema que estaba siendo utilizado en varios países¹.

En este primer seminario-taller de Paipa se llegaron a tres conclusiones de enorme trascendencia: nadie expresó el apoyo a la vía armada para resolver los conflictos internos; todos reconocieron la necesidad de pensar formas de convivencia y pacificación; y finalmente, se sostuvo que pese a existir una coyuntura internacional de distensión, en Colombia no había condiciones en ese momento para iniciar una negociación directa e inmediata con la guerrilla.

tado, la separación institucional y el juzgamiento de oficiales comprometidos en atropellos a los derechos humanos; un cese al fuego unilateral de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar; una declaración explícita y una acción concreta de los alzados en armas para terminar con el boleteo, el secuestro y los atentados dinamiteros; un deslinde claro entre partidos (Unión Patriótica), movimientos políticos (A Luchar y el Frente Popular) y organizaciones guerrilleras; el manejo directo de un civil de los aparatos de seguridad del Estado; una aceptación por parte del Estado de las legítimas movilizaciones sociales; un compromiso de los líderes cívicos, campesinos



El secuestro de Alvaro Gómez Hurtado por parte del M-19, paradójicamente, partió en dos la política de paz de la administración Barco.

La negociación se advertía como indispensable pero había que prepararla; el país no soportaría una segunda frustración en sus anhelos de paz, como producto de una improvisación. Una etapa previa y necesaria para la negociación directa es la llamada por los analistas de “generación de medidas de confianza”. Evidencias de esta actitud de los diversos actores eran en ese momento, por ejemplo, la liberación inmediata de Alvaro Gómez Hur-

1. Sobre el significado y el alcance de los procesos de negociación, ver Juan Tokatlián, “Negociaciones... ¿para qué?”, en *Semana*, N° 328, 16 al 22 de agosto de 1988. Tokatlián concibe una negociación como un proceso dirigido a tramitar un conflicto y que tiene como objetivo máximo alcanzar la paz. Si se trata de un proceso implica etapas, objetivos y medios; y si su objetivo más alto es alcanzar la paz, no es descartable la existencia de objetivos previos o intermedios, tales como disminuir la intensidad de un conflicto, para generar un clima de confianza entre los actores involucrados.

y obreros de no permitir la infiltración de sus organizaciones y marchas; un apoyo decidido y expreso a programas como el Plan Nacional de Rehabilitación y el Plan contra la Pobreza Absoluta; privilegiar el respaldo recursivo a la justicia y promover diálogos regionales de distensión.

2. La variable internacional

Antes de entrar en el análisis de la situación colombiana, se consideró que era indispensable ubicarla en su contexto externo. En el mundo actual, los sectores en conflicto en una región o en una nación situados en áreas de interés de seguridad global de las superpotencias o donde existan intereses regionales de potencias intermedias, buscan apoyo para alcanzar sus objetivos. En esta situación, es imposible escapar a una relativa internacionalización de los conflictos locales. De allí, la necesidad de nacionalizar la búsqueda de soluciones a los problemas domésticos, para evitar su proyección externa.

De hecho, las negociaciones que vienen desarrollando Washington y Moscú han abierto una nueva etapa de distensión, generando un escenario internacional más flexible que se traduce en la solución de graves conflictos regionales. El gradual retiro de las tropas vietnamitas de Camboya, la salida de las tropas soviéticas de Afganistán, las negociaciones multilaterales en torno a Angola y Namibia, los diálogos gobierno y oposición armada en Filipinas, los avances en el proceso de paz en Centroamérica, son la mejor evidencia de este nuevo clima. Se deben añadir, además, los procesos de democratización interna que se viven en los países socialistas.

A partir de la revolución sandinista en 1979, Colombia ha enfrentado un peligroso desafío: el riesgo de que el conflicto interno se una al conflicto regional que afecta a América Central. Por ello, el país debe reforzar con audacia su papel de liderazgo regional, debido al impacto que tendrá tanto la guerra como la paz centroamericana en nuestro futuro inmediato. Sobre todo si se considera que el "cordón sanitario" que nos separaba de la conflagración, Costa Rica, fue desbordado y

que hoy tenemos en nuestras fronteras un país en los límites del colapso: Panamá, que además limita con una de las regiones más vulnerables del país, el Urabá antioqueño.

En pocas palabras, el actual escenario internacional crea un clima favorable para la solución pacífica de los conflictos en el "tercer mundo", incluido Colombia.

3. La experiencia internacional

En el estudio de los procesos de solución política negociada que se han presentado en el mundo, se encuentran dos arquetipos fundamentales:

a. Empate militar aunado a un *impasse* político tal como ocurrió en Zimbabwe (antigua Rhodesia del Sur), donde el equilibrio militar guerrilla-gobierno y el arreglo electoral, condujo finalmente al establecimiento del actual gobierno democrático de Robert Mugabe.

b. Derrota político-militar de orden estratégico sobre el contendor por parte del Estado. Tal es el caso de Venezuela con el movimiento insurgente, y más recientemente el del gobierno sandinista sobre la "contra".

En uno y otro modelo, el opositor no es aniquilado, sea porque conserva sus fuerzas intactas, como en el caso de Zimbabwe, sea porque aun habiendo sido derrotado en el plano estratégico, conserva su presencia militar, como la "contra" nicaragüense.

Se señaló en Paipa que en Colombia se movían estas dos perspectivas. De una parte, la posición que sintetiza Alfonso López Michelsen, para quien se debía primero derrotar estratégicamente a la guerrilla, para luego negociar. Es decir, transitar la vía venezolana que culminó en 1967 con la reincorporación casi total de la guerrilla. De otra parte, para algunos sectores del movimiento guerrillero era indispensable alcanzar un equilibrio militar y un peso político en la vida nacional para poder negociar en términos de poder, o sea, reproducir la experiencia de Zimbabwe. Otros sectores, fundamentalmente localizados en la extrema derecha, estaban firmemente convencidos de que era posible un aniquilamiento total del

movimiento insurgente. Es decir, imponer una derrota militar, como ocurrió en Uruguay, Argentina, Chile y Guatemala. Esta vía no es concluyente ni necesariamente definitiva. Mientras en dos casos "funcionó" (Uruguay y Argentina), con un enorme costo social, en los otros dos el conflicto floreció con mayor intensidad. En Colombia este camino fue intentado en múltiples ocasiones en el pasado, demostrando su total ineficacia y agravando el clima de confrontación. Por este camino se corre el riesgo de una "salvadorización" de nuestras disputas domésticas. Pero, igualmente, esperar pasivamente a que se alcancen situaciones similares a las de Zimbabwe o Venezuela, puede tener en las condiciones actuales repercusiones profundamente negativas para la supervivencia nacional.

En síntesis, se advertía que en Colombia era indispensable implementar una política de paz integral, que nos evitara los costos nacionales tanto de los modelos de negociación una vez la confrontación ha alcanzado un determinado umbral (el empate o la derrota estratégica), como al modelo de la guerra generalizada con sus niveles de desgarramiento nacional irreparable.

4. La experiencia colombiana

En nuestro país se han presentado dos modelos en la búsqueda de una salida política negociada: el de Betancur y el de Barco.

El fracaso del proceso de paz bajo la administración Betancur tuvo razones políticas y funcionales. Como lo demuestra la experiencia salvadoreña, un presidencialismo débil inmoviliza y hace poco eficaz la acción gubernamental en un proceso de por sí muy complicado. Betancur, pese a que gozaba de un enorme apoyo en la opinión pública, no contaba con un partido de gobierno bajo su liderazgo, ni con mayorías parlamentarias. No tenía la total adhesión de las Fuerzas Militares, ni existía un sólido respaldo de los gremios empresariales. De otra parte, hubo errores en el proceso operativo de la paz: una amnistía amplia y generosa, pero sin contrapartida alguna; una ausencia de definición de la

territorialidad de la guerrilla, una vez firmados los acuerdos de tregua y la existencia de "zonas grises" en los acuerdos, que facilitaban —por su generalidad y falta de precisión— múltiples interpretaciones contradictorias.

Se argumentó que un error de la administración Barco fue la falta de profundización del modelo anterior, que con reajustes y precisiones ha debido seguir. Mientras la política de Betancur se fundó en la negociación con la guerrilla, la de Barco se basó en la negociación con las comunidades marginadas. Se le desconocía en este mo-

destal. Finalmente, estos programas estaban supeditados a los designios de la política macroeconómica que respondía a un modelo de desarrollo generador de profundos desequilibrios regionales y sociales. ¿Cómo realizar una economía social desde el Estado, si el modelo de desarrollo global ahondaba los desequilibrios sociales? En este contexto, el PNR y el Plan de Pobreza Absoluta aparecían como añadidos marginales y no como el epicentro de la política oficial.

Igualmente, se discutió durante el seminario la excesiva "institucionaliza-

ción de la Rehabilitación, Normalización y Reconciliación y la Casa Verde, con lo cual, el resto del país se lavaba las manos.

5. Los objetivos estratégicos

Un proceso de paz requiere tener claros, desde el principio, los objetivos estratégicos del conjunto de la política, puesto que son los que guían cada uno de los pasos intermedios. Pero ello no implica, como le venía ocurriendo a la administración Barco, que lo estratégico determinaba rigidamente cada paso táctico. Esta ausencia de maniobrabilidad, audacia y capacidad de adaptación a los cambios de situación se veía como negativa.

¿Cuáles son los objetivos estratégicos que un proceso de paz debe tener claros?

a. Deslegitimar la utilización de la violencia como mecanismo de acción política, mediante una ampliación de la vida democrática del país. Sin embargo, debe quedar claro que la deslegitimación no es en sí misma la paz, pero crea un ambiente propicio para ésta;

b. Desmovilización y reinserción a la vida democrática de los movimientos insurgentes en Colombia. Si la guerrilla no está dispuesta a aceptar unas determinadas reglas del juego —incluso para transformarlas— no existe espacio posible para el diálogo;

c. Un "pacto político consensual y nacional" a manera de compromiso histórico y de contrato social para definir el nuevo marco político tanto para el consenso como para el conflicto. Un "acuerdo para el desacuerdo", como diría el exministro de Gobierno, Fernando Cepeda Ulloa;

d. Sin embargo, un pacto de carácter político no puede darse aislado de una necesaria reformulación en los modelos de desarrollo económico;

e. El fortalecimiento de los movimientos sociales y populares, como interlocutores frente al Estado, con el



La conquista de la paz permitiría una redefinición del papel a jugar por las fuerzas militares hasta hoy subordinadas a las teorías de la "seguridad nacional".

delo toda legitimidad a la guerrilla, buscando quitarle su piso social mediante el reformismo estatal, a través del Plan Nacional de Rehabilitación².

Esta política mostraba ya sus limitaciones. En primer lugar, su impacto es a largo plazo y los recursos existentes, así como la capacidad operativa del Estado, eran deficientes. En segundo lugar, la extensión de los programas para casi todo el país, no sólo para los municipios con presencia guerrillera, la habían llevado a un déficit presu-

posición" (control burocrático) de la política de pacificación, con el argumento de que sólo el gobierno tenía la facultad de asumir compromisos. Era evidente que esta rigidez había aislado al gobierno, hecho que lo llevaba a asumir sólo los costos de un proceso tan complejo. Esto, a su vez, le impedía crear un clima de consenso y compromiso con múltiples fuerzas, tales como partidos, gremios, sindicatos e Iglesia. Así, la paz quedaba reducida a un problema de la oficina del conseje-

2. Cf Consuelo Corredor, "Discurso y realidad del Plan Nacional de Rehabilitación", en *Análisis*, N° 2, Cinep, Bogotá, mayo de 1989.

objeto de darle un curso pacífico a las inevitables confrontaciones de toda sociedad.

Se afirmó que en Colombia era indispensable que los sectores con capacidad de influir en el país asumieran un compromiso real antes que el conflicto los desbordara y se vieran abocados a la necesidad de recurrir a la mediación internacional, como ocurrió en América Central, Sri Lanka y Afganistán.

6. Pilares para reactivar la paz

Si se planteaba la necesidad de nuevos horizontes para reactivar el proceso de paz en Colombia, de acuerdo con el Seminario de Paipa I, el impulso debía fundarse en:

a. Continuidad en la política para evitar cambios cada cuatro años, pues la superación de una violencia de más de cuarenta años exige una terapia prolongada. En este sentido, se debía tratar más de una política de Estado que de gobierno.

b. Coherencia en el proyecto de paz, que debía estar dirigido a responder interrogantes tales como: ¿Qué se firma? ¿Hasta dónde pueden llegar el Estado y los partidos de gobierno en sus concesiones? ¿Quiénes dialogan? ¿La totalidad de las Fuerzas Armadas aceptaría hoy un nuevo proceso de diálogo con la guerrilla? ¿Cuál es la coherencia de la Coordinadora Nacional Guerrillera Simón Bolívar? ¿Quién la lidera? ¿Cuáles son los grupos ideológicos y cuáles los pragmáticos? ¿Es hoy el Ejército de Liberación Nacional el pilar estratégico de la Coordinadora, y de serlo, qué significado tiene este hecho? ¿Y si se negocia con algunos de sus integrantes se puede crear una dinámica de paz que permita movilizar y comprometer al resto? ¿Es posible unificar en un proceso de negociación regional al conjunto de los hacendados?

Estas últimas preguntas respondían a uno de los problemas centrales de todo proceso de negociación política: ¿Cómo hacer para "meter en cintura" a un conjunto tan diverso de actores —situados a cada lado de la barrera— para que actúen al unísono?

c. ¿Cómo se negocia? ¿Cuáles son los instrumentos? ¿Se trata de impul-

sar acuerdos regionales para ir aclimatando un ambiente de paz, o más bien se debe arrancar con un acuerdo global?

d. ¿Cuándo se negocia? ¿Existen condiciones hoy para la negociación, o se requiere de la etapa previa de "generación de medidas de confianza"? Evidentemente el clima de ese momento indicaba que se trataba de lo segundo. Aclimatar un nuevo ambiente para la paz sería, sin duda alguna, un proceso lento, contradictorio, lleno de escollos, avances y retrocesos.

fería a la voluntad política para negociar por parte de las clases dirigentes. ¿Existe o no una élite iluminada y con perspectiva a largo plazo capaz de replantearse como condición para su supervivencia el modelo de desarrollo económico?

Ahora bien, era evidente que aun si existiese una voluntad política de los sectores dirigentes era indispensable una idéntica voluntad política de la contraparte, de la guerrilla. La paz debe ser el resultado de una negociación,



La paz debe ser el resultado de una negociación, y toda negociación implica mutuas concesiones de las partes en conflicto.

Las garantías para la oposición, que constituye uno de los pilares básicos de todo proceso de reconciliación nacional, debían acompañarse de iguales garantías para sectores tales como la derecha o los miembros de las Fuerzas Armadas. Si la creación de un sistema político pluralista era el objetivo último del proceso de paz, las garantías para el ejercicio político debían cobijar al conjunto de los actores.

e. Una de las preguntas claves que se debía formular en relación con las perspectivas del proceso de paz, se re-

y toda negociación implica mutuas concesiones.

f. Un tema central de las reflexiones giró en torno a la coyuntura económica en la cual se da un proceso de negociación. En Venezuela, el "boom" petrolero permitió irrigar grandes cantidades de recursos para materializar unas reformas integrales, que ayudaron a disputarle el apoyo de masas al movimiento insurgente. Aun si existiese en Colombia una coyuntura favorable (en todo caso la actual lo es más que la que se dio bajo la administra-

ción Betancur), valía la pena preguntarse si los gremios económicos estaban dispuestos a ceder algo en sus privilegios en beneficio de la llamada "economía social".

g. Desde una perspectiva estrictamente jurídica, era indudable que no puede existir un proceso de paz y de negociación con un movimiento insurgente colocado por fuera de la ley. Sin embargo, la dimensión política de todo proceso de paz exige el reconocimiento de la guerrilla como interlocutor. ¿No es el caso de la "contra" nicaragüense, hoy en día convertida en interlocutora válida ante el gobierno sandinista?

No obstante esto no significa que el Estado deba colocarse en el mismo nivel de la guerrilla (salvo que nos halláramos en el estadio de empate militar e *impasse* político, lo cual no ocurre aquí). Ahora bien, si el Estado en Colombia estaba limitado jurídicamente para discutir un temario amplio con el movimiento insurgente, podría conformar una "Comisión de Reconciliación Nacional" que asumiera este compromiso. Esta debía ser integrada no por personalidades movidas por la buena voluntad —como ocurrió bajo la administración Betancur—, sino por voceros de los distintos estamentos del país. En otras palabras, se trataba de retomar la interesante experiencia de Esquipulas II en América Central.

h. Uno de los cuellos de botella más protuberantes para el surgimiento de un movimiento social y político de oposición legal era, según los participantes, la asimilación que reiteradamente se hacía entre oposición y subversión. La "criminalización" de toda modalidad de oposición había conducido a una radicalización de estos sectores, obstruyendo los canales adecuados para una solución pacífica de los conflictos.

Por ello, una política de paz en Colombia pasa necesariamente por una redefinición de los lineamientos del orden público que han regido en el pasado. Un orden público democrático e integral que vaya más allá de su dimensión de orden y seguridad y que cobije una definición de defensa estratégica. Es decir, que suponga la noción de lo



La incorporación de la Coordinadora Nacional Guerrillera al proceso de paz amplía el horizonte y las posibilidades de aclimatar la democracia en nuestro país.

social, de lo económico y de lo político. En pocas palabras, un orden público democrático exige un consenso nacional.

i. Otro interrogante que surgió en el debate fue si las Fuerzas Armadas debían participar en los procesos de negociación. Los mandos militares que tomaron parte en el Seminario plantearon dos tesis para cuestionar su presencia en las comisiones de paz. De una parte, afirmaron que ese tipo de comisiones tiene un papel eminentemente político, lo cual desborda las funciones castrenses que les asigna la Constitución Nacional. Y de otra parte, sostenían que una tal participación entrañaba el riesgo de "politizar" la institución.

Se recordó que históricamente las Fuerzas Armadas participaron —y con eficacia— en un proceso de reincorporación de los alzados en armas a la vida civil (1953). Este antecedente debía ser considerado en cualquier análisis.

Su ausencia en las comisiones de paz podía presentar un costo muy alto: el divorcio entre las Fuerzas Armadas y una actividad que tiene en esa institución a un actor central. Así mismo podía provocar una incomprensión de las conclusiones que se derivaran de las negociaciones y a su vez fisuras en las relaciones civil-militares, dado que estos últimos podrían llegar a considerar

el proceso de paz como contrario a su visión del interés nacional.

Se planteó que ante la imposibilidad de convocar de inmediato a un gran acuerdo nacional para la paz, era indispensable definir etapas intermedias que reconstruyeran la credibilidad del proceso. Y en un país de regiones, los acuerdos locales podían ser uno de los instrumentos más eficaces: su desarrollo tendría efectos de demostración en otras regiones, y el que se consiguiera una disminución de la escalada de violencia en regiones estratégicas, podía abrirle paso a una disminución de la tensión nacional. El efecto de los "acuerdos multilaterales", tal como el que se alcanzó en el Caquetá en los inicios del año 1988, que comprometió a todas las fuerzas vivas de la región, constituyó un aprendizaje y una evidencia de la eficacia de este mecanismo para la solución de conflictos.

Otro ejemplo de las potencialidades de los acuerdos regionales era el impulso que venía desarrollando en Barrancabermeja el "Frente Común por el derecho a la vida, la paz y la democracia", bajo el liderazgo del padre Nel Beltrán. Este movimiento colocaba cuatro postulados básicos para el éxito de su función mediadora: un liderazgo plural; un cuestionamiento a cualquier modalidad de liderazgos clandestinos; una total oposición a jugar con "cartas marcadas" (es decir, la exigencia de

una total transparencia en los términos de la negociación) y finalmente, una necesaria ruptura con la pretensión gubernamental de un "monopolio" del proceso de paz.

Paipa II

La nueva reunión celebrada en el mismo escenario de Paipa los días 29 al 1 de mayo de 1989, tenía por objeto



Reducir el proceso de paz a las negociaciones con el M-19 era reducir las dimensiones mismas del proceso de paz, lo cual no era contradictorio con hacer de estas negociaciones un pilar estratégico.

evaluar transcurrido un año desde el primer seminario-taller, la evolución del proceso de paz en el país. Analizar sus logros, los factores de bloqueo que persistían, el comportamiento de los distintos actores comprometidos, la coherencia de su manejo, etc., con objeto de presentar nuevas iniciativas que permitieran avanzar hacia el objetivo tanto de la reincorporación de los alzados en armas, como de la ampliación democrática de nuestras instituciones. El dilema era claro para la mayoría de los participantes: o se profundizaba con urgencia en el proceso o éste se vería a corto plazo amenazado por un riesgoso estancamiento.

Esto explica por qué el temario se dividió en tres grandes ítems:

1. Diagnóstico y evaluación del proceso de paz actual;
2. Temas posibles y convenientes para el diálogo político que adelanta-

ba el gobierno con los grupos alzados en armas en ese momento;

3. Análisis de los distintos grupos guerrilleros y perspectivas de adelantar acuerdos con cada uno de ellos.

1. Evaluación del proceso de paz en curso

El proceso de paz tuvo una primera etapa de avances significativos en los

de parte de la opinión pública, si era conveniente desarrollar una sola iniciativa de paz (la que se desarrollaba con el M-19), a la cual debían circunscribirse todos los grupos insurgentes o si por el contrario, debía parcelarse la paz en múltiples escenarios complementarios. Finalmente, si el proceso se consolidaba, existían una serie de temas urgentes que no habían sido desmenuzados: ¿cómo se produciría la desmovilización de los alzados en armas? ¿Cómo sería su reincorporación y con qué tipo de garantías, tanto en el plano jurídico como político? ¿Cuál debe ser el destino de las armas que poseen los grupos insurgentes? Temas cruciales que permanecían en la penumbra.

Se argumentó en la reunión que el objetivo del proceso de paz debería conducir al desarme de la guerrilla, y no necesariamente a la entrega de las armas. El argumento era simple: la guerrilla no estaría dispuesta a repetir la humillante entrega de las guerrillas del Llano en 1953, al mando de Guadalupe Salcedo, frente al general Alfredo Duarte Blum. Ni la guerrilla había sido derrotada, ni los antecedentes históricos eran edificantes. Un buen número de jefes guerrilleros liberales serían asesinados por miembros de la propia fuerza pública en los años posteriores a la entrega. Se imponía una reincorporación con dignidad y en el marco de acuerdos políticos transparentes.

Para ello, se planteó que la incorporación se hiciese en un acto público ante tres delegados: un delegado del Secretario General de Naciones Unidas, un delegado del gobierno central y un delegado de la Policía Nacional, responsable del orden público interno. Aun cuando hubo quienes se opusieron a esta internacionalización del conflicto nacional, otros argumentaron que no se trataba del reconocimiento internacional de unos insurgentes, sino precisamente de quienes dejaban de serlo. La ventaja de la presencia de las Naciones Unidas era la de colocar al país en la mira internacional, con objeto de mejorar tanto la supervisión de los acuerdos como las garantías de quienes se reincorporaban. Esta presencia de supervisores in-

primeros meses del año de 1989, pero empezó a partir de ese momento una etapa de estancamiento y de pérdida de dinamismo peligrosa. Una tregua indeterminada está por definición siempre amenazada de diversos contratiempos (encuentros fortuitos entre los núcleos guerrilleros y tropas del Ejército, cercos militares de provocación, etc.). La raíz de este estancamiento residía en varios factores: de una parte, la falta de claridad en la opinión pública con respecto a las funciones de las mesas de trabajo, sus temas, sus miembros, sus objetivos. De otra parte, la llamada Comisión de Notables dejó condicionada su actividad futura a las conclusiones de la cuarta cumbre de la Coordinadora Simón Bolívar, cuya convocatoria tenía en ese momento serios obstáculos. En tercer término, no existía claridad hasta el momento de la reunión, ni de parte del gobierno ni

ternacionales podía servir para reducir el margen de impunidad y agresividad de los "enemigos agazapados" del proceso de paz.

Igualmente, se propuso la creación de una comisión de investigación sobre el tema de la reincorporación y la desmovilización de los alzados en armas, que le permitiese al gobierno contar con herramientas idóneas antes de encontrarse enfrentado a situaciones de hecho. Estudiar tanto las experiencias nacionales (1953, 1958, 1984)³, como las internacionales, presentar distintas alternativas con base en esas experiencias, propuestas sobre condiciones materiales, garantías políticas y de seguridad, etc.

La evaluación del proceso de paz ponía en evidencia, una vez más, la necesidad de un rediseño del modelo de orden público y defensa nacional que rige en Colombia. La autonomía de las Fuerzas Militares en esta área estratégica, su débil orientación política, la confusión de las funciones policivas de las propiamente militares, etc., tiene efectos nocivos. Por ejemplo, conduce a una creciente militarización de los conflictos sociales (advertidos sólo desde la estrecha óptica de "orden público"), con lo cual, el Estado abandona su función primordial de servir de mediadora en los inevitables conflictos sociales que acompañan toda democracia. Se planteó la necesidad de abrir en Colombia un gran debate nacional que involucre a la prensa, al Congreso, a los partidos, a la universidad sobre el tema: "¿qué modelo de orden público y defensa nacional queremos y necesitamos los colombianos?".

2. Las mesas de trabajo

En un país en el cual el poder político sufre de un enorme fraccionamiento y por ende, de una legitimidad altamente erosionada, es indispensable reconstruir las bases de un consenso nacional. Es decir, redefinir el marco de la acción política. Las reglas del juego de la participación política, mediante un *nuevo pacto social*. Esta debía ser la función central de la mesa de trabajo que reuniría al gobierno, a los dos partidos tradicionales, al M-19 y a la Igle-

sia, con una función de tutoría espiritual esta última.

Para muchos de los participantes la mesa de trabajo debía constituir una *instancia de decisión política*, y por tanto, el número de sus miembros debía ser reducido para no comprometer su eficacia. De otra parte, era indispensable, al menos en una etapa más avanzada del proceso de negociación, elevar la categoría de los participantes una vez se aproximara el momento de las decisiones últimas. Los dirigentes máximos de cada una de las instituciones participantes debían estar presentes en ese momento. Otra cosa eran las tres mesas auxiliares, denominadas de



El campamento de Sto. Domingo: un espacio político y territorial para la transición del M-19.

Análisis y Concertación que, como *instancias de participación ciudadana* podían tener una amplia participación de todos los sectores sociales y políticos del país. Estas últimas mesas, al igual que los diálogos regionales, debían ser los espacios para multiplicar el compromiso y la participación de la sociedad civil en el proceso de paz. Es decir, constituirse en el fundamento del necesario consenso nacional que requiere el proceso de paz.

3. Cf Socorro Ramírez y Luis Alberto Restrepo, *Actores en conflicto por la paz: El proceso de paz durante el gobierno de Belisario Betancur 1982-1986*, Bogotá, Siglo XXI Editores y Cinep, 1989.

En el momento en que se produjo la reunión en Paipa, el gobierno y los partidos tradicionales habían ya determinado que los temas que abocarían las mesas de concertación y análisis serían los propuestos por el M-19, es decir, las llamadas “tres rectificaciones”: en el modelo de orden público, en el modelo político y en el modelo de desarrollo económico⁴. Los participantes en el encuentro de Paipa opinaron que las decisiones que emanaran de estas mesas y que luego serían analizadas en la mesa de trabajo debían, en primer término, evitar caer en los riesgos maximalistas de exigir una “revolución por decreto”. Es decir, sus conclusiones debían ser realistas y pragmáticas.

Y en segundo término, no necesariamente estos acuerdos debían asumir la modalidad de proyectos de ley. Los indispensables podían cobijarse bajo esa fórmula, pero muchos otros debían servir de base para el nuevo pacto. Así se evitaba caer en el “cretinismo jurídico”, es decir, en la creencia de los efectos mágicos de las normas jurídicas. Mucho más trascendental podría ser un documento de compromisos sobre las bases de la nueva democracia, firmado por los principales actores de la vida nacional. Documento que podría servir de preámbulo en un eventual referéndum futuro, una vez se reformara el artículo 218 de la Constitución Nacional. En este punto, uno de los participantes formuló una pregunta clave: ¿el referéndum debe ser anterior o posterior a la desmovilización?

El objetivo de la mesa de trabajo no debía ser, por tanto, una reforma radical del Estado, sino su modernización política. Es decir, los procedimientos, las reglas y las garantías del juego democrático. El mínimo común denominador político con temas, tales como, la exclusión total de la violencia como recurso de acción política, la reforma de la justicia, el estatuto de la oposición, la circunscripción nacional, el voto secreto, la reforma del Congreso, la creación de un Tribunal de Garantías Electorales y de una Veeduría Internacional (como en Chile, Panamá y El Salvador). En este sentido, la guerrilla no podía exigir una “revolución por decreto” para su desmovilización. Lo

que podía y debía exigir era un saneamiento del clima político para entrar a competir en términos equitativos con el resto de partidos legales. E intentar por esta vía materializar su concepto de sociedad y de Estado.

De otra parte, no se debía caer en la trampa de quienes postulaban que la paz era con todos los grupos insurgentes o con ninguno. No se podía condicionar la dinámica y los logros alcanzados en el proceso con el M-19, a la dinámica y el perfil del resto de los grupos. En este sentido, no debía existir ninguna impaciencia para unificar procesos que poseen su ritmo específico. Por ejemplo, era negativo unificar de inmediato la actividad de la Comi-

favor de una “política editorial para la paz”. Su ausencia ha sido considerada, entre quienes han evaluado la experiencia centroamericana posterior a los Acuerdos de Esquipulas II, como uno de los obstáculos principales para alcanzar la paz en esta martirizada región.

3. Los grupos guerrilleros

Para muchos de los participantes el análisis de los distintos grupos guerrilleros, así como la evaluación de sus variadas actitudes frente al proceso de paz, hacían poco realista plantear como objetivo inmediato del proceso actual la paz global, en términos territo-



Una mirada y una nueva apuesta política del M-19.

sión de Notables con la mesa de trabajo. Por el contrario, se debía avanzar en la mesa de trabajo con objeto de ir delimitando el temario básico de un acuerdo nacional. Y una vez maduraran los compromisos con otros grupos insurgentes se podía pensar en unificar los distintos escenarios de paz y negociación.

Así mismo, era indispensable meterle política al proceso de paz, desclandestinizarlo, para ganar el necesario consenso nacional que exige una solución negociada de esta naturaleza. La paz es un proceso que se construye todos los días y exige una opinión bien informada y participante. En este sentido, era necesario un compromiso claro de los medios de comunicación, en

riales, y general, en cuanto hace a todos los agentes involucrados en el conflicto. *El objetivo a corto plazo, era más bien, la disminución de la intensidad del conflicto.* Quienes sostuvieron este punto de vista pensaban que, tanto al interior de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar (como es el caso del ELN), como en determinados sectores del Estado, de los partidos y de la propia sociedad civil, no se ha abandonado el objetivo maximalista de la solución militar del conflicto. Es decir,

4. “Mensaje del comandante del M-19, Carlos Pizarro Leongómez, a la mesa de trabajo para la reconciliación nacional”, Ciudadela de la Paz de Santo Domingo, Cauca, 3 de abril de 1989.

la derrota del adversario, su aniquilamiento. En estas condiciones, plantearse la paz como objetivo inmediato podía conducir a expectativas frustrantes. Ni siquiera en Venezuela, en donde la guerrilla se acogió masivamente a la vida democrática, dejó de tener fisuras la reincorporación: el ejemplo patético de Douglas Bravo combatiendo en su soledad años más tarde es una evidencia.

Por tanto se consideró poco realista la fórmula de quienes abogaron por una paz nacional, liderada por el gobierno y con el conjunto de los grupos insurgentes. Ante la poca viabilidad de esta propuesta, se encontró una fórmula que podía servir de sucedáneo: *la multiplicación de los escenarios de negociación*. Es decir, que ante la experiencia adquirida, se imponía no sólo parcelar a los interlocutores de la insurgencia, sino también los temas, las regiones e incluso a los interlocutores provenientes del Estado y la sociedad civil. La idea era la siguiente: las mesas de trabajo y el proceso de paz que se desarrollaba con el M-19 debían continuar constituyendo el pilar estratégico del proceso en su conjunto. Sin embargo, ante la diversidad de posturas que se presentaban en la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, no se podía descartar de antemano otras iniciativas complementarias, que permitieran lograr el objetivo de disminuir la intensidad del conflicto. Un ambiente menos caldeado facilita la generación de un clima de confianza mayor. Esta es la función que venía cumpliendo la Comisión de Notables. Pero, además se podía con audacia e imaginación impulsar otras iniciativas complementarias. Por ejemplo, se podía impulsar una comisión parlamentaria *ad hoc* para discutir (no necesariamente negociar, al menos en esta etapa inicial) el tema de la humanización de la guerra que aboga el ELN. O una comisión compuesta por la USO y los alcaldes de los municipios que perciben regalías petroleras para hablar sobre el tema de los recursos energéticos con esta misma organización. O en otro contexto, impulsar un diálogo regional con el grupo indigenista Quintín Lame sobre los tres temas que esta organización defiende: la desmilitarización de las

zonas indígenas del norte del Cauca, el respeto a los resguardos y a los cabildos y la implementación de planes de desarrollo regionales.

Esta propuesta se fundamentaba en una constatación: el gobierno había ganado en esos últimos meses un mayor espacio de credibilidad ciudadana, gracias a su iniciativa de paz, a la lucha contra los grupos paramilitares y de autodefensa, y a la confrontación más decidida contra el narcoparamilitarismo. Un gobierno más sólido podía multiplicar el número de tableros y de jugadores sin correr el riesgo de perder



el control del juego global. Estos múltiples escenarios de negociación podían converger a mediano plazo hacia un proceso único. Pero no necesariamente era negativo si corrían paralelos, al menos un tiempo, en la perspectiva de disminuir la intensidad del conflicto, generando un clima más respirable y de mayor credibilidad y apoyo en la opinión pública. La estrategia partía de hacer predominar la lógica política sobre la lógica militar. No se trataba de impulsar nuevas "iniciativas de paz". Se trataba, por el contrario, de flexibilizar la que existía mediante otros escenarios que la acompañaran y la reforzaran.

En este sentido, reducir el proceso de paz a las negociaciones con el M-19 era reducir las dimensiones mismas del proceso de paz. Lo cual no se advertía como contradictorio con hacer de las

negociaciones con el M-19 el pilar estratégico del conjunto del proceso, dada su mayor lucidez política en esta etapa, su alto potencial de negociación gracias a su capacidad para jalonar el proceso, su mayor margen de opinión pública urbana. Pero, era de todas formas indispensable ampliar el número de grupos guerrilleros involucrados en el proceso de paz, dada la fragilidad de un proceso fundado sólo en el M-19. En este sentido, se debía jugar con mayor audacia con los grupos más pequeños, tales como el PRT y el Quintín Lame. De otra parte, se requería invo-

lucrar al Partido Comunista al proceso de paz y comprometerlo frente al país al abandono de su ambivalente y costosa política de la "combinación de todas las formas de lucha revolucionaria".

Finalmente, se argumentó que la humanización de la guerra, así nos hallemos teóricamente en un "Estado de derecho", debe contemplar la vigencia interna de los protocolos de Ginebra. El Estado actual no tiene mecanismos aptos para controlar los excesos de sus propios agentes. Colombia bordea el abismo de la internacionalización de su conflicto: tanto Ecuador como Venezuela han sufrido o sufren de la irradiación de este flagelo. ¿Cuánto tardaremos en ver constituirse un grupo de mediación internacional como Contadora, pero en este caso para Colombia, si somos incapaces de solucionar nuestros propios conflictos a corto plazo?

Federico Machado
Miembro del Movimiento
Colombianos por el socialismo

Izquierda y elecciones

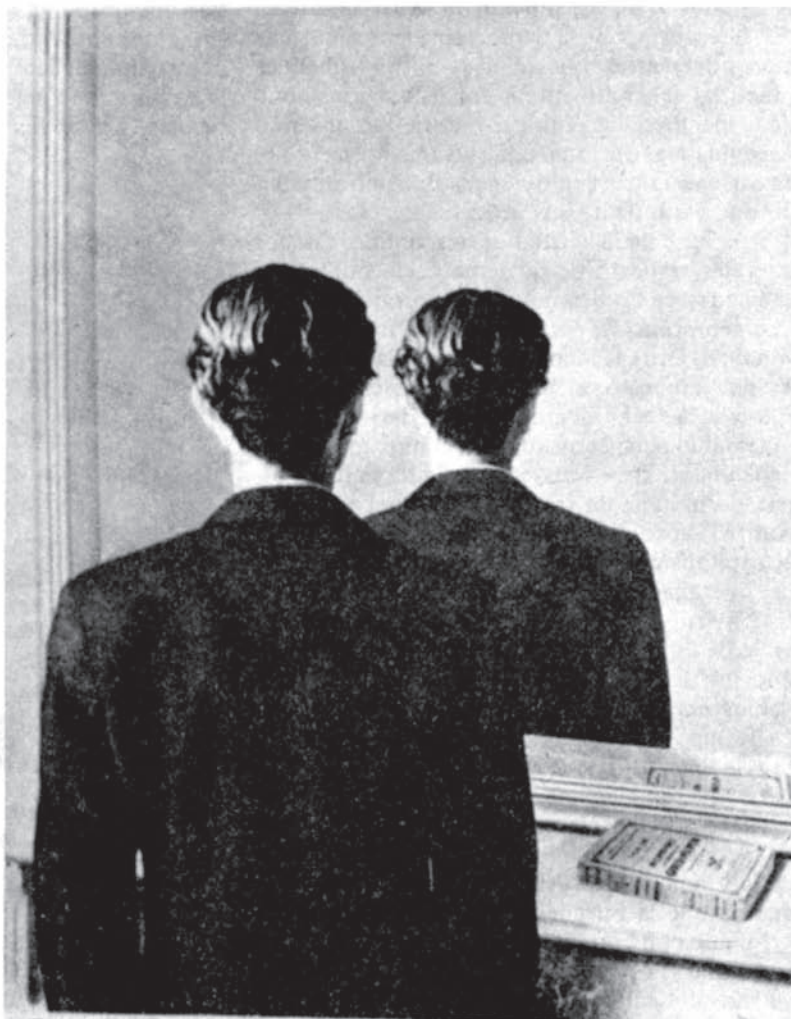
Liberalismo y democracia en Colombia

Federico Machado

Con el presente artículo queremos iniciar el análisis de las distintas propuestas electorales que desde la izquierda y el campo democrático se ofrecen al país. En esta oportunidad Federico Machado presenta la táctica electoral del Movimiento Colombianos por el Socialismo que lideran Abel Rodríguez, concejal de Bogotá, y Carlos Bula Camacho.

En nuestro próximo número ofreceremos el análisis de la táctica electoral del Movimiento Colombia Unida y de la Unión Patriótica, realizado por voceros de dichas organizaciones políticas. EL EDITOR.

La extensión de la democracia más allá de las fronteras de las comunidades locales es uno de los rasgos característicos de la modernidad. Pero con el desarrollo de la democracia también surgieron reacciones antimodernas que han buscado poner en tela de juicio su validez como modelo normativo para las relaciones entre los actores sociales. En la tradición socialista estas reacciones se han presentado bajo la forma de ciertas confusiones en torno al concepto de democracia, dos de los cuales constituyen el objeto de estas notas. La primera es aquella que postula una supuesta identidad entre liberalismo y democracia. La segunda es la que considera que la democracia formal es "falsa" y "aparente" y procede, en consecuencia, a afirmar la existencia de una contradicción entre democracia formal y democracia "real". Las dos secciones de este artículo discuten, en su orden, la relación entre liberalismo y democracia y la relación entre democracia formal y democracia "real". La primera de ellas se detiene a considerar las consecuencias que se derivan en términos de la conducta política que los demócratas deben asumir frente a los liberales en las condiciones actuales del desarrollo político colombiano.



Liberalismo y democracia

Es bien sabido que el surgimiento de la democracia moderna está asociado con el desarrollo del liberalismo clásico. Los principios del derecho natural racional iluminaron la declaración de independencia norteamericana y la declaración de los Derechos del Hombre de la Revolución Francesa. Las constituciones de los dos países establecieron los derechos "naturales" a la vida, la libertad y la propiedad y con ello las

primeras instituciones de la democracia formal. Desde entonces los partidos liberales y sus ideólogos han procurado propagar la imagen de que el liberalismo es la fuerza democrática por excelencia de la sociedad contemporánea. Es necesario por tanto, recordar las razones por las cuales esta pretensión es injustificada tanto en la experiencia política internacional como en el desarrollo político colombiano.

Veamos un testimonio. El historiador Eric H. Hobsbawm¹, subraya que ya en la situación europea posterior a la revolución de 1830 en Francia, "el liberalismo y la democracia parecían más bien adversarios que aliados". "Los liberales prácticos del continente —añade— se asustaban de la democracia política, prefiriendo una monarquía constitucional con sufragio adecuado o, en caso necesario cualquier absolutismo anticuado que garantizara sus intereses".

A la base de la actitud de desconfianza de los liberales respecto de la democracia política se encuentra ya desde entonces ese producto histórico temprano de la época moderna que es la simbiosis entre la ideología liberal y la burguesía. Y, por supuesto, el temor de esta clase social frente a la lucha democrática se derivaba de la indeseable perspectiva de que el movimiento independiente de las clases trabajadoras fuera capaz de inducir un tránsito de la lucha política contra el absolutismo hacia la lucha social contra el capitalismo. Para las corrientes dominantes del liberalismo la supervivencia del capitalismo se convirtió bien pronto en un parámetro inamovible de la lucha política y social y en un límite que no debe rebasarse en el desarrollo de la democracia.

Veamos otro testimonio histórico. Esta vez proviene de uno de los participantes directos en la revolución alemana de 1848. Después de puntualizar que los representantes de la burguesía formaban la oposición liberal al régimen político de la monarquía prusiana, Carlos Marx nos recuerda que la burguesía alemana se había desarrollado con tanta languidez que, en el momento en que se opuso, amenazadora, al feudalismo y al absolutismo, se encontró con la amenazadora oposición del proletariado y de todas las capas de la población urbana y, para completar la caracterización clásica de aquella clase social, añade:

inclinada desde el primer instante a traicionar al pueblo y a pactar un compromiso con los representantes coronados de la vieja sociedad (...) sin fe en sí misma y sin fe en el pueblo, gruñendo contra los de arriba y temblando ante los de abajo, egoísta frente a ambos y consciente de su egoísmo (...)

recelosa de sus propios lemas, frases en lugar de ideas (...) sin energía en ningún sentido (...) sin una vocación histórica mundial, un viejo maldito que está condenado a dirigir y a desviar en su propio interés senil los primeros impulsos juveniles de un pueblo robusto (...) se encontró al timón del Estado prusiano².

Lenin no fue, por su parte, menos enfático. Uno de los postulados claves de la táctica política que proponía a su partido era el de diferenciar entre dos tendencias burguesas en el proceso de la emancipación política de Rusia: la de la gran burguesía madura, representada por los liberales, y la de los propietarios pequeños y me-



dianos representada por la democracia campesina. Liberalismo y democracia como entes políticos distintos. Y escribía lo siguiente en relación con la conducta del primero respecto de la segunda:

La burguesía liberal (...) teme más al movimiento de las masas que a la reacción. De ahí la sorprendente e increíble *debilidad* del liberalismo en política, su absoluta impotencia. De ahí la infinita serie de equívocos, falsedades, hipocresía y cobardes subterfugios en toda la política de los liberales, que *deben* jugar a la democracia para atraerse a

1. E. J. Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1971.

2. Carlos Marx, *La burguesía y la contrarrevolución*, en C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Vol. I.

las masas, pero que, al mismo tiempo, son profundamente antidemocráticos, profundamente hostiles al movimiento de las masas (...)³.

Por supuesto que, por más respetabilidad que se les pueda asignar, los anteriores testimonios no pueden sustituir un análisis específico de la relación entre liberalismo y democracia en el desarrollo político colombiano. Aunque un análisis detallado de la cuestión y un estudio pormenorizado de la evidencia empírica sobrepasan el alcance de este escrito, resulta imperativo formular algunas anotaciones así sea de una manera esquemática.



Para nuestro propósito es suficiente examinar el comportamiento del liberalismo en la gran coyuntura de transformación nacional que arrancó en la década de los años 20 y culminó en el baño de sangre de la *primera violencia*. Al compás del surgimiento del capitalismo industrial y de la integración definitiva de ese país al sistema de dominación del capitalismo norteamericano, se presentó un auge de las luchas sociales que se canalizó a través de un naciente sindicalismo, del primer intento de formación de un partido socialista y de la agitación dentro del partido liberal de una nueva y brillante generación intelectual fuertemente influida por las ideas socialistas. A lomo de aquella dinámica de lucha popular y del fermento de las nuevas ideas, el partido liberal recuperó el poder ejecutivo con la elección del presidente Olaya Herrera. Con el advenimiento, posteriormente, del gobierno de

Alfonso López las masas trabajadoras esperaban la "revolución liberal" que nunca llegó. La oportunidad de llevar a cabo una democratización profunda de la vida política nacional y de iniciar reformas sociales fundamentales se frustró. Como lo señaló Antonio García, con agudeza característica, la fórmula del gobierno liberal fue la de otorgar *leyes de reforma* como sustituto de las reformas mismas. Se evidenció en esta coyuntura una de las constantes del comportamiento liberal en esta materia: la creencia de que la promulgación de reformas constitucionales es suficiente para cambiar las realidades sociales, por lo cual no es necesario preocuparse por la *realización práctica y la ejecución institucional* de reformas sociales efectivas. Enfrentada a la resistencia de la reacción política, la dirigencia liberal, incluyendo la mayor parte de la nueva generación de los años veinte, escogió el camino del compromiso con la derecha en lugar de la alternativa democrática de apoyarse en las masas populares, constituir una verdadera democracia política y aislar a las fuerzas derechistas reduciéndolas, por medio de la lucha política, a una condición de minoría electoral irreversible. Aunque en estos días no sea de buen recibo en algunos medios intelectuales, la conclusión que se impone de este repaso de las características fundamentales del período que nos ocupa no es otra que la afirmación según la cual el liberalismo *capituló* ante las fuerzas reaccionarias. No se puede dejar de anotar que una parte importante de las severas expresiones de los autores arriba citados son aplicables también al liberalismo colombiano.

Dentro de los límites formales de un ensayo parece legítimo establecer una primera conclusión a la luz de los testimonios de la experiencia histórica internacional y del vistazo dado a una de las etapas claves del desarrollo histórico reciente de nuestro país. Esta primera conclusión establece que la tendencia dominante del liberalismo como fuerza política está dispuesta a levantar banderas democráticas efectivas y luchar por medidas democráticas efectivas siempre y cuando aquellas banderas y estas medidas no afecten de una manera fundamental la continuidad del régimen económico capitalista o, lo que es equivalente, siempre y cuando no signifiquen el advenimiento de un poder político que pueda cuestionar el futuro de dicho régimen económico. Ante la sola amenaza de semejante advenimiento, el liberalismo retrocede. El liberalismo es entonces, en el mejor de los casos, inconse-

3. V. I. Lenin, *Liberalismo y democracia*, Obras escogidas, Tomo 3, Editorial Progreso, Moscú.

cuenta en la lucha por la democracia, en el sentido preciso de que no está dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias en la tarea de democratizar la política, la sociedad y la economía. En el peor de los casos, el liberalismo puede llegar incluso a actitudes de franca capitulación y de traición a los intereses de las mayorías.

El reduccionismo marxista

Antes de abandonar este primer aspecto del análisis de la relación entre liberalismo y democracia es importante formular una reserva frente a los testimonios invocados, con el fin de establecer una distancia crítica respecto del aparato conceptual utilizado por los pensadores mencionados. El autor juzga que la manera de concebir la relación entre la burguesía y liberalismo por parte de Marx y Lenin evidencia la tendencia reduccionista del marxismo ortodoxo consistente en ver toda línea política y toda filosofía política como expresión de una clase social. Conceptos como el de "liberalismo burgués" en los cuales se insinúa que el liberalismo es *por naturaleza* burgués constituyen el epítome de este enfoque. El autor, por contraste, prefiere una teoría en la cual se le reconozca al liberalismo el carácter de una filosofía (o doctrina) política y de un partido político y a la burguesía el de una clase social y donde, en consecuencia, quepa la posibilidad de que el liberalismo no sea necesariamente burgués o de que la burguesía no sea necesariamente liberal. Esto quiere decir que estos testimonios se toman como evidencia del comportamiento político del liberalismo y su utilización no implica, claro está, una aceptación del marco conceptual que los encuadra.

Podría argumentarse tal vez que la mencionada autolimitación de los liberales ante la lucha democrática cuando, real o supuestamente, aquella pone en cuestión el régimen capitalista es una demostración palmaria del carácter burgués del liberalismo.

Esto sería equivocado, sin embargo. En primer lugar, no hay nada en la *filosofía política* liberal en cuanto tal que la ate necesariamente al capitalismo. En segundo lugar, la tesis acerca de la mencionada autolimitación sólo es válida para la tendencia dominante, mayoritaria, del liberalismo en su *comportamiento político práctico* y resulta mejor explicada por la hipótesis de la existencia de una articulación histórica particular de elementos de naturaleza distinta (a saber, la política liberal y la clase burguesa) que por la asignación de un carácter de clase burgués al liberalismo. Existe además un fenómeno bien conocido, de ocurrencia sistemática y repetida que no puede ser explicado por la supuesta identidad entre liberalismo y burguesía: son los esfuer-

zos prometeicos de los mejores intelectuales liberales en el sentido de formular una síntesis entre liberalismo y socialismo y, por esta vía, de engendrar un pensamiento liberal no comprometido con la supervivencia del capitalismo. Los esfuerzos de gigantes intelectuales de la talla de John Stuart Mill, Benedetto Croce, Bertrand Russell, John Dewey y, más recientemente, de Norberto Bobbio se enmarcan en esta perspectiva.

El Socialismo Democrático y la táctica electoral

La anterior discusión nos dota de un punto de partida para abordar la cuestión candente de cuál debe ser la actitud de los demócratas ante el

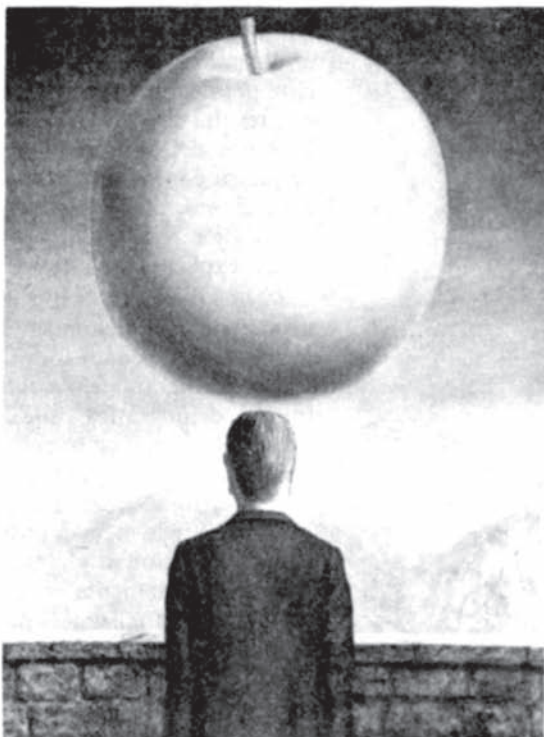


Partido Liberal en la etapa actual del desarrollo político colombiano.

Lo primero que debe decirse es que en el Partido Liberal colombiano coexisten tres tendencias ideológicas reconocibles, sólo una de las cuales es propiamente liberal en el sentido en que aquí se utiliza el término. Esta corriente se ubica en las posiciones de centro y, en parte, de centro-izquierda de la topografía convencional usada por la ciencia política descriptiva. Lo que las distingue de las demás tendencias son tres características: en primer lugar, apelan ciertamente a un discurso democrático como forma de legitimación pero el propio discurso es de un horizonte limitado; en segundo lugar, están dispuestos a respaldar, e incluso a impulsar, reformas econó-

micas y sociales que no pongan en tela de juicio el ordenamiento social vigente y, en tercer lugar, cuando los conflictos sociales y políticos se agudizan prefieren pactar compromisos con la derecha en vez de hacerlo con las fuerzas contestatarias al orden establecido.

La segunda tendencia significativa en el Partido Liberal es la derecha, cuyo representante más caracterizado en el momento actual es el precandidato Durán Dussán. No es una corriente liberal en el sentido doctrinario sino más bien una tendencia conservadora, en el sentido preciso de que se opone a las reformas, autoritaria por cuanto privilegia la represión como forma de tratamiento de los conflictos sociales. Es, al mismo tiempo, una corriente republicana en cuanto



prefiere los gobiernos civiles de políticos profesionales a las dictaduras militares.

La tercera fracción reconocible en las filas del Partido Liberal es la social-demócrata. Se trata de una tendencia que está por la *realización de reformas económicas y sociales importantes dentro de los confines del capitalismo y por una democratización* considerable del régimen político. Los intelectuales juegan un papel importante en ella. En términos de su fuerza numérica electoral es un contingente pequeño comparado con las otras dos tendencias pero respetado por sus planteamientos y capaz de influir, de una manera notable, sobre la opinión pública. Sin embargo, aún no se ha consolidado y diferenciado completamente respecto del sector propiamente liberal

y, en ocasiones, da la impresión de que se subordina a los dirigentes de este último y deliberadamente se autolimita en sus posibilidades de acción política. Es, de todas maneras, una fuerza política democrática llamada a jugar un papel progresivo en la política nacional.

La cuestión de determinar una actitud de los demócratas frente al Partido Liberal sólo tiene sentido, por supuesto, si se satisface la premisa de que aquellos constituyan una opción política *independiente* de los liberales. Si los demócratas están desorganizados o subordinados a los liberales o a la izquierda autoritaria, el problema obviamente no se plantea, pues, en cualquiera de estos casos, serían otros los que definirían por ellos.

A nuestro juicio, una táctica concreta de los demócratas colombianos (válida tanto para los demócratas socialistas como para los no socialistas) se resume en los siguientes enunciados:

1. Reconocer que la derecha liberal (incluyendo aquí el grueso de los empresarios electorales que no se ocupan de definiciones ideológicas pero que constituyen una especie de derecha "En la práctica") hace parte del campo de los enemigos de la democracia y de los cambios sociales y actuar en consecuencia.

2. Siempre sobre la base de resguardar celosamente su independencia política, los demócratas deben estar dispuestos a llegar a acuerdos políticos de corto plazo en torno a objetivos concretos con la tendencia propiamente liberal con el fin de avanzar la causa democrática y popular. En estos acuerdos los demócratas deben estar vigilantes contra las posibles defecciones e inconsecuencias de dicha tendencia política.

Una aplicación particular de esta prescripción táctica puede ilustrarla: en la coyuntura política actual, cuyo rasgo definitorio es la campaña electoral, el movimiento democrático carece de la fuerza electoral suficiente para promover una candidatura presidencial propia que tenga probabilidad razonable de ganar o, al menos, de incidir de una manera significativa en la transformación de la correlación de fuerzas. Si en Colombia existiese el sistema de elección presidencial a dos vueltas, la Izquierda Democrática tendría la opción de acumular fuerzas en la primera vuelta mediante una candidatura independiente con un perfil definidamente democrático y popular, para luego, en la segunda vuelta, apoyar la candidatura más favorable a los intereses del progreso social y la democracia política entre las dos finalistas. La circunstancia de que esta opción no existe constituye una situación de "corto circuito" de los procesos políticos tanto para muchos ciudadanos individualmente considerados como para los partidos distintos al libe-

ral y al conservador. Esta circunstancia obliga a los demócratas, dada su situación de relativa debilidad, a asumir en la única vuelta electoral la actitud que en el esquema de las dos vueltas sólo sería forzosa en la segunda de ellas, vale decir, la actitud de escoger entre los candidatos de los partidos mayoritarios, aquél que sea preferible para los intereses de corto y largo plazo de la democracia o al menos, aquella cuya victoria signifique la derrota de los enemigos recalcitrantes de la democracia.



Es importante advertir que la táctica de escoger entre los candidatos "viables" no se plantea aquí como prescripción obligatoria adecuada para todas las circunstancias. En determinadas condiciones puede ser incluso, francamente equivocada. Cuando, por ejemplo, las opciones dominantes apenas se diferencian por matices de orden secundario en el marco de etapas de estabilidad política relativa y de relativa paz social y no se da la circunstancia de que la elección en cuestión vaya a definir el curso de la vida política nacional en dimensiones importantes de la misma, la táctica óptima —en verdad, la única

razonable— es la de alentar una presencia independiente, así sea minoritaria del movimiento democrático en la contienda electoral. Tal parece haber sido el caso de las elecciones presidenciales en Venezuela durante las dos décadas siguientes a la caída de Pérez Jiménez, razón por la cual parece justificada la política de la izquierda del país hermano de presentar candidatos propios en dichas elecciones.

Es evidente que las condiciones aludidas en el párrafo anterior son precisamente las que *no* existen en Colombia. El país se debate en una crisis profunda; asistimos a un proceso de polarización política y social que ha alcanzado un grado bastante avanzado. Los problemas que se dirimen son de proporciones notables y de gran alcance. El curso que tomará la vida política nacional será muy distinto si el próximo presidente es un liberal moderado que se incline hacia la solución política de los conflictos o si, por el contrario, resulta ser un derechista (ya sea del partido Liberal o del Conservador) partidario de escalar la guerra contra la subversión armada. En estas condiciones, es *imperativa* la táctica de apoyar uno de los candidatos viables, en los términos arriba explicados.

3. Los demócratas que han optado por organizarse independientemente de los partidos tradicionales deben reconocer en la tendencia social-demócrata del Partido Liberal a una de las fuerzas democráticas que están llamadas a engrosar el bloque de nuevos partidos democráticos y populares que habrá de sustituir a los partidos tradicionales en la conducción del Estado. Con dicha tendencia es posible y necesario plantear una relación de alianza de largo alcance y en materias fundamentales de la vida política y social. En el corto plazo, es preciso alentarlos a que definan sus fronteras con la tendencia propiamente liberal y ayudarlos a *propinar derrotas a la tendencia derechista reaccionaria*.

Antes de abandonar el tema de las relaciones entre el liberalismo y democracia en la vida política colombiana, es necesario hacer referencia a un fenómeno particular que, de no recibir un tratamiento apropiado por parte de las fuerzas políticas democráticas, puede generar perturbaciones considerables en el accionar de estas. Nos referimos al fenómeno constituido por aquella categoría de hombres públicos provenientes de los partidos tradicionales quienes, después de haber hecho una carrera política de alguna notoriedad y/u ocupado cargos importantes en los gobiernos, se sensibilizan de una manera especial frente a las reivindicaciones de la Izquierda y del movimiento democrático y empiezan a apoyar públicamente acciones específicas (de defensa de los derechos humanos, de lucha por la paz y la re-

conciliación nacional, etc.) tendientes a conquistar dichas reivindicaciones. En el vocabulario tradicional de la Izquierda se las conoce con el apelativo de personalidades democráticas. Algunos de ellos, en verdad, merecen el honor implícito en tal apelativo. Pero, por otra parte, otros deberían más bien ser caracterizados con toda propiedad, como políticos liberales que actúan por fuera del Partido Liberal. Una de las varias características de su conducta que permiten hacer la anterior afirmación es el hecho de que estos políticos nunca queman las naves que harían posible el regreso al Partido de origen. A manera de ejemplo, nótese cómo estas personas nunca se comprometen a fundar y desarrollar nuevos partidos políticos distintos y opuestos a los partidos tradicionales. En sus incursiones rebeldes nunca van más allá de la participación en movimientos amplios de coalición electoral con la Izquierda, que se disuelven al pasar las elecciones.

Frente a este tipo de personalidades liberales (que no democráticas) el movimiento democrático debe asumir la misma actitud esencial que frente a los que actúan al interior de los viejos partidos: mantener su independencia, apoyarlos cuando se enfrentan a la derecha y estar vigilantes frente a posibles defecciones e inconsecuencias. Pero en un aspecto específico la táctica sí debe ser distinta y es en lo referente a la cuestión de las candidaturas de estos políticos en las elecciones.

En las elecciones presidenciales estos políticos no son candidatos con opción de triunfo y, por lo tanto, el tipo de raciocinio que hace permisible, e inclusive obligatorio, apoyar a candidatos de tendencia liberal *no* es aplicable a su caso. Reflexiónese sobre el hecho de que votar por un liberal que no es una opción seria de gobierno es, en verdad, escoger el peor de los mundos.

Democracia formal y democracia "real"

La distinción entre democracia formal y democracia "real" tiene una larga tradición en la izquierda, el punto de referencia obligado para discutir la cuestión es Lenin. Para él:

"En el más democrático Estado burgués, las masas oprimidas tropiezan a cada paso con una contradicción flagrante entre la igualdad *formal*, proclamada por la 'democracia' de los capitalistas y las mil limitaciones y tretas *reales* que convierten a los proletarios en *esclavos asalariados*"⁴.

Además, para Lenin la democracia formal tiene un carácter de clase, es democracia "para los capitalistas", democracia "burguesa".

De los anteriores planteamientos Lenin deduce la necesidad de que la democracia formal sea sustituida por la "dictadura del proletariado", la cual, supuestamente, constituye una forma superior de democracia, la "democracia proletaria".

Lenin define la "dictadura revolucionaria del proletariado" como "un poder conquistado y mantenido mediante la violencia ejercida por el proletariado sobre la burguesía, un poder no *sujeto a ley alguna*"⁵. La constitución de tal poder requiere la abolición de la democracia formal que, como bien se sabe, implica un conjunto de



sujeciones legales a las cuales debe someterse el poder.

La premisa sobre la cual se basa Lenin para llegar a las conclusiones que propone es incontrovertible. Existe, efectivamente, en el capitalis-

4. V. I. Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kaustsky*. Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1972. Los subrayados son de Lenin.

5. Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kaustsky*. Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1972, pág. 10. El subrayado es nuestro.

mo una clara desigualdad política entre los que controlan el poder económico y los excluidos del mismo. Las mayorías ciudadanas y las clases trabajadoras no pueden competir con el poder organizado de los magnates de las finanzas, la industria, el comercio y la gran propiedad territorial. Las inmensas diferencias de poder económico entre unos y otros forman la igualdad ante la ley en desigualdad práctica. Pero de aquella premisa *no* se deriva la conclusión de Lenin. En efecto, del hecho objetivo de que el capitalismo limite las posibilidades de ejercicio de la democracia para los trabajadores no se deduce que haya que acabar con la democracia formal y sustituirla por un régimen dictatorial.

Deducir esto último es, en verdad, operar con una lógica muy extraña, la lógica de culpar a la víctima. Lo que los hechos aducidos por Lenin demuestran es que la democracia formal es una víctima del capitalismo. La conclusión lógica es la necesidad de *acabar con el capitalismo* pero de ninguna manera la de acabar con la democracia formal.

En realidad, mirar la relación entre la democracia formal y la democracia plena, efectiva, como una relación de contradicción, constituye un planteamiento incorrecto de dicha relación. La relación verdadera es bien distinta y se puede expresar diciendo que *la democracia formal es una condición necesaria pero no suficiente para la democracia efectiva*.

No debe perderse de vista, en primer lugar, que el ser formal es una característica esencial de la democracia. Esta es un conjunto de *formas* de relación que deben observarse entre los sujetos políticos y el Estado.

En cuanto tales, estas formas no dicen nada acerca del contenido de las decisiones que se adoptan a través de ellas o de las actividades que se desarrollan en su marco. A manera de ejemplo, el derecho de expresión es una forma de relación entre gobernantes y gobernados en la cual los primeros están impedidos de silenciar a los segundos, independientemente de los contenidos que se anuncien por parte de estos últimos en ejercicio del mencionado derecho. Como lo subrayó Agnes Heller en un ensayo magistral⁶ que ha contribuido como ninguno a aclarar la confusión que aquí se discute.

“Los principios de la democracia formal regulan nuestra manera de proceder en los asuntos sociales la manera de resolver nuestros conflictos, pero no imponen limitación alguna sobre el contenido de nuestros objetivos sociales”.

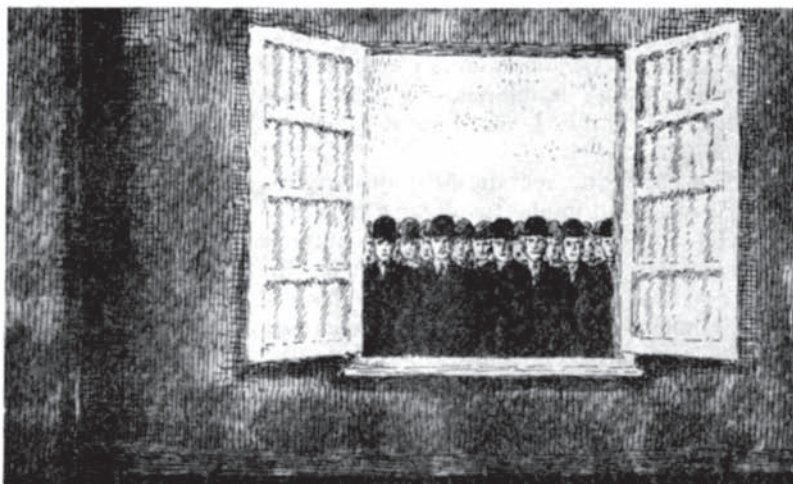
En segundo lugar, el ser formal *no* es un defecto de la democracia sino, precisamente, su gran

virtud. Al dejar como una cuestión abierta, no predeterminada, la del contenido de las relaciones económico-sociales que se pueden decidir (y cambiar) a través de las formas democráticas, la sociedad que adopta la democracia formal incorpora, en el corazón mismo de su funcionamiento, un mecanismo poderoso de autocrítica y de autorrenovación. La democracia formal es el único tipo de organización política congruente con el punto de vista filosófico según el cual, en las inolvidables palabras de Engels, “todo lo que un día fue real se torna irreal, pierde su razón de ser, su carácter racional, y el puesto de lo real que agoniza es ocupado por una realidad nueva y viable”.

En tercer lugar, ponerle el calificativo de “burguesa” a la democracia formal, como es común entre algunos izquierdistas, caracterizar como “liberales” (con un cierto dejo despectivo) a quienes convocan a la lucha decidida por la democracia formal, es hacerle un elogio implícito, tan torpe como inmerecido, a la burguesía y al liberalismo. Si de la burguesía hubiera dependido el sufragio limitado a los propietarios varones y alfabetos aún sería la norma en muchos países. Como lo señala Heller en el artículo citado “no fue el capitalismo el que universalizó la democracia formal, sino la lucha contra el capitalismo”.

En consecuencia debe concluirse que, el objetivo político del socialismo democrático debe ser doble: en primer lugar perfeccionar la democracia formal; en segundo lugar, junto con el capitalismo, remover las desigualdades sociales que frustran la participación política de los trabajadores. No se trata de “superar” la democracia formal, de lo que se trata es de superar el capitalismo ■

6. Ver Agnes Heller, *Past, present and future of democracy*, Social Research, Vol. 45, N° 4, págs. 866-886.



Democracia y Modernidad

Ese desencanto llamado posmoderno

Norbert Lechner

Un ambiente posmoderno

¿Qué sentido tiene discutir en América Latina sobre la llamada "posmodernidad"? Podría ser que otra moda intelectual importada y una larga experiencia de frustraciones nos han vuelto escépticos frente a debates que serían válidos en Europa o en Norteamérica, pero ajenos a la realidad latinoamericana. Por cierto, la posmodernidad es una noción controvertida y todavía es demasiado temprano para evaluar el alcance de la discusión. Pero indudablemente existe un estado de ánimo diferente a las décadas anteriores y esta nueva sensibilidad merece nuestra atención¹. Por lo demás, vivimos en una época de transnacionalización que abarca no solamente circuitos económicos, sino igualmente ideológicos; también el "clima cultural" se internacionaliza y los temas del debate europeo o norteamericano forman parte —aunque sólo sea como una "moda"— de nuestra realidad. Por lo demás, todo enfoque ilumina algunos problemas y oscurece muchos otros. En consecuencia, preguntémonos sobre cuáles fenómenos echa luz el presente debate.

¿Qué entendemos por posmodernidad? Las interpretaciones son múltiples y frecuentemente contradictorias². Para unos se ha agotado la modernidad, dando inicio a una nueva época. Para otros, no existe tal mutación y se trata más bien de una crítica al interior de un proyecto inconcluso de modernidad³. En todo caso, es por referencia a la modernidad que reflexionamos nuestra situación. Vale decir, es fundamentalmente una reflexión sobre nuestro *tiempo*. Pero además —y por encima de todo— el debate sobre la denominada posmodernidad, si bien iniciado en el campo de la filosofía, la estética y la arquitectura, se ha transformado en una *cuestión política*. ¿Se ha agotado el impulso reformador de la modernidad? Esta es, aunque de manera larvada, la cuestión de fondo. Y es desde ese punto de vista que pretendo revisar un posible cambio en nuestra cultura política.

Un fenómeno que, sin lugar a dudas, caracteriza la situación política de varios países latinoameri-



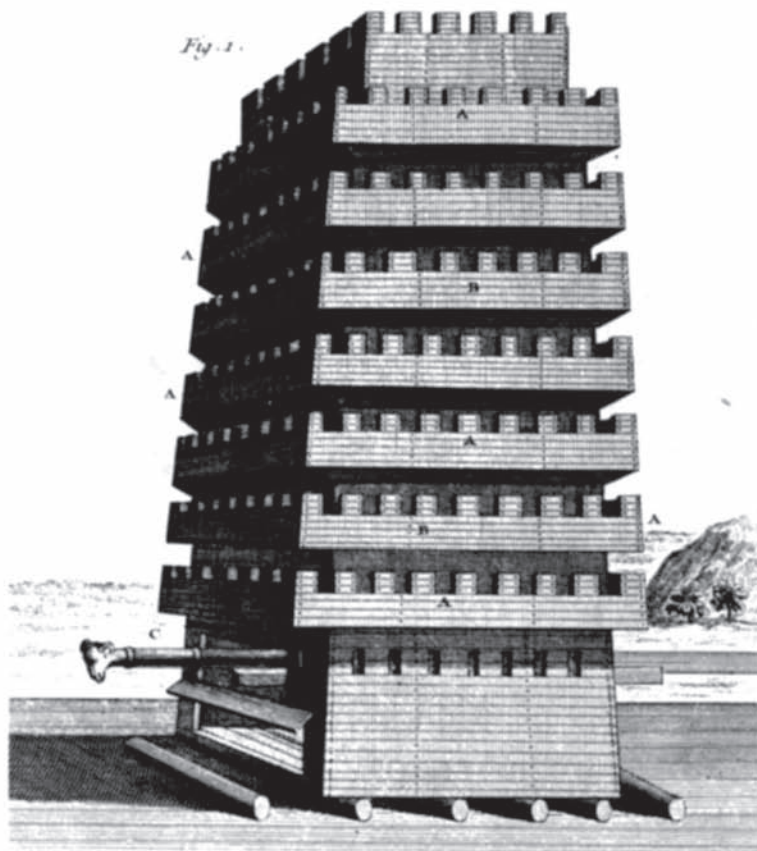
Tomado de Norbert Lechner. *Los patios interiores de la democracia y la subjetividad política*. CLACSO, 1988.

1. Es significativo para la historia de las ciencias sociales en la región que CLACSO haya festejado su XX aniversario bajo el título "Identidad latinoamericana, premodernidad, modernidad y posmodernidad". (Ver *David & Goliat* 52, Buenos Aires, 1987). No menos revelador es el interés que despierta el tema en revistas de inspiración neoliberal; ver el *dossier* en *Estudios Públicos* 27, Santiago, 1987.

2. Una breve introducción ofrece Jameson, Frederic: "Posiciones ideológicas en el debate posmodernista", en *Fahrenheit* 450 N° 2, Buenos Aires, 1987. (Traducción de New German Critique 33).

3. Ver el conocido texto de Habermas, Jürgen: "La modernidad, un proyecto incompleto" en Foster, Hal (ed.): *La posmodernidad*, Ed. Kairós, Barcelona, 1985.

canos es el desencanto⁴. Ello puede afectar gravemente a los procesos de democratización al restarles arraigo a las instituciones políticas. Por esta razón el desencanto político suele ser valorado negativamente y no faltan experiencias históricas para justificar ese temor. El peligro de un desencanto con la democracia existe; por lo mismo, conviene analizarlo más detenidamente. Siempre hubo periodos de certeza y periodos de duda; bien visto, sólo hay desencanto donde hubo ilusiones.



En este sentido, se habla de un exceso de expectativas que la democracia no puede cumplir. Ahora bien, más que un exceso podría ser un cambio de la subjetividad investida en la política. En esta perspectiva me interesa el "clima posmoderno". A mi entender, la llamada posmodernidad es más que todo cierto desencanto con la modernidad: modernidad que a su vez ha sido definida como un "desencantamiento del mundo" (Max Weber). Es decir, se trataría de una especie de "desencanto con el desencanto". Fórmula paradójica que nos recuerda que el desencanto es más que una pérdida de ilusiones, la reinterpretación de los anhelos. De ser así, ese desencanto llamado posmodernidad no sería el triste final de un proyecto demasiado hermoso para hacerse realidad sino, por el contrario, un punto de partida.

Sobre la modernidad

América Latina nace bajo el signo de la modernidad en un doble sentido. Por un lado, el descubrimiento europeo de América contribuye (junto al Renacimiento, la Reforma y la filosofía de la Ilustración) a plasmar el pensamiento occidental moderno. El encuentro con el Nuevo Mundo altera la conciencia del tiempo histórico; puesto que la curiosidad por lo nuevo aporta tantos beneficios materiales, "lo nuevo" se constituye como un valor en sí. La conquista de América marca un hito decisivo para emprender la conquista del futuro. Pero no sólo las coordenadas temporales, también las espaciales quedan descentradas. El encuentro con el indio —el otro— plantea una nueva escala de diferenciación que cuestiona de inmediato la propia identidad. Se modifica el mapamundi y, por tanto, se altera también el exiguo espacio mental en que se concebía el antiguo orden social⁵.

Si América Latina se encuentra en el origen de la modernidad, por otro lado, a su vez, se constituye bajo el impacto de la modernidad. Las revoluciones independentistas enfrentan a nuestros países con el desafío de la modernidad, encarnado de manera emblemática por la Revolución Francesa: ¿cómo instituir la sociedad únicamente a partir de lo social, sin recurrir a una legitimación trascendente? La pregunta resume la cuestión del orden tal como se plantea hasta hoy día también en América Latina. Volvamos pues sobre la noción de modernidad, expuesta en el artículo anterior, para enfocar posteriormente los eventuales motivos del desencanto.

Entendemos por modernidad el proceso de desencantamiento con la organización religiosa del mundo. La sociedad religiosa se caracterizaba por la anterioridad y alteridad absoluta de un principio divino como garantía inviolable del orden. No sólo ese fundamento, radical escindido, sino el propio orden mundano quedaban totalmente sustraídos a la disposición humana. La modernidad consiste en la ruptura con esa fundamentación trascendente y la reivindicación de la realidad social como un orden determinado por los hombres. Afirmando su autonomía, los individuos se hacen irremediablemente cargo de organizar su convivencia.

4. Para Argentina ver Echegaray, Fabián y Raimondo, Ezequiel: *Desencanto político, transición y democracia*, Centro Editor, Buenos Aires, 1987.

5. Ver Todorov, Tzvetan: *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*, Ed. Sedil, París, 1982, reseñado por P. L. Croyetto en *Mundo 2*, México, 1987. (Traducido por Siglo XXI Ed.)

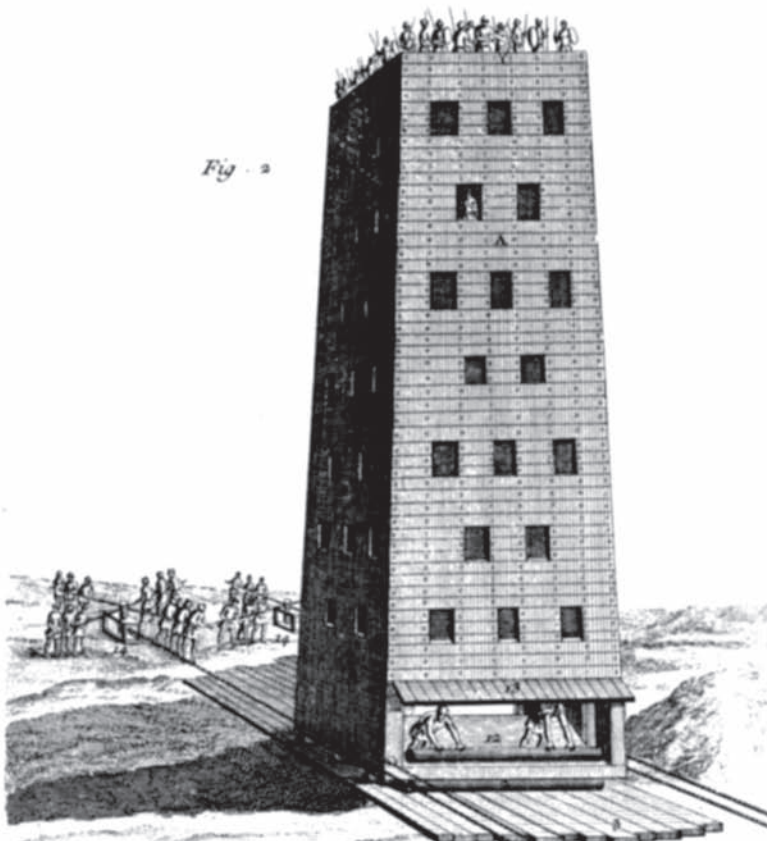
La modernidad es ante todo un proceso de secularización: el lento paso de un *orden recibido* a un *orden producido*⁶. El acento es doble. Por un lado, *producción* social del orden. El mundo deja de ser un orden predeterminado de antemano al cual debamos someternos y deviene objeto de la voluntad humana. ¿Cómo hacernos responsables del mundo siendo tan escaso nuestro poder de disposición y control? Por el otro lado, el *orden* mismo. Ya no existen una ley absoluta ni una tradición sagrada que encaucen la voluntad humana y son los hombres mismos quienes han de autolimitarse. ¿Sobre qué principios generales puede fundarse el orden social cuando todo está sometido a la crítica?

Preguntas como éstas, que acompañan con mayor o menor dramatismo al desarrollo de la modernidad, insinúan la magnitud de los desafíos que plantea un "orden producido". En medio de esa revolución, cuya radicalidad hoy apenas imaginamos, tal vez el problema central de la sociedad moderna sea asegurarse de su identidad, o sea, cerciorarse de "sí misma" en tanto sociedad⁷. Ella tiene que crear, a partir de sí misma, su propia normatividad. Y este orden producido, precisamente por ser autodeterminado, ya no puede reclamar garantía alguna. Si antes la alteridad radical del fundamento excluía conflictos acerca de la forma de convivencia social, ahora tanto el orden que *es* como el orden que *debe ser*, se encuentran sometidos a discusión. Ya no sólo los derechos de uno u otro estamento social, sino el sentido y la legitimidad del orden mismo se ven permanentemente cuestionados. Sin escapatoria posible, la sociedad moderna está inexorablemente autorreferida. Ello explica tanto la dinámica incesante con que intenta identificarse a sí misma como la sensibilidad extrema con que reacciona a toda amenaza eventual de su autoimagen.

Junto con esta autorreferencia radical surge la política moderna. La secularización traslada a la política la función integradora que cumplía anteriormente la religión. Si antes la religión consagraba una instancia última en que se fundaban todas las manifestaciones del orden dado, ahora se atribuye a la política un lugar privilegiado en la producción del orden social. La sustitución del fundamento divino por el principio de la soberanía popular instituye la centralidad de la política en un doble sentido: a) en tanto acción consciente de la sociedad sobre sí misma; y b) representación de la sociedad en tanto orden colectivo. En general, el acento es puesto en el primer aspecto —la política como acción—, pero no es menos productivo el segundo aspecto. Aun más: que la sociedad se reconozca y se afirme a sí misma como una colectividad es la premisa para que pueda actuar sobre sí misma. En consecuencia, una pregunta

decisiva de la modernidad me parece ser la siguiente: ¿puede la sociedad moderna elaborar políticamente una identidad razonable?

Dos son las dificultades. Ya aludí a una: ¿cómo articular una pluralidad de voluntades individuales, en principio ilimitadas, en una voluntad colectiva que, por definición, establece límites? La articulación de pluralidad y colectividad es justamente la pretensión de la democracia. Desde sus inicios, sin embargo, media una gran distancia



entre esta pretensión teórica y su institucionalización práctica. La multiplicidad de "pueblos" realmente existentes, o sea, la heterogeneidad de la sociedad, contradice la homogeneidad que presupone al nivel conceptual la soberanía del pueblo⁸. Vale decir, la idea de soberanía popular evoca un "pueblo" ya existente cuando, en realidad, esta

6. El enfoque es de Gauchet, Marcel: *Le désenchantement du monde*, Ed. Gallimard, París, 1985.

7. Habermas, Jürgen: "Das Zeitbewusstsein der Moderne und ihr Bedürfnis nach Selbstvergewisserung", en *Der philosophische Diskurs der Moderne*, Suhrkamp, 1985.

8. Una buena introducción a la época independentista ofrece Guerra, François-Xavier: "La peuple-souverain; fondements et logiques d'une fiction" (mimeo), Seminario EHSS-CLACSO, París, 1987.

identidad recién ha de ser creada. Para ser más exacto: la democracia (como principio de legitimidad) presupone una identidad que la democracia (como principio de organización) nunca puede producir como algo permanente y definitivo.

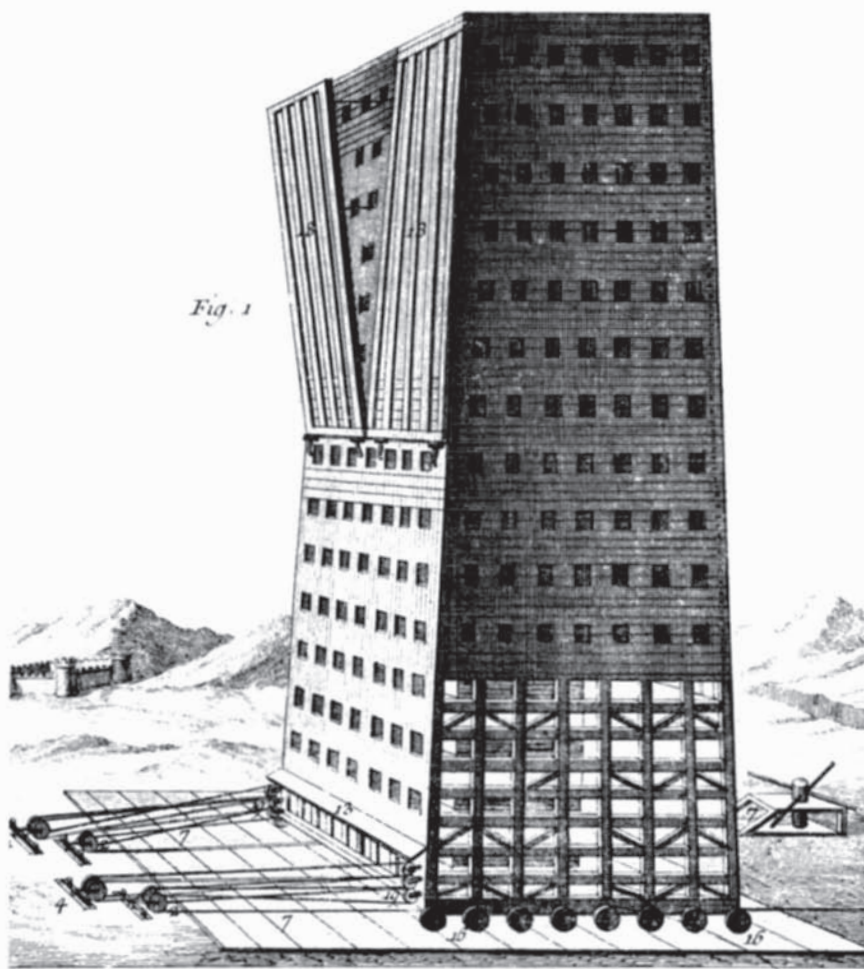
La segunda dificultad es posible formularla así: ¿puede la política en tanto aspecto parcial de la vida social "representar" a la sociedad en su conjunto? Una premisa de toda teoría democrática moderna es la posibilidad de elaborar, mediante medios específicamente políticos, una representación de modo explícito o implícito, por referencia a una voluntad general. De inmediato, sin embargo, se critica el carácter ficticio y abstracto de "lo general". La crítica puede estar restringida a los mecanismos políticos de representación (voto censitario, etc.), pero ya para Marx no se trata de una insuficiencia al interior del campo político, sino de la incompetencia de la política para legitimar el orden social. El problema es la representatividad de la política.

Estas dificultades explican los diversos intentos por situar la cuestión de la identidad en una estructura distinta a la política y, en concreto, a la democracia. Basta recordar la tesis del mismo Marx acerca de que "la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política", tomando por referente identificadorio a la clase. Tocqueville, por su parte, alude a una integración sociocultural, destacando la similitud de costumbres, sentimientos y creencias como la base de la democracia norteamericana. El intento más relevante empero es la afirmación de una identidad nacional. Independientemente de cómo definamos la nación (en términos esencialistas, étnicos, lingüísticos o como comunidad de destino), esta estrategia ilustra bien algunas de las contradicciones que plantea la modernidad.

Una primera contradicción existe entre la centralidad asignada a la política como *locus* de la soberanía popular y la determinación societal de la identidad. Tanto en el caso de la identidad nacional como en los otros intentos mencionados la unidad del proceso social es concebida como un hecho externo a la política. Históricamente, será el Estado quien realice efectivamente la unificación, pero la acción estatal se legitima sólo en tanto "representa" una identidad definida societalmente. Este enfoque societal reduce la productividad atribuida a la política: la voluntad colectiva elaborada políticamente queda siempre subordinada a una instancia última fuera de la política (la unidad nacional, la estructura económica, la tradición).

La segunda contradicción consiste en la búsqueda de una identidad histórica en una época eminentemente "futurista". Si la modernidad se caracteriza por la ruptura con la tradición, la

cuestión de la identidad, en cambio, es proyectada al pasado. Mediante una construcción retrospectiva, la unidad de la vida social es antepuesta a la política como un dato previo. Para ello se suele reducir la rica diversidad de elementos y alternativas a *la* historia, única y lineal, de la cual han sido borradas todas las encrucijadas y discontinuidades. El resultado es una identidad ficticia, porque está basada en un pasado artificialmente homogeneizado con el fin de legitimar el presente; y además, una identidad cerrada, con escasa capacidad



para modificarse de acuerdo con las innovaciones del proceso social.

Existe una tercera contradicción entre los criterios universalistas de la democracia y los rasgos particularistas del Estado Nacional. La sociedad moderna se funda en la soberanía ilimitada y la voluntad general de los hombres, y simultáneamente, en la institucionalización de valores determinados. Mientras que la democracia descansa, en principio, sobre una ciudadanía cosmopolita, no aceptando otro límite que el reconocimiento del ordenamiento constitucional, el Estado Nacional

está conformado por una población preseleccionada con base en categorías cuasinaturales. En este caso, la comunidad es definida exclusivamente por su oposición a otras naciones. Lo distinto es lo extranjero. En consecuencia, una identidad nacionalista enfoca las diferencias fundamentalmente como una división (internacional) de amigo y enemigo.

No es necesario detallar aquí estas dificultades que enfrenta la sociedad moderna para reconocerse y afirmarse en tanto tal. Basta visualizar cómo el abandono de la visión sacra y la afirmación de un mundo profano nos plantea la cuestión de la identidad como una tarea central y su estrecha vinculación con la cuestión democrática. Habiendo sido ésta nuestra preocupación principal en los últimos diez años, no es irrelevante interrogarnos acerca del aporte de la crítica posmoderna a la elaboración de una nueva teoría de la democracia.

El desencanto de la modernización

Una primera dimensión del desencanto posmoderno es la pérdida de fe en que exista una teoría que posea la clave para entender el proceso social en su totalidad. Nuestra época se caracteriza por un recelo frente a todo tipo de metadiscurso omnicompreensivo. Esta desconfianza nace de una intención antitotalitaria; tras el saber, como de toda pretensión de verdad, se escondería una relación de poder. La crítica posmoderna prosigue así la relativización de toda norma. Sería la "voluntad de poder" la fuerza real que estructura ese magma de diferencias que es *lo social*, institucionalizando un *sistema*. Contraponiendo lo social a la sociedad se busca rescatar la complejidad infinita de la "vida" frente a la "forma". Se trata de una *tensión* bien conocida por "los modernos", según lo atestigua la vasta discusión a comienzos de siglo. El "sistema social" no es una estructura neutral, por cierto. Toda crítica se alimenta de la duda y hay que sospechar del poder objetivado en las estructuras existentes. Una negación indeterminada de todo poder, empero, no logra discernir entre instituciones legítimas e ilegítimas. La crítica posmoderna se acerca a posiciones anarquistas que —a menos que la cuestión de la legitimidad sea obsoleta— terminan siendo una rebeldía testimonial e ineficaz. Dicho en otras palabras: la desconstrucción posmoderna tiene el mérito indudable de resaltar la complejidad como un fenómeno central de nuestra sociedad, pero me pregunto si también nos ofrece los medios para trabajar dicha complejidad.

El rechazo a *la razón* se apoya en la existencia de diversas racionalidades. Constatación trivial si alude al proceso de diferenciación propio a la

secularización. Perdida la unidad que procuraban la religión y la metafísica, los distintos campos sociales se diferencian aceleradamente, cada cual desarrollándose de acuerdo con su lógica específica. Ya los filósofos de la ilustración reconocían a las racionalidades cognitiva-instrumental, moral-práctica y estético-expresiva como esferas diferenciadas. Pero el reconocimiento de tal diferenciación siempre iba acompañado de la búsqueda de algún principio de validez universal. La modernidad era concebida como una tensión entre diferenciación y unificación dentro de un proceso histórico que tiende a una armonía final. Hoy en día ha desaparecido el optimismo iluminista acerca de la convergencia de ciencia, moral y arte para lograr el control de las fuerzas naturales, el progreso social y la felicidad de la humanidad. La reconciliación de lo bueno, lo verdadero y lo bello aparece como una ilusión de la modernidad. El desencantamiento con esa ilusión sería la posmodernidad: la *diferenciación* de las distintas racionalidades es vista como una *escisión*.

La ruptura con la modernidad consistiría en rechazar la referencia a la totalidad. Sin embargo, permanece ambiguo el alcance de ese nuevo desencanto: ¿se rechaza la referencia a la totalidad articuladora de los diferentes campos porque no es posible o porque ya no es necesaria? ¿O no podemos prescindir de una noción de totalidad, pero pensada en otros términos? A mi entender, el debate sobre la llamada posmodernidad deja abierta una cuestión de fondo: ¿la tensión entre diferenciación y articulación sigue siendo un problema práctico o se trata de un asunto obsoleto?

El desencanto siempre tiene dos caras: la pérdida de una ilusión y, por lo mismo, una resignificación de la realidad. La dimensión constructiva del desencanto actual radica en el *elogio de la heterogeneidad*. Asistimos a una nueva dinámica a la vez amenazante y estimulante. Amenazante porque se vienen abajo paisajes que nos eran familiares y permitían movernos con cierta previsión. No importa que la certidumbre fuese ilusoria; lo importante es la existencia de algunos referentes compartidos. Ahora todo se acelera y nada está en su lugar. Junto con este sentimiento de precariedad, muchas veces paralizante, la nueva dinámica provoca revulsiones creativas. ¿Por qué dar por sentado que la homogeneidad favorece el entendimiento pacífico y considerar la heterogeneidad como fuente de conflicto?⁹ Demasiados años hemos estado denunciando la "heterogeneidad estructural" de América Latina como obstáculo al de-

9. Una sugerente confrontación con el pensamiento oriental ofrece Maruyama, Magaroh: "Diferentes paisajes mentales", en *Letra Internacional* 5, Madrid, 1987.

sarrollo, sin considerar que ella podría fomentar una interacción mucho más densa y rica que la homogeneización anhelada.

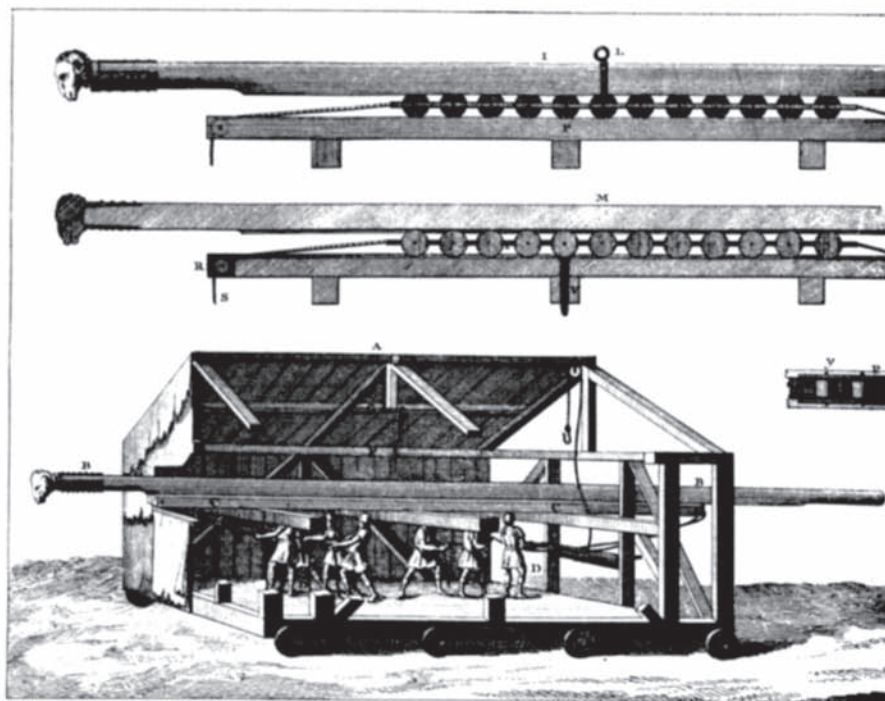
Ahora bien, nuestras críticas a la heterogeneidad no eran tan infundadas. Nacen de la preocupación por una comunidad cada vez más erosionada. Es desde el punto de vista de una identidad amenazada que vemos la heterogeneidad como una fragmentación a rechazar. Se trata de una crítica razonable por cuanto, en efecto, la heterogeneidad no produce una mayor dinámica social, a menos que se complemente con alguna noción de comunidad. De ser así, tal vez debiéramos reformular el problema. En lugar de seguir haciendo hincapié en la heterogeneidad de nuestras sociedades habría que revisar nuestra idea de comunidad. O sea, lo problemático sería, ante todo, la noción de comunidad que usamos. Más que de una "crisis de consenso" se trataría de una crisis de nuestra concepción del consenso.

La historia nos enseña que cuanto mayor es la fragmentación de la sociedad en campos segmentados, mayor es el voluntarismo por restaurar una integración orgánica. Pero la voluntad de síntesis, cuando no están dadas las condiciones objetivas, no puede sino expresarse por un acto de violencia sobre la sociedad. Nuestras dictaduras son fundamentalmente eso: imposición de una unidad orgánica a una realidad heterogénea y compleja. Pues bien, sólo superaremos el autoritarismo en la medida en que lleguemos a una comprensión y valoración distintas de esa modernidad dispersa y excéntrica. Vale decir, nos falta una teoría de la modernidad que reconozca la existencia de la diversidad; el valor que ella tiene y la necesidad de darle una coherencia sólo formal, nunca sustantiva¹⁰.

En este desplazamiento del enfoque consiste la contribución que el "clima posmoderno" aporta al debate sobre la democracia. Históricamente, el recelo frente a la heterogeneidad como amenaza a la integración social se extiende al campo político. La democracia latinoamericana siempre ha estado atravesada por una desconfianza de la pluralidad en tanto cuestionamiento indebido de la unidad nacional. En los últimos años la experiencia autoritaria y la cultura posmoderna, reforzándose mutuamente, cuestionan el significado aparentemente unívoco de esa unidad. Se comienzan a valorar el pluralismo étnico y cultural, la diversidad de las estructuras económicas y la tolerancia político-ideológica. O sea, se revaloriza positivamente la diferencia social. Esta no es identificada lisa y llanamente con las divisiones y desigualdades sociales; surge una nueva sensibilidad respecto a las "justas diferencias". Es éste el aporte posmoderno, por así decir, sólo que —en América Latina— él no se agota en un elogio de la heterogeneidad.

Aquí, la revalorización de la heterogeneidad no deja de remitir a la cuestión del orden. ¿Cómo distinguir una diversidad legítima de las desigualdades ilegítimas?

Al criticar a los "grandes relatos" la discusión vuelve a plantear el ordenamiento de la vida social como tema central. Pero, ¿qué alternativa ofrece esa crítica? Como consecuencia de su rechazo a nociones de totalidad, ella no se preocupa de la institucionalización de lo colectivo. Aún más: el desencanto posmoderno suele expresarse justamente como una pérdida de fe en el Estado. El Estado es percibido más que todo como un aparato de dominación, siempre sospechoso de buscar



un control totalitario. La desconfianza frente al "ogro filantrópico" está ciertamente justificada; donde el Estado asume tareas de responsabilidad colectiva tiende a liquidar la responsabilidad individual. Pero en su rechazo a la disposición estatista, la cultura posmoderna suele descartar la cuestión misma del Estado. Su anti-institucionalismo desconoce la dimensión simbólica del Estado moderno. Erosionado el fundamento divino, la sociedad está obligada a crear una nueva instancia que le permita estructurar sus divisiones; será el Esta-

10. Xavier Rupert de Ventós: "Kant responde a Habermas", en *Fahrenheit* 450, N° 2, Buenos Aires, 1987.

do el referente por medio del cual los hombres se reconocen y se afirman en tanto orden colectivo. Esta representación del "todo" mediante el Estado se encuentra hoy cuestionada, sea en términos teóricos o como resultado del mismo proceso de secularización.

Para Niklas Luhmann, por ejemplo, la diferenciación funcional de la sociedad moderna conduce a un conjunto de subsistemas, siendo el Estado uno más sin algún estatuto privilegiado para representar al sistema social en su totalidad.

"Ningún sistema de funciones puede reemplazar a la jerarquía. Vivimos en una sociedad que no puede representar en sí misma su unidad puesto que ello entraría en contradicción con la lógica de la diferenciación funcional. Vivimos en una sociedad sin cumbre y sin centro. La unidad de la sociedad ya no es producida por esta sociedad (...) Sistemas funcionales sólo pueden legitimarse a sí mismos. Es decir, ningún sistema puede legitimar a otro"¹¹.

Desde otro punto de vista, Robert Bellah llega a conclusiones similares. Antaño una esfera pública y sagrada, la política también sufre el avance progresivo de la privatización y de la secularización.

"Tal política privatizada y secularizada, aunque celebrada por muchos científicos políticos, parece incapaz de estimular el patriotismo e incluso el respeto. Siendo ella misma de legitimidad incierta, ella no puede ofrecer legitimación social y en su lugar se transforma en el motivo de un amplio cinismo y desapego"¹².

También en nuestros países ha desaparecido el halo metafísico que irradiaba el Estado; hoy nos parece anacrónico el patriotismo con que en el siglo XIX teatro, pintura o poesía exaltaban al Estado como encarnación de la unidad nacional. El Estado actual termina reducido a uno de los tres poderes, el Ejecutivo, el que a su vez lleva más y más el sello de la maquinaria burocrática. De imagen de colectividad el Estado pasa a ser una cierta unidad administrativa. Incluso ésta se encuentra amenazada por la privatización del Estado. En la medida en que el Estado deviene un "mercado político" de intereses particulares, a los ciudadanos les resulta difícil reconocer en el Estado una "res pública". Se desvanece la dimensión simbólica del Estado que —sea como burocracia o como mercado— aparece ahora guiado exclusivamente por una racionalidad formal-instrumental.

Llegamos a un punto decisivo para comprender el desencanto posmoderno. Ese discurso omnicompreensivo que ciertos intérpretes de la posmodernidad atribuyen a una razón planificadora, contro-

ladora, objetivizante, sistematizante, en fin, esa razón totalizante no es sino la racionalidad formal. En mi opinión, el problema no es tanto la razón en su tradición iluminista como la identificación de la razón con la racionalidad formal. La discusión destaca la diferenciación de los diversos aspectos de la vida social sin prestar suficiente atención a esa racionalidad formal que cruza las lógicas específicas de cada campo. Ella genera una especie de "integración sistemática" que se impone a espaldas de la ciudadanía. Frecuentemente, las demandas sociales son absorbidas administrativamente por la burocracia estatal aun antes de entrar en la arena política. Con lo cual el debate político-parlamentario aparece como un "teatro" irrelevante frente al predominio absoluto de la racionalidad formal. Esta racionalidad es imprescindible, no cabe duda, sólo que por sí misma no asegura la articulación del proceso social. Por eso fracasa una política que se guía exclusivamente por un cálculo de medios y fines. La incompetencia en representar a la sociedad en su conjunto, que Luhmann imputa a la política, en realidad corresponde a la racionalidad formal. A ello apunta Bellah cuando aborda la privatización y secularización de la política. Ahora bien, siendo esta forma de política racional-formal la manera actualmente predominante, hay que referir a ella el desencanto. No es un desencanto con la política como tal, sino con determinada forma de hacer política y, en concreto, una política incapaz de crear una identidad colectiva. Invertiendo el punto de vista: no veo en el elogio posmoderno de la heterogeneidad un rechazo a toda idea de colectividad, sino por el contrario, un ataque a la falsa homogeneización que impone la racionalidad formal.

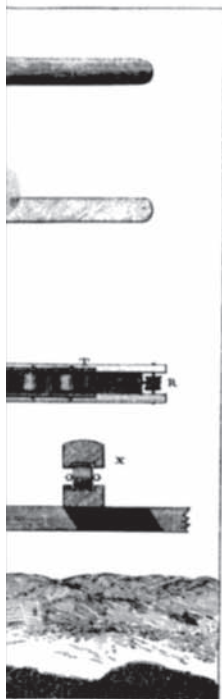
Visto así, la posmodernidad no se opone al proyecto de modernidad como tal, sino a determinada modalidad. No se trata de una modalidad menor, por cierto. Es un desencanto con aquel proceso de "racionalización" que Max Weber consideró característico de la modernidad. Weber concibe la racionalización del mundo como un sistema de complementariedad¹³. Una vez perdida la unidad que procuraba la religión, la relativización de los valores obliga a su privatización. La

11. Luhmann, Niklas: "The Representation of Society within society", en *Current Sociology* 35/2, 1987, p. 105.

12. Bellah, Robert: "Legitimation Processes in Politics and Religion", en *Current Sociology* 35/2, 1987, p. 95.

13. Me apoyo en Apel, Karl Otto: "The Situation of Humanity as an Ethical Problem", en *Praxis International*, octubre 1984, p. 257 ss.

Ver también la Introducción en Bernstein, Richard (ed.): *Habermas and Modernity*, Oxford, 1986.



vida social sólo puede ser organizada como una convivencia pacífica si la fe, las normas morales y los gustos estéticos son relegados dentro de los límites del fuero privado como un asunto de la conciencia individual. La privatización de la subjetividad se complementa con la formalización de la esfera pública; la política, el derecho, la economía son sometidos a una racionalidad formal, valorativamente neutral. Este dualismo entre ámbito público y privado, entre procedimientos y valores es indudablemente un acto emancipatorio. Nada peor que un poder moralizador que exige no solamente obediencia, sino amor y fe. Con la separación de política y fe, de poder y amor, toma cuerpo la autonomía individual. Pero esa promesa de autonomía con que se inicia la modernidad es pronto contradicha por el irresistible avance del mercado y de la burocracia. La "racionalización del mundo" desemboca nuevamente en un sistema cerrado.

Lo que Max Weber todavía reflexiona con desgarramiento, posteriormente es conceptualizado sin el menor desconcierto. Poco a poco se cristaliza una visión monista del capitalismo. En el concepto de "modernización" la modernidad ha quedado reducida al despliegue de la racionalidad formal. El proceso social es pensado exclusivamente desde el punto de vista de la funcionalidad de los elementos para el equilibrio del sistema. Se define entonces la modernización política de un modo ahistórico por el desarrollo de las diversas capacidades del sistema (simbólicas, reguladoras, extractivas y distributivas)¹⁴. Los requisitos funcionales del "sistema" reemplazan a las antiguas categorías de soberanía, representación, voluntad, etc., neutralizando políticamente la cuestión del orden. La democracia es "limpiada" de toda aspereza y resistencia a la racionalidad formal al punto que se elimina igualmente todo *pathos*. Se debilitan entonces el compromiso moral y los lazos afectivos sobre los cuales descansa el orden democrático y finalmente a la ciudadanía lo mismo le da un régimen político que otro.

En resumen, el desencanto actual se refiere a la *modernización* y, en particular, a un estilo gerencial-tecnocrático de hacer política. Esta interpretación me parece estar avalada por algunas tendencias que están a la vista. Pienso, por ejemplo, en la preocupación por los derechos humanos. Más que una reivindicación frente al Estado, se trata de un cuestionamiento de un Estado que sólo logra respetar la pluralidad de valores excluyéndolos del ámbito político. No está en tela de juicio la distinción entre política y moral, sino su escisión y la consiguiente reducción de la política a una racionalidad valorativamente neutral. Otro ejemplo es el interés por la vida cotidiana. Hablar

aquí simplemente de "privatización" sería aceptar el mencionado dualismo entre esfera pública y privada cuando, en realidad, se trata justamente de romper con él. Tampoco en este caso se cuestiona la diferenciación de uno y otro ámbito; lo que se rechaza son los límites cuasi-ontológicos en que quedó enclaustrada la actividad política. Finalmente, recuerdo la demanda de un pluralismo radical. La menciono porque no se contenta con reivindicar una pluralidad de actores políticos o una pluralidad de racionalidades diferenciadas según las diversas áreas. La demanda es radical en tanto apunta a una pluralidad de racionalidades al interior del mismo campo político; o sea, en tanto rechaza una "lógica política" única. Ello se expresa en la "política informal" que introducen los nuevos movimientos sociales con su renuencia a la institucionalización y a la formalización. Esta reacción puede llegar a ser premoderna e incluso sabemos leer anhelos subyacentes.

Los ejemplos señalados me parecen expresivos del desencanto posmoderno. Nuestras sociedades desean ser "modernas", desde luego, pero no confundamos modernidad y modernización. Se trata, recalco, de un desencanto con la modernización y no con la modernidad. Lo que se revela una ilusión es la pretensión de hacer de la racionalidad formal el principio de totalidad. En este sentido, el término "posmodernidad" es equívoco. Por un lado, implica una ruptura, pero solamente con una modalidad determinada de la modernidad. Que esta modalidad sea la hegemónica no implica, empero, que no podamos concebir y desarrollar el proyecto de modernidad de otra forma. Es éste, precisamente, el desafío que plantea el debate actual. Por otro lado, no podemos hablar de una ruptura en la medida en que el desencanto no abandona la tensión entre diferenciación y articulación que, según vimos, caracteriza a la modernidad. El desencanto posmoderno no ha hecho desaparecer el problema de fondo. Por el contrario, los ejemplos mencionados indican un rechazo a la segmentación de los diversos aspectos de la vida social, aunque no formulen una noción alternativa de lo colectivo. Justamente por su ausencia, sin embargo, está presente el problema. No podemos, creo yo, trabajar la complejidad de la sociedad moderna sin algún referente colectivo.

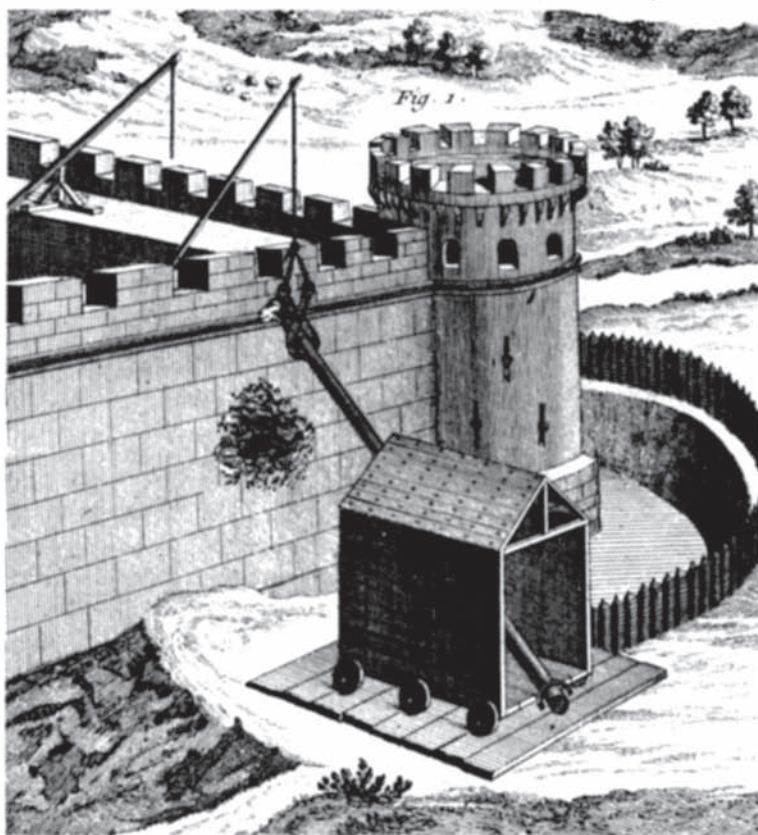
El desencanto posmoderno contempla pues, en mi opinión, un doble desafío que nos invita: 1) a repensar el proyecto de la modernidad y para ello,

14. Ver las presentaciones del término que hacen D. Lerner y J. Coleman en la "International Encyclopedia of the Social Sciences", Vol. 10; y G. Pasquini en Bobbio & Matteucci: *Diccionario de Política*, Madrid, 1982.

2) hacer hincapié en la articulación de las diferencias sociales. Lo que nos propone, en resumidas cuentas, es invertir nuestro enfoque: en lugar de preguntarnos, a partir de una unidad supuestamente dada, cuánta pluralidad soportamos, la llamada "posmodernidad" consiste en asumir la heterogeneidad social como un valor e interrogarnos por su articulación como orden colectivo.

El desencanto con la redención

Otra dimensión del actual desencanto es la *pérdida de fe en el progreso*. Ella se refiere directamente a la modernidad, una de cuyas carac-



terísticas, según vimos, es haber modificado nuestra conciencia del tiempo: la época moderna deja de ser tributaria de algún pasado ejemplar y se define cara al futuro. El tiempo se acelera desvalorizando rápidamente cualquier adquisición, mientras que lo nuevo se consagra como un valor en sí. Emblema de la novedad, la vanguardia (sea artística o política) desplaza a la tradición.

La fe en el valor de la novedad hace del progreso una categoría central. La idea de progreso permite estructurar un futuro abierto, neutralizando las fugas de sentido mediante una construcción teleológica: al creer en un sentido de la historia nos aseguramos ante todo del sentido del presente. Vemos aquí los efectos de la secularización que,

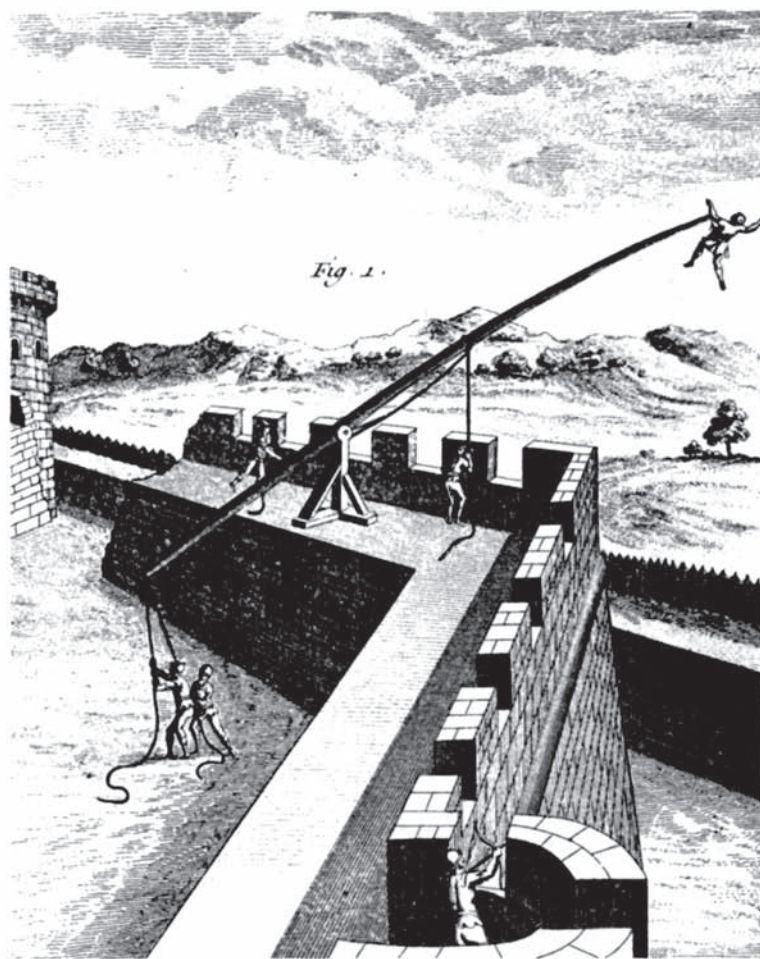
junto con abolir la visión sacra del mundo, ha de encontrar un cauce a las esperanzas en una vida mejor. También son secularizadas las promesas celestiales de armonía y felicidad, ahora proyectadas al reino humano y, en concreto, a la política. De ahí el *pathos* del progreso. No lo miremos en menos; de él también se nutre la democracia. Es la fe en una sociedad más libre y justa lo que permite justificar los sacrificios y sobrellevar las reiteradas insuficiencias. En realidad, si la idea de progreso crea ilusiones, también relativiza las desilusiones. (Si los desencantos fuesen definitivos, ¿quién creería en la democracia hoy en día?) Un desencanto radical resulta insoportable porque, en el fondo, corresponde a una utopía, la de una sociedad plenamente autónoma, idéntica consigo misma. En consecuencia, el actual debate sobre la posmodernidad no escapa a la pregunta por el mañana: una vez criticadas las ilusiones del progreso, ¿qué esperanza nos hacemos? Pensando en la relevancia del "credo" político para el arraigo afectivo de las instituciones democráticas hemos de revisar el desencanto que tematizamos como posmodernidad desde este punto de vista.

La posmodernidad presume un agotamiento de la secularización; la capacidad innovadora de la sociedad se habría extendido y acelerado a tal punto que rutiniza el progreso y finalmente lo vacía de contenido. La diferenciación de todos los campos avanza sin cesar, pero en ese abanico infinito de novedades resulta cada vez más difícil apreciar algo realmente "nuevo". Acostumbrados a una interminable secuencia de innovaciones, la mirada se cansa del *déjà-vu*. Los cambios son marginales y previsibles, formando una cadena de repeticiones. El futuro termina diluyéndose en el presente y deja de tener valor. Las promesas de una nueva sociedad parecen como una *fata morgana* que se disuelve apenas intentamos acercarnos. Un aspecto ilustrativo, aunque poco reflexionado, de este fenómeno es la resignificación del socialismo en los años recientes. Durante largas décadas el socialismo fue, a pesar de las críticas recurrentes, un símbolo del progreso social y, como tal, una alternativa al capitalismo. De pronto, en un lapso corto, deja de ser advertido como una opción alternativa. ¿Qué ha ocurrido? Tal vez más que un fenómeno estrictamente político sea un giro cultural: la idea de una emancipación progresiva parece haber perdido sentido. En cambio, se vuelve atractiva la imagen de un eterno retorno. El discurso posmoderno expresa ese nuevo estado de ánimo, denunciando al progreso como una ilusión.

También en este caso el desencanto posmoderno tiene una doble cara: el desmontaje del progreso ilusorio se traduce en un *elogio del presente*. Esta revalorización me parece positiva, desde luego. Demasiado tiempo hemos vivido el presente

como mera antesala del futuro, sacrificando incluso libertades conquistadas en aras de la "tierra prometida". El desencanto recupera el presente, dándole una dignidad propia¹⁵.

Ello significa, por encima de todo, renunciar a cualquier "huida hacia adelante". Abandonando una perspectiva futurista que enfoca los problemas exclusivamente a través de algún modelo de sociedad futura, nos abrimos a las tensiones y contradicciones existentes. Ellas pierden su connotación peyorativa. Ya vimos la revalorización de la heterogeneidad por parte de la cultura pos-



moderna; ella permite enfrentar la complejidad social sin pretender reducirla de inmediato. Hoy ya no se trata tanto de tolerar el discurso (que remite a un sentido común o mayoritario) como de fomentar una multiplicidad de sentidos, sin presuponer una instancia última. Desde este punto de vista, la incertidumbre es un rasgo distintivo de la posmodernidad. No obstante esa nueva disposición por asumir la ausencia de certezas, ello tiene un límite. Más allá de cierto punto, el desencanto deja de ser una benéfica pérdida de ilusiones y se transforma en una peligrosa pérdida de sentido.

Parece razonable presuponer que existen núcleos duros de sentido, dados por las condiciones materiales de vida, entre ellos la estructuración del tiempo en pasado, presente y futuro. No podemos prescindir de tal construcción de continuidades y discontinuidades sin ser devorados por un presente infinito. ¿Qué es la locura si no esa ausencia de límites? Estaríamos viviendo nuevamente unos "años locos" si fueran ciertas las consignas de algunos círculos juveniles europeos. Los *graffiti* "no future" o "everything goes" nos hablan de un mundo desquiciado. Ambas afirmaciones se refieren recíprocamente: si "todo va", no hay manera de imaginarnos un mañana; y si no tenemos noción de futuro, nos falta toda perspectiva para elegir entre las múltiples posibilidades del momento y, efectivamente, todo es posible. La desestructuración posmoderna refleja, de manera consciente o no, "crisis de proyecto". Por un lado, el porvenir es visto más como resultado de los efectos no deseados de la acción humana que como construcción deliberada. O sea, el futuro sería no solamente abierto, sino esencialmente opaco; la política podría intervenir puntualmente, resolviendo conflictos menores, pero no dirigir el curso de la historia. Si nuestra voluntad es ciega, ¿por qué interesarnos en la política? Por otro lado, hay una crisis de proyecto en tanto se han desdibujado nuestras imágenes del orden deseado. Ni capitalismo ni socialismo ni izquierdas ni derechas ofrecen un "modelo" que resuma las aspiraciones mayoritarias. Los anhelos parecieran desvanecerse sin cristalizar en un imaginario colectivo. En fin, da la impresión de que no sabemos qué podemos hacer, ni siquiera qué queremos. La llamada posmodernidad expresaría entonces no sólo un desmoronamiento de la idea de futuro, sino aun de la historia misma. En el fondo, habría comenzado la "pos-historia" (A. Gehlen).

Hay quienes se instalan en el desencanto y lo racionalizan como un nuevo valor. Aparentemente radical, esta actitud es profundamente conservadora: prefiere adaptarse al curso supuestamente natural del mundo. Parece que el temor a las desgracias en que desembocaron nuestros sueños nos censura los deseos. El desencanto engendra hastío y nos acosa la fatiga. Basta mirarnos y recordar al poeta. "Os digo que la vida está en el espejo, y que vosotros sois el original, la muerte (...). Estáis muertos, no habiendo antes vivido jamás. Quienquiera diría que, no siendo ahora, en otros tiempos fuisteis. Pero, en verdad, vosotros sois los cadáveres de una vida que nunca fue. Triste destino"¹⁶. Lo anunciaba César Vallejo: no hay vida sin

15. Entre otros, Ramoneda, Josep: "Una teoría del presente", en *Letra Internacional* 6, Madrid, 1987.

16. César Vallejo: *Trilce*, poema LXXV.

sueños. La vida siempre sueña una vida mejor. Deseamos otro futuro, pero ¿qué futuro? ¿Qué es deseable?

Este sentimiento de precariedad y desconcierto aparece tematizado bajo el nombre de posmodernidad. Al igual que el desencanto con la modernización, el desencanto con el progreso no elimina el problema de fondo. Sigue vigente la pregunta por una vida mejor. Y de ello ha de dar cuenta una interpretación adecuada del desencanto. A mi entender, el desencanto con el futuro es fundamentalmente una pérdida de fe en determinada concepción del progreso: el futuro como redención¹⁷.

La creencia en que podamos salvar nuestras almas por medio de la política es un sustituto al vacío religioso dejado por la secularización. Esta da lugar a un proceso de "descentralización" que traslada las esperanzas escatológicas a la historia humana proyectándolas al futuro como la finalidad del desarrollo social. El futuro se condensa entonces en utopías concebidas como metas factibles. De esta confusión de lo imaginario y lo empírico, de lo ideal y lo real surgen las ilusiones acerca de un final feliz y una armonía eterna. En nombre de su factibilidad (posiblemente de su proximidad) se justifican todos los sacrificios. Es decir, la idea de redención opera fundamentalmente como un mecanismo de legitimación: nos afirmamos a nosotros mismos, en contra de todas las vicisitudes existentes, proyectándonos a un futuro salvaguardado. Pero, ¿no descansa toda política en tales ilusiones? Ya lo advirtió el sagaz Maquiavelo: la sociedad requiere ilusiones, no como engaño "maquiavélico", sino como proyecto de futuro que le permita cerciorarse de su presente fugaz. La ilusión es, paradójicamente, un elemento de certidumbre: aseguramos nuestra identidad mediante promesas de perpetuidad. Pues bien, si la política siempre se apoya en tales creencias motivacionales, ¿qué distingue al paradigma de la redención? La búsqueda de redención apunta a una plenitud más allá de la historia, escindida de toda condición empírica de existencia. No conoce mediación entre el presente y un futuro radicalmente otro. La expectativa de lo nuevo es rebasada a un grado tal que el porvenir sólo tiene valor en tanto discontinuidad absoluta. Las políticas redencionistas suelen así desembocar en una visión esteticista y moralizante de la política, cuando no en el terrorismo. Lo que distingue pues la creencia en la redención de otras culturas políticas es la fe en una ruptura total y el advenimiento *ex nihilo* de un orden integralmente diferente. El objetivo no es *cambiar* las condiciones existentes, sino romper con ellas.

El encantamiento con las rupturas salvíficas va a la par con una visión monista de la realidad

social. Pienso en los enfoques que ven al capitalismo como una lógica inexorable de alienación, un sistema unidimensional del cual no se puede escapar sino saltando fuera de él. La revolución sería ese salto a un orden nuevo, igualmente monolítico por cierto. Si la visión monista tiene como consecuencia una estrategia revolucionaria, a la inversa, cuando la cultura posmoderna abandona la idea de una racionalidad única a la vez renuncia a una estrategia de ruptura. En realidad, si consideramos que el proceso social está cruzado por diferentes racionalidades, su transformación ya no puede consistir en "romper con el sistema", sino en reformarlo.

Se abre aquí una perspectiva para redefinir el reformismo. De acuerdo con la definición habitual, reformismo y revolución apuntan al mismo objetivo (la sociedad sin clases) diferenciándose según los caminos que llevarían a la meta. Sería una cuestión estratégica, como solía decirse. Ahora, está más claro que se trata de dos enfoques muy distintos. ¿Por qué no pensar el reformismo como una concepción desencantada del proceso social? Reformar la sociedad es discernir las racionalidades en pugna y fortalecer las tendencias que estimamos mejores. El resultado no será un orden puro y definitivo. Bien al contrario, nuestras sociedades seguirán siendo contradictorias y precarias como la vida. Y, por lo mismo, procesos creativos.

En fin, el desencanto *puede* ser políticamente muy fructífero. La sensibilidad posmoderna fomenta la dimensión experimental e innovadora de la política: el arte de lo posible. Pero esta revalorización de la política descansa sobre una premisa: *una conciencia renovada de futuro*. Sólo confiamos en la creatividad política en la medida en que tenemos una perspectiva de futuro. Visto así, el problema no es el futuro, sino la concepción que nos hacemos de él. El futuro mejor no está a la vuelta de la esquina, al alcance de la mano, de la fe o de la ciencia. Pero tampoco es una "uva verde" que conviene olvidar. Quizás, como dijera Rupert de Ventós, nos falta el valor para reconocer que "las uvas están maduras y que están más allá de nuestro alcance; que son deseables e inalcanzables; que hay problemas que no podemos solucionar, pero que tampoco podemos dejarnos de plantear"¹⁸. En este sentido, el desencantado posmodernismo podría renovar el impulso crítico y reformador de la modernidad ■

17. Ver Whitebook, Joel: "The Politics of Redemption", en *Telos* 63 (1985) y su réplica en *Telos* 69 (1986) así como Feher, Ferenc: "El paradigma de la redención", en *Leviatán* 28, Madrid, 1987.

18. *Op. cit.*, p. 65.

Francisco C. Weffort
 Profesor titular de la Universidad
 de Sao Paulo y Director del CEDEC

Los dilemas de la legitimidad política*

Francisco C. Weffort



"La urgencia —la conciencia de esa urgencia— es (...) la característica esencial del actual momento latinoamericano".

"La fórmula democrática puede perecer consumida por el estrago de la ineficacia. Pero también puede morir por una anemia galopante en la savia mantenedora de su legitimidad. Ahora bien, conviene en ese punto no engañarse ante ambas amenazas; la segunda es mucho más grave e implacable que la primera (...) la evaporación completa de las creencias, la quiebra moral que hasta en sus últimos fundamentos puede tener la disolución de esa fe —la anomía generalizada de todo un cuerpo social— no deja sino desesperanza y extremismo". (Don José Medina Echavarría)

El concepto de legitimidad política propone un debate sobre la democracia y la política, o mejor aún, sobre las posibilidades de que la democracia rescate el sentido de la política, después de una época en la que los regímenes autoritarios, a los que no faltó cierto sabor tecnocrático, la desacreditaron hasta el extremo de tornarla ridícula. Eso significa aceptar, desde luego, que el concepto de legitimidad política contiene una afirmación de principio, por lo demás fundamental a todo pensamiento auténticamente democrático, cual es la primacía de la razón histórica sobre la razón instrumental.

El hecho de que comencemos por hacer algunas referencias conceptuales abstractas no debe inducir a nadie a imaginar, con temor, que los dilemas de la legitimidad política nos obliguen a todos a caminar por la estratosfera. No, al menos no todo el tiempo. La verdad es que cuando se habla de legitimidad política se habla también, y sobre

todo, de hechos muy reales y muy dramáticos de una época histórica: precisamente de ésta en que nos ha tocado vivir.

La combinación de la reflexión teórica con la sensibilidad para la experiencia viva de la historia es una de las características más atrayentes del pensamiento de don José Medina Echavarría, gran maestro español que, después de la guerra civil, hizo de América Latina su segunda patria. Además, pienso que el estudioso de la sociología y la política no dejará de advertir lo mucho que estas reflexiones, que presento ahora, deben a la inspiración de Medina, aun cuando deba-

* Este trabajo, preparado por Francisco C. Weffort, fue presentado al Seminario sobre "Cambios en los estilos de desarrollo en el futuro de América Latina" realizado en Santiago de Chile entre el 1º y 3 de diciembre de 1987, en homenaje a don José Medina Echavarría. El presente artículo fue publicado en la Revista *Lua Nova*, Sao Paulo, N° 15, de octubre de 1988.

mos empeñarnos en comprender un momento histórico del que él, por desgracia, ya no puede participar. Y, como era propio de su pensamiento y de toda reflexión que procura aclarar hechos e ideas, siempre que se pueda conviene comenzar por definir aquello de lo que se habla. Precisamente para eso existen los conceptos, de modo que a ellos se refiere principalmente la parte inicial de la presente exposición. A continuación, examino la crisis de algunos países de América Latina. (Sé que todos están en crisis, pero sólo hablo de algunos). Y en la última parte trataré los que a juicio mío considero como los dilemas actuales de la legitimidad política y de las posibilidades (¿será sólo un sueño?) de construir la democracia en esta parte del mundo.

1. Legitimidad: dimensiones de un concepto

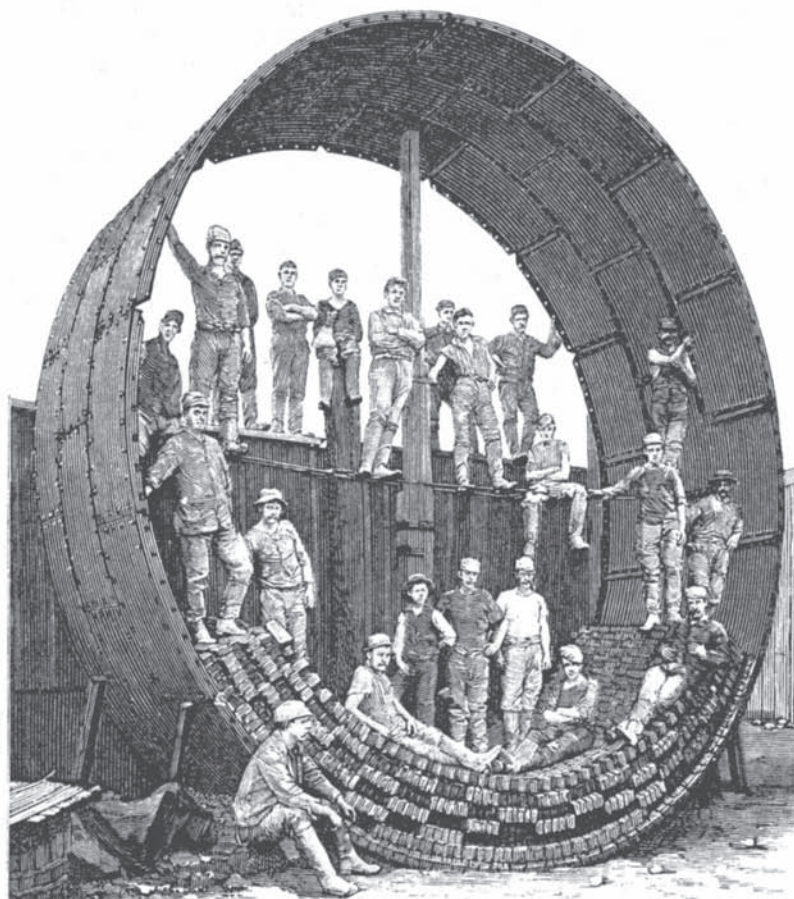
En un trabajo importante de comienzos de los años 60, titulado *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina*, don José Medina, con los ojos abiertos hacia la historia del presente, ofrece las dimensiones básicas de aquello que la sociología y la ciencia política entienden por legitimidad política: “El hueco de la estructura de poder que mantiene todavía la inadecuada transformación de los partidos políticos históricos que forjó en su momento —y con gran acierto— el sistema de la hacienda, es un vacío gravísimo porque deja en el aire —sin sustancia— las raíces de la legitimidad”¹. En la página siguiente, Medina agrega, tratando de concretar el sentido del concepto: “No es imposible que las viejas clases —las oligarquías de otrora— sean capaces de ganar una nueva legalidad si se esfuerzan por modificar a la altura de los tiempos su fórmula política”. Y aún más: “El vacío de poder dejado por el proclive de la oligarquía secular (...) tratan de colmarlo con esfuerzo pacífico las nuevas organizaciones —quizás con excesivos tropiezos y tanteos— de las fuerzas productivas más importantes (...) de las modernas sociedades industriales”.

Con el poder de síntesis que le era característico, Medina entrega al lector, junto con las dimensiones básicas de un concepto fundamental de la sociología y de la política, las cuestiones medulares de toda una época histórica. Me propongo resumirlas en cuatro puntos:

Primeramente, cuando hablamos de legitimidad política, mencionamos, en primer

lugar, la existencia de creencias, normas y valores —según sugiere Max Weber, de cuya obra Medina fue, además, el principal representante en América Latina—, que plasman el espacio de las acciones y de las relaciones sociales, éstas siempre ligadas a la noción de una reciprocidad de sentido entre los actores. De modo más específico para el campo de la política, se habla de la legitimidad de un líder frente a sus seguidores, de un gobierno frente a los ciudadanos de una República, de un partido político frente a sus electores, de una clase (o élite) como dirigente de una sociedad, etc. En todos los casos imaginables, la legitimidad política se caracterizará, sin embargo, por un rasgo que es propio a la legitimidad de la dominación social en general. Y, siempre según Weber, la legitimidad de una relación de dominación social estará en el hecho de que quien obedece una orden lo hace como si ésta viniese de una disposi-

1. José Medina Echavarría, *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico*, Buenos Aires, Editora Solar/Hachette, 1964.



ción interior, o como si el obedecer fuese algo de su propio interés: "un determinado mínimo de voluntad de obediencia, o sea de interés (externo o interno) en obedecer, es indispensable en toda relación auténtica de autoridad"². En una palabra, la raíz de la legitimidad del mando está en el consentimiento de quien obedece. Tenemos, por lo tanto, un concepto muy bien definido, que puede ser objeto de un análisis muy preciso y muy específico.

En todo caso, pienso que es importante señalar que Medina, y en este caso también ciñéndose al espíritu de la sociología weberiana, da al concepto un sentido mucho más amplio. Al hablar de legitimidad política, menciona, más que relaciones de dominación política, la existencia de un sistema social. Se refiere al sistema de la hacienda, en el que cree encontrar la matriz de la organización social, económica y política de la América Latina tradicional. La presencia de este sistema en el plano político se presenta de la manera más clara posible. Para él, la hacienda es "protectora y opresora a la vez, es decir, autoritaria y paternal. Y esa imagen de las relaciones de subordinación —protección y obediencia, arbitrariedad y gracia, fidelidad y resentimiento, violencia y caridad— (...) es mantenida intacta por mucho tiempo cuando al rey sucede el presidente de la República. El modelo de autoridad creado por la hacienda se extiende y penetra por todas las relaciones de mando y encarna en el patrón la persistente representación popular"³.

En los años 60, cuando Medina escribió este libro, la sociedad y el Estado que el sistema de hacienda había producido se hallaban en la tercera o cuarta década de su prolongada crisis, una larga crisis que dejaba a la vista, muy manifiestas, las ruinas de una época en desaparición, al mismo tiempo que anunciaba el surgimiento de una nueva fase histórica. Sería, para Medina, la aparición de una nueva sociedad, de un nuevo sistema social, moderno, urbano e industrial, no ya enraizado en la hacienda sino en la empresa y en la ciudad.

En segundo lugar, cuando hablamos de legitimidad política, mencionamos no sólo un sistema social, sino también una clase dirigente. El concepto de clase dirigente tiene en Medina orígenes diversos, que mencionaremos a continuación. La indagación, sin embargo, tiene orígenes declarados en un joven Max Weber, enfrentando a las vicisitudes del sistema bismarckiano y buscando

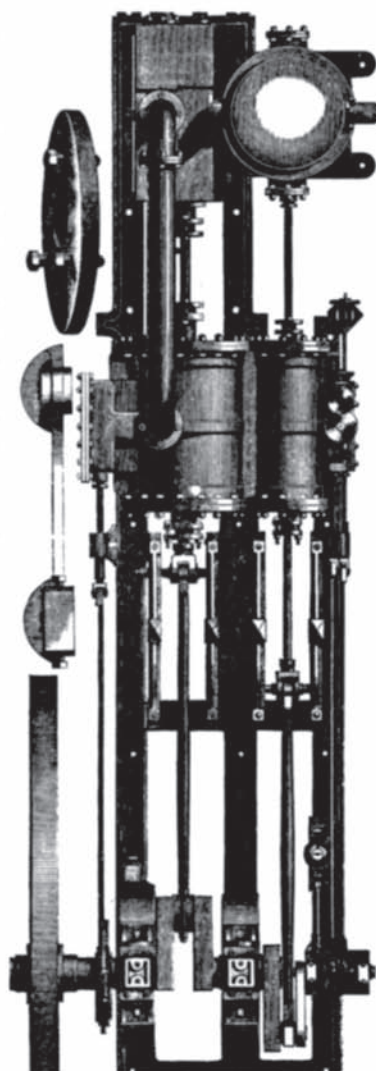
otra clase para dirigir a Alemania que no fuese la "vieja clase" de los *junker*. Weber ofrece el modelo, pero la investigación es típicamente latinoamericana: "En la América Latina de hoy, ¿dónde están los grupos de hombres capaces de llevar a buen término el intenso proceso de transformación que sacude su cuerpo? ¿En qué clases apoyarse? ¿La clase política brotada del sistema de la hacienda y que gobernó no sin éxitos un trecho largo de su historia? ¿La nueva clase burguesa nacida de la exportación y de la industria? ¿La novísima clase proletaria de escasas experiencias de mando y apenas organizada?"⁴.

En los años 60, muchos de los que trabajamos con Medina —y nos beneficiamos tanto de su cultura excepcional como de su amplitud de espíritu y de su tolerante gentileza para con las opiniones divergentes, en particular las de sus discípulos— atribuíamos al concepto de clase dirigente un sentido mucho más vasto y ambicioso. Era, sin la menor duda, un eco de la fascinación que ejercía sobre nosotros cierta concepción de un marxismo, no diré vulgar, pero ciertamente romántico. A ejemplo de la misión redentora que el joven Marx atribuía al proletariado, la clase dirigente, más que únicamente dirigente, era, para algunos de nosotros, la portadora de las potencialidades del futuro, de la evolución global de la sociedad y, finalmente, de un sueño de redención de la humanidad. Es interesante anotar que tal idealización del concepto de clase dirigente —concepto construido sobre las expectativas utópicas creadas en torno del proletariado— tenía vigencia, aun cuando la clase en cuestión, como candidata a dirigente, fuese la burguesía. Ello puede verificarse fácilmente en los escritos de quienes, en esa época, todavía creían en las posibilidades históricas de la llamada "burguesía nacional". Además, muchos de quienes así pensaban eran justamente de formación marxista.

2. Max Weber, *Economía y sociedad*, México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1964, segunda edición en español. Es interesante anotar que don José Medina Echavarría fue el principal traductor de esta gran obra de Weber en la versión española. La primera edición de dicho libro en idioma castellano data de 1944, es decir, de la época de la Segunda Guerra Mundial; Medina, que a la sazón se hallaba exiliado en México, había sido redactor de la "Nota preliminar de la primera edición en español".

3. Medina Echavarría, *op. cit.*, p. 34.

4. *Ibid.*, p. 76.



Medina veía, ciertamente, la clase dirigente con una capacidad de acción y de transformación sobre la sociedad, pero, tomando el concepto en una acepción más próxima de Gaetano Mosca, de Raymond Aron y de Schumpeter, concebía un protagonista histórico de proporciones más modestas (¿más realistas?). Portadora de una "fórmula política", o sea de un conjunto de justificaciones de un orden y de un sistema, la clase dirigente debe proponer un régimen, o una "legalidad", que debe ser legítima (porque, como sabemos, no toda legalidad es legítima) y eficaz. Por lo demás, debe ser capaz de "llevar a buen término" un proceso de transformación que ya se halla en curso, o sea la metamorfosis de América Latina en una sociedad urbana e industrial moderna.

Estamos, pues, distantes de la noción de negatividad revolucionaria que caracteriza, en el marxismo, tanto hoy al proletariado como a la burguesía en su época de surgimiento revolucionario. Del mismo modo, Medina define distancias ante la visión unitaria, o unificadora, que el marxismo, por la fuerza de su concepción de la totalidad social, identifica en la clase dirigente. (Ejemplo de ese unitarismo totalizante es la célebre propuesta de Marx: las ideas dominantes de una época son las ideas de la clase dominante). Pero estamos también lejos de las visiones fragmentarias de algunas de las sociologías contemporáneas, deslumbradas con el espíritu (¿o la falta de espíritu?) de lo que por ahí se denomina posmodernismo. Para estas visiones fragmentarias, que se complacen en su propia insuficiencia, pierden su significado tanto la noción de dirección de la sociedad como la propia noción de sociedad, al menos en la acepción de sociedad global que le dio, desde siempre, la sociología clásica, ya fuera que ésta se originara en Marx, Durkheim o Weber.

Para una sociología como la de Medina, ejemplo brillante de la sociología clásica, la visión fragmentaria de la sociedad y la fragmentación del pensamiento deberían entenderse como otros tantos modos de expresión de una crisis tan prolongada que parece amenazar, en nuestra época, la propia posibilidad de una razón histórica. Medina raciocina, según sus propias palabras, como "un viejo liberal" y ello significa que raciocina como un hombre que cree en la racionalidad humana, sin que esa circunstancia le impida ver toda la violencia y la irracionalidad de la que también son capaces los hombres. A pesar de todos los grandes dramas y trage-

dias que le tocó presenciar durante su vida, a pesar del fascismo y de la guerra civil española, a pesar de los totalitarismos nazista y estalinista, a pesar de la gran crisis latinoamericana, Medina cree que la historia tiene un sentido y que corresponde a la razón tratar de llegar a él. Después de todos estos "a pesar de", no debería haber en Medina (ni en nosotros) muchos motivos para mostrarnos excesivamente optimistas. Pero, aún así, corresponde a la razón realizar el intento, so pena de que se vuelva definitivamente estéril.

La identificación sociológica (política) de una clase dirigente es la parte medular de este intento. La pregunta ¿quién dirige?, también es una pregunta acerca del *sentido* de la sociedad y de su historia. Con esa visión, Medina examina la historia de América Latina para reconocer a las oligarquías del pasado el mérito de haberse erigido, en su época, en la clase dirigente que se crea al lado de la hacienda. Del mismo modo, con dicha visión espera también que esta clase dirigente llegue a ser sustituida por otra, que emerge "con esfuerzo pacífico" en el proceso de formación de una nueva sociedad urbana e industrial.

En tercer lugar, el concepto de legitimidad política arremete, por consiguiente, contra el reconocimiento de la existencia en la sociedad, de una estructura de poder. O, como fue el caso en los años 60 y aun en la actualidad en muchos países, de una crisis de poder. Medina habla tanto de una crisis de poder, de un "hueco de la estructura de poder" como de un vacío político —"vacío gravísimo porque deja en el aire, sin sustancia, las raíces de la legitimidad". Y ya hubo quien, fijándose más en el sonido de las palabras que en su significado, alegase en el tono pomposo de los falsos descubrimientos que, como en la física, en la política tampoco existe el vacío, argumento basado en palabras y, por consiguiente, de poco valor.

Lo que se objeta en este caso es la importancia que Medina atribuye al concepto de legitimidad. Cuando emplea las metáforas de "vacío" y de "hueco de la estructura de poder", pretende sólo subrayar algo que con frecuencia se olvida: el poder no se sustenta sólo en la eficacia (ni siquiera en la fuerza), tiene que ser legítimo. Y, como dice, en pensamiento sorprendente para muchos, "si mucho se aprieta es más importante la legitimidad que la eficacia". O más adelante: "el hombre heredero de la mejor tradición europea preferirá siempre la posibilidad del diálogo, o si se quiere el valor quizá intangible



de la legitimidad sobre el pragmatismo de la eficacia"⁵. ¿Se puede pedir mayor claridad democrática? ¿Se puede pedir más claridad en la crítica al vicio tecnocrático de una razón instrumental que tergiversaba el sentido de la política de los años 60 y que, aún con mayor gravedad, continuó tergiversando el sentido de la política en los regímenes autoritarios de las décadas siguientes?

En cuarto lugar, la cuestión de la legitimidad política remite directamente al tema institucional, el de los regímenes políticos y, en particular, el de los partidos políticos. En la visión de Medina, la crisis de legitimidad en América Latina está ligada directamente a la crisis de los "partidos históricos". Estos son, por ejemplo, los blancos y los colorados del Uruguay, los republicanos del Brasil de la primera República y, en sentido más general, los liberales y los conservadores que se distribuyen un poco por todos lados en los viejos regímenes oligárquicos de América Latina. Creo que éste es un aspecto especialmente significativo, cuando recordamos, con Enzo Faletto, que la preocupación por los mecanismos institucionales no estaba de moda en los años 60. Al menos entre los sociólogos (en verdad, es más que eso, podríamos hablar en este caso de la intelectualidad latinoamericana en su gran mayoría), el tema institucional estaba totalmente pasado de moda⁶.

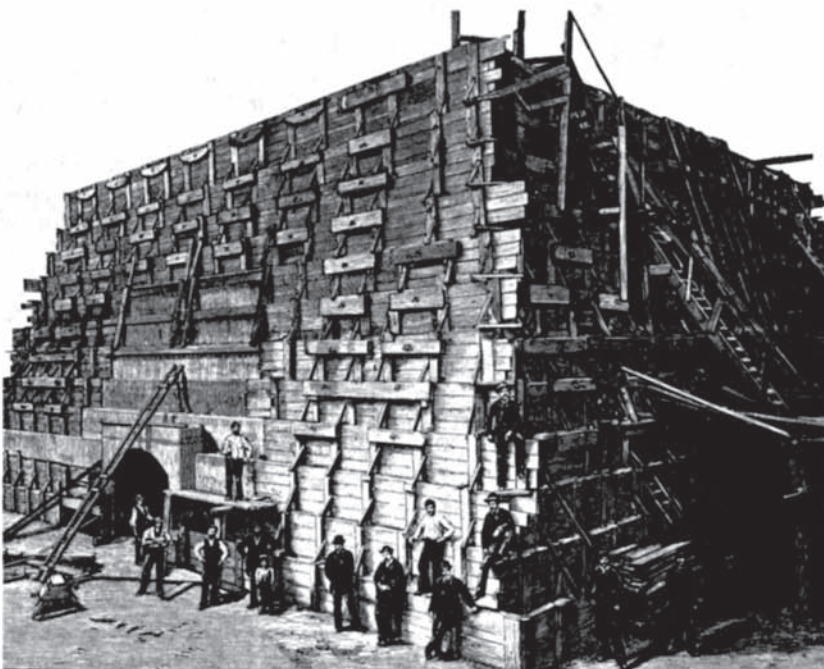
Medina, por consiguiente, nadaba contra la corriente cuando afirmaba que la legitimidad política, más que un tema relativo al sistema social, a las relaciones entre las clases y la estructura de poder, era un tema también de las entonces despreciadas formas institucionales. Cuando se habla de legitimidad política, se habla también de partidos políticos, de sistemas electorales, de regímenes de gobierno, materias que son motivo de amplias digresiones en las *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico*. El tema de la legitimidad política trae, por consiguiente, a debate también el tema de la "legalidad", es decir, de todo el conjunto de instituciones legales que dan forma a la organización del poder.

En una palabra, cuando se habla de legitimidad política, se habla de democracia política, de la democracia que existe o de aquella que deseamos que llegue a existir. "La democracia es, ante todo, una creencia, una ilusión si se quiere, un principio de legitimidad"⁷. O, como dice un poco antes, en el párrafo inmediatamente anterior: "... los sistemas demo-

cráticos dependen sobre todo de una vigencia, o sea de la creencia en la legitimidad de la élite".

2. Legitimidad y hegemonía: conceptos históricos

Estos cuatro requisitos que veo asociados a la noción de legitimidad política no deben entenderse a manera de condiciones meramente analíticas, las cuales, en cuanto tales, podrían valer para cualquier época histórica. El sentido histórico de las propuestas teóricas de esta índole se entiende cuando Medina reconoce, por ejemplo, a las clases



oligárquicas de este período de crisis cierta capacidad de mando, cierta concepción de unidad nacional, pero comprueba también en ellas un apego a sus intereses particulares, que pesa demasiado para permitirles actuar con eficacia como clases dirigentes. Se trata, por consiguiente, de una constelación histórica, en la cual, por otro lado, las nuevas izquierdas, tanto por la urgencia de sus problemas inmediatos como por su propia formación y por sus sueños idealistas, son po-

5. *Ibid.*, p. 129.

6. Me refiero a la participación de Enzo Faletto en el seminario sobre "Cambios en los estilos de desarrollo en el futuro de América Latina".

7. Medina Echavarría, *op. cit.*, p. 140.

bres en sus concepciones de la legitimidad nacional y, en conjunto, dotadas de frágiles instintos de poder y de mando⁸. Estamos, como ya se dijo, en el campo de la célebre reflexión de Max Weber. Pero como para indicar hasta dónde pueden llevar situaciones como éstas, no faltan en Medina las referencias a momentos posteriores a Weber, en especial a la República de Weimar, con su connotación de fragilidad de la civilización y de la democracia delante de la avalancha brutal de la irracionalidad y la violencia.

El concepto de legitimidad política envuelve, entonces, en el pensamiento de don José Medina una amplia significación histórica y obliga a la reflexión a salvaguardar aspectos de la formación de América Latina y de los Estados latinoamericanos, al menos desde los movimientos de independencia, muchos de ellos acompañando las olas históricas creadas, en Europa, por las ambiciones napoleónicas. "... el hecho de que la libertad —la aspiración democrática y constitucional— sea uno de los elementos esenciales de la constelación originaria de América Latina, arrastra también consigo la primera gran paradoja de su historia: haber mantenido por mucho tiempo en pleno desacuerdo las fórmulas de una ideología con las 'creencias' y conductas efectivas de la existencia cotidiana. Sobre un cuerpo de estructura agraria y vida tradicional se extendió la débil capa de una doctrina predominantemente liberal y urbana"⁹.

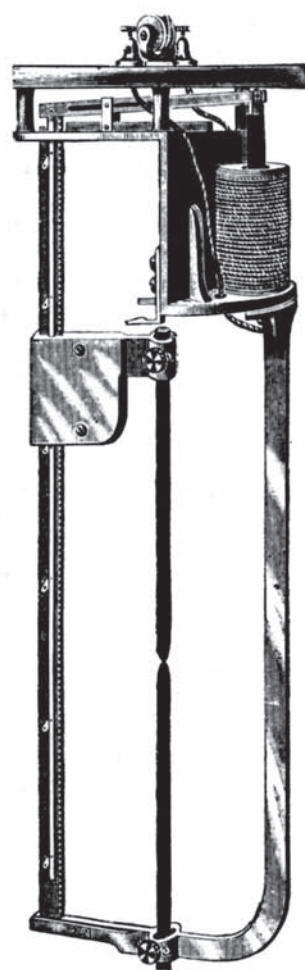
La construcción de sistemas políticos legítimos fue, por consiguiente, en este caso, desde siempre más difícil y afectó la propia posibilidad de la existencia de un Estado en nuestros países. El Estado surgió donde la mencionada contradicción se resolvió, además, por medio de alguna forma de compromiso. Esa "contradicción tuvo en muchas partes sus atenuaciones y compromisos; y allá donde así ocurrió —como en el caso de Chile— comienza temprano la auténtica organización del Estado". Entendiendo el caso de Chile, donde el Estado se formó mucho antes de los demás, como una excepción, Medina encuentra la regla general a partir de la formación del Estado nacional en la Argentina, tomando como referencia inicial la batalla de Monte Caseros. Y añade que donde ese compromiso ocurrió, tenemos el contenido de la fórmula política de los regímenes oligárquicos con su clásica distinción entre liberales y conservadores.

Sin riesgo de perder especificidad analítica, la noción de legitimidad política en Medi-

na abarca un vasto campo histórico. Si quisiéramos una comparación, la tendríamos, por ejemplo, en el campo del pensamiento marxista, en la concepción de hegemonía, tal como la entendía Antonio Gramsci. Medina menciona Estados, clases, gobiernos, creencias, ideologías, instituciones, etc. Todo ello, en vez de suscitar la dispersión del pensamiento, se halla articulado por un claro hilo conductor: el de tratar de entender las posibilidades de que una sociedad establezca estructuras de mando que sean autorizadas o consentidas por los individuos que la componen. Ello significa decir que la cuestión de la legitimidad política se relaciona con la posibilidad de un pueblo de gobernarse a sí mismo. Y eso es, en definitiva, lo que se encuentra en la raíz de la noción de democracia. Y de eso se habla, finalmente, cuando se reivindica la primacía de la razón histórica sobre la razón instrumental.

La confianza en la razón tiene sus exigencias y a veces nos coloca en situaciones embarazosas. Si seguimos, como lo hago en esta ocasión y lo he hecho en otros trabajos¹⁰, la perspectiva de Medina, que, como ya dije, entiendo emparentada con la raíz común de los clásicos de la sociología y de la política, la clasificación del largo período que se abre, en la historia de América Latina, con la crisis de 1929 y con los cambios de los años 30, comprende objeciones que hay que enfrentar. Si hablamos de legitimidad, en el sentido de Medina (o de hegemonía, en el sentido de Gramsci), con toda la amplitud histórica que hemos venido esbozando hasta ahora, el período desde los años 30 en adelante comprendería más de medio siglo de crisis de legitimidad o, si se quiere, más de medio siglo de crisis de hegemonía. La objeción consiste en que ésta sería una duración excesiva para una crisis. Se dice que cualquier crisis de duración tan larga se convierte en lo contrario, es decir, en el modelo de su propia normalidad.

El mayor problema de esta crítica consiste en que, aunque razonable en el plano de la mera especulación teórica, se halla, sin embargo, desautorizada por la historia, tal co-



8. *Ibid.*, p. 101.

9. *Ibid.*, p. 44.

10. Buena parte de esta exposición se inspira en la utilización que hice del concepto y al tema de Medina sobre la legitimidad política en mi libro *O Populismo na Política Brasileira*, Rio de Janeiro, Editora Paz e Terra, tercera edición, particularmente en el capítulo 5, titulado "Liberalismo y oligarquía".

mo ésta fue vivida y tal como continúa siendo vivida por los participantes y protagonistas. La verdad es que éstos veían (y continúan viendo) la historia de la que formaban parte como una historia de crisis y participaban en ella con la conciencia de que se trataba de una crisis. En algunos momentos, vieron la crisis como un fenómeno crónico, pero así como hablar de una enfermedad crónica no significa decir que el que la padece disfruta de plena salud, tampoco hablar de una crisis permanente significa, de ningún modo, transfigurar la sociedad que la padece en una sociedad estable, o sea, capaz de establecer para sí el modelo de su propio orden. A lo largo de todo este período, fue (y continúa siendo) un rasgo característico de la conciencia latinoamericana saber que las cosas estaban (por lo demás, continúan estando) "erradas", de algún modo erradas, cualquiera que fuese el lugar y las razones que se hallaren para el "error".

De alguna forma, la referencia a la crisis trae implícita cierta noción de la racionalidad histórica. Pienso que la referencia a la crisis se mantiene para este período porque, aunque prolongado, comprende acontecimientos que no se enmarcan en lo que estimamos, tanto desde el punto de vista de la teoría como del punto de vista normativo, debería ser la sociedad o el Estado. Me parece claro que, en ello, al menos, es decir, en la conciencia de la crisis y de sus urgencias, los latinoamericanos expresan, de modo cabal, su pertenencia occidental, esto es, sus orígenes y sus herencias europeos, como Medina se complacía en afirmar. Esta capacidad de hacer la historia y su crítica tiene algo que ver con la condición latinoamericana, una historia que acompaña a la de Europa a distancia, pero sin separarse nunca por completo, condición que, desde los orígenes más remotos, implicaría el "haber mantenido por mucho tiempo en pleno desacuerdo las fórmulas de una ideología con las 'creencias' y conductas reales de la existencia cotidiana". En todo caso, lo cierto es que, consideradas en conjunto las vicisitudes de este largo período histórico, nada podría ser peor que el hegelianismo barato que, a veces, sin embargo, circula en los mejores ambientes, según el cual "todo lo real es racional". Quien considera una crisis como normal por el hecho de que la crisis es prolongada, está a un paso de renunciar a la teoría, si es que tiene alguna y a dos pasos de renunciar a la razón. Este tipo de actitud intelectual es, en verdad, una dimisión del intelectual. Cuan-

do ello tuvo vigencia entre nosotros y donde la tuvo, sólo sirvió para cohonestar iniquidades y para desembocar en las formas más siniestras del elogio de la irracionalidad y de la violencia. Por el momento, sólo tengo la posibilidad de dedicar unas cuantas líneas a esta época de crisis. De este modo, sólo digo que habiendo sido de crisis, fue también, sin duda, una época de transformación, de la cual constituye un ejemplo la intensificación de la industrialización y la urbanización, como indicio de que la sociedad estaría creando las condiciones de su propia reorganización futura. Pero, al no contarse con las oligarquías o las "viejas clases", faltan aquellos segmentos que Medina llama "élites de reemplazo" y que sólo podrían surgir de las nuevas clases en formación. Y a falta de ellas, la crisis se comunica también al sistema institucional, afectado por una inestabilidad crónica que se revela en las amenazas constantes de golpes de Estado y en fenómenos políticos como los populismos y las intervenciones militares, que ambos constituyen intentos de llenar el "vacío", "el hueco de la estructura de poder". Y como es característico de toda estructura de poder en crisis, si éste ya no está dirigido por las élites tradicionales, tampoco se revela capaz de sustituirlas. Aquellas se mantienen, mediante intentos de restauración o por la fuerza de su tradicional prestigio social y cultural, en todo caso dotadas de una permeabilidad que, si no garantiza la legitimidad de sus pretensiones de dominación social, basta para asegurar su sobrevivencia en las proximidades del Estado.

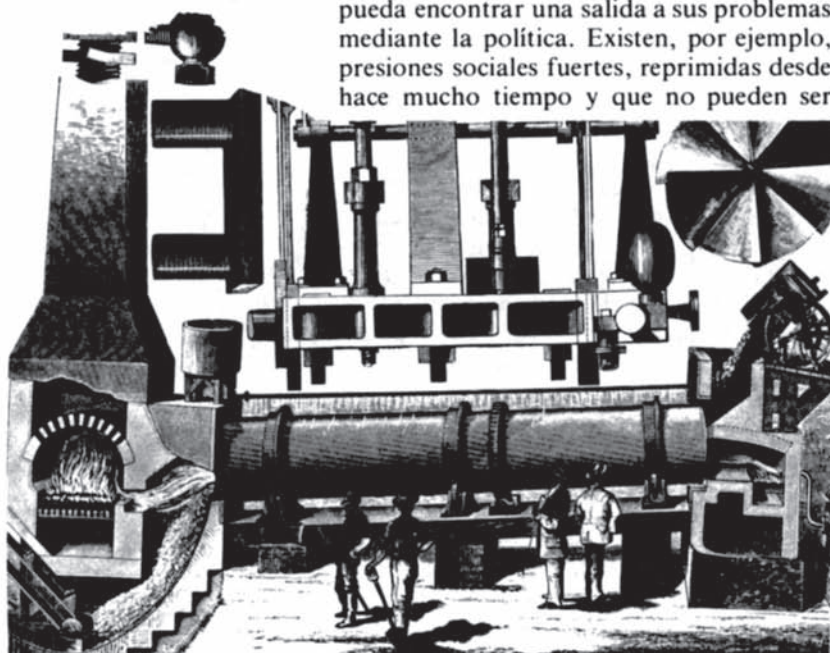
3. Modernización y democracia

¿Cómo se presentan actualmente los dilemas de la legitimidad política? Pienso que es inevitable comenzar comprobando la existencia de un sentimiento, más o menos general, de desencanto que afecta a los países democráticos (o en transición) de América Latina. Quizás el desencanto no sea específico de las democracias en formación, como la del Brasil, o en consolidación, por ejemplo la de la Argentina. Quizá sea un fenómeno más general, ni siquiera específico de América Latina. Se habla, por ejemplo, de un gran desencanto en España, y de la democracia consolidada después del ocaso del franquismo, ya en el gobierno socialista. ¿Podría ser un desencanto con la democracia? ¿Podría ser un desencanto con la política, en su senti-

El concepto de legitimidad política propone un debate sobre la democracia y la política, o mejor aún, sobre las posibilidades de que la democracia rescate el sentido de la política, después de una época en la que los regímenes autoritarios, a los que no faltó cierto sabor tecnocrático, la desacreditaron hasta el extremo de tornarla ridícula.

do general? ¿Estáramos volviendo al clima político cargado de tensión y de descrédito que, en los años 60, abrió el camino a la instauración de los regímenes militares? ¿Estáramos viviendo los prolegómenos de un retroceso histórico?

El tema de la legitimidad política se relaciona con la cuestión más general de la legitimidad de la política como tal. Esto es particularmente cierto en el caso del Brasil, que, sin embargo, me parece que puede generalizarse, al menos en este aspecto, a otros países de América Latina. En medio de la crisis en que vivimos, mucha gente duda de que se pueda encontrar una salida a sus problemas mediante la política. Existen, por ejemplo, presiones sociales fuertes, reprimidas desde hace mucho tiempo y que no pueden ser



atendidas de modo inmediato. Ya sea por esta razón o por otra cualquiera, muchas personas —y ello incluye tanto a individuos como a grupos y sectores sociales— entienden que deben resolver solos sus problemas, fuera del terreno político, y ello para no mencionar a los que están convencidos de que los problemas, propios y de los demás, sencillamente no tienen ninguna perspectiva de solución.

El “movimentismo” y el corporativismo constituyen una manifestación de ello y expresan, cualesquiera sean los sectores sociales donde se manifiestan, una angustia que lleva a las personas y los grupos, en medio de la crisis, a tratar de defenderse de cualquier manera. Para mencionar sólo los movimientos sociales conocidos y los grupos dotados de alta capacidad de organización, tenemos señales de ello en los movimientos de los trabajadores pobres del campo y en los sec-

tores del magisterio, así como en los grupos de banqueros y sectores del empresariado industrial. Las razones económicas y de justicia social que impulsan a grupos tan diversos son, evidentemente, muy diferentes. No hay manera de colocar en el mismo receptáculo el corporativismo de ciertos grupos de banqueros y el “movimentismo” de algunos sectores populares. Pero tampoco puede dejarse de percibir el deterioro del clima político, un clima pesado del “sálvese quien pueda”.

Es una especie de “estado de naturaleza” hobbesiano, una especie de “estado de guerra” implantado entre los grupos sociales y los grupos económicos más diversos. El que puede obtener indebidamente lucros extraordinarios (o, como sucede con más frecuencia, intereses a tasas de especulación) lo hace sin preocuparse mayormente de las protestas. El que puede defenderse lo hace con los recursos de que dispone, cualesquiera que sean, aunque a veces entre en fricción con otros sectores que poseen intereses sociales semejantes. Y el que no puede explotar ni tiene la capacidad de defenderse, soporta la parte más pesada de la crisis (y de la deuda). Todo ello en el ambiente de frenesí creado por una inflación galopante que se avecina al 20% mensual y que nadie, aparentemente, se revela capaz de controlar. Señaló observaciones del mismo tipo, formuladas por Aldo Solari y Jorge Graciarena, para los casos del Uruguay y la Argentina¹¹.

Quizá no se dé aún aquella situación que don José Medina menciona, en cierto momento de sus *Consideraciones sociológicas*, como anomia generalizada. Pero anda más cerca de ello o, al menos, es de temer que algún día podamos llegar a ella. No es sólo una crisis del Estado, de un Estado al que,

11. Según los registros del seminario sobre “Cambios en los estilos de desarrollo en el futuro de América Latina”, Graciarena se pregunta, por ejemplo, acerca del posible significado, para la sociedad, de una generalización de los conflictos en el servicio público. Aunque no cree en una tendencia general a la desintegración social, confiesa que, eventualmente “pueden aparecer fenómenos de desintegración considerablemente fuertes”. Solari también menciona la cuestión de las huelgas en los servicios públicos, que no existían en el régimen militar uruguayo (como en los demás) debido a la represión: “En cambio, ahora los servicios públicos se interrumpen con bastante frecuencia y eso provoca los fenómenos que Graciarena señala (...) por ejemplo, las huelgas del personal de salud, que ha habido varias, provocan una irritación muy generalizada, incluido naturalmente el personal de correos que también de cuando en cuando ha hecho huelgas”.

además, se atribuye, entre otros males, el ser una fuente de inflación y de autoritarismo. También es una situación de desmoralización de la actividad política y de los propios políticos, como figuras reconocibles, por la sociedad. Si amplios sectores de la sociedad civil no creen en la política, ¿cómo se podría contener la corriente de autoritarismo que, realimentada, continúa fluyendo aún después del término de los regímenes militares, como lo muestran los ejemplos, si bien muy diferentes entre sí, de la Argentina y el Brasil? Pero más importante que ello: si existe un gran desencanto con las democracias que recién comienzan a funcionar, ¿qué decir de sus posibilidades de consolidación?

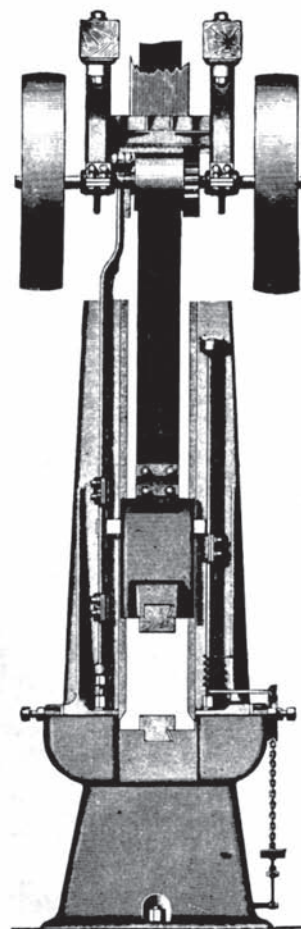
Creo, sin embargo, que no todo se reduce a problemas y dificultades. No obstante la experiencia reciente de la dictadura, el Uruguay es probablemente el mejor ejemplo de que disponemos en América Latina de cómo la modernización de una sociedad puede sustentar una cultura política democrática. Algo similar puede decirse de la Argentina, al menos en lo que se refiere al sistema partidista. Pero, inclusive en el caso del Brasil, donde pesan mucho más la vida agraria y la tradición, el proceso de transición política —que ha marchado impulsado por las luchas de la resistencia democrática y las luchas de carácter estrictamente político— ha avanzado también bajo la presión, digamos extraparlamentaria, de la modernización de la sociedad, es decir, de la intensificación de los procesos de urbanización y de industrialización. Estos procesos, como sabemos, datan de mucho antes de la existencia del régimen militar, pero adquirieron un nuevo ritmo en las últimas décadas.

Creo que puede afirmarse, para el caso del Brasil, que la transformación de la democracia en un valor general, es decir, en elemento sobresaliente de la cultura política, es un fenómeno reciente, producto de las circunstancias de la época de luchas contra el régimen militar. (En el caso del Uruguay, ello debe ser asunto de épocas muy anteriores). Pero, aún para el caso del Brasil, también podemos decir que esta generalización de la democracia, como valor, debe algo a las circunstancias de crisis económica y social que acompañaron el proceso de transición democrática y que se prolongan hasta hoy. En circunstancias en las que la crisis multiplica los conflictos y los generaliza en la sociedad, la democracia puede aparecer como un mecanismo eficaz para construir un orden político satisfactorio. Ello aparece de tal manera,

si no para la mayoría de la sociedad, al menos para la mayoría de quienes, durante y después de la dictadura, han luchado para participar en la política.

Quiere decir que aquello que aparece como un problema desde un ángulo, o sea la amenaza de una anomia generalizada, también puede aparecer como una condición favorable, dependiendo de la capacidad de los liderazgos y de las instituciones de enfrentarse al problema. Lo mismo que se dice de la crisis puede decirse de sus efectos. El "movimentismo" y el corporativismo pueden considerarse no sólo como factores de deterioro político, sino también como la manera, al comienzo políticamente caótica y confusa, por la cual se realiza la confrontación normal de intereses en una sociedad moderna y democrática. Además, conviene recordar que el hecho de que la democracia se convierta en valor general significa también que se agudiza en la sociedad la memoria de una época en que el régimen militar manejaba los conflictos de modo autoritario, y, ciertamente, de modo muy insatisfactorio, al menos para la mayoría de los participantes (o de los que aspiraban a la participación). Evidentemente, las señales de la existencia de esta memoria tendrían que ser mucho más visibles en el Uruguay y en la Argentina, sociedades más modernas donde los regímenes militares fueron mucho más desastrosos que en el Brasil.

En el mismo sentido, me parece oportuno recordar una reflexión de Luciano Martins señalando la implantación, en los últimos decenios, de lo que llama un *ethos* capitalista en la sociedad brasileña¹². Este fenómeno, probablemente muy anterior en la Argentina, el Uruguay y en Chile, se habría vuelto general en el Brasil, alcanzando inclusive aquellas regiones en las que sobreviven aún muchas relaciones sociales de tipo precapitalista. Martins señala, de esta manera, un proceso de transformación, ya observado desde otros ángulos por otros investigadores, que habría conducido no sólo a la modernización, por conducto del "milagro económico", de las bases estructurales del sistema capitalista implantado en el país, sino también a la generalización de los valores y normas de conducta social y económica que exige un sistema capitalista moderno. Para



12. Me refiero a una exposición de Luciano Martins, hecha en el CEDEC de São Paulo, en una serie de seminarios realizados en 1987 sobre la transición brasileña.

decir lo mismo utilizando los conceptos de Medina, aun allí donde persisten modelos originarios del sistema de la hacienda, lo fundamental de aquello que determina el conjunto de la vida social se origina actualmente en el sistema de la empresa y de la ciudad.

¿Existirían, de hecho, las célebres ventajas del atraso? ¿Podría decirse que el Brasil se benefició, en algún sentido, por haber llegado más tarde a la modernización, cuando se lo compara con la Argentina, el Uruguay y Chile?¹³ Si no se puede, en general, hablar de ventajas ni de inconvenientes, al menos hay un aspecto significativo que habrá que atribuir al atraso relativo del país. No se puede acusar al régimen autoritario brasileño de haber destruido la economía del país, como se dice con frecuencia respecto del régimen militar argentino. En el Brasil, los militares dieron su respuesta, muy autoritaria evidentemente, a los temas reformistas presentados por la sociedad brasileña en los años 60: represión de los movimientos populares, que apuntaban hacia las reformas sociales, e incorporación de todos los temas reformistas que suscitaban la necesidad de efectuar cambios económicos u otros que pudiesen conducir a la modernización del sistema capitalista en el país.

Entre estos se mencionan las reformas del sistema tributario, de la administración pública, la modernización del correo y de los servicios de comunicaciones en general, los nuevos mecanismos financieros de captación del ahorro, la racionalización (y concentración) del sistema bancario, etc. Sin olvidar las esferas donde las reformas del régimen militar tuvieron el sentido, no ya de una alternativa a los movimientos reformistas anteriores sino de contrarreformas, entre las cuales la reforma de la educación universitaria (respuesta a los movimientos reformistas de los estudiantes), la creación del Movimiento brasileño de alfabetización (Moblin), (respuesta a los movimientos de alfabetización de adultos, en general de inspiración de izquierda) y la definición del Estatuto del Trabajador Rural (respuesta a los movimientos que apuntaban hacia la reforma agraria).

Sin embargo, subsisten algunas preguntas. Teniendo en cuenta las dificultades actuales de la democratización brasileña, sin duda mayores que las del Uruguay y la Argentina, ¿puede decirse que el "éxito" anterior del régimen militar favorece las perspectivas de consolidación democrática o es

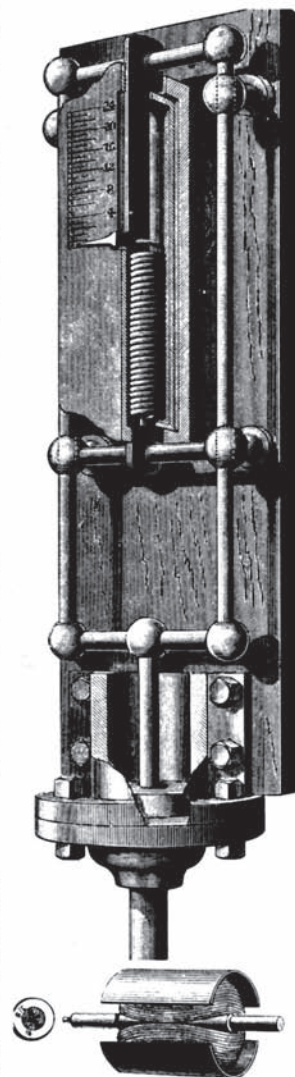
desfavorable para ellos? Pero todavía hay una segunda pregunta. Con todas sus diferencias de desempeño, las que responden a las diferencias existentes entre las sociedades nacionales donde surgieron, ¿no habrán los regímenes militares llevado, a pesar de ellos mismos, y tanto por sus "éxitos" como por sus "fracasos", al resultado común de la superación definitiva de las viejas sociedades agrarias (o pastoriles) que fueron en el pasado todos estos países? Tanto en los casos en que sus políticas de modernización, todas de corte neoliberal y siguiendo más o menos los mismos modelos, tuvieron éxito, como en los casos en que fracasaron, parece claro que al término de los regímenes militares se asiste también al entierro de lo que aún quedaba de las imágenes de estas sociedades como sociedades agrarias. Quiere decir que, al menos en los países del Cono Sur (considerando que se ha incluido en éste el caso del Brasil), los dilemas de la legitimidad política y los problemas correlativos de construcción de la democracia tienen que ver actualmente, sobre todo, con los problemas de las sociedades de perfil moderno y urbano. Lo que, evidentemente, no es suficiente para resolver las propias dificultades de la conquista y la consolidación de la democracia en estos países, pero que deja al menos el consuelo de que entre estas dificultades ya no ocupan el primer lugar aquellas típicas de las sociedades agrarias de corte tradicional y oligárquico.

4. Legitimidad e instituciones políticas

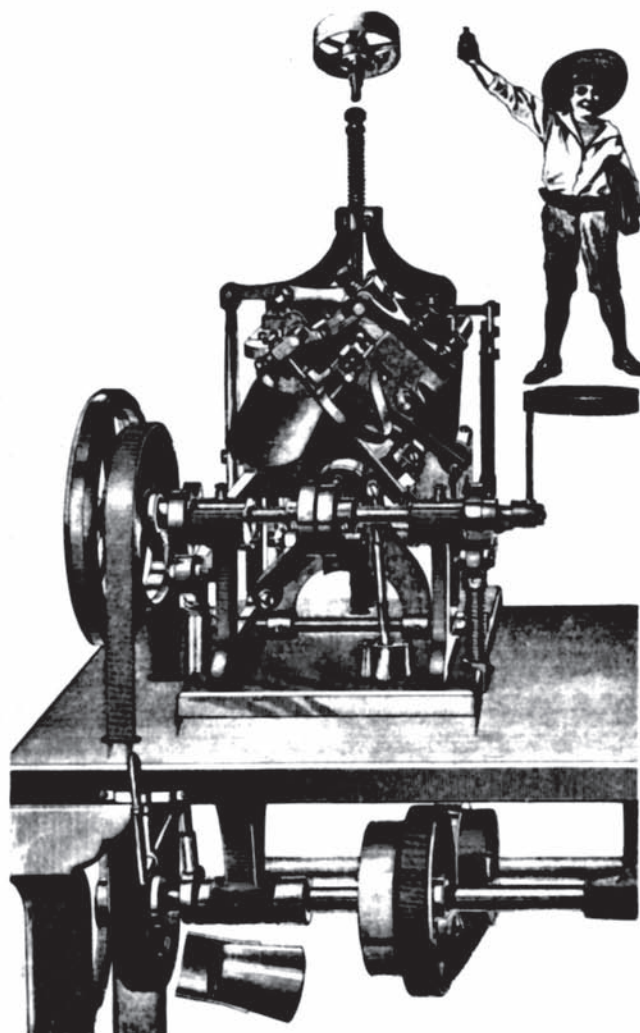
¿Cuáles son las diferencias entre los dilemas de la legitimidad política, cómo se presentan en la actualidad y cómo se presentaban en el pasado? En este caso es preciso abordar un problema que estaba sólo implícito en mi exposición y que fue retomado, ampliado y explicitado por Adolfo Gurrieri¹⁴. Se puede hablar de legitimidad política

13. Me gustaría recordar, en estas circunstancias, los análisis comparados, sobre los países del Cono Sur, de Fernando Fajnzylber, sobre el desarrollo económico y la desigualdad social, y de Carlos Filgueira, sobre la movilidad social, presentados en el II Foro sobre el Cono Sur organizado por el ILDES en Colonia, Uruguay, en julio de 1985.

14. Me refiero a los debates en el seminario sobre "Cambios en los estilos de desarrollo en el futuro de América Latina".



para las sociedades tradicionales, dice Gurrieri, porque éstas consiguieron alguna coherencia en lo que Medina llamaba sus "soportes" materiales, ideológicos y políticos. Lograron alguna coherencia entre el sistema de la hacienda, la clase dirigente oligárquica, el sistema partidista (liberales contra conservadores) y el liberalismo como fórmula política. Gurrieri no deja de reconocer, refiriéndose esta vez a la época actual de crisis, que



hayan evolucionado las condiciones materiales en dirección a una sociedad moderna e industrial, pero señala, junto con Graciarena, que en este proceso la concentración de poder en la sociedad alcanzó una escala tal que, al parecer, las cosas se volverían aún más difíciles. Dice él: "hay una incoherencia básica y aparentemente creciente entre el soporte material y nuestras utopías democráticas". De ahí las interrogaciones que sugiere: una situación como ésta, ¿no haría muy pro-

bable el desgaste, si no de las democracias, al menos de los gobiernos democráticos? En vez de que la democracia sirviera para cambiar la sociedad, ¿no estaría condenada a tener que adaptarse a la sociedad y a la estructura de poder existentes?

En la búsqueda de una respuesta a tales preguntas, comienzo por señalar, en el marco de una rápida comparación histórica, que los dilemas de la legitimidad política, como podemos verlos en los años 80, sugieren un panorama bastante diferente del que Medina podía comprobar en los años 60. No un panorama menos preocupante, quizá los sea hasta más, pero en todo caso, es bastante diferente. En primer lugar, si en los años 60 el sistema de la hacienda, aunque en crisis, todavía permitía formular la hipótesis de una restauración oligárquica, parece claro que tal posibilidad se encuentra definitivamente apartada del horizonte en los años 80. Cualesquiera sean nuestras perspectivas para el futuro, parece claro que las "viejas clases" entraron definitivamente en el declive que conduce a su desaparición como factor de poder. Para bien o para mal, el sistema social de estos países tiene, en este momento, por referencia la empresa y la ciudad.

En segundo lugar, subsiste, ciertamente, la cuestión weberiana sobre la clase dirigente, según la cual la "vieja clase" ya no gobierna y la nueva *todavía* no tiene la capacidad de gobernar. Pero después de los regímenes militares, los que, con su autoritarismo, negaron cualquier capacidad de gobierno a la sociedad civil, la vieja cuestión de la clase dirigente tendría que aparecer en una plataforma totalmente diferente, y quizá no tan difícil como se podría imaginar. Habrá quienes, tomando como base el crecimiento del corporativismo y del "movimentismo", concluyan que en una época de crisis prolongada, la modernización, es decir, la urbanización y la industrialización, no contribuyen a la formación de clases con capacidad de dirección política. En una concepción que calificué anteriormente de menos ambiciosa y más realista respecto de las clases y, en particular, respecto de las clases dirigentes, me parece que los sectores sociales, actualmente absorbidos en el "movimentismo" y en el corporativismo, están sencillamente haciendo su primer ensayo de participación en el plano de lo social para, en un mañana, asumir sus responsabilidades en el plano de la política. Es decir, si en el plano político tuviéramos condiciones institucionales adecuadas para ello.

En tercer lugar, precisamente en la cuestión institucional está la mayor dificultad. Don José Medina veía, en los años 60, la raíz de la crisis de legitimidad ligada al quiebre del sistema bipartidista tradicional: "la quiebra de la combinación bipartidista tradicional que acompaña al ocaso del sistema de la hacienda es el resultado de la transformación profunda antes reseñada, es la consecuencia de la aparición de las nuevas clases medias —urbanas y en parte rurales—, es el derivado de la confusa descomposición ideológica que acompaña o se mezcla con esos mismos fenómenos"¹⁵. En este caso, la situación sigue siendo *mutatis mutandis*, muy semejante en los términos fundamentales del problema. En los años 80, esta asociación entre la modernización, que Medina expresa en este caso en el surgimiento de nuevas clases, la crisis de poder (o de legitimidad) y la cuestión institucional, que Medina representa en este caso por la cuestión de los partidos, esta asociación tendría que ser no sólo reafirmada sino subrayada enérgicamente, hasta porque los fenómenos de "descomposición ideológica" son actualmente mucho más violentos que en cualquier momento de nuestro pasado.

Según mi parecer, y aquí retomo un aspecto capital de los problemas propuestos por Gurrieri, la *coherencia* entre los "soportes" materiales, ideológicos y políticos *no se da sino que se produce*. Y ello es una tarea sobre todo de las instituciones políticas, en especial los partidos. Sucede que en los años 80, el "eslabón débil" de la vinculación entre modernización, poder (legitimidad) e instituciones (partidos) está precisamente en las instituciones políticas y, particularmente, en los partidos. No obstante el progreso que se observa en esta esfera, en especial en los casos de la Argentina y el Uruguay, inclusive en éstos que son los países más modernos del Cono Sur, persisten problemas típicos de un proceso mal resuelto, o aún no resuelto, de construcción partidista. El Uruguay mantiene todavía un sistema de "partidos tradicionales" que funcionan más como leyendas electorales que como entidades con capacidad de agregación de demandas y de definición de políticas gubernamentales. El Frente Amplio, el "tercero" en el juego, es la novedad que se puede esperar que llegue a contribuir a una modernización del conjunto del sistema partidista.

El caso argentino, motivo de tanto pesimismo en la esfera militar y en la esfera económica, es, quizá, el que permite abrigar

mayores esperanzas en la cuestión partidista. En especial, después de sus dos últimas experiencias electorales: la primera, que eligió a los radicales de Alfonsín y derrotó a los peronistas, primer revés sufrido por éstos en el campo abierto de la lucha democrática, ya que hasta entonces sólo habían sido vencidos por las armas; la segunda, en la cual los peronistas, en vez de situarse a distancia como observadores del juego democrático, reafirmaron su compromiso con la democracia y vencieron a los radicales en el mismo campo democrático. Si es cierto, como dice Robert Dahl, que la democracia comienza en el momento —que llega después de mucho luchar— en que los adversarios se convencen de que el intento de suprimir al otro resulta más oneroso que convivir con él, quizá podamos sostener la hipótesis de que las últimas contiendas electorales argentinas señalan el comienzo de un sistema partidista moderno y estable. Para que ocurra tal alternancia de resultados, me parece necesario suponer que los dos grandes adversarios tendrán que aproximarse un poco en el momento mismo en que la contienda se vuelva más exasperante. Lo que significa que ambos se habrán vuelto solidarios con la democracia que les asegura la posibilidad de competir y que habrán aislado a los enemigos de la democracia¹⁶.

Aun con la ventaja de los impulsos derivados del crecimiento económico y de la modernización recientes, la situación brasileña es, quizá, la peor cuando se analiza la cuestión institucional y, en particular, la cuestión partidista. Si limitamos el raciocinio a los grandes partidos, aquellos que tienen, en el momento, las responsabilidades mayores de dirigir el Estado, el cuadro es desolador. Tenemos, en el Brasil, grandes partidos políticos que, sin embargo, no forman gobierno y que, por consiguiente, no asumen responsabilidades de Estado. Son partidos que se definen sólo para funciones electorales y para administrar intereses de clientelas. En el Brasil, los grandes partidos tienen actualmente algo de los "partidos tradicionales" del Uruguay, pero, infortunadamente, sin

15. Medina Echavarría, *op. cit.*, p. 96.

16. Sería interesante ver si la hipótesis se puede generalizar también para los pequeños partidos argentinos. Aunque en términos algo diferentes, hallo indicaciones para formular una hipótesis de este tipo en una entrevista concedida por Guillermo O'Donnell al *Journal do Brasil*, aparecida bajo el título de "Bendito Susto", el 24 de enero de 1988.

Los sectores sociales, actualmente absorbidos en el "movimentismo" y en el corporativismo, están sencillamente haciendo su primer ensayo de participación en el plano de lo social para, en un mañana, asumir sus responsabilidades en el plano de la política. Es decir, si en el plano político tuviéramos condiciones institucionales adecuadas para ello.

la cultura política democrática de ese país. Las políticas de gobierno no comienzan a explicarse antes de las elecciones sino después. En muchos casos, sólo se explican después de que el partido llegó al gobierno; o mejor aún, después de que el gobierno, ya elegido, comienza a conformar sus ministerios o secretarías. En esta hora, que es de controversias en torno a políticas y de diferencias en torno a cargos y prebendas, comienza a producirse una separación en vez de una aproximación mayor entre el gobierno y su partido. De ahí en adelante, los partidos gobiernistas comienzan a emitir señales de que no responden por el gobierno, al cual sólo están ligados por conducto de aquellos políticos que, en su carácter personal, llegaron a ministerios, secretarías o a cualquier función que consideren importante.

El caso del Brasil sirve para ilustrar, en sentido negativo, la importancia de los partidos para la consolidación de un régimen de legitimidad política. No tenemos partidos fuertes; por consiguiente, tenemos una democracia frágil. Y, sin embargo, la democracia se defiende y, hasta ahora, sobrevive. ¿Cómo? La democracia en el Brasil no se defiende, o se practica de modo organizado a través de partidos políticos, sino de modo difuso a través de movimientos políticos, la mayor parte de las veces sin identidad definida. Son movimientos políticos que a veces, sólo existen en el sentido cultural de la palabra, ni siquiera tienen conciencia de su propia existencia, son simples emanaciones del proceso de modernización y de un sentimiento de valorización de la democracia que aun resiste al desencanto. Ello es una señal de la fuerza y de la debilidad de la democracia en el Brasil. Una democracia fuerte, porque está enraizada en los "soportes" materiales, en la "fuerza de las cosas" pero muy débil desde el punto de vista institucional.

5. Democracia y reformas

Un régimen de legitimidad política solo puede darse en democracia. Este es el gran tema en el orden del día histórico de nuestros países en la actualidad. Es lo que resta de fundamental cuando comparamos los dilemas de la legitimidad política entre los años 60 y los años 80, y ello porque la democracia es el único régimen que organiza, es decir, institucionaliza el consentimiento popular, sin el cual la legitimidad perece. Y éste es el único paradigma de que podemos disponer

para discernir los dilemas de la legitimidad política en la actualidad¹⁷.

Existen épocas en las que la gran lucha política se libra entre dictadura y democracia. El Chile del periodo de Allende y el Brasil de Joao Goulart, cada cual con sus peculiaridades, son casos manifiestos de la lucha entre una democracia de izquierda (Allende) y una democracia populista (Goulart) y dictaduras de derecha. Tenemos varios ejemplos más recientes de lo que significan las luchas entre dictaduras y democracias en la historia de los países latinoamericanos que pasaron por la experiencia de las dictaduras militares. Existen también épocas en las que la gran lucha se libra entre diferentes formas de dictadura; la revolución rusa es un caso diáfano, pero de ningún modo único, de lucha entre una dictadura de derecha y una dictadura de izquierda, caso que, como otros, se resolvió por la izquierda. Hay, especialmente en los años 30 varios ejemplos de casos de este mismo tipo que, sin embargo, se resolvieron a través de dictaduras de derecha.

Pero existen también épocas —y pienso que es nuestro caso actual— en las que la gran lucha se libra en el campo de la democracia. Puede decirse que, básicamente, se trata de una gran lucha histórica por el significado de la democracia. En la Argentina, un militante del partido Justicialista (peronista) tendrá una visión diferente de la democracia, tal vez muy diferente de la visión de un militante de la Unión Cívica Radical. En el Brasil, un militante del Partido de los Trabajadores (PT) tiene, ciertamente, una visión de la democracia que difiere bastante de la de un militante del Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB) y estas dos imágenes de la democracia se distinguen, en muchos puntos, de la visión de un militante del Partido del Frente Liberal (PFL) o, todavía más, del Partido Democrático Social

Un régimen de legitimidad política solo puede darse en democracia. Este es el gran tema en el orden del día histórico de nuestros países en la actualidad. Es lo que resta de fundamental cuando comparamos los dilemas de la legitimidad política entre los años 60 y los años 80, y ello porque la democracia es el único régimen que organiza, es decir, institucionaliza el consentimiento popular, sin el cual la legitimidad perece. Y éste es el único paradigma de que podemos disponer para discernir los dilemas de la legitimidad política en la actualidad.

17. Las dictaduras, cualesquiera que sean, *movilizan*. Ello, por lo demás, en la mejor de las hipótesis, por regla general desmovilizan. Movilizan eventualmente pero no *institucionalizan*. Institucionalizar significa establecer un régimen de derecho, o sea la preeminencia de la ley, de la norma, "the rule of law". En una movilización, el valor supremo no está en la ley, o sea en la institución, sino en la persona del líder o del partido que la realiza. El paradigma de la movilización es la movilización general en caso de guerra, la movilización de un ejército, etc. En la institucionalización de la democracia, el valor más alto está, no en la persona del líder ni del partido dominante, sino en las normas institucionales que permiten a las personas organizar los espacios de su propia libertad.

(PDS). Pero sostengo que, en los dos países, éstas y otras fuerzas políticas estarán obligadas a proponer su visión de la democracia y estarán obligadas a librar su combate respecto del significado de la democracia en el terreno de la democracia.

Estos países en transición llegarán a tener, quizá, una democracia representativa de tipo liberal tradicional, o una democracia liberal moderna, es decir, de algún contenido social, o una democracia moderna de masas, con amplia participación popular, o una de-



mocracia socialista moderna, o sea, de masas, representativa y pluralista, pero también con variados mecanismos de participación directa. Podríamos formular aún otras hipótesis. Por ejemplo, es muy posible que en algunos países, como en el caso del Brasil, terminen prevaleciendo democracias de corte marcadamente conservador. En todo caso, lo cierto es que la controversia en torno al significado de la democracia es una polémica capital en nuestra época. Ninguna fuerza política con vocación de poder, o mejor aún,

con vocación de hegemonía, capaz, por consiguiente, de proponerse como representante de fuerzas sociales aptas para ejercer funciones de clase dirigente en la sociedad, puede sencillamente ignorarla. Un régimen de legitimidad política sólo puede ser la democracia y la definición de aquello que se entiende por democracia es parte fundamental del contenido de las políticas de cualquier clase que pretenda disputar las funciones de clase dirigente en la época actual.

El debate sobre la democracia es, en las condiciones de América Latina, una controversia sobre la legitimidad política y, por consiguiente, sobre las formas políticas e institucionales sin las cuales no se puede hablar de legitimidad¹⁸. Pero es también una polémica respecto de la eficacia de la democracia; el hecho de enfocar la democracia, en primer lugar, desde el ángulo de la legitimidad "no puede desviarnos de reconocer que la democracia pueda morir por ineficaz"¹⁹. No se trata, evidentemente, de subordinar el valor de la democracia al crecimiento económico. Muy por el contrario, pues como dice Medina, "si mucho se aprieta es más importante la legitimidad que la eficacia". Recuerdo que en un análisis de las relaciones entre la democracia y la riqueza, don José Medina afirmaba la democracia como un valor en sí de la manera más clara posible: "... frente a la realidad latinoamericana interesaba especialmente la subrayada acentuación que cobran los aspectos de legitimidad. Y pues que ha habido antes extensas referencias a la correlación 'materialista' democracia y riqueza, es justo insistir ahora en la versión 'idealista' que insiste más que nada en el valor de las creencias, en el peso de seculares 'vigencias intangibles' (valor del sistema político, valor de la autoridad legítimamente constituida, valor de las reglas del juego, valor del diálogo entre iguales, valor del significado humano del compromiso razonable)"²⁰.

18. Paso por alto en el texto, y también en mi exposición, una cuestión importante que Palma subrayó en los debates: los que no consiguen ver en la democracia política sino elecciones y partidos, también son incapaces de ver que el "simple" establecimiento de una democracia política exige la definición previa de condiciones sociales bastante complejas, las que no se dan en muchos países de América Latina. Significa decir que la conquista de la democracia política puede entrañar la exigencia de efectuar cambios mucho más significativos de lo que se piensa.

19. Medina Echavarría, *op. cit.*, p. 145.

20. *Ibid.*, p. 146.

Existen, ciertamente, en la América Latina actual los que desean la democracia "al menor costo posible". Como dirían Enzo Falletto y Aníbal Quijano, existen los que entienden que las reformas podrían colocar a la democracia en peligro y, por ello, tendrían que limitarse al mínimo. Son aquellos que, como dice Falletto, parecería que entienden el tema de la democracia en los siguientes términos: "preservemos la democracia y no transformemos mucho las cosas para preservar la democracia". En este caso, caminaríamos hacia una situación paradójica, de una democracia que, para preservarse, evitaría en lo posible las situaciones de conflicto. O, en las palabras de Quijano: "En la medida en que la democracia se convierte solamente en un campo de negociaciones y de conciliación, entonces todo se va achatando, porque efectivamente no hay nada que cambie de manera importante en área alguna de la vida cotidiana". Como puede verse, las indagaciones respecto de la eficacia de la democracia pueden ser no indagaciones exteriores, sino indagaciones sobre su contenido, es decir, sobre su verdadero significado. Si la democracia no existe como espacio de conflictos, ¿cuál es el sentido de la democracia?²¹.

Una vez aseguradas las debidas diferencias en la jerarquía de los valores, hay que reconocer que las cuestiones de la vida social y económica no pueden verse como ajenas al sentido de una democracia moderna. Todos sabemos que uno de los impulsos importantes de la democratización es el crecimiento del empleo, la corrección de la desigualdad social extrema, la redistribución del ingreso, etc. El tema de la construcción institucional, es decir, el tema típico de la democracia política, lleva al tema de la democracia social y, por consiguiente, al tema de una política de reformas para la economía y para la sociedad²². Habrá —según los partidos, los intereses y las clases— diferentes concepciones acerca de cuáles deben ser las reformas, sobre cómo deben realizarse y a quién deben beneficiar. Después del ocaso de las "viejas clases", es difícil imaginar cualquier "nueva clase" —sea la burguesía, la clase obrera, las "clases medias" o lo que más se admita como posible en el campo de las clases que surgen— que pueda tener pretensiones de "clase dirigente" en la sociedad sin que presente a ésta una perspectiva de reformas, que más adelante tendrá que convertirse en una política de reformas²³.

Hay algo más. Desde los años 30 hasta los años 50, estos temas aparecían a escala nacional, o sea, en cada país, y podían obtener respuestas adecuadas a este nivel. Don José Medina menciona, por ejemplo, que una de las tareas históricas de América Latina era la de la integración nacional, entendiendo como tal la integración de las poblaciones al interior de una nación, la cuestión del dualismo estructural, la cuestión de la heterogeneidad cultural, etc. Posiblemente, buena parte de estas cuestiones continúe en la agenda histórica de la mayor parte de las naciones latinoamericanas. Pienso, sin embargo, que en la actualidad, es preciso reivindicar la importancia de otro tema tratado también por Medina. Me refiero a la necesidad de la integración latinoamericana, cuando no la integración del conjunto de los países de la región, perspectiva improbable en las circunstancias actuales, al menos la de países que se asemejan por la comunidad de intereses y que, de inmediato, presentan la posibilidad de una unión. Existen algunas experiencias bien logradas en los esfuerzos de la integración latinoamericana y que deberían estimular nuevos esfuerzos dirigidos hacia una mayor integración.

La verdad es que, en medio de un orden internacional que también se halla en crisis y en proceso de redefinición, la mayor parte de los países latinoamericanos se enfrentará a enormes dificultades, quizá dificultades insuperables, para convertirse en viables como sociedades modernas y democráticas. Siem-

21. De nuevo, me refiero a la participación de estos investigadores en los debates del seminario sobre "Cambios en los estilos de desarrollo en el futuro de América Latina".

22. Este tema, clásico en el pensamiento político de la época moderna, fue abordado de nuevo recientemente, en el marco del debate latinoamericano, por Fernando Calderón y Mario dos Santos. Véanse los documentos presentados por estos autores en el simposio sobre Democracia, totalitarismo y socialismo en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París, en enero de 1987.

23. Señalo al pasar, porque éste sería tema para otra oportunidad, que si la construcción de una democracia sólida pasa por el camino de las reformas, cualquiera que pueda ser el origen o la inspiración de éstas, el camino de las reformas no siempre pasa por el terreno de la democracia. A lo largo de su historia, el Brasil presenta un caso en el que las reformas constituyen una cuestión entre los liberales y las izquierdas, pero sólo se convierten en materia de política cuando pasan a manos de los conservadores, en general, por medios autoritarios. Como ejemplos tenemos la abolición de la esclavitud en el Imperio, las leyes sociales durante la dictadura de Vargas y las reformas recientes del régimen militar.



pre existen excepciones, pero para la mayor parte el tema de la integración adquiere carácter urgente: o se integran entre sí para afirmar en conjunto su autonomía en el plano internacional, o se integran a alguna gran potencia, pero en posición de subordinación. ¿Qué significa el concepto de soberanía para la mayor parte de los Estados latinoamericanos cuando tienen, actualmente, que polemizar con el sistema financiero internacional la cuestión de la deuda externa? Y conviene no olvidar que, por importante que esta cuestión se presente en este momento, apenas es un ejemplo. Todos sabemos que existen varios otros.

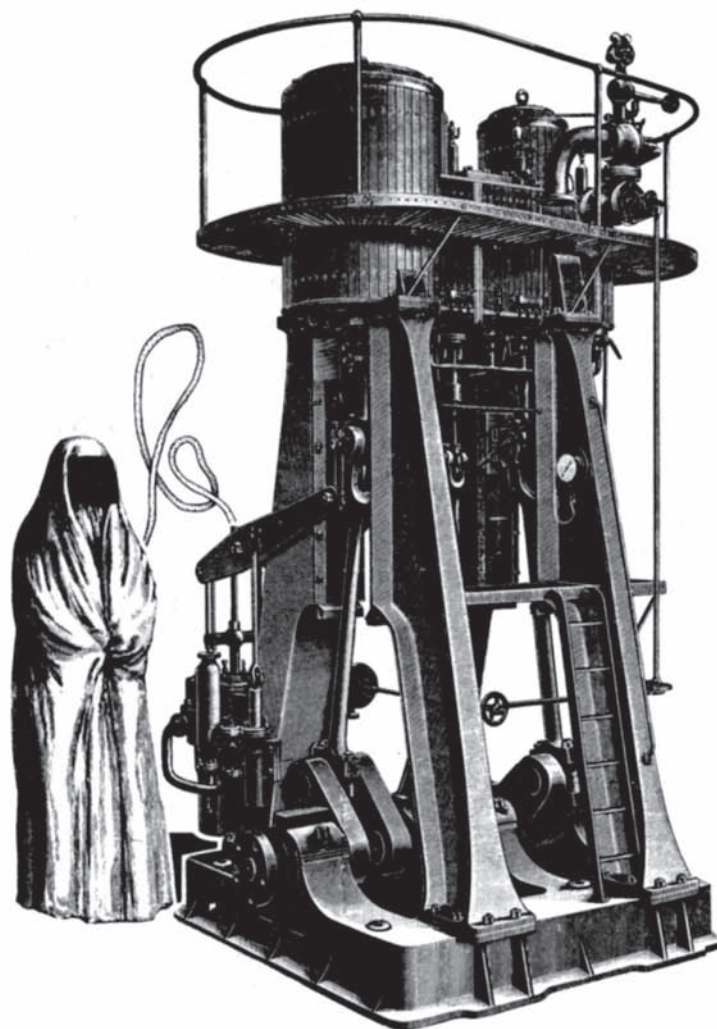
6. Los paradigmas y los intelectuales

Los dilemas de la legitimidad política, por que se refieren al rumbo, a la dirección, al sentido que la sociedad habrá de tomar, propician actualmente como en los años 30 y en los años 60 el debate sobre los grandes temas del desarrollo político y económico de los países de América Latina. De este modo, sumándose al tema nuevo (¿será realmente nuevo?) de la construcción institucional de la democracia, retornan a la agenda histórica los temas referentes a la transformación de la sociedad y a la viabilidad nacional de los países de la región. Es el gran debate que libran, o deberían librar, en este momento, las clases que pretenden llegar un día a ser dirigentes y en el que participan, o deberían participar, los intelectuales, sean los "orgánicos", los "tradicionales" o cualesquiera otros.

En estas circunstancias, sería indispensable que volviésemos a los debates sobre los proyectos y los paradigmas, debates que estaban muy en boga en los años 30 y en los años 60 y que están totalmente pasados de moda en la actualidad. No se trata, evidentemente, de repetir el dogmatismo, sea éste romántico o vulgar, de los paradigmas de los años 60, su autoritarismo implícito (a veces explícito), su iluminismo y su elitismo. Tampoco se pretende que con el regreso del debate respecto de los proyectos y los paradigmas volvamos a repetirlos o definirlos según el mismo estilo de antes. Sin embargo, sucede que no podemos permanecer sin algún tipo de visión global respecto de estas sociedades, si pretendemos hacerlas viables, si pretendemos reformarlas (o transformarlas) y si pretendemos viabilizar en ellas la democracia.

O sea, si pretendemos reencontrar la "coherencia" de sus "soportes".

En un artículo muy interesante de Adam Przeworski se habla de la democracia como un resultado eventual de conflictos ("contingent outcome of conflicts"). La traducción brasileña tiene un título muy libre, pero muy sugestiva: "ama a incerteza e seras democrático"²⁴. Mi convicción, en contraste con la de Przeworski, es que la democracia en América Latina, además de un resultado contin-



gente de conflictos, tiene que ser un programa político, no, al menos no necesariamente, un programa partidista, sino ciertamente un programa de varios partidos, los que, a despecho de sus múltiples divergencias respecto de otras cuestiones, deberán inscri-

24. Adam Przeworski, "Ama a incerteza e seras democrático", revista *Novos Estudos*, Centro Brasileiro de Análise e Planejamento (Cebap).

bir la construcción de la democracia como la primera en sus prioridades. Y más aún: deberá ser un programa no sólo de los partidos, por plurales y numerosos que sean, sino también de instituciones intelectuales, culturales, religiosas, sindicales, profesionales, etc. En una palabra: deberá ser una cultura organizada. Si, en América Latina, dejamos el juego de las fuerzas "a su espontaneidad", como si estuviésemos delante de un mercado político ya establecido, probablemente tendremos algo mucho peor que un posible regreso a los regímenes militares. Es muy posible que, en las circunstancias económicas, sociales y políticas que reinan en los países de la región, tengamos un deterioro de los valores políticos, fenómenos de degeneración social y de estancamiento económico que restablezcan toda la verosimilitud de la hipótesis de Medina respecto de los riesgos de una anomia generalizada, con todas las consecuencias terribles, y actualmente en gran medida imprevisibles, a que puede llevar una situación como ésta.

Hubo muchos cambios en América Latina entre los años 60 y los años 80, pero no varió la urgencia, "la conciencia de esa urgencia", como dice Medina. Esta "conciencia de la urgencia" es, hoy como hace 20 años, "la característica esencial del actual momento latinoamericano". Al comienzo de los años 60, es decir, antes del golpe de Estado de 1964 en el Brasil y de la serie de golpes de Estado que se sucedieron en diversos otros países, Medina hacía una advertencia semejante. Pero en aquellos años, Medina concedía la posibilidad de que se produjeran restauraciones oligárquicas, cosa que no sucedió, y de intervenciones militares, las cuales de hecho ocurrieron, instaurando una época de triste memoria en nuestra historia. Me parece que en la actualidad, excluidas las posibilidades de restauraciones oligárquicas y disminuidas, por fuerza de su propio desgaste, las probabilidades de nuevas intervenciones militares, quizá no sea el fantasma de las regresiones el que cause los mayores temores. Si fracasan las perspectivas democráticas, quizá estemos condenados a algo mucho peor que todo lo que ya vivimos en un pasado reciente. Medina, en los años 60, mencionaba a Weimar y lo que siguió después, y estas imágenes como posibles. Tal vez no tengamos más a la vista un totalitarismo al estilo de Hitler o de Stalin. Pero, ¿deberíamos sentir mayor tranquilidad porque creamos que las regresiones históricas de ese tipo ya no son posibles? Entre las funciones

del intelectual, una de las más importantes es la de vigilar los peligros y advertir al respecto, proponiendo si se pudiera, las perspectivas que permitan superarlos.

Don José Medina Echavarría aparece como una figura ejemplar en lo que quizá esté entre los papeles importantes que pueden tener los intelectuales, en circunstancias como las que estamos viviendo. Estos papeles son los de recopilar informaciones, organizar el saber y, de ser posible, proyectar grandes ideales que salvaguarden el sentido de la política y de la razón histórica. Creo que hago justicia a la memoria de don José Medina, como a mis propias convicciones, al decir que las funciones de los intelectuales, en este mundo en crisis en el cual vivimos, incluyen también la salvaguarda de las utopías, de las utopías liberales, socialistas, o de otras que puedan imaginarse. (Y no nos olvidemos que el liberalismo, como dice Medina, siguiendo a Ortega y Gasset, es una utopía, "es la decisión de convivir con el enemigo; es decir, la capacidad del diálogo y del compromiso"). Pero deberán ser utopías democráticas y moldes que inspiren la acción en el sentido de la construcción de la democracia y de la transformación de una sociedad que todavía tiene mucho camino que recorrer hasta que logre afirmarse como sociedad democrática.

Estas funciones del intelectual en la política no pueden confundirse con las opciones partidistas que tales o cuales intelectuales puedan realizar, porque, en sentido estricto, las opciones partidistas son opciones de ciudadanos. Como ciudadanos, los intelectuales tienen, como también al final de cuentas otros ciudadanos, el derecho de entrar (o de no entrar) en partidos políticos. Pero en el caso de que el intelectual ingrese a un partido, tanto mejor si tuviere la conciencia de que ello no lo exime de sus deberes de intelectual. Y esos deberes conciernen la reunión de informaciones, la organización del saber y la construcción de las grandes perspectivas de una sociedad democrática y civilizada, deberes que lo vinculan, más allá de su partido, al conjunto de la sociedad.

El diálogo en torno a la obra de don José Medina Echavarría que, no siendo hombre de partido era, sin embargo, un ciudadano de fina sensibilidad política, tal vez se convierta en la oportunidad de salvaguardar el papel del intelectual en la política, del intelectual que, estando en los partidos o fuera de ellos, se coloca al servicio de la razón histórica y de la construcción de la democracia.

Existen los que entienden que las reformas podrían colocar a la democracia en peligro y, por ello, tendrían que limitarse al mínimo. Son aquellos que, como dice Falletto, parecería que entienden el tema de la democracia en los siguientes términos: "preservemos la democracia y no transformemos mucho las cosas para preservar la democracia".

Ricardo Sánchez
Profesor Universidad Nacional de Colombia.

Izquierdas y democracia en Colombia

Ricardo Sánchez

Colombia vive una nueva época, nuevas situaciones que exigen ser pensadas con criterios modernos. Hay que volver a hacerse la pregunta sobre la democracia y el socialismo. Preguntas en que las cuestiones de cómo superar la explotación y la opresión están al lado de cómo vencer la humillación y la ofensa. De nuevo el asunto de la igualdad formal y real, la libertad, la paz y la dignidad.

El propósito de las siguientes reflexiones no es una propuesta teórica para la época, ni un escrutinio internacional del asunto. Es algo más sencillo, pero al mismo tiempo urgente: reflexionar la cosa en la trama de la historia y en la actualidad del accionar político en Colombia, teniendo como marco implícito un pensamiento y el contexto internacional de las experiencias sobre el transcurso de la democracia y el socialismo. Esta contribución se centrará en lo concreto colombiano, como parte de una tarea que sobre el tema se adelanta en diversos países, por parte de varios actores individuales y sociales.

Izquierda y democracia en Colombia

Las izquierdas colombianas han tenido frente a la democracia, la postura epigonal de las líneas internacionales de los partidos comunistas. Escogiendo la defensa incondicional de la Unión Soviética desde la época de Stalin y de los demás socialismos realmente existentes, fueron condenados al aislamiento y a la incredulidad de una opinión que anhelaba avances en la igualdad y la democracia. Demasiado ilusorio y errático colocar como modelo del socialismo y democracia, las sociedades burocráticas y autoritarias en que se constituyeron estas revoluciones. No es extraño entonces que



carezcan de un discurso político y de un programa sobre la democracia. Todo se reduce a las letanías de denunciar el estado de sitio y la represión, asumiendo tardíamente los derechos humanos como una política de supervivencia. Aún hoy, frente a los cambios de la *perestroika*, el *glasnot*, además de las grandes transformaciones en Polonia, Hungría y China, los comunistas colombianos no atinan a realizar rectificaciones de fondo.

En las izquierdas no comunistas cuando se ha sido esporádicamente consecuente, en diseñar un discurso sobre la democracia, se ha avanzado. Dos personalidades del socialismo y de la *intelligentsia* escribieron sendos libros sobre el tema, que no han tenido el debate y la apropiación crítica necesarios. Se trata de Antonio García y su obra *Dialéctica de la democracia* (1971) y de Gerardo

En las izquierdas no comunistas cuando se ha sido esporádicamente consecuente, en diseñar un discurso sobre la democracia, se ha avanzado.

Molina y su obra *Proceso y destino de la libertad* (1955-1989). En ambos escritos y desde ópticas diferentes y enriquecedoras se aborda la discusión del tema de la democracia, a escala internacional, y de su teoría, para referirla al caso colombiano.

Las raíces históricas

Las relaciones entre democracia y revolución a escala universal y nacional deben ser pensadas a partir de la experiencia histórica, de la forma como ha discurrido el quehacer de la organización social y de las instituciones políticas. De la manera como se ha expresado el conflicto de clase y sus complejos antagonismos, con la presencia del tejido de la cultura, de las ideologías y prácticas artísticas. En su libro virtuoso, *Derecho natural y dignidad humana*, el filósofo Ernest Bloch ha afirmado con razón, que todo pueblo tendrá y ganará sólo aquella especie de revolución para la que esté preparado sobre la base de derechos humanos conquistados y mantenidos.

El pensamiento de lo histórico en sus diferentes y complejas realidades es sustancia determinante del quehacer político, de la acción social, de la propuesta programática e inclusive opera como materia prima de la labor cultural, artística y científica. Las llamadas lecciones de la historia, la afirmación; de que el que no conoce la historia está llamado a repetirla y otros decires populares y especializados, tienen validez en el sentido de que fundar un presente y delinear un porvenir exigen el contexto de la trama, de la experiencia histórica.

Cada vez es más afirmativo y consecuente reconocer que el origen, la raíz histórica viva de la personalidad actual de los colombianos, está en las civilizaciones que se forjaron con gran esplendor en el territorio que hoy habitamos.

Hoy se hacen más necesarios el rescate y la búsqueda de esta tradición y realidad que de muchas maneras evidentes y secretas se prolongan y nos interpelan en la actualidad. Ello es válido, sobre todo en el terreno de la organización social y de las identidades culturales de resistencia frente a la devastadora empresa de la conquista, la sumisión de la colonia y el racismo hipócrita de la República.

Parecidas implicaciones se dan frente a los negros, su cultura, sus formas de organización socio-política y su presencia contem-



poránea. El mestizaje como resultado y agente de la personalidad en nuestro continente, con todas sus dominaciones en la constitución de la personalidad latinoamericana, está inscrito en una realidad multiétnica con su pluralidad y diversidad social y cultural. *De esta compleja realidad se desprende un radical enunciado democrático: el de la diversidad y el pluralismo.*

En una lectura de toda esta tradición es posible descubrir formas actuales de convivencia, de cultura y de organización social más democráticas. Ello implica realizar la ruptura con el colonialismo hispánico y el dogmatismo concordatario que la jerarquía católica y el Estado capitulador de su soberanía han agenciado.

El propio diseño de un modelo de desarrollo que consulte las realidades del país y revolucione las relaciones sociales y las fuerzas productivas tiene que apoyarse en las concepciones y experiencias de las sociedades indígenas, como la hidráulica para referir la más sugestiva.

En la línea de los precursores de la libertad, la democracia y la igualdad —utilizando métodos plebeyos, de lucha de clases— están los movimientos de resistencia indígena, de cimarrones y palenques, la revolución anti-colonial de los comuneros y José Antonio Galán, el 20 de julio y el 11 de noviembre de 1810 y las guerras sociales de independencia del Libertador Simón Bolívar.

Cada vez es más afirmativo y consecuente reconocer que el origen, la raíz histórica viva de la personalidad actual de los colombianos, está en las civilizaciones que se forjaron con gran esplendor en el territorio que hoy habitamos.

La revolución de los comuneros forma parte de la onda insurreccional de América en el siglo XVIII, en el que se iniciaba la toma de conciencia sobre dos objetivos: la independencia frente al colonialismo y la República frente al absolutismo monárquico. Los comuneros aplicaron la concepción de soberanía popular en la elección de sus jefes militares, en la formulación de propuestas y en la organización de los comunes como órganos democráticos alternos al poder oli-



El cabildo abierto viene a representar en la historia de la democracia nacional una afirmación del pueblo, como titular del poder constituyente y de la soberanía popular.

gárquico de los cabildos de Tunja y Santa Fe.

El 20 de julio y el 11 de noviembre de 1810 constituyen momentos estelares de la lucha independentista. Expresión del poder dual a través de la movilización y del cabildo abierto. De la constitución de la corriente popular de Nariño y Carbonell en Bogotá y de los Gutiérrez de Piñeres en Mompox y Cartagena.

La significación democrática del cabildo abierto está evaluada por Luis Eduardo Nieto Arteta en su obra *Economía y cultura en la historia de Colombia* así: 1. Es una decisión política autónoma del pueblo, de los hombres libres que residieran en el territorio del respectivo ayuntamiento. El decisionismo es lo que distingue jurídicamente al cabildo abierto. 2. Postula e indica, por tanto, la unidad del pueblo consigo mismo, considerando al pueblo esencialmente como una unidad política. 3. Hay en el cabildo abierto una determinada noción del poder constituyente porque en él se afirma la autonomía incondicional de dicho poder constituyente.

4. La decisión adoptada por el cabildo abierto crea "de la nada" la unidad del Estado, de un Estado embrionario, pero que es decisión política unitaria.

El cabildo abierto viene a representar en la historia de la democracia nacional una afirmación del pueblo, como titular del poder constituyente y de la soberanía popular.

Las guerras de liberación dirigidas por Simón Bolívar le dieron la independencia a cinco países y abrieron paso a la concepción, mediante el establecimiento de la Gran Colombia, de la unidad de países y regiones de América Latina en una República confederada. La patria es América constituye lema y legado bolivariano. Las guerras de independencia fueron eficaces porque se desdoblaron en guerras sociales. Adelantaron la libertad de los esclavos, la eliminación de la servidumbre y construyeron las bases de la organización de la República. El ejército bolivariano vino a ser el primer embrión de democracia, como agudamente lo planteó en el siglo pasado el analista Manuel María Madiedo en su ensayo sobre *Los orígenes de los partidos políticos en Colombia*. El pueblo es el ejército, escribió Bolívar.

Sin embargo, lo que plantearon las guerras de independencia fue revertido a favor del orden de una República oligárquica, inserta en el sistema capitalista internacional en pleno proceso de expansión. Desde entonces fuimos semi-colonia de Inglaterra y después de los Estados Unidos. La revolución de independencia vino a ser entonces una revolución inconclusa.

El siglo XIX colombiano, enmarcado en un atraso y pobreza extremos, fue de golpes de Estado, guerras civiles y ensayos constitucionales. La inestabilidad política era la característica dominante y la guerra, la forma de ejercer la política y dirimir la lucha de partidos y regiones.

El período de 1848 a 1854 es de transformaciones radicales en lo económico y lo político. La instauración de un modelo liberal en lo interno y externo de la economía y en el orden republicano.

Pero también fue un período de revolución social. Se constituyeron las sociedades democráticas de artesanos como organizaciones políticas de masas. De hecho, formaron guardias nacionales. Se ligaron a sectores del ejército que representaban la tradición bolivariana. Eran vehículo de la discusión política y de la circulación de las ideas socialistas románticas provenientes de Europa. Y realizaron la insurrección y el

golpe de Estado del 17 de abril de 1854, encabezado por el general José María Melo. Se instauró entonces, una República plebeya de estirpe democrática que proclamaba ser libre y conformada por demócratas y ciudadanos. Que apelaba a la convención nacional como expresión de la soberanía popular. Esta República plebeya constituye la primera vez que los de abajo han establecido un poder, así sea por el corto período de 7 meses.

En la compleja constelación de guerras civiles que transcurrieron en el siglo XIX, algunas tuvieron objetivos democráticos. Como la de los Mil Días, adelantada por los generales Rafael Uribe y Benjamín Herrera, contra el despotismo de la Regeneración y el oscurantismo clerical, fomentado por la institución del concordato con la Santa Sede.

Lo contemporáneo

En las primeras décadas del siglo XX se desarrollaron numerosas y beligerantes huelgas del proletariado del petróleo, minas, puertos, del río Magdalena, bananeras y ferrocarriles. Se forjó la Central Obrera Nacional en 1924. El socialismo hizo presencia alcanzando a ser una significativa corriente de masas, en el período del Partido Socialista Revolucionario de María Cano y Torres Giraldo. Se conformaron ligas campesinas e indígenas. Se organizó el movimiento estudiantil. La influencia combinada de la revolución mexicana y de la revolución de octubre inflamó los espíritus.

El desarrollo de las relaciones sociales capitalistas y la industrialización propiciaron la proletarización y la urbanización. El país se semimodernizaba. Aumentó la sindicalización y se creó la CTC en el contexto de la República liberal. La disputa ideológica sobre la democracia alcanzó significación en la defensa de la República española.

Gaitanismo y 9 de abril son indisolubles en el análisis de la historia nacional. Gaitán fue un genuino caudillo popular de estirpe civilista y de mensaje social, en procura de reformas que enfrentaran el poder de las oligarquías, que para él eran por igual, liberales y conservadoras. Su carrera como universitario, abogado, ministro de Educación, de Trabajo, alcalde de Bogotá, parlamentario y líder de partido concluye en jefe de una importante movilización social de "pueblo liberal y conservador". Su mensaje antioligárquico, anti-imperialista, su señalamiento de los "mismos con las mismas". Su grito de "¡A la carga!", suscitaron una toma de conciencia social en los finales de la República liberal, que tantas expectativas había creado y que a la postre generó una enorme frustración nacional. Gaitán entendió la crisis de la República liberal, la demagogia de sus gobiernos y apeló a la movilización social como sustento de la lucha política. Creó el gaitanismo como movilización social de protesta, como forma de buscar alternativas de carne y hueso al esquelético estado de derecho. Gaitán era un pacifista, un civilista que apelaba a la movilización para resistir a la violencia, un partidario del estado de derecho, que dignificaba la democracia haciéndola popular y de masas. La manifestación del silencio en Bogotá en 1948 y el discurso por él pronunciado, son hitos en la historia política del siglo XX. Allí Gaitán adquirió estatura definitiva de líder nacional, de dimensiones comparables a la de Gandhi.

El 9 de abril no puede entenderse sin Gaitán y el gaitanismo. Fecha desgraciada por cuanto se asesinó al jefe de la oposición y de las mayorías nacionales. Fecha también en que el pueblo se levantó de manera enardecida y espontáneamente produjo un suceso de ruptura, el más profundo posiblemente de la historia del siglo XX. No fue solo el "bogotazo" con sus incendios y su lucha violenta sin alternativas revolucionarias claras. Fue el 9 de abril en provincia, con sus levantamientos masivos y la constitución de juntas revolucionarias por varios días. Verdadera dualidad de poderes. Levantamientos que tuvieron en la constitución de la Comuna de Barranca su máxima expresión y que Apolinar Díaz ha analizado en un libro reciente con el título: *Diez días de poder popular*.

Colombia no fue la misma después del 9 de abril y del asesinato de Gaitán. Lo que vino fue el desarrollo profundo de la violencia, que empezó en las cúpulas de los partidos, para extenderse luego horizontalmente entre el pueblo. No es exagerado afirmar que las consecuencias de toda esta frustración las estamos padeciendo todavía. La violencia de ahora, aunque con nuevos ingredientes, viene desde entonces. Las lecciones del gaitanismo y el 9 de abril hay que leerlas en toda su actualidad, como historia viva y no como fechas y sucesos de museo.

La violencia tuvo como uno de sus agentes, a la guerrilla política campesina como forma de lucha popular contra la represión y las dictaduras.



José María Melo



Rafael Uribe Uribe

La lucha de clases durante el Frente Nacional se trasladó del campo a la ciudad, sin que dejara de presentarse en el primer escenario. Numerosas huelgas, toma de tierras, movimientos estudiantiles, barriales, cívicos, guerrillas revolucionarias y la aparición de los modernos movimientos sociales al compás de la modernización económica, urbana, internacional y cultural. Esta historia y experiencias recientes se han analizado con detenimiento en otros escritos.

Este esquema histórico de las luchas sociales es básico para enunciar la tesis de que las formas democráticas en Colombia no puedan ser entendidas sino en el contexto de los conflictos de clase, en los enfrentamientos políticos y en las controversias ideológicas y que el conocimiento de esa experiencia es indispensable para descifrar adecuadamente la cuestión democrática en la actualidad.

Falta aún por realizar el escrutinio del tejido social y del entorno social y cultural. De la constitución de las ciudades, barrios, regiones y espacios públicos. De las colonizaciones. Ahí, en esa constelación de lo ciudadano y cívico, de lo comunal y público, está otra clave decisiva para la lectura de la democracia en el quehacer socio-político. La investigación de Orlando Fals, *Historia doble de la costa*, es un viaje fascinante hacia este universo.



Jorge Eliécer Gaitán

La República oligárquica y burguesa

El resultado de la democracia no es sólo explicable por la lucha y la historia de los de abajo, en sus respectivos contextos materiales. Es necesario revisar y precisar la historia y la lucha de los de arriba, plasmadas en las instituciones estatales, en el régimen político con sus vicisitudes, en lo que se llama sencillamente ejercicio del poder.

Las reformas liberales en lo económico y político del medio siglo decimonónico dieron paso al federalismo. Este se asentaba sobre las realidades de grandes regiones geográficamente determinadas y de poderosas oligarquías territoriales. La República señorial de la que habló Antonio García, se consolidaba en medio de los esquemas librecambistas. El federalismo formó Estados con constitución propia, códigos, administración particular, policía del lugar, soberanía fiscal.

No hay que ver en el federalismo sólo la expresión del poder de las oligarquías terri-

toriales ni sólo la fragmentación de mercados regionales e integración al circuito mundial de la economía. Existe en la historia nacional la expresión de una larga tradición, de un federalismo revolucionario. Indalecio Liévano, Antonio García y Orlando Fals han restablecido su importancia social y su representación política. Está presente en la autonomía de los cimarrones y palenques, en la autogestión comunal indígena y campesina, en el manejo de los recursos naturales por las comunidades. En la revolución comunera con su epicentro en la dinámica sociedad democrática del Socorro. Durante la Patria Boba, en el "partido popular" de los Gutiérrez de Piñeres y la separación de Mompos en Cartagena. En la también, separación del Socorro de Tunja, en la de las ciudades confederadas del valle de Popayán. En los levantamientos artesanales en Buga, Popayán, Buenaventura, Cartagena, en 1854. Como fue democrático el logro de la libertad de imprenta y de prensa, la abolición de la pena de muerte por delitos políticos, la separación de la Iglesia y el Estado en la Constitución de 1853.

El juicio sobre el radicalismo y el federalismo es más bien negativo. Pero sus luces son radiantes: educación libre, estado laico, libertades políticas. A Murillo Toro pertenece esta expresión metodológica de estirpe materialista: mirar siempre la política por el lado económico. Personeros de un progreso burgués sin burguesía, llevaron hasta la caricatura el régimen federal propiciando la desintegración del país, el reforzamiento de la oligarquía territorial. En su juicio sobre el radicalismo Gerardo Molina ha estampado un balance acertado, al decir, que bajo el federalismo se configuró una poderosa oligarquía económica y social, entroncada en los dos partidos, la cual hacía muy aleatorios los ensayos de democracia política, hostilizando cualquier intento de reforma agraria.

Las reformas económicas anticoloniales del siglo XIX llevaron paulatinamente a una integración oligárquica de comerciantes y terratenientes de la tierra, las minas, el comercio y la banca, adquiriendo una dimensión no sólo a escala regional sino también nacional. Sobre esta base, se dio la Regeneración que expidió la Constitución de 1886 como expresión institucional de este proceso. El arquitecto de esta operación utilizó el lema del derecho francés de "centralización política y descentralización administrativa", buscando expresar sus propósitos de centra-



María Cano

lización y unidad estatal. Esto quedará formulado en el artículo 1º de la Constitución de 1886: "La nación colombiana se constituye en forma de República unitaria" y el 2º: "La soberanía reside esencial y exclusivamente en la nación". El desarrollo del capitalismo semi-colonial exigía los pasos hacia la *unidad estatal, pero negando la unidad nacional, la diversidad regional y multiétnica*. Este desarrollo se daba sobre la base de una intrincada alianza, adoptando formas incompletas y transitorias. La hegemonía política no logra trasladarse a la burguesía comercial, sino que es compartida con los grandes propietarios y hacendados.

La forma republicana es de fachada y francamente se convierte en una caricatura, al establecer el maridaje entre la Iglesia y el Estado con el concordato de 1887. *El Estado colombiano será desde entonces semi-republicano y semi-confesional*.

El eje de la columna vertebral del nuevo régimen y de toda la concepción del Estado lo constituye la permanencia del *sistema presidencial* en el marco de una centralización burocrática y tributaria al clericalismo oscurantista del concordato. Es este sistema presidencial el que se ha preservado a lo largo del siglo XX como instrumento de gestión económica, política y administrativa, adecuado a las mutaciones del Estado y de la economía, particularmente la que vino a representar el tránsito de una economía agroexportadora atrasada y de una República señorial a una economía agro-industrial, dependiente en lo internacional, republicana burguesa, con sus remanentes oligárquicos.

En las sucesivas reformas a la Constitución de 1886: las de 1910, 1936, 1945, 1958 y 1968, el presidencialismo ha sido perfeccionado. No es sólo el fetichismo sobre la permanencia de la Constitución y la ideología que la rodea, lo que ha llevado a las clases dominantes a preservar esta institución, pese a que ha sido señalada como de "colcha de retazos", sino el reconocimiento de que en el sistema que ella expresa, se ha basado en gran parte, el discurrir de la política colombiana.

Presidencialismo e intervencionismo

La unidad estatal, la soberanía nacional, las relaciones internacionales dependieron desde entonces del régimen presidencial. Del presidente vinieron a depender todas las autoridades ejecutivas y administrativas en

los departamentos y municipios, hasta la reciente adopción de la elección de alcaldes.

El puede aplicando el 121, declarar el estado de sitio en parte o en todo el territorio nacional, lo que equivale a suspender las garantías constitucionales, el ejercicio de los derechos democráticos y expedir decretos legislativos. El imperio del estado de sitio se volvió permanente. Lo que se concibe formalmente como transitorio y excepcional se volvió permanente y de corriente ejercicio. La Constitución colombiana se volvió la del estado de sitio con su cortejo de sables y fusilerías.



La forma republicana es de fachada y francamente se convierte en una caricatura, el establecer el maridaje entre la Iglesia y el Estado con el concordato de 1887.

Con su trasfondo de violencia y crímenes políticos, el régimen presidencial tiene incluso la autorización (art. 28) en "tiempos de paz" de capturar y retener personas y establecer censura de prensa con el pretexto de prevenir y reprimir sus abusos. También el presidente es el director de la hacienda pública, de la educación y el comandante de las fuerzas armadas. Y como si fuera poco, el Congreso le asigna abundantes facultades extraordinarias para legislar.

El presidencialismo colombiano, al igual que el sistema bipartidista liberal-conserva-

dor y el Congreso son instituciones tomadas de la evolución de la democracia liberal en Estados Unidos, Francia, Inglaterra y España. Nuestro país, al quedar inscrito en el área del sistema capitalista, al desarrollarse este sistema económico en su interior, al quedar bajo la órbita de la dominación imperialista, adoptó a sus condiciones de atraso las instituciones políticas que la burguesía mundial iba experimentando. Aún lo sigue haciendo. Así, para el caso del régimen político la influencia norteamericana ha sido preponderante. Primero con el federalismo y luego con el sistema presidencial. El jurista inmolado en el Palacio de Justicia, Manuel Gaona Cruz, señaló en su estudio *El presidencialismo colombiano*, cómo el régimen presidencial aquí, hace parte del contexto ideológico dentro del cual se han desarrollado los regímenes liberales. Desde el punto de vista doctrinario procede del régimen presidencial norteamericano, el cual constituye una de las dos formas del poder de las democracias liberales. Hay que agregar que el sistema colombiano, al adecuarlo a las condiciones de atraso y debilidad, extendió aún más las funciones del ejecutivo. Al existir bases materiales de atraso y pobreza, utilizó un mayor autoritarismo para hacerse presente y simbolizar su existencia.

La conformación de amplios intereses materiales y de control político para propietarios y capitalistas determinó a escala internacional y nacional el desarrollo del *intervencionismo estatal* bajo el tutelaje del presidencialismo. Intervencionismo frente a la propiedad, el capital y la fuerza de trabajo. Vivió un proceso de décadas, comenzando de hecho bajo gobiernos de la República conservadora e institucionalizándose con la reforma constitucional de 1936. El tema del intervencionismo había sido bandera de los socialistas y era el núcleo de la propuesta de Rafael Uribe cuando planteó el socialismo de estado en 1904. Se constituyó el intervencionismo frente a la producción y demás esferas de la economía.

Se modernizó el concepto de propiedad en un sentido burgués. La propiedad es una función social que implica obligaciones. La primacía de la utilidad pública y el interés social frente a los derechos de particulares. Todo, claro está, bajo la égida del primado de la propiedad privada y los demás derechos adquiridos con justo título. Se dotó al Estado de un estatuto de regulación de las relaciones agrarias con la Ley 200 de 1936. Se fomentó el sindicalismo. Se dictó una re-

forma tributaria con impuestos directos. Se avanzó en la laicización del Estado. Se amplió la cobertura internacional y diplomática del país. Se fijaron los antecedentes de la planeación, impulsados por los gobiernos de Ospina Pérez y Laureano Gómez. Finalmente adoptados por el Frente Nacional y en especial por la reforma constitucional de 1968. El Estado intervencionista se hizo igualmente planificador en términos indicativos.



*En nombre de Dios.
Junto a su precepto de toda autoridad.*

Los Delegados de los Estados colombianos de Antioquia, Bolívar, Boyacá, Cauca, Cundinamarca, Magdalena, Panamá, Santander y Tolima, reunidos en el Congreso Nacional Constituyente.

Para la aprobación que convalida las Municipalidades de Colombia a las Bases de Constitución expedidas el día 5 de Diciembre de 1886. Y con el fin de organizar la unidad nacional y asegurar la armonía de la justicia, la libertad y la paz, hemos acordado en decreto, como decimos, lo siguiente:

CONSTITUCION POLITICA DE COLOMBIA

Título I

De la Nación y el territorio.

Sumario. La Nación. - Soberanía. - Límites. - Dominio territorial general. - Modo de aumentar. - Otras disposiciones.

Artículo 1

La Nación colombiana se reconstruye en forma de República uni-



En las sucesivas reformas a la Constitución de 1886: las de 1910, 1936, 1945, 1958 y 1968, el presidencialismo ha sido perfeccionado.

La institucionalización del Estado intervencionista hasta su desarrollo como Estado planificador ha vivido su proceso. Ha tenido bajo su control y producción diferentes áreas de los servicios públicos. Consolidó su iniciativa al dictar las normas orgánicas del presupuesto y tener la iniciativa en la formulación del plan de desarrollo. Regula el cambio internacional y el comercio exterior. Fija los aranceles, las tarifas y dispone del régimen de aduanas. Determina las estructuras de la administración pública y ejerce la contratación de la deuda pública.

El Estado intervencionista creó el área del capitalismo de Estado, mediante la forma-

ción del Instituto de Fomento Industrial, Decreto 1157 de 1940, con la finalidad de promover la fundación de empresas y prestarle a las existentes, colaboración técnica y financiera. Las empresas que se consideran poco rentables en sus comienzos o exigen altas tasas de acumulación, son asumidas por el Estado, sirviendo a la acumulación privada, al cederlas a este sector una vez plenamente establecidas.

Neoliberalismo y desmonte del Estado

El servicio público como concepto de derecho público y de realidad estatal económica y social tiene una significación múltiple. Cumple una función propia en la reproducción social y biológica de la fuerza de trabajo. Es condición indispensable para la acumulación del capital. Es producto de la lucha de clases, de las demandas sociales de los asalariados y del pueblo. Lo ejerce el Estado como una política redistribucionista y de regulación social. Se aplica con medidas impositivas a las clases ricas y con tarifas diferenciales a los distintos estratos socioeconómicos.

Los servicios públicos especialmente de vivienda, educación, salud, agua, alcantarillado y luz *son también conquista social y democrática del pueblo y como tal hay que asumirlos*. Pero una gran población que se cuenta por millones está excluida del goce de estos elementales servicios públicos. Son las masas miserables los que forman parte de la pobreza absoluta de que habla el lenguaje oficial. Es un Estado intervencionista excluyente de amplias masas populares.

La otra cara del Estado intervencionista la constituye la reversión de las concesiones al Estado. La reversión de la concesión Mares es la experiencia más significativa y de tipo positivo. Se produjo como consecuencia de la huelga de la Unión Sindical Obrera (enero-febrero, 1948). La Tropical Oil quería la continuidad de la concesión, la cual al revertir, se convirtió en una nacionalización por terminación de la concesión. Surgirá como consecuencia, Ecopetrol, por Ley 165 de 1948. Una experiencia negativa la constituye la transformación de caducidad de la concesión Barco en compra de acciones a la Texas y Mobil Oil. Este proceso llamado eufemísticamente de "colombianización" incluye la refinería en Cartagena de la International

Petroleum, de la Shell Cóndor en Yondó (Barranca), Cantagallo, San Pablo y Cristalina. Diego Montaña en su libro: *Patriotismo burgués, nacionalismo proletario* ha descrito el proceso de la "colombianización" como la forma que han encontrado las empresas monopolistas para eludir la nacionalización. Consiste, en el fondo, en asociarse con Ecopetrol, echándole encima sus cargas, liberándose de compromisos y obligaciones con el Estado y los trabajadores, colocando de hecho la empresa falsamente nacionalizada bajo el control de las multinacionales del petróleo. De hecho un verdadero proceso de desnacionalización.

El Estado intervencionista y de planeación vive un proceso acelerado de desmantelamiento tanto en los países desarrollados del capitalismo, como en los países semicoloniales y atrasados, donde sólo tuvieron un alcance limitado. Igual ocurre con las realidades del servicio público, de bienestar social, que han sido realidades recortadas y limitadas en Colombia pero de alcances nacionales y democráticos. La realidad del modelo neoliberal de la economía internacional se expresa en formas avanzadas de estado neoliberal. El auge de las privatizaciones y el retorno a las libres fuerzas del mercado están al orden del día.

La privatización del servicio público tiene un alcance internacional, inclusive manteniendo el carácter estatal de las entidades que la prestan. La empresa pública provee entonces el servicio público con un criterio de rentabilidad a la manera de la empresa privada, en virtud de la llamada "razón de los precios", lo cual está implicando cambios sustanciales en la esfera de la economía, en el concepto de servicio público y en la superestructura jurídico-administrativa.

El neoliberalismo no se trata de un retorno al liberalismo clásico. En verdad, cumple una vigorosa función intervencionista, a favor de la acumulación privada nacional y transnacional.

Agenda democrática

A tal crisis del Estado, del sistema de economía y de clases del capitalismo no se debe oponer la simple defensa del Estado intervencionista, inclusive mejorándolo y reformándolo. Son nuevas formas democráticas las que hay que diseñar como alternativa al estado neoliberal y al anacrónico Estado intervencionista.

El Estado intervencionista y de planeación vive un proceso acelerado de desmantelamiento tanto en los países desarrollados del capitalismo, como en los países semicoloniales y atrasados, donde sólo tuvieron un alcance limitado. Igual ocurre con las realidades del servicio público, de bienestar social, que han sido realidades recortadas y limitadas en Colombia.

Tales formas han sido diseñadas en parte por la experiencia histórica, social y política. Otras se están formando y habrá que inventar e imaginar otras tantas. Diseñemos sintéticamente algunos puntos para la agenda democrática.

1. La diversidad y pluralidad social, política, cultural y étnica es punto de partida y sustancia de toda genuina propuesta democrática.

Las múltiples formas organizativas de las clases y movimientos sociales son vehículo de la realización democrática tanto en su práctica como en sus propuestas. Las formas espaciales de la ciudad y el barrio, del entorno cultural y ambiental han sido constituidas en un contexto más o menos intenso de movilización democrática.



Una concepción moderna del ejercicio de la voluntad general implica tomar decisiones democráticas de nuestra época, los medios masivos de comunicación como la televisión, la radio y la gran prensa.

2. Las formas democráticas existentes son resultado de la modernización capitalista, en el contexto de la lucha de las clases populares contra el autoritarismo de la gran propiedad y del capital. Se trata de recuperar la importancia de las libertades formales existentes avanzando hacia las libertades reales, individuales y sociales.

3. La afirmación democrática como propuesta política, debe ligarse a la transformación económica, territorial y socio-cultural. La democracia como método y objetivo, es camino y resultado en el proceso de las transformaciones del modo de producción y del propio estilo de desarrollo.

A la luz de la experiencia universal de la Revolución Francesa y la rusa, de los socialismos reales y de los capitalismo avanzados,

toma gran fuerza el enunciado paradigmático de Rosa Luxemburgo: No hay democracia sin socialismo, no hay socialismo sin democracia. Lo cual implica reconocer, que aunque en el desenlace del conflicto revolucionario la *igualdad* es determinante, la libertad ejercida popularmente es lo principal y decisivo. Igualdad, libertad y fraternidad deben ser leídas y evaluadas en relación con la correspondencia y no como términos que se repelen.

No hay igualdad, fin de la explotación, sin término a la opresión. Y no basta esto: hay que terminar con la humillación y la ofensa. Aquí adquiere toda su dimensión subversiva la lucha de las mujeres, los jóvenes, homosexuales, negros e indios.

4. La voluntad general, la soberanía popular, debe afirmarse como la categoría central de la democracia y de toda política que se apele de su estirpe. Las libertades individuales y colectivas están determinadas por esta supremacía de la voluntad general.

Una concepción moderna del ejercicio de la voluntad general implica tomar decisiones democráticas y sociales sobre "las plazas públicas de nuestra época", los medios masivos de comunicación como la televisión, la radio y la gran prensa.

Diseñar formas de democracia participativa y representativa a la manera del referéndum, el cabildo y la asamblea constituyente popular. De acudir a las formas posibles de la democracia directa.

El respeto y la aplicación de un sistema de protección de los derechos humanos no incluye el erigir la propiedad privada sobre los medios de producción, sobre todo monopolistas, como parte de estos derechos. "El maldito derecho" del que habló Cesare Beccaria, es más bien obstáculo hacia la vigencia plena de los derechos humanos y de las libertades modernas. Se trata de afirmar el derecho de propiedad privada sobre los medios de subsistencia, de consumo; de formas de propiedad asociativa, cooperativa, comunal, pública, estatal y colectiva. De diseñar una nueva política sobre la propiedad que no sea el soporte de la dictadura del capital y de la renta. Que descansen en la autogestión de productores y ciudadanos.

5. La democracia implica aplicar una política internacional de unidad latinoamericana, cooperación, independencia y oposición a los imperialismos. Búsqueda de la paz regional y mundial. De ejercicio de la fraternidad entre los pueblos ■

Alfredo Rangel S.
Economista (U. Nacional).

Colombia: una democracia sin partidos

Alfredo Rangel Suárez

Crisis nacional: crisis de los partidos

Una de las condiciones básicas para el funcionamiento de una democracia moderna es la existencia de partidos políticos organizados, representativos y actuantes. Es por ello de extrañar cómo, a pesar de los graves problemas que aún tiene por resolver nuestra sociedad, a la crisis de los partidos tradicionales como instrumento de acción política no se le haya dado en la discusión pública la importancia que amerita, pues a poco que se reflexione sobre, por ejemplo, la violencia, la pobreza o la injusticia social, se verá que uno de los factores claves para superarlas es el grado de voluntad política disponible para comprometerse en sus soluciones, voluntad que se gesta y se expresa en forma decisiva en los partidos políticos.

La crisis de nuestros partidos tradicionales forma parte de la crisis nacional. Nos proponemos entonces en estas líneas, tratando de superar la manida descalificación adjetivada y sobre la base de un deber ser teórico de los partidos en una democracia que aspire a basar su permanencia en su legitimidad, plantear unas reflexiones sobre lo que son ellos en nuestro medio y señalar algunas razones intrínsecas y ambientales que a nuestro entender les impiden hoy ser las herramientas eficaces de acción política y de cambio social necesarias para la solución de la crisis del país.

Democracia sin emulación política

A no dudarlo, las carencias y debilidades de los partidos tradicionales han sido evidenciadas y puestas al desnudo durante el tiempo que lleva de aplicación el llamado esquema gobierno-oposición, cuya vigencia fue lograda más por arte del birlibirloque propio de la forma como se maneja la política en el país que como resultado de una voluntad real de la clase política para des-



montar la criollísima institución de los gobiernos compartidos, o de un convencimiento del país nacional de las bondades del esquema luego que el establecimiento logre venderle la especie de que toda oposición genera subversión y es un riesgo para la estabilidad institucional —curiosa forma, igualmente, de concebir la democracia. En efecto, el maridaje liberal-conservador en el gobierno durante casi treinta años y la consecuente ausencia de una real competencia política entre partidos que de todas formas, cualquiera fuese su suerte electoral, tenían asegu-



rado el manejo de su respectiva mitad del botín administrativo, ocasionaron pero también, paradójicamente lograron ocultar su desmovilización ideológica, su indiferenciación programática, su desarticulación y atomización en reducidos grupos clientelares, su progresivo distanciamiento del país nacional, su pérdida absoluta de liderazgo en los movimientos sociales, su cada vez menor representatividad, su carencia de democracia interna, en fin, su devaluación como instrumentos efectivos de acción política y de canalización dentro del sistema de las demandas sociales. De ahí las grandes dificultades para comportarse decorosamente como partido de gobierno el liberal y como partido de oposición el social conservador una vez en marcha el mencionado esquema.

Ahora bien, a la evidente dinamización de ciertos procesos partidistas generada por la ausencia del partido perdedor en el gobierno y la aceptación del ganador de toda la responsabilidad política derivada de su manejo, hay que agregar el rotundo cambio de ritmo en la vida de un país desgarrado por un espectro de conflictos que se mezclan y se superponen entre sí, la convergencia en cortos períodos de tiempo de muchos acontecimientos que por su misma gravedad logran "taparse" los unos a los otros, la transformación de nuestra realidad inmediata en un blanco móvil resbaladizo incluso para el analista más baqueteado, todo lo cual no es otra cosa que expresiones de la existencia de un nuevo país que rebasa los estrechos marcos institucionales actuales y que puja por ser reconocido y tenido en cuenta. Pero, sin embargo, la tímida reconversión institucional que parece abrirse paso como respuesta a

esas situaciones que amenazan con desbordarse y tornarse definitivamente incontrolables, no parece tener un equivalente de transformación en las estructuras de los partidos tradicionales, aferrados como están a sus viejos estilos y a sus inveteradas falencias; los afanes modernizantes de sus sectores más avisados chocan con las realidades paralizantes del clientelismo y del predominio de los empresarios electorales —verdadero "gremio" de la política—, lastres omnipotentes y todopoderosos, inamovibles mientras persistan las circunstancias que hacen rentable al uno y les dan vigencia política a los otros.

Solo un proyecto democrático de largo aliento, abrupta y profundamente transformador, podría resolver el nudo gordiano de la actual crisis de representación política instigando la convergencia de la apertura democrática y el reajuste institucional del Estado, con la reconversión democrática de los partidos que haga posible la superación de las desigualdades políticas y la redistribución del control de tal forma que el país nacional se tome por asalto el país político. La otra alternativa, más factible en la actual relación de fuerzas, es que los partidos readecúen sus formas de acción políticas como respuesta a las reformas institucionales pero manteniendo sus contenidos clientelistas y antidemocráticos, o sea que, a los cambios en el medio ambiente político solo respondan con mutaciones formales y no con cambios estructurales en su quehacer político, tal como podría ocurrir, por ejemplo, con la consulta popular en el liberalismo, loable y necesaria fórmula para resolver problemas de liderazgo interno pero que, si no va acom-

La tímida reconversión institucional que parece abrirse paso como respuesta a esas situaciones que amenazan con desbordarse y tornarse definitivamente incontrolables, no parece tener un equivalente de transformación en las estructuras de los partidos tradicionales, aferrados como están a sus viejos estilos y a sus inveteradas falencias.

pañada en el futuro de medidas democratizantes y modernizadoras, arriesga convertirse en una gota de democracia en un mar de anti-democracia donde solo seguirán navegando quienes puedan comprarse su propio barco.

De todas formas, en el evento de una apertura democrática del sistema político no acompañada de una democratización de los partidos, el ambiente sí podría tornarse propicio para el surgimiento de nuevas alternativas políticas que le disputen con opción de triunfo franjas de poder a la clase política tradicional por la vía legítimamente de encarnar nuevas, verdaderas y más amplias formas de representatividad social.

Partidos y sistema de partidos

Las garantías para la conformación y el funcionamiento de partidos políticos constituye, en un régimen democrático, la forma como se concreta la libertad de asociación que tienen todos los ciudadanos para participar en el juego democrático, lo cual los convierte en uno de los principales instrumentos para la acción política, de integración ciudadana a la vida pública pues, teóricamente, deben proporcionar el escenario para la formación de la voluntad popular, ofrecer el medio para que ella se exprese y constituir el puente entre una gran cantidad de individuos aislados, con intereses y necesidades disímiles, y las instituciones del Estado: la voluntad mayoritaria de la población recogida y expresada por los partidos es transformada así en voluntad política desde el Estado. El sistema político funcionará entonces en forma más o menos democrática dependiendo de la mayor o menor eficiencia con que los partidos cumplan tan importantes funciones.

Los partidos aportan, por así decirlo, la "materia prima" necesaria para que la democracia opere y sin la cual el proceso de decisión política sería de entrada excluyente, autoritario y despótico. En efecto, en sociedades cada vez más complejas, compuestas por diversos grupos cuyos intereses y aspiraciones son distintos y en ocasiones antagónicos, los partidos recogen las diferentes demandas sociales, las ponderan y sistematizan estableciendo entre ellas prioridades, buscando interrelaciones y posibles acoplamientos. Esta labor la pueden realizar los partidos por poseer un sistema abstracto de valores (de justicia, de igualdad, etc.) que les

permita imaginar un proyecto de sociedad y proponer soluciones generales que conformen un todo coherente a partir de un conjunto caótico e inarticulado de problemas particulares, mientras que otras organizaciones sociales como los grupos de presión, los gremios económicos, los sindicatos, etc., tienen serias restricciones para hacerlo, pues su visión de los fenómenos sociales se encuentra mediatizada por su función principal que es representar intereses específicos de grupos determinados. Una vez esas variadas demandas son "filtradas" por los partidos, se convierten en programas y en orientaciones políticas destinadas a competir con



rivales por el favor de la opinión pública que les expresará o no su respaldo por la vía del voto, instrumento político que abre el camino al poder del Estado donde se transforma el partido en gobierno. De esta forma, y siempre en teoría, los partidos configuran el escenario donde empieza la gestación de los procesos de decisión política y constituyen el instrumento que permite su concreción en acciones de gobierno; en efecto, luego de emular con otras opciones políticas los partidos que obtienen el apoyo ciudadano "ocupan" personal y programáticamente los órganos políticos del Estado, tanto en el Ejecutivo como en el Parlamento, por medio de agentes suyos que actuarán de conformidad con los criterios y programas del partido y son ellos quienes deben garantizar que las decisiones y acciones del Estado reflejen la

voluntad de una mayoría que se expresó políticamente, asegurando que las obras de gobierno realicen las propuestas contenidas en aquellos programas.

El anterior proceso permitiría obtener el "producto" de la democracia: la transformación de la voluntad popular en voluntad estatal. Los partidos serían entonces el canal de ascenso de la sociedad civil hacia el Estado. Así, el régimen político alcanza una suficiente legitimidad democrática solo cuando en la interacción entre la competencia pluralista de partidos y el sistema estatal obtiene aquel "producto" en forma satisfactoria, ofreciendo a los distintos sectores de la po-



blación suficientes correa de transmisión de sus intereses hacia el Estado y los canales políticos necesarios para expresar y hacer valer sus demandas sin tener que recurrir a vías de hecho por fuera de la legalidad. Contra este deber ser de los partidos atentan en Colombia muchos factores, como veremos enseguida.

Régimen político y partidos en Colombia

El accionar de los partidos está en buena medida condicionado por los parámetros que establecen el régimen político para desarrollar su tarea de representación ciudadana, circunstancias que determinan en alguna medida sus comportamientos y carac-

terísticas como organizaciones políticas. En efecto, creemos que dos son los principales rasgos de nuestro sistema político que conducen a una representación recortada:

a) busca asegurar el máximo consenso entre los diversos actores del juego político y la máxima estabilidad institucional, y

b) reduce los partidos exclusivamente a su función electoral, en desmedro de su papel de guías políticos nacionales y de representación de fuerzas sociales.

La primera particularidad tiene su origen en el régimen presidencialista imperante en nuestro país y en la existencia de un bipartidismo hondamente arraigado en la historia nacional: en un régimen presidencial como el nuestro es tal el peso del premio gordo y tal la cantidad de votos necesarias para ganarlo que cada uno de los dos partidos tiene que apelar a la más amplia y heterogénea base social, lo cual los obliga a desplazarse permanentemente hacia el centro político en busca de consensos nacionales cuyo logro se alcanza por medio de la transacción, de la negociación, del compromiso que, al mismo tiempo, garantizan la máxima estabilidad institucional. Como lo muestra el caso de los Estados Unidos, este esquema puede ser funcional en una sociedad muy integrada en su base a través de una amplia red de organizaciones sociales y de grupos de interés muy estructurados que hagan valer en el juego político las aspiraciones de sus asociados, mas no en una sociedad como la nuestra en donde la integración solo se da en la cúspide de la pirámide ya que en la base reinan la fragmentación y la desarticulación, con unas organizaciones populares caracterizadas por su dispersión, su atomización y, más grave, su escasa cobertura si tenemos en cuenta que, por ejemplo, solo un 3% de la población urbana pertenece a algún tipo de organización de interés colectivo y que los sindicatos solo reúnen un bajísimo porcentaje de los asalariados, para no hablar de todos los trabajadores.

En estas condiciones, la negociación política solo se realiza entre quienes están representados y organizados dentro del sistema, excluyendo al resto, o sea, a la mayoría de la población. El resultado de tan recortado consenso es, de una parte, el surgimiento de la violencia política y la apelación a las vías de hecho por parte de quienes no están incluidos en la negociación y, por otro lado, la total parálisis institucional, la gran dificultad para realizar las transformaciones de fondo que atiendan los reclamos de quienes

precisamente por no estar representados no pueden empujar, dentro del sistema, un proyecto alternativo de sociedad.

La segunda característica de nuestro sistema político, la reducción de los partidos a su función exclusivamente electoral, tiene su origen histórico en la estructuración de un tipo de partidos compuestos básicamente por notables, por personalidades, por cuadros políticos, que no evolucionaron, como en Europa y en muchos países de América Latina, hacia partidos de masas que hacen posible la incorporación de las mayorías populares a la vida política en forma activa y permanente, y la participación efectiva en sus definiciones políticas. La actividad esporádica de aquellos limita su capacidad de representación a solo grupos específicos de electores y los hace opacos a la representación de fuerzas sociales.

Los fenómenos arriba descritos ayudan a comprender entonces cómo una democracia formal de tan larga tradición y caso atípico de América Latina, coexiste hoy con la exclusión efectiva de las mayorías, con la agudización de la violencia política y con la parálisis institucional que impide las reformas.

La representatividad de los partidos políticos

Hay otros factores que atentan contra la representatividad de los partidos tradicionales, además del presidencialismo que los inclina hacia las transacciones y desdibuja los compromisos retóricamente adquiridos con los sectores populares, y de su estructuración como partidos de notables con funciones meramente electorales y motivaciones fundamentalmente burocráticas. En efecto, el inveterado centralismo que convirtió a las regiones en mendigos del poder central también redujo a los partidos, en cabeza de sus jefes, en intermediarios y tramitadores de aspiraciones regionales de grupos muy localizados de electores con lo cual perdieron la perspectiva de los problemas nacionales y la sintonía con los intereses generales de las clases sociales mayoritarias. A costa de grupos de electores, los ciudadanos y las fuerzas sociales nacionales han quedado huérfanas de representación política en los partidos. La actividad de los parlamentarios lo evidencia: el diligenciamiento de becas, puestos y auxilios y alguna que otra pequeña obra pública copa sus desvelos.

Muchos de ellos, hábiles para obtener la construcción de un camino veredal para sus electores campesinos se opondrán probablemente a la aprobación de una reforma agraria democrática que le dé tierra a esos campesinos.

Existe, además, otro rasgo del régimen político que contribuye a que la representatividad partidista se desintegre y que impide que los partidos sirvan de factor de integración del país: es el sistema bicameral en virtud del cual los parlamentarios de ambas corporaciones tienen el mismo origen electoral y las mismas competencias legislativas.



De hecho, la razón de ser de la división de las corporaciones es la conveniencia de dar distinto origen a su composición en aras de complementar intereses, enriquecer la representación y hacerla más efectiva. En Colombia, el enfoque de los problemas desde una óptica de Nación cede el paso a los particularismos regionales. Establecer, por ejemplo, una circunscripción nacional para la conformación del Senado asignándole las decisiones legislativas de carácter nacional y separándolas de los asuntos regionales que abocaría la Cámara de Representantes que conservaría su actual origen, podría ayudar a darle a los partidos esa representatividad de la cual carecen en la actualidad.

El nombre del juego es ganar elecciones y para no dejarse sacar de él lo importante es mantenerse cerca del presupuesto y del botín burocrático, a efecto de poder satisfacer las demandas al menudeo de sus electores o clientes y así, otra vez, volver a ganar elecciones.

La democracia en los partidos

Las posibilidades que ofrezcan los partidos a sus adherentes para intervenir en sus determinaciones, en la adopción de sus orientaciones políticas, en la elaboración de sus programas, en la escogencia de sus directivas constituye un componente imprescindible para el funcionamiento de un sistema democrático. Podría decirse que entre más democracia y participación popular exista en los partidos políticos, más democrático y representativo puede ser el sistema político. En nuestro caso, la inmensa mayoría de los ciudadanos que manifiesta su adhesión a los partidos no encuentra en ellos mecanismos ni procedimientos que les permita una participación deliberante y decisoria. Solo les queda la opción de delegar total e incondicionalmente su representación, enajenando su capacidad de opinión y de decisión, sin posibilidad tampoco de pedir cuentas por el uso o abuso que de esa representación se haga.

Entre los afectos a los partidos hay activistas y dirigentes procedentes de sectores juveniles, profesionales, intelectuales, laborales, campesinos, etc., que respaldan y legitiman esas organizaciones pero están apabullados por el predominio total de un solo sector: el parlamentario. Aquellos no tienen posibilidades de intervenir en la vida de los partidos ya que para tenerla no hay otra vía que hacerse elegir concejal, diputado, representante o senador, camino excluyente ya que en la postulación de los candidatos el ciudadano tampoco participa. Puede elegir pero no postular, lo cual constriñe la democracia. Solo se pueden auto-postular aquellos que cuenten con el dinero suficiente para poder montar su propia empresa electoral sin que para ello cuente ni el visto bueno de sus copartidarios, ni su honestidad, ni su compromiso ideológico, ni su lealtad al partido, ni su liderazgo social.

Tampoco hay procedimientos que permitan fiscalizar la labor de los elegidos, ni exigirles fidelidad a sus compromisos ni retirarles la representación revocándoles el mandato ya que ni siquiera la opinión es informada amplia y frecuentemente sobre el comportamiento individual de los parlamentarios respecto de los asuntos puestos a su consideración, todo lo cual cubre sus actos de la más absoluta irresponsabilidad frente al electorado. El manejo elitista y oligárquico de los partidos, que deberían ser instrumentos propiciatorios de democracia

popular, se refuerza por la ausencia de espacios institucionalizados de deliberación para discutir regularmente y con seriedad las aspiraciones de los distintos actores sociales.

La organización de los partidos

Es frecuente escuchar dudas acerca de la existencia misma de los partidos en Colombia. Cuando estas se expresan generalmente hacen referencia a la anarquía que en ellos impera en cuestiones de organización, y a la simultánea ocurrencia de una gran heterogeneidad ideológica al interior de los partidos y una inmensa indiferenciación en el mismo sentido entre ellos. Surgen aquí los inevitables parangones con partidos de distintos países y los nuestros no salen bien librados: Acción Democrática en Venezuela, el APRA del Perú, el Partido de Liberación Nacional de Costa Rica, son casos de partidos estructurados nacionalmente, con reglas de juego claras, con tareas permanentes en la capacitación política, animado debate ideológico, constante movilización social, etc., que les permite ser instrumentos verdaderos de acción política. Por el contrario, aquí se han convertido en confederaciones de pequeños, medianos y grandes empresarios electorales, cada cual dueño y señor de su propia empresa, que actúan a su propio arbitrio sin tener que rendir cuentas de sus actos a nadie pues tienen el convencimiento, fundado, de que ellos a los partidos no les deben nada y de que todo lo que son se lo deben a ellos mismos. Sobre estas bases las flamantes directivas nacionales se ven impedidas para imponer disciplina entre sus miembros y para actuar como organizaciones políticas con una voluntad colectiva. Nada que no sea ganar elecciones entra entonces en sus agendas. El nombre del juego es ganar elecciones y para no dejarse sacar de él lo importante es mantenerse cerca del presupuesto y del botín burocrático, a efecto de poder satisfacer las demandas al menudeo de sus electores o clientes y así, otra vez, volver a ganar elecciones.

La política y los partidos

Contra lo que podría mostrarnos la apariencia, los partidos en Colombia no tienen en la política su objeto ni su razón de ser. Su reducción a lo puramente electoral ha

Las posibilidades que ofrezcan los partidos a sus adherentes para intervenir en sus determinaciones, en la adopción de sus orientaciones políticas, en la elaboración de sus programas, en la escogencia de sus directivas constituye un componente imprescindible para el funcionamiento de un sistema democrático. Podría decirse que entre más democracia y participación popular exista en los partidos políticos, más democrático y representativo puede ser el sistema político.

traído nefastas consecuencias: la irracionalidad en la adhesión partidista, el vedetismo de los dirigentes, la trivialización de la política, el Estado-espectáculo, el exhibicionismo populista y, como producto de todo lo anterior, la apolitización de los grandes temas nacionales frente a los cuales los partidos no trazan entre sí fronteras claras y diferenciadoras pues tampoco les hace falta cuando el objetivo es negociar el consenso alrededor de todo para luego administrar cómodamente el acuerdo. Pero si a lo dicho contribuyó en gran parte el prolongado concubinato de los dos partidos durante el Frente Nacional, en no menor medida lo ha hecho el funcionamiento de nuestro sistema político en compartimentos estancos, independientes y autónomos, de los cuales los partidos están excluidos.

En el primer compartimiento se discute y se ejecuta la política macroeconómica y la política social. Aquí participan grupos de tecnócratas enquistados en las entidades estatales, los dirigentes de los gremios económicos y algunas entidades internacionales que cada vez tienen mayor incidencia. Al perder el Parlamento, escenario natural de actuación de los partidos, la posibilidad de orientar la política económica por manes de la Reforma Constitucional de 1968, también salió de su órbita la posibilidad de su manejo.

En el segundo estanco se decide sobre todo lo relacionado con la administración de justicia y la preservación del orden público, asuntos que han sido tradicionalmente manejados en forma autónoma por los jueces y por los militares, respectivamente, sin que los partidos se ocupen de opinar y de orientar sistemáticamente.

En el otro compartimiento está el subsistema electoral manejado por los empresarios electorales, donde se determina la composición de la burocracia y se tramitan las demandas regionales mediante los servicios estatales encargados de tal efecto.

La política internacional, por último, decisiva en un mundo cada vez más interdependiente y en un país que se internacionaliza rápidamente aunque sea a desgano, es trazada por un grupo de sigilosos funcionarios a espaldas de la opinión y casi nunca es ventilada por la discusión interpartidista. Así, e independientemente de las particulares aficiones y preocupaciones personales de uno que otro dirigente político sobre algún tema nacional, tenemos que los partidos no se

ocupan de los temas de trascendencia para el país, ni desarrollan una actividad programática coherente, ni cuentan con cuerpos doctrinarios que les sirvan en la práctica, y no solo para la retórica, como permanentes puntos de referencia para su accionar. La atención la acapara la mecánica electoral, la transacción clientelista y el menudeo burocrático cuyas ramas le impiden ver el bosque de los problemas nacionales.

Para empezar, no para concluir

Uno de los inaplazables retos que debemos afrontar hoy los colombianos para ampliar la democracia restringida vigente en nuestro país, es la construcción de partidos y movimientos políticos más representativos, más organizados y más democráticos.

A superar la profunda crisis de legitimidad del sistema ocasionada por la crisis de representación política, una de cuyas causas es la crisis de los partidos, contribuiría en buena medida la concreción de una serie de iniciativas de apertura política como la reforma electoral (p. ej. la circunscripción nacional, la doble vuelta, etc.), la reforma del Parlamento que le devuelve el peso perdido en la decisión política, la apertura de espacios para la expresión directa de la voluntad ciudadana y subrayamos, el apuntalamiento a nivel constitucional y legal de unos instrumentos que le permitan al Estado, tal y como sucede en muchos países y sin que ello signifique una intromisión indebida en asuntos internos, tutelar la actividad de los partidos y proveer las condiciones necesarias para asegurar que su funcionamiento sea democrático, más participativo y más organizado, lo cual redundaría en un incremento de su representatividad y de las posibilidades de garantizar desde sus mismas fuentes la formación y la expresión libre de la voluntad popular. La conformación de la rama electoral como cuarta rama del poder público a disposición de los partidos para hacer posible su democracia interna, su carnetización, un registro único de adherentes, etc., y su financiamiento por parte del Estado para empezar a independizarlos de los intereses y las presiones del gran capital, son algunas medidas que podrían igualmente coadyuvar a que los partidos se conviertan en eficientes mediadores entre el Estado y la sociedad civil, hoy tan desvalida de auténtica representación política ■

Uno de los inaplazables retos que debemos afrontar hoy los colombianos para ampliar la democracia restringida vigente en nuestro país, es la construcción de partidos y movimientos políticos más representativos, más organizados y más democráticos. A superar la profunda crisis de legitimidad del sistema ocasionada por la crisis de representación política, una de cuyas causas es la crisis de los partidos, contribuiría en buena medida la concreción de una serie de iniciativas de apertura política.

Edgar Vásquez B.
Profesor Universidad del Valle

Universidad pública sociedad y cultura

Edgar Vásquez B.

“**P**or espacio de tres años no he cesado de pedir, como un pordiosero los medios de completar la fundación de la universidad, sacando para ello fuerzas i paciencia de la esperanza de establecer un centro fecundo de instrucción i fraternidad, sustraído a las agitaciones políticas sin otra mira que el cultivo de las ciencias i la información de espíritus libres, tolerantes, adversarios de todo linaje de despotismo, i de barbarie de los odios por diferencias de opinión”.

Así presentaba renuncia Manuel Ancizar a la rectoría de la Universidad Nacional el 28 de junio de 1870. Escrito hace más de un siglo este documento sorprende por su doble vigencia: por una parte, desde la aguda situación conflictiva actual que vive el país, podemos leerlo como un llamado a que la universidad pública asuma decididamente su función formativa, trascendiendo la docencia informativa. El hecho de ser estatal significa su compromiso con la sociedad —y no con los gobiernos— en el sentido de que su función primordial consiste en la formación de espíritus libres capaces de pensar por cuenta propia a la vez que abiertos al examen y al debate entre múltiples opiniones, teorías y alternativas; respetuosos de la libertad de conciencia; opuestos al despotismo y a la barbarie como procedimiento para dirimir las ineludibles contradicciones conceptuales, sociales, políticas e interpersonales; críticos de todo desbordamiento de la autoridad y sensibles a la búsqueda de una sociedad más justa como fundamento de la vida civilizada. Este texto invita, pues, a repensar la posición autónoma de la universidad pública, ajena a estrechos intereses particulares, desvinculada de las pretensiones del dogma, la milicia y el lucro; distante de las ambiciones partidistas y de la adhesión institucional a credos particulares. Pero por otra parte, la

La denominada “crisis” financiera de la universidad pública no reside solamente en la precariedad de los recursos del Estado. Ante todo es la manifestación de un fenómeno más profundo y menos visible: el desprecio o mejor, la subvaloración de la cultura y del saber formativo que han llegado a constituirse en estorbos para una sociedad donde el lucro rápido se levanta como valor supremo validando cualquier medio que permita lograrlo, donde el consumismo como desafiante ostentación de bienes modernos se erige en mecanismo que confiere estatus social y poder, donde la agresiva lucha individualista socava los sentimientos de solidaridad y equidad sociales.



renuncia de don Manuel Ancizar en 1870 resulta vigente puesto que también en la actualidad la universidad pública se encuentra en situación mendicante ante un Estado que no considera prioritaria la función que cumple o debe cumplir.

Crisis cultural y ética

La denominada “crisis” financiera de la universidad pública no reside solamente en la precariedad de los recursos del Estado.

Ante todo es la manifestación de un fenómeno más profundo y menos visible: el desprecio o mejor, la subvaloración de la cultura y del saber formativo que han llegado a constituirse en estorbos para una sociedad donde el lucro rápido se levanta como valor supremo validando cualquier medio que permita lograrlo, donde el consumismo como desafiante ostentación de bienes modernos se erige en mecanismo que confiere estatus social y poder, donde la agresiva lucha individualista socava los sentimientos de solidaridad y equidad sociales.

En el mejor de los casos podríamos decir que se trata de una mal-valoración en el sentido en que la cultura, el arte y el saber formativo son mirados como adornos o accesorios apetecidos pero inocuos y que —por lo tanto— al jugar un papel ornamental, pueden descartarse o postergarse indefinidamente para dar cabida a ese saber pragmático e inmediatista que permite desempeñarse lucrativamente, que promueve el nivel de vida entendido únicamente como “nivel de cosas” y que tiene una aplicación rentable. Sólo el saber informativo, profesional, que puede “operacionalizarse” al servicio del productivismo y la rentabilidad recibe aceptación social.

Con esta mirada ampliamente socializada en la opinión pública es que el Estado ubica la financiación de la universidad dentro de la gama de prioridades del gasto público. Los recursos que precariamente otorga tiende a orientarlos a la promoción de ese saber informativo, lucrativo y pragmático. Y es así que le hace el juego a esas leyes del mercado gobernadas por esa misma mirada: como las demandas formuladas por la opinión pública exigen lo lucrativo, lo rentable y el saber puramente informativo, el Estado promueve las ofertas correspondientes. Guardando distancias y reconociendo diferencias, todo ocurre como en la televisión donde, a menudo, la democracia se confunde con el “rating” de sintonía: si la opinión pública demanda lo cursi, la televisión se lo ofrece; y esta oferta reincide en la formación de la opinión que —a su vez— reproduce la demanda de lo cursi. No son muchos los programas con alta calidad aceptados por el grueso público, aunque existen en el país trabajadores de la cultura capaces de mayor calidad.

Es necesario romper este círculo vicioso, pero para lograrlo sin arbitrariedad se requiere otra mirada sobre el arte, la cultura y

el saber formativo, porque expuestos como meros ornamentos ajenos a la vida de las gentes, como obras indiferentes a los conflictos personales y sociales, como prácticas inocuas para la formación de los individuos en los valores de la solidaridad y la civilización, carecerían de todo interés e importancia.

De ninguna manera se trata de descalificar el saber informativo, la profesionalización, la especialización o el conocimiento centrado en un campo particular, tal como lo exige la división del trabajo en las sociedades modernas. Se trata, más bien, de evitar las deformaciones que esta división acarrea, e insertar este saber especializado —es decir, parcial— dentro de un contexto más amplio, en el marco de un saber formativo que permita al estudiante ubicar el papel de su especialización en el panorama social, de tal manera que no sólo conozca lo que contiene el campo de su especialidad sino que piense en el sentido de ese campo para la vida, la sociedad y el enriquecimiento de su desarrollo espiritual. Se trata, más bien —de que sin menguar las altas exigencias en el aprendizaje de la disciplina especializada— se logre transformar la mirada estrecha provocada por una especialización que juzga al mundo —y no sólo a su campo específico— a través de los parámetros exclusivos de esa parcela particular. Cada plan de estudios, cada carrera profesional, imprime un carácter particular y una manera parcial de mirar el mundo. Bastante se ha criticado ese “economicismo” que se desentiende de los fenómenos culturales, sociales e históricos cuando se trata de estudiar la sociedad y las comunidades. Se ha dicho también, que los matemáticos tienden a matematizar la vida cotidiana, los biólogos a “biologizar” la sociedad y el comportamiento humano, mientras los abogados miran los problemas sociales como meros asuntos jurídicos, etc. Cuando el experto encasillado en su disciplina parcial plantea su posición respecto a problemas sociales y cotidianos en los cuales se halla ineludiblemente inmerso, sus respuestas son simplistas, superficiales y hasta supersticiosas, sacadas del arsenal de los lugares comunes y de las ideas dominantes, pero que considera originales y defiende con énfasis dogmático. No sería extraño encontrar expertos formados en el más duro pragmatismo recurriendo a prácticas adivinatorias; ni especialistas que al advertir los efectos sociales caóticos que nos rodean a diario se limi-



EL DOCTOR diagnostica enfermedades observando la orina del paciente y entonces prescribe una medicina apropiada.



EL ASTRÓNOMO predice eclipses y sabe por las estrellas cuando el año será fructífero o de escasez, guerra y enfermedades. Milefius fue el primer astrónomo.

ten a exigir que se ataquen exclusivamente con represión, ante el desconocimiento de los orígenes de la problemática; ni científicos rigurosos en sus laboratorios y gabinetes incapacitados para manejar sus problemas personales cotidianos y sus relaciones con los demás. Limitar el enfoque a una perspectiva estrecha conduce a deformaciones, a propuestas peligrosas por cuanto no captan la complejidad de los problemas, ni tienen en cuenta la multiplicidad de alternativas.

Cultura y saber formativo

Albert Einstein decía que “las exigencias de la vida son demasiado múltiples para que resulte posible esta formación especializada en la escuela”, y agregaba que el hombre “con la especialización de sus conocimientos más parecerá un perro bien adiestrado que una persona armoniosamente desarrollada. Debe aprender a comprender las motivaciones de los seres humanos, sus ilusiones y sus sufrimientos, para lograr una relación adecuada con su prójimo y con su comunidad”¹.

La cultura que “estetiza” la sensibilidad, el saber formativo que hace que el individuo se reubique entre sus congéneres y se identifique con su especie, que civiliza los conflictos dentro de un debate tolerante, esta cultura —que es distinta al adorno postergable— no es tomada en cuenta por la mirada que predomina en nuestra sociedad y en el Estado. Es ignorado ese saber que se pregunta por el sentido de la disciplina especializada más allá de sus contenidos específicos y de su aplicación pragmática, que indaga por su papel en el enriquecimiento espiritual del individuo y de la sociedad. Se desconoce ese saber formativo que puede transformar el ser por cuanto no es mera captación pasiva de información externa sino esfuerzo reflexivo interior, conflicto íntimo que procede cuestionando todo ese conjunto de creencias, valores, hábitos y comportamientos que hemos acumulado acríticamente durante toda una vida.

La cultura y el saber formativo han sido relegados puesto que la mal-valoración no los considera prioritarios. Pero, precisamente esta carencia ha facilitado la proliferación de valores que configuran la “crisis” social señalada anteriormente. Y ante esta “crisis” que vive el país existen sectores que prohíjan unos valores conservaduristas obsoletos y se

abrogan la posición de jueces. Exigen un retorno a la vieja moral y a sus normas de obediencia, sumisión y castigo sobre las cuales se ha mantenido el dogma, el privilegio y el desequilibrio social: piden paz sin equidad, exigen tranquilidad conservando el predominio, critican la violencia “del otro lado” pero como cruzados defienden el privilegio y el dogma, abanderan la “democracia” siempre y cuando se trate de ganar, auspician el arte si no va más allá de los “autos sacramentales” y dicen defender la patria porque la consideran como su coto de caza.

Erik Erikson establece la diferencia entre reglas morales y reglas éticas que son las verdaderamente civilizadoras. Las primeras se basan en el temor y la amenaza, ya sean externas como el castigo y la penalización, o internas como el sentimiento de culpa o de vergüenza. En cambio las reglas éticas se basan en “ideales a los que se tiende con alto grado de consentimiento racional, de aceptación de un bien formulado o de una definición de perfección y cierta promesa de auto-realización”. Mientras en nombre de las reglas morales “se puede ventilar toda la furia vengativa del desprecio, la tortura y la extinción masiva”, las reglas éticas “tienen como fin proteger al hombre no sólo contra los ataques abiertos de su enemigo, sino también contra la virtud de su amigo”². Si bien, dentro de las funciones del Estado se incluye el control del orden público (naturalmente dentro del ejercicio de una legalidad sustentada en principios universales conquistados por la civilización), el papel de la universidad pública consiste en formar espíritus libres con base en las normas éticas entendidas a la manera de Erikson. La función de la universidad pública ha de ser formativa a la par que informativa, ética a la vez que científica, cultural a la par que técnica. En esta época la universidad no debe constituirse en “reflejo” de la sociedad, ni —digámoslo de una vez— limitarse a atender las demandas provenientes de la malformación reinante; por el contrario —aun marchando contra la corriente— debe asumir la cultura, el arte y el



EL DENTISTA saca los dientes malos sin dolor. También vende aceites, ungüentos y otras medicinas. Ungüentos para pulgas y piojos, y veneno para ratas.

1. Einstein, Albert, discurso pronunciado en Albany, New York, octubre 15 de 1936 y escrito para Jungkaufmann, el 29 de febrero de 1952 (sobre la Teoría de la Relatividad y otros escritos, Sarpe, 1983).

2. Erikson, Erik, *La realidad psicológica y la actualidad histórica*, en *Ética y psicoanálisis*, Ediciones Hormé, 1967.

saber formativo. De no ser así, ¿cuál sería el espacio universitario para promover los derechos humanos? ¿Para la formación en el espíritu de solidaridad social efectiva? ¿Para la educación en el respeto a los demás? ¿Para el manejo civilizado de los conflictos interpersonales y sociales? ¿Para la búsqueda de una sociedad más justa y equitativa? ¿Para el mejoramiento espiritual, ético y estético de la comunidad?

Volver al humanismo

Dentro de la educación superior, la universidad pública —como institución para la sociedad y no sólo del Estado— por su propia naturaleza encontraría las condiciones favorables para asumir la formación del ser social, la crítica de la sociedad, la reflexión sobre la condición humana, sin caer en el sesgo de estrechos intereses particulares, sin dejarse guiar por demandas viciadas en su origen, sin entregar su tarea a las pretensiones del dogma, la milicia y el lucro. La universidad pública sería el lugar adecuado para hacer compatible la especialidad científico-técnica con el saber formativo, evitando que la fragmentación en múltiples disciplinas especializadas produzca expertos incultos, técnicos que pueden conocer bien el árbol sin ver el bosque, hasta llegar a considerar su propia parcela como la única válida. Esta mirada parcial que se sobrevalora a sí misma se desentiende de los efectos que su práctica ocasiona en otros campos ajenos a su especialidad, más aún si se tiene en cuenta que en el mundo actual el criterio de validación de una práctica consiste en su factibilidad técnica y en su rentabilidad que suplantán el criterio ético de validación. Así, pues, la evaluación de los impactos humanos, sociales y ecológicos de un proyecto a menudo son mirados en nuestro medio como especulaciones y susceptibilidades de románticos naturalistas y de enemigos del “progreso”, o son considerados como un requisito formal que no decide la realización del proyecto. Un experto de este tipo diría: “todo lo que técnicamente es factible en mí como particular me resulta válido; sus efectos sociales, humanos y ecológicos no me interesan ni competen”. Es necesario, pues, que la universidad asuma un saber humanístico que “contextualice” y evalúe el sentido de la práctica específica, que examine los efectos de tal o cual línea científico-técnica,

que formule interrogantes y alternativas sobre nuestro destino histórico y el sentido de nuestras vidas. Se trata de ir más allá de ese saber orientado al lucro, el productivismo o la nómina salarial, de ese consumismo que nos instale plácidamente en la pasividad que aniquila el pensamiento, de la avaricia que nos solaza con la acumulación de cosas, de la ambición por ese poder que nos separa y enfrenta inoficiosamente con los demás, de la insolidaridad que nos aísla y hace mezquina nuestra existencia. Se requiere, pues, un saber humanístico que sirva de contexto a la especialización, que permita evaluar el sentido y los efectos de la práctica parcial sobre la



vida individual y social, que facilite la formulación de las relaciones entre lo particular y el conjunto, que permita —inclusive— enriquecer la especialidad con sugerencias y aportes del contexto.

Aprender a morar

En las condiciones actuales del país adquieren vigencia dos “temáticas” que la universidad pública debería hacer esfuerzo por asumirlas de alguna manera. La primera procede de Heidegger: el aprender a morar o

el retorno a la patria. La segunda viene de Kant: el ingreso a la mayoría de edad que se relaciona con la formación de “espíritus libres”.

En una conferencia de 1951 —*Construir, morar, pensar*— en el marco de un coloquio sobre la arquitectura en Darmstadt, Martin Heidegger se pregunta qué es morar y hasta qué punto construir pertenece al morar. A primera vista el construir es el que da lugar al morar, es decir, construimos para morar. Pero el morar no es sólo permanecer en la edificación. “La manera como tú eres y yo soy, la manera como nosotros los hombres estamos (somos) en la tierra es el morar” como somos sobre la tierra así construimos o dejamos de construir. Por tanto, “construir es ya en sí mismo morar”. Y morar “es perteneciente al convivir de los nombres”. De tal manera que la escasez de vivienda depende, antes que todo, de nuestra manera de morar o de ser en la tierra. Primero que todo los hombres debemos “aprender a morar”. En su ensayo sobre el poema de Holderlin. —“*El retorno a la patria, a los parientes*”—, Heidegger vuelve al tema anterior. El poema “relata” el viaje de Holderlin desde Constanza, atravesando el lago de Bodén, para regresar a su patria Suaba, y le sirve a Heidegger para plantear el problema del morar: “los que estáis con la pena de la patria” no han llegado a estar todavía preparados para tener lo más propio de la patria... como propiedad suya. En esto consiste, pues, el retorno a la patria, en que los paisanos solo *llegan a ser de casa* en el *ser aún reservado a la patria*, incluso antes que los “amados” empiecen a aprender en casa a *llegar a ser de casa*. Retornar a la patria que se busca pero que aún no es (porque los parientes no han aprendido en casa a llegar a ser de casa), aprender a morar, aprender a estar sobre la tierra, aprender a ser de casa... ¿existe, acaso, mayor urgencia que ésta?

Acceder a la “mayoría de edad”

El segundo tema es el de “la salida del hombre de su condición de menor de edad”. En la “Respuesta a la pregunta”: ¿Qué es la ilustración?, Kant plantea que “la minoría de edad es la incapacidad de servirse de su propio entendimiento sin la dirección de otro”. Por falta de decisión los hombres pueden permanecer toda la vida

como menores de edad aceptando lo que otros piensan. Por una “comodidad” permiten que otros se erijan como sus tutores: el padre, el profesor, el sacerdote, el libro, el sabio, una “autoridad” cualquiera. El acceso a la mayoría de edad es la decisión de pensar por cuenta propia, de “hacer uso público de la propia razón”.

W. Whithmann insta abandonar la minoría de edad cuando nos dice: “No aceptarás ya cosas de segunda o tercera mano, ni verás ya con los ojos de los muertos, ni te nutrirás con el espectro de los libros, ni verás con mis ojos tampoco, ni aceptarás las cosas que no he aceptado”... “ni yo ni nadie puede recorrer ese camino por ti. Tú mismo tienes que recorrerlo”... “también tú me haces preguntas y yo te escucho y te digo que no puedo contestarte, y que la respuesta has de encontrarla en ti mismo”... “Escucha todas las opiniones y las filtrarás a través de ti mismo”. No se trata, pues, de suministrar al estudiante la definición, el resultado, la respuesta acabada, la teoría cerrada o concluida. Ha de buscarse, más bien, “abrir el campo”, crear condiciones y ambientes propicios para el libre reflexionar, para promover la emergencia interna de las preguntas y levantar “los obstáculos para una ilustración general”, dice Kant. Antes que todo está el deseo íntimo de interrogarse, de conocer, pues como dice Koyré, “Menón no sabe pensar, justamente por no importarle nada la verdad”, puesto que estaba embebido en negocios ajenos al conocimiento³.

Salir de la minoría de edad significa “cuestionar” los mitos que gobiernan en nuestro interior. Acceder a la mayoría de edad implica renunciar al tutelaje para pensar por cuenta propia. Quien necesita un tutor que lo descargue del trabajo de pensar sabrá obedecer pero no morar. El “aprender a estar en casa”, el “saber morar” no proviene del exterior sino que es un proceso de transformación íntimo.

El papel del arte, la cultura y el saber formativo, el “aprender a morar” y “la salida de la minoría de edad” constituyen tres temas relacionados que la universidad pública debe reflexionar como posibilidades de su quehacer, en el marco de la situación conflictiva actual del país ■

3. Koyré, A., *Introducción a la lectura de Platón*, Alianza Editorial, 1966.

Der Glasmaler.



EL PINTOR DE CRISTALES pinta retratos de gente y escudos de armas de familias nobles en cristal.

Fabio Giraldo I.
Vicepresidente técnico de Camacol

Vincent Van Gogh: La miseria no acabará jamás

Fabio Giraldo Isaza

Para Kalev

Puede hablarse de la buena salud mental de Van Gogh, que en toda su vida sólo se hizo asar una mano y, fuera de esto, no pasó de cortarse la oreja izquierda en una ocasión...

Así es como una sociedad tarada inventó la psiquiatría, para defenderse de las investigaciones de algunas inteligencias extraordinariamente lúcidas cuyas facultades de adivinación le molestaban¹.



Para recordar la profunda influencia de la pintura de Van Gogh sobre el arte contemporáneo basta con señalar que era uno de los pintores favoritos de Picasso... era el santo pintor de Picasso², y uno de los más grandes e inquietantes pintores de su época. El arte moderno, tiene en él un innovador de la trascendencia de Cézanne, pero recorriendo un camino casi opuesto: la esencia de su arte resulta no a través de una mirada fría y de un trabajo lento en una única dirección, sino en el ardor de la pasión y en el fuego interior que va consumiendo no solo su fragil psicología, sino su propia vida. Al igual que Cézanne, pronto se separó del impresionismo, pero a diferencia de este, no retorna al objeto y a la naturaleza para encontrar la complejidad de la realidad y sus formas, sino que logra fundirse amorosamente con el objeto, sea este un ser destrozado por la realidad, un sol o

un campo de trigo. La unión mística de Van Gogh con su pintura determina las formas y colores de su obra, las cuales buscan su propia verdad, invisible y enigmática. Mientras en Cézanne la pintura es algo que ocurre entre los colores y el tráfico entre ellos, en Van Gogh se hacen visibles los sentimientos, las emociones y las pasiones. Ambos, al decir de Hans L. Jaffe y desde un punto de vista diferente, iniciaron esa mutación decisiva en el sentido y significado de la obra de arte. Ambos, a su manera, crearon las bases para el arte del siglo XX. Pero si volvemos los ojos nuevamen-

1. Antonin Artaud, V. Van Gogh: El suicidado de la sociedad. Editorial Parmelin: *Picasso desconocido*. Editorial Planeta, Barcelona, 1981, p. 27.

2. Helene Parmelin: *Picasso desconocido*. Editorial Planeta, Barcelona, 1981, p. 27.

te sobre Picasso, y nos detenemos ante la innumerable serie de sus dibujos, en muchos de ellos se puede observar todo lo complejo de su grandeza artística. Basta incluso detenerse en el más insignificante, para descubrir sus grandes dotes pictóricas, su línea magistral, el tono agresivo y esclarecedor de su trazado, su condición de artista total. El logró, como casi nadie, llevar su arte hasta la condición de su vida. Picasso al igual que Van Gogh son un ejemplo de vida, donde ella se confunde en cada momento con su obra. Del primero se puede decir que hacía arte como respiraba, de él debemos tomar su actitud en forma no idílica para hacerla socialmente válida. Con Van Gogh ocurre algo similar; sin embargo en toda la obra de Picasso, no puede encontrarse casi ninguna relación con la pintura de Van Gogh. Hay solo un par de puntos de contacto: El arte y la soledad. Difícil encontrar hombres más solos que Van Gogh y Picasso. Este último padeció la soledad de la Vedette y la plasmó en sus obras al destruir casi que al momento mismo de su nacimiento las figuras que lo acompañaban, las cuales se logran mantener por pequeños periodos para resurgir renovadas y así volverlas a destruir en el gran torbellino de su soledad, del cual emergerá su estilo, la diferencia, el nuevo comienzo, el mar del filósofo y del poeta. La soledad encuentra un único refugio, un único consuelo: el trabajo, el arte.

De Picasso con acierto se ha dicho que es el más grande destructor y el más grande creador de formas en la historia de la pintura moderna; de Van Gogh es imposible hablar, si no se observa cómo, en su muy particular forma de habitar el mundo, es capaz de consumir su vida en una suerte de comunión demente con la pintura, el sol y la tierra. De esta última, recordando la expresión de un poeta holandés, le confiesa a Théo que ha experimentado con mucha angustia el hecho de estar atado a la tierra con lazos más que terrestres. El arte de Van Gogh penetra en esa tierra, en ese sol, en la naturaleza, en los humildes, en la soledad y deja obras que se insinúan imperecederas en el tiempo. Muchas de las figuras de sus cuadros están viviendo una vida propia, están dando testimonio de la necesidad que tuvo el artista de abandonar toda relación opuesta a su forma de ver, para poder comunicar lo que miraba, están dando certificación del paso de la soledad de Van Gogh por el mundo, de la disolución de todos los lazos ajenos a su estilo pictórico, a su obra, del rechazo a todo lo instrumental, a todo lo común que impone la costumbre, para desde allí, desde su soledad, producir esa gran construcción pictórica que fue su ocupación en sus años creadores.

La soledad de Vincent se asemeja a ese trabajo de desacompañamiento del poeta en el cual hay "fundamentalmente, abandono de lo que estorba

o prohíbe la propia mirada, de las relaciones convencionales (y de la relación con la convención misma), que imponen la coacción de lo instrumental. No hay creación en el ámbito de lo estrictamente instrumental, sólo reproducción; pero cualquier creación puede ser reproducida después, instrumentalmente. El reino de la instrumentalidad es aquel en que la verdad de todo es ser medio, es decir, servir para: lo que nace herramienta, nace sometido. Pero aquello que la creación da a luz no nace para servir, no nace siervo, sino que es por propio origen ingenuo, lo que etimológicamente quiere decir "nacido libre". La ingenuidad de la creación poética es lo opuesto a la reproducción instrumental; en un orden en el que toda compañía se traba como mediación y servicio, disuelve todos los lazos y reclama como lo más propio profunda soledad"³.

La soledad de Vincent, esa soledad del pintor tan llena de sol y luz. Su arte fue en un sentido muy fuerte la expresión de las condiciones de vida y formas de ser de los campesinos: "si una pintura de aldeanos huele a grasa, a humo, a olor de patatas, ¡perfecto! No es malsano; si un establo huele a estiércol, ¡bueno!... por eso es un establo; si los campos tienen un olor de trigo maduro o de patatas o de guano y estiércol, allí está precisamente la salud, sobre todo para los ciudadanos.

De tales cuadros se aprende algo útil. Un cuadro de aldeanos no debe estar jamás perfumado.

... hay que pintar a los aldeanos como si fuéramos uno de los suyos, sintiendo y pensando como ellos mismos. Como si no se pudiera ser de otro modo"⁴.

En el caso de Van Gogh puede afirmarse que existe una estrecha relación entre la vida y la obra; son inseparables. Al igual que en el trabajo de Modigliane, de Utrillo y muy particularmente en el de Munch, el pintor esotérico del amor, de los celos, de la muerte y de la tristeza, la obra de Vincent se encuentra íntimamente relacionada con la forma y asunción de la vida concreta del autor.

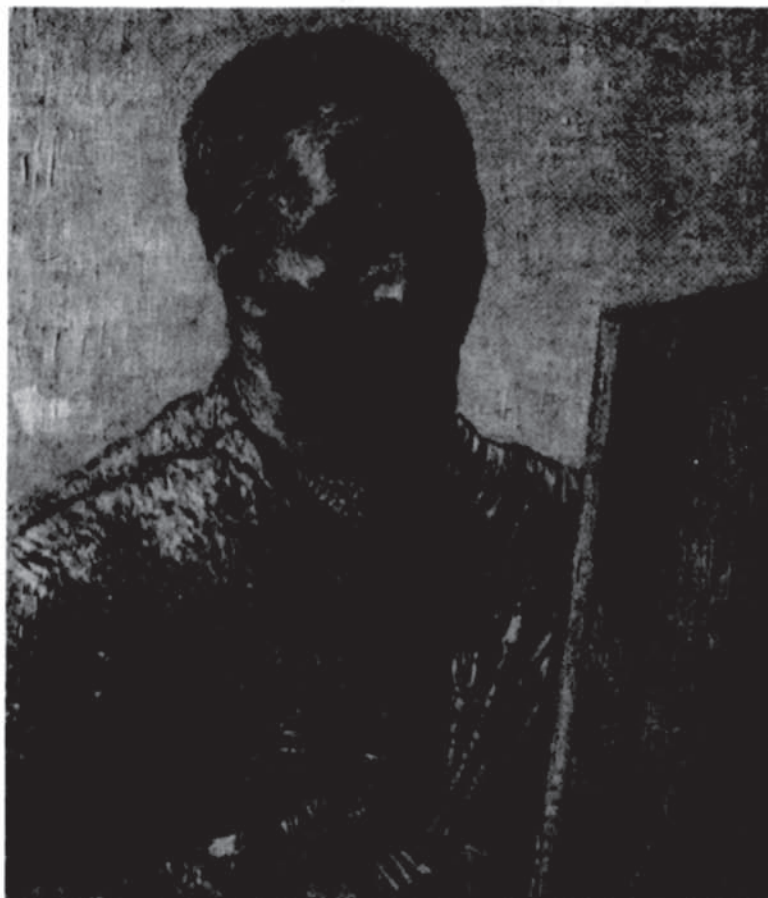
De los pintores mencionados y de sus obras se puede extraer toda la soledad, el olvido y la miseria en que tuvieron que ser gestadas sus producciones pictóricas. De ellas y muy en especial de la obra de Van Gogh y de Munch, puede afirmarse lo mismo que en su época un filósofo francés, caído en la psicosis, dijera en su momento de estos tres grandes del siglo XIX: Marx, Nietzsche, Freud: "Que yo sepa, en el curso del siglo XIX nacieron

De Picasso con acierto se ha dicho que es el más grande destructor y el más grande creador de formas en la historia de la pintura moderna; de Van Gogh es imposible hablar, si no se observa cómo, en su muy particular forma de habitar el mundo, es capaz de consumir su vida en una suerte de comunión demente con la pintura, el sol y la tierra.

3. Fernando Savater. *La soledad solidaria del poeta*. Revista *Quimera*, enero, 1982, N° 15, pp. 4-5.

4. Vincent Van Gogh. *Cartas a Théo*. Barral Editores, Barcelona, 1975, pp. 138-139.

dos o tres hijos no esperados: Marx, Nietzsche, Freud. Hijos 'naturales' en el sentido de que la naturaleza ofende las costumbres, la justicia, la moral y el saber vivir; la naturaleza es la regla violada, la madre soltera, o sea la ausencia de padre legítimo. La razón occidental hace pagar caro un hijo sin padre. Marx, Nietzsche, Freud se vieron obligados a pagar la deuda, a veces atroz de la supervivencia; precio que se pagó en exclusiones, condenas, injurias, miserias, hambre, muerte o locura. No me refiero más que a ellos; se podría



hablar de otros malditos, que vivieron su sentencia de muerte en el color, el sonido o el poema. Me refiero a ellos solamente porque significaron el nacimiento de ciencias o de críticas"⁵.

El drama de Van Gogh lo lleva a crear, pero lo une a esos tres grandes aquello que fue la constante de su vida, aquello que conoció tan a fondo como su oficio: la soledad, el olvido y la miseria tanto material como psíquica. El drama de Van Gogh en la medida en que su creación literaria y pictórica abre un camino hacia lo desconocido, se puede equiparar a la obra de estos pensadores, pues en el momento que el hombre es capaz de ver donde los abuelos, donde los padres fueron ciegos, es cuando produce saber o logra crear y crear

cosas bellas. El pensamiento, el arte, surgen cuando el hijo no es esperado, cuando el hombre no tiene padres legítimos, cuando mata el pasado y desidealiza el porvenir para atreverse a vivir el presente, para atreverse a pintar, a crecer, a crear.

Ahora bien, al relacionar a Van Gogh con Picasso se tiene que hablar en otro sentido; uno exactamente no puede decir qué enfrenta la pasión y el drama con el trabajador y gran pintor. No se puede decir, ya que los supuestos diez años de pintura de Van Gogh son ante todo años de trabajo y de lucha; sin embargo, la especificidad de su pintura es muy similar a la especificidad de la pintura picassiana, es la del artista que como él mismo señaló en su bella correspondencia, se juega la vida en tela, haciéndonos recordar aquel bello capítulo de la obra de Robert Musil⁶, donde se hace la exigencia de vivir como se lee, o mejor como se piensa. Van Gogh llevó el color hasta el extremo, lo llevó hasta su muerte. Murió para conquistar la vida. Su suicidio era necesario, pues él se mató no para destruirse sino para construirse. Si hubiera encontrado alguien con quién poder compartir íntimamente su vida, alguien a quién abrir su corazón y su alma, su suicidio no hubiera ocurrido, pero buena parte de su obra, de su arte y su enseñanza, tampoco se hubiera dado. Van Gogh se mató, y con su muerte dio una impresionante lección a una sociedad demente, a una sociedad miedosa de que le cantaran en la soledad su gran verdad, su esquizofrenia colectiva. Van Gogh pintaba para tratar de vivir, para poder escapar del propio infierno.

Murió en su ley, murió pintando. Incluso después de haberse disparado en el pecho, quiso detenerse un instante y partir fumando tranquilamente su pipa. Esa pipa que inmortalizó en algunos autorretratos y que se encuentra en su bella y soleada silla.

Gran parte de su obra es irreproducible, como irreproducible en el detalle resulta su drama psicológico. Su locura es acentuada por su arte, el cual realiza con su corazón y con su sangre y permite leer el drama de la sociedad de su tiempo, convirtiéndose a su vez en una enunciación anticipada de la locura de la sociedad de nuestra época. Hoy en día no sabemos quién estaba más loco, si Van Gogh, por sentirse culpable de su locura, o esta sociedad que no ha hecho más que exaltarlo y mostrar, analizar y desarrollar hasta el vértigo su culpa por considerarlo loco: Van Gogh se sentía culpable de estar loco, nosotros nos sentimos cul-

5. Louis Althusser. *Freud y Lacan*. En revista *Ideas y valores*. N°s. 27-28-29, Universidad Nacional, I. Trimestre de 1967, p. 56.

6. *El hombre sin atributos*. Tomo II, Cap. 84.

pables de considerarlo loco en el mismo momento en que nos inclinamos ante él⁷.

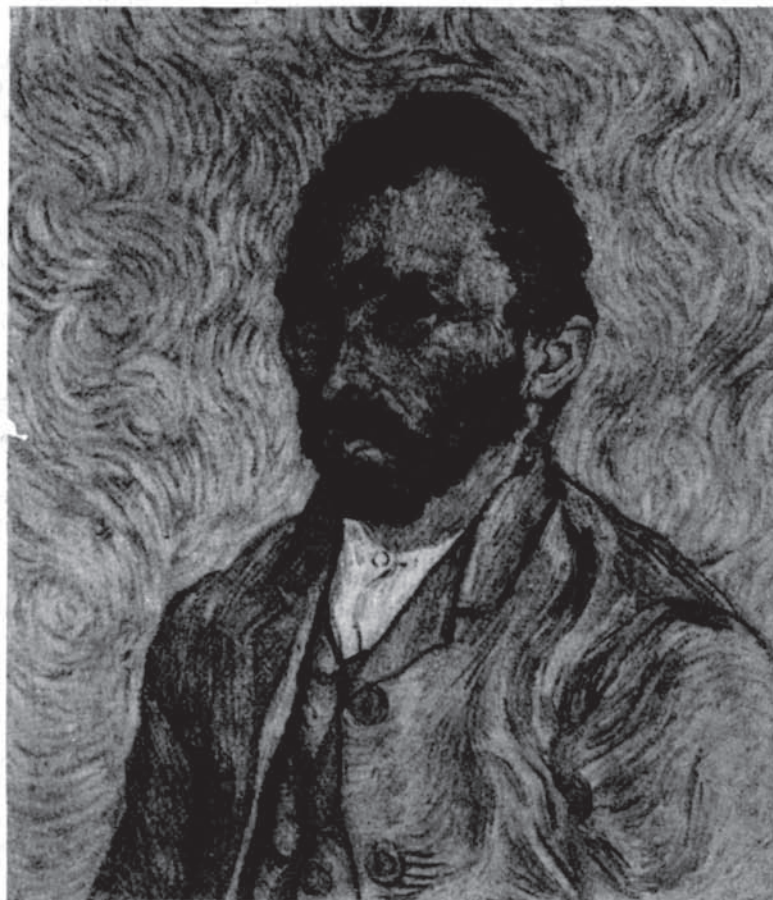
El dolor de Van Gogh, es el dolor de nuestro desempleado, pero es también y con mayor rudeza el dolor del empleado en algo ajeno a su vida. El dolor de Van Gogh es el dolor de nuestro tiempo, pero su vida no es la nuestra. Si su dolor y su pena encontraron refugio en su forma de pintar, el dolor de nuestra época aún no encuentra dónde hospedar su pena. Una cosa en nuestro andar sabemos, para encontrar un posible hospedaje contamos con tres elementos: *constancia, pasión y obsesión*. Con respecto a esta última, como nos lo recuerda Bataille en el caso de Van Gogh, es necesario "relacionar los soles con los girasoles cuyo amplio disco aureolado de pétalos cortos recuerda el disco del sol, al que por otra parte no deja de mirar siguiéndole desde la mañana hasta la noche"⁸.

Su obsesión por el sol, se ve claramente en muchas de sus pinturas donde su manantial de luz incendia todo el cielo y en algunas de ellas alcanza también en un mismo momento a iluminar la tierra. Parecería como si para Van Gogh el sol nunca brillara lo suficiente, como si se requiriera más de un sol para albergar su luz interna. Una realidad de éstas se empieza a tejer en la noche, donde el pintor comienza pacientemente a soñar el futuro de su pintura. De esta espera emerge la noche, la bella noche estrellada que es un sueño dentro del sueño.

Es esta mezcla de obsesión y sueño y la búsqueda permanente de la creación, lo que conduce al artista a pintar la noche estrellada. La clarividencia que alcanza Vincent meses antes de ser encerrado en el asilo, que son semanas antes de la visita tan anhelada de Gauguin, así como su muy fuerte atracción por las escenas nocturnas, le llevan a amar la noche tanto como el día. De este amor surge la tentación de pintar el cielo estrellado, inaugurando de paso una nueva forma de pintura. Nadie antes de él había pintado la noche en forma natural, a la intemperie, con un sombrero de paja coronado de velas. La noche estrellada del Ródano, fue pintada en septiembre de 1888, en la ciudad de Arlés por un pintor que ardía internamente por la necesidad de gritarle su dolor al mundo. Vincent pintó la noche con su sombrero coronado de fuego, frente al infinito, bajo el firmamento, llevando a la práctica el pensamiento que había manifestado a Théo: "A menudo me parece que la noche es mucho más viva y de colorido más rico que el día"⁹. Allí en aquella noche se afianzó como tendencia, de la cual Vincent fue el precursor, lo que hoy en día conocemos como el expresionismo, es decir, el movimiento artístico que tiende a traducir todo elemento de la representación en elemento impregnado psicológicamente de emoción, senti-

miento e interioridad. Se trata, como lo señaló lúcidamente Mario de Micheli en su importante texto sobre Van Gogh, de insuflar a la realidad el soplo ardiente de la propia fuerza interior, para que surja de ella toda verdad recóndita. Hasta la materia pictórica, hasta el empaste del color debe estar mezclado con la esencia de la verdad de la cual es vehículo expresivo¹⁰.

Se requieren después de haber pintado esa primera noche estrellada, de unos meses más de dolor, de un intenso trabajo de duelo sobre su nueva



forma de vida, la de la locura, para que todo el horror que Vincent Van Gogh llevaba dentro, pudiese salir a la luz de la noche, para pintarla nuevamente, pero, ¡qué noche! En ella da la impresión de que se pinta la luna dentro del sol, lo cual implica una pregunta sobre el devenir tiempo

7. Martha Robert: *El genio y su doble*. Revista Eco, Nº 117, enero de 1970. Bogotá, p. 158.

8. Georges Bataille: *Documentos: La mutilación sacrificada y la oreja cortada de Vincent Van Gogh*. Monte Avila Editores, Caracas, Venezuela, 1979, p. 121.

9. Correspondencia, *Op. cit.*, p. 258.

10. Mario de Micheli: *Van Gogh, los hombres de la historia*, Nº 10, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1968.

de la locura. Un día cerrado, en el que la única salida son varios soles y por qué no, por momentos varias lunas. Sol y luna, envueltos en pinceladas móviles, encerrados sobre ese firmamento de estrellas soles.

Noche estrellada de soles, presagio irrefutable del advenimiento de la locura. Transposición y unificación del tiempo. Destrucción de la realidad en la construcción de una nueva mirada. Mirada angustiada, quiere ella toda detener el tiempo, con estos soles que son lo único que le queda para no perecer ante la verdad, su verdad, el arte construido y la razón perdida aquí, ya a medias.

Los astros se multiplican en un firmamento heteróclito, en el cual sobresale el ciprés que arde en busca de los soles-lunas, en forma de llamaradas oscuras, describiendo la gran tensión que hay arrojada en el alma del artista y la cual se expresa magistral e inimitablemente en el ritmo de emoción y de angustia.

Vincent logra acá bailar con los colores, produciendo esa gran pintura de llamas danzantes, esos astros donde giran lunas y soles confundidos en un mismo disco casi que aureolado de pétalos, enmarcando todo este espectáculo pictórico del fuego, por la madre tierra resquebrajada. Esta incorporación del firmamento en la tierra, en ese baile del color, hace que los ritmos de las pinceladas de Van Gogh, produzcan tan bella fiesta en la noche, donde el sol emerge en ese torbellino de estrellas y constelaciones que lo llevan a pintar dichas imágenes que permiten presagiar la lucidez indescifrable de la psicosis.

De tal lucidez, es de donde va emergiendo el aporte principal de Van Gogh al movimiento pictórico de su tiempo. En esta noche estrellada se aparta Van Gogh de la observación directa de la naturaleza y deja a su imaginación inventar formas y colores para crear un clima específico. Su noche estrellada, con sus casas dormidas, sus ardientes cipreses subiéndolo en ondulados movimientos hacia un cielo intensamente azul animado por torbellinos de estrellas amarillas y por los destellos de una luna anaranjada, es más un intento deliberado de representar una visión especialmente apremiante, de liberarse de emociones abrumadoras, que de estudiar con amoroso cuidado los pacíficos aspectos de la naturaleza que había a su alrededor. La misma tendencia y el mismo empleo de contornos muy marcados aparecen en algunos otros cuadros realizados en la misma época, en especial un paisaje con olivos verdeplateados en un campo ondulado que tiene como fondo una hilera de montañas azules, por encima de las cuales flota una sólida nube blanca. En una carta a su hermano, Van Gogh trataba de explicar lo que pretendía lograr: "Los olivos con la nube blanca y fondo de montañas, así como la salida de

la luna y el efecto nocturno, son exageraciones en lo que a la disposición general respecta; los contornos están acentuados como en algunos de los antiguos grabados en madera". Y continuaba diciendo: "Allí donde las líneas son precisas y decididas, allí comienza el cuadro, aunque sea exagerado"¹¹.

De la noche estrellada, Vincent se enrumba cada vez más a pintar enormes extensiones de trigo bajo cielos turbulentos que expresan, como él deseaba, una gran tristeza, una gran soledad; volvía nuevamente al comienzo, marcaba con su pincel su drama, la tristeza, la soledad, el resplandor tormentoso de la esperanza, el aliento desfalleciente de la nostalgia. Su pintura en estas últimas telas volvía a agarrarle el alma, convirtiendo al pintor en poeta y músico del color. Ella abre un porvenir intranquilo sobre la reflexión de un pasado gris, tiene el gran mérito de haber reclamado un futuro mejor que pudiese estar presente en su vida, que fuese posible para el hombre de su tiempo y no para el hombre del futuro, para un hombre irreal. El pintor por esta época, ya va con trazo firme y con color exaltado escribiendo sus verdades oscuras.

Su pasión es llevada con una intensidad que hasta entonces no se había dado en la pintura. El artista se encuentra materialmente poseído por el color, su pincelada tiene un valor pasional similar al de su vida. La pasión se encuentra por toda su obra, se encuentra en sus dramas homosexuales que se ven en forma latente en el excesivo amor que Vincent siente por su padre: "La idolatría de Vincent por este padre todopoderoso y bueno, a quien lo oponen sin cesar los conflictos más dolorosos, incluso, sobre todo, allí donde lo toma por modelo espiritual, representa para el psicoanálisis la prueba de una homosexualidad latente, por tanto inconsciente, generadora de un intenso sentimiento de culpabilidad, también inconsciente y por ello tanto más amenaza para el equilibrio psíquico. Infantil, en consecuencia absoluto, tiránico, sin matices, pero ambivalente y explosivo al extremo, el culto del padre divinizado reenvía en la psicopatología de Van Gogh a una realidad interior insuperable, fatal por su arcaísmo mismo, inaccesible para el alma del pintor que extrae de allí sin saberlo todo lo que vive: el entusiasmo y la melancolía, la exaltación y el desgarramiento. Contradictorio en el fondo puesto que el padre adorado es a la vez odiado y temido, dotado de una bondad infinita y de un inmenso poder de castigo, este culto profundamente arraigado en el pasado infantil de Van Gogh domina sus adhesiones, sus creencias, sus ideas que nacen todas, cual-

11. John Rewald. *El postimpresionismo de Van Gogh a Gauguin*. Alianza Editorial, Madrid, 1982, pp. 274-275.

quiera que sea la forma que revisten exteriormente, en la misma esfera elemental y excesiva, salvaje y sublime, rebelde a la experiencia y creadora por la misma fuerza que le impide evolucionar. La naturaleza doble del padre con el cual se identifica enteramente y que trata de superar sin jamás atreverse a permitírsele es lo que comanda su jerarquía espiritual, lo que lo arroja a sus pasiones salvajes, dejándole sin cesar el corazón dividido. En virtud de su dualidad, esa naturaleza ora se encarna en figuras de hombres fuertes o infinitamente buenos (Théo, Gauguin, los grandes vivos y los grandes muertos que son sus maestros en el arte y sus guías en la vida); el padre es entonces el objeto del amor más puro (Théo) o la víctima de sus deseos de muerte que bruscamente tratan de realizarse (ataques contra Gauguin, Rey, Gachet), entrañando por sí mismos su castigo¹².

Vincent lleva sus identificaciones paternas hasta el final de su vida; ella al igual que la de su padre fue la de un monje. En un borrador para una carta a Gauguin lo manifiesta: "Me parece que si encuentro a otro pintor dispuesto a explorar el Midi y que como yo esté lo suficientemente absorbido por su trabajo como para decidirse a vivir como un monje que fuera al burdel una vez cada dos semanas, y que fuera de eso estuviese atado a su trabajo y poco dispuesto a perder el tiempo, sería un acuerdo excelente..."¹³.

También puede afirmarse que sus dramas homosexuales se encuentran en su relación con Gauguin, donde su cólera contra él, es una de las formas más agudas del desgarramiento interior, pues él jugó siempre para Vincent el papel de ideal, con el cual al identificarse plenamente y ante el temor a la separación, opta por la automutilación en un último y desesperado esfuerzo por retener su ideal. Pero su arte triunfa, la oreja cortada es llevada justamente al lugar que en forma más nítida en sus bochornosos silencios la define casi que en todas sus épocas. La oreja se pierde, pero el arte continúa, incluso es cercano un autorretrato, como cercana es la noche, bella noche estrellada.

Van Gogh fue un artista total. Logró con su impresionante transgresión realizar las fantasías primordiales del deseo, purgando y expiando ese deseo con la castración simbolizada en la oreja cortada.

Igualmente, las dificultades de Van Gogh con los oficios, nos revelan sus problemas con las normas establecidas. Su comportamiento es típico de un hombre incapaz de adaptarse al "orden" preestablecido. Al final de su vida, no reconocía ni aceptaba autoridad alguna distinta a la de su trabajo pictórico. Tenía una muy mala relación con las normas y un conflicto sin resolver con el padre: Van Gogh no puede aceptar al padre, pero tampoco

lo puede rechazar, lo único que puede hacer por él es idealizarlo, que es una cierta manera de refutarlo; él se va como misionero al Borinage, a ser más cristiano que su papá, su papá era cristiano pero en la forma corriente, comiendo bien, teniendo buen ingreso, buena familia; en cambio Van Gogh es cristiano pero se lo toma en serio de la manera más alarmante; que hay que partir la capa, ah, bueno, la parte; que hay que amar al pobre,



que no tiene nada con qué vivir sino compartir con todos las migajas de pan, pues eso es lo que él hace porque es cristiano de una manera como nadie lo ha sido, y no sabemos si es un santo o alguien que está profanando el cristianismo, claro que los que estaban en la iglesia consideraron que era de los que estaban profanando el cristianismo y entonces lo echaron.

12. Marta Robert: *El genio y su doble*. Revista *Eco*, N° 117, enero de 1970. Bogotá, pp. 163-164.

13. John Rewald, *Op. cit.*, p. 186.

Era un santo. ¿Qué quiere decir santo? Quiere decir que es un absolutista, un terrorista también lo es, y en cierto modo también un santo. Es todo o nada, yo quiero el amor pero el amor todo, y lo voy a repartir todo con todos; yo no quiero el poder, dice un terrorista, no quiero nada, entonces exploto una bomba para que acabe con todos. Es decir, un santo y un terrorista son más o menos la misma cosa. Pues bien, "Van Gogh era un santo porque nunca tuvo con qué ser terrorista, probablemente lo habría sido, pero prefiero pintar"¹⁴.

Van Gogh, como lo hemos insinuado, llegó al fondo de las cosas para encontrar su expresión. Su propia vivencia quedó plasmada en muchos de sus cuadros y especialmente en esa vasta galería de humildes que pintó desde el principio hasta el fin. Poseía, como exigía Nietzsche en su *Zaratustra*, el caos dentro de sí y por eso fue capaz de engendrar más de una estrella danzarina. El ritmo del estilo pictórico de Vincent se convierte en expresión de su conmoción íntima y en la llamarada de la pasión se agitan también las formas de la naturaleza: los cipreses arden como si de negras llamas se tratara, las estrellas ruedan como una impetuosa inquietud, la línea de las montañas y de las colinas se curva y se contrae con angustia. El mundo se va fundiendo en el crisol de una imagen dinámica y apasionada. Es el hombre, el artista, quien anima la naturaleza con su sentimiento y de este modo le da sentido y significado¹⁵.

Van Gogh va clavando las cosas en la vida con una intensidad que le da forma y el contenido a sus cuadros más logrados. Es un hombre de una pasión sin término medio, su ardiente corazón queda plasmado en las flores y árboles que pinta. Sus paisajes incendiados de color, llevan la misma llama con la cual él internamente se devora. Sus cuadros son esencialmente subjetivos, pero más reales que la "realidad" más verdadera. La naturaleza en Van Gogh no solo es visión y vivencia personal sino y ante todo experiencia espiritual donde la vida y el arte se confunden.

Van Gogh es un pintor entregado a pintar la vida de la gente humilde. Sabía que para llegar al fondo de la existencia, para "pintar la vida" había que saber cómo sentía y pensaba la gente el mundo en que vivía. Al pintar los comedores de patatas, tuvo que realizar previamente un intenso trabajo de compenetración con sus humildes existencias: para poder hablar a esos desdichados, cuya miserable existencia describe Zola en su novela "Germinal", hay según la opinión de Van Gogh, que vivir como ellos, tan miserablemente como ellos. Vincent les regala su última camisa, sus trajes, su exiguo sueldo. Vive en una choza destartada, por cuyo techo penetra la lluvia, llega un día en que tienen que llevarlo al hogar paterno, quebrantado por las privaciones y el

hambre, enfermo y desesperado¹⁶. Era un monje de la pintura y aunque suene redundante, del socialismo, para quien las únicas ideas que se podían venerar eran las ideas encarnadas.

Muchas de sus pinturas son verdaderos estudios sobre el alma de los humildes y su influencia universal no solo es pictórica, sino espiritual y vital. En los comedores de patatas, hay un intento por elevar a la expresión artística la abyección de las condiciones de vida de los mineros, a los cuales pinta de un colorido gris impregnado del hollín de sus puestos de trabajo en la zona carbonífera belga.

Van Gogh al haber abjurado de la religión de su padre, se quedó adorando el arte: en lugar de Cristo, la virgen y sus santos, adora la tristeza



humana, el misterio de las desigualdades sociales y el brillo del sol y del color. Van Gogh, al igual que Dostoiévski, se levanta contra el mundo enfermo de religión e hipocresía que padeció y con los trazos endemoniados de sus últimos lienzos prefigura la tempestad y el dolor de la sociedad moderna, hasta el punto que su obra como la de Dostoiévski pueden con razón ser consideradas como el diagnóstico más profundo y completo de la enfermedad moderna: la escisión psíquica, la conciencia dividida. Su descripción, al igual, como lo

14. Estanislao Zuleta. *Vincent Van Gogh: Hacia una poética de los colores*, Revista Camacol, N° 31, junio de 1987, p. 222.

15. Hans L. Jaffe. *El arte del siglo XX*, EDAF, Madrid, p. 18.

16. Paul Westheim, *Vincent Van Gogh*, en *Mundo y vida de grandes artistas*. Era S.A., México, 1973, p. 208.

recuerda Octavio Paz de Dostoievski, es simultáneamente, psicológica y religiosa¹⁷.

De sus muy variados autorretratos hay que recordar aquellos que pintó Van Gogh una vez que se había recuperado de alguna de las crisis que tuvo que padecer antes de su muerte. Llamen la atención los autorretratos de la oreja cortada, pintados ante el espejo, y muy particularmente el más famoso de ellos, aquel donde se encuentra dándole una bocanada a su inconfundible pipa. El humo diluyéndose, lleva el rasgo más característico de la pincelada del último Van Gogh, y parece estar insinuado que se irá, para luego volver otro mismo en ondulación diferente, irreproducible, pero igual. En los autorretratos de la oreja cortada no aparece el rostro de un loco "sino el de un hombre envejecido (Vincent va a cumplir treinta y seis años), de rasgos demacrados, mejillas hundidas, mirada sin expresión y aire ausente. Un hombre resignado que ha 'vivido' y ya no tiene esperanza en la existencia. En el autorretrato de septiembre de 1888, dedicado a Gauguin, en el que Vincent 'oblicuó un poco los ojos a la japonesa'. La pupila derecha mira intensamente al espectador, es decir, al pintor mismo, le penetra, le escruta, mientras que el otro permanece inerte, sin mirada, y la sombra ya parece velar su claridad"¹⁸.

Al recuperarse de la siguiente crisis, el primer cuadro pintado fue también un autorretrato, en el que su rostro oblongo aparece sin gorro, pipa, ni vendaje, con un aspecto pálido y delgaducho, pero asido a su paleta, la cual sostiene firmemente en su mano, dejando entrever la determinación que lleva dentro y que se logra apreciar en la mirada y decisión que muestran sus ojos azules.

La serie de sus autorretratos va describiendo los altibajos anímicos de la psicosis: de un ser seguro en sí mismo, lúcido y consciente se va llegando con algunos sobresaltos a los autorretratos de la oreja cortada, hasta el pintado en Oslo, donde ya se atisba el miedo en la mirada solapada, tomada por una presencia fugaz, desordenada y al borde de la locura.

Los retratos de Van Gogh son muy diversos y se pintaron en un período muy corto, en tres años, donde se narra buena parte de las vicisitudes del pintor en su vida atormentada. En algunos de ellos, en especial el de la oreja cortada, donde combina en unión demoníaca el verde y el rojo, se deja entrever la pasión y la locura del artista que se encuentra preso por la sinrazón. En otros se ve cómo Van Gogh retorna a la calma y a la lucidez y en el último, el de Saint-Rémy de noviembre de 1889, que se encuentra en París, se abre un abismo. En él, los matices disonantes, y por primera vez unidos, azul y verde, con la única nota roja de la barba y la cabellera, nos muestra un ser que arde en llamas infernales, convertido también él en llamas

y humaredas en las que se consume su razón, se desespera su ternura hacia el mundo y se disuelve su genio¹⁹.

Pero siguiendo con sus colores hay dos tentaciones que saturan de símbolos la obra entera del pintor: la del acorde azul-amarillo, cielo y sol, acorde provenzal, "benéfico", y la de la unión demoníaca del verde y del rojo, portadores de las pasiones, de los vicios, de las locuras del hombre. Como el propio Van Gogh lo llegó a plantear al referirse a su "café de noche": he tratado de expresar con el rojo y el verde las terribles pasiones de los hombres.

Pero entre sus autorretratos hay uno que sobresale por presentarse como clave y resumen, por ser el más audaz y desgarrador de todos: a las puertas de la eternidad. Allí tenemos en una alusión simbólica un autorretrato. Es el hombre, Vincent, que aunque sin haber cumplido cuarenta años ha adquirido por el desgarramiento interior y el tañido casi imperceptible de sus lágrimas, la figura de un viejo vencido, doblado en dos por la incompreensión, el dolor, la pena y la tristeza. Es un viejo que hundiendo las manos en el rostro llora las indecibles injusticias de su tiempo, la innumerable serie de sus "fracasos". Es la figura de todos los tiempos del padre vencido junto a su hogar extinguiéndose a la luz de la noche y queriendo calentar el frío interno del alma con el fuego, con el amarillo solar de su pintura. Las manos cerradas del viejo sobre la cara impiden que los ojos vean, mas los ojos de Vincent ¡en qué forma veían!, ¡con qué agudeza miraban!

Al terminar su estancia en el hospital de Saint-Rémy, la tristeza que este viejo desgarrado sentido sobre la silla llorando expresa, es la imagen del pintor en el gran despojo y la gran angustia que lo introduce "... el universo en que se sentía antes como una especie de demiurgo inspirado, ya no es más que un lamentable despojo amenazado por una nueva crisis, por un nuevo hundimiento de todas sus facultades, acechado por la noche. Solo la pintura le apega a la vida, esa vida de la que ya no espera otra cosa que cuadros, paisajes torturados como él, árboles convulsionados como su alma, cielos exasperados a su imagen y semejanza, atravesados de fulgores de astros que giran y de los que el sol, su propia razón, lucha con la sombra y vacila"²⁰.

17. Octavio Paz, *Dostoievski: El diablo y el ideólogo*. En, *Hombres en su siglo y otros ensayos*, Seix Barral, Barcelona, 1983, p. 24.

18. Pierre Cabanne: *Van Gogh*. Ediciones Daimón, Barcelona, p. 160.

19. Robert Genaille: *Van Gogh*, Autorretratos, Editorial Gustavo Gili S.A., 1971.

20. Pierre Cabanne, *Op. cit.*, pp. 250 y 252.

Van Gogh es un pintor entregado a pintar la vida de la gente humilde. Sabía que para llegar al fondo de la existencia, para "pintar la vida" había que saber cómo sentía y pensaba la gente el mundo en que vivía. Al pintar los comedores de patatas, tuvo que realizar previamente un intenso trabajo de compenetración con sus humildes existencias.

La mirada oculta de Van Gogh en éste, su más audaz autorretrato, es la mirada anticipadora de la próxima crisis, inexistente, ya que en esta luz para captar el dolor interno, se deja entrever el drama de quien está próximo al umbral de la locura y que ante la incapacidad de pegar un grito, de lanzar una pincelada reconstitutiva de su ya tenue razón, se encamina, no nuevamente al asilo, sino a la eternidad, a la muerte conscientemente anhelada, buscada. Unica salida suspendida en el tiempo, de sus "pocos" años de pintura, y pensándose en el tiempo desde su dibujo en blanco y negro²¹, hasta la culminación de la brillantez de su color, donde el fuego tenue, ya casi extinguiéndose, con su amarillo sol, irradia el suelo, la silla y por qué no, la cabeza, como queriendo insinuar ese volcán interno que necesariamente explota en

de pintar no podía existir ni concebirse su forma de escribir. Vivía como pensaba. Vivía con el alma.

Sus grandes sentimientos sociales, hacen pensar que Lenin al lado suyo era un reformista, pues nadie como Van Gogh ha mostrado en forma tan intensa ese apasionado amor por las más humildes existencias humanas. Ese amor por el prójimo, así como esa permanente lucha contra su soledad interior, como contra la miseria humana, le llevan en ese interminable apostolado que es su vida a escribir las más bellas páginas pictóricas en las que se sustenta la necesidad de un nuevo régimen social.

Toda la pintura de Vincent se encuentra atravesada por el realismo social de la vida de los humildes de su época. La violencia de sus sentimientos



Sus grandes sentimientos sociales, hacen pensar que Lenin al lado suyo era un reformista, pues nadie como Van Gogh ha mostrado en forma tan intensa ese apasionado amor por las más humildes existencias humanas.

el pecho, lugar final del refugio de la bala que calmó su angustia. En sus dos últimos días, donde seguramente de la misma silla donde está sentado tomó su pipa para morir fumándola y con su humo describir el torbellino de sus pinceladas, de su atormentado pensamiento. Por esta época, Van Gogh baña la realidad con oleadas de su alma, la cual mira a través de la lente de su agitación interior.

El viejo doblado en dos por la pena, es la forma como Van Gogh ve la estructura interior de su ser. En este autorretrato, Van Gogh pinta, si se nos permite, la naturaleza física del drama interior: el hombre desvanecido es él, tomado por el tormento indescifrable de sus angustias.

Su pasión irradia e ilumina su obra. Ella está presente en el color y en la escritura; sin su forma

personales se entremezcla en forma magistral en sus temas pictóricos y particularmente en esa larga serie de pinturas donde el tema central deja adivinar esa impresionante fascinación, ese amor de Van Gogh por los humildes: "El hombre que ha querido descender a las minas para ver de cerca el dolor de los hombres y participar de él, es lógico que se incline con una atención apasionada, dolorosa, sobre la vida de los humildes, que mire sus rostros sin belleza y que los describa con tan brutal verismo que a menudo parecen estar en los límites de la caricatura; no por desprecio, ni por ironía,

21. Nos referimos al dibujo que pintó Van Gogh en 1882 y el cual le sirvió para la elaboración del que nos ocupa. Este, como muchos de sus dibujos del último período, son "copias" de cuadros de Millet.

sino por el mismo exceso de sentimiento, porque también él participa en esa vida sin horizontes, ni esperanza, siempre replegada sobre sí misma y hundida en las tinieblas”²².

Vincent es un pintor capaz de sumergirse hasta las tinieblas más desoladas de la miseria humana y desde allí en una militancia comprometida como pocas veces se ha visto en la historia del arte, logra sacar a luz esa vasta colección de pinturas que muestran la miseria física y psíquica de la mayoría de los seres de la sociedad presente, dando una lección de lectura visionaria sobre la trágica situación del hombre moderno.

Su experiencia con los mineros de Borinage resulta decisiva para su trayectoria artística y la considera como un curso gratuito en la gran universidad de la miseria que desarrolló con atención en sus dibujos de aldeanos y con los trabajadores de fábrica y de las minas. Logra mezclarse tan profundamente con la vida de los humildes, que es precisamente de allí donde definirá lo más característico de su estilo, no solo pictórico sino vivencial. Ciertamente, la apreciación de Baudelaire según la cual era insuficiente la fórmula “el estilo es el hombre” para definir lo más característico del hombre, toma toda su fuerza en el caso de Van Gogh, ya que sin duda en él, como en muy pocos, tomaba plena validez la intuición del poeta según la cual “la elección de los asuntos es el hombre”. La atracción de Vincent por Millet, Daumier, Courbet, Delacroix, Dickens, Hugo, el socialismo, la Revolución Francesa de Michelet y la Biblia, es una consecuencia natural de la orientación básica de sus pensamientos y sentimientos. Con ellos Van Gogh funda su inconfundible arte y deja una lección para las nuevas generaciones al establecer nítidamente la estrecha relación entre pensar y vivir, crear e inventar. El arte, siempre está en el camino de hacerse se encuentra a cada momento naciendo. Todo estilo propio es irrupción nueva en el desierto de las interpretaciones ya dadas. El artista es un solitario que en lo más específico de su creación, en lo más propio, no puede apoyarse en nada, ni en nadie, hasta el punto de que en su transgresión puede incluso arriesgar el lenguaje, hasta el límite de caer en la afasia, como nos lo recuerda el caso Nietzsche, o en la sordera del ruido del mundo como lo ejemplifica magistralmente la experiencia de Beethoven.

Su contacto con los humildes, le lleva a profundizar en la necesidad de consagrar sus esfuerzos a la pintura. En los años que pasa en la cuenca minera del Borinage, descubre el material del cual se encuentra hecho, descubre su irremediable vocación pictórica. Esos mineros son para Vincent, hombres resignados a vivir en la noche y a quienes no se les puede ofrecer otra esperanza que la de un

porvenir mejor en la otra vida, ni otra luz que la de un más allá luminoso. En toda la galería de los miserables que pinta desde el comienzo hasta el fin se teje toda esa vida llena de afectación.

Su capacidad para acceder hasta el fondo de la miseria, se puede sentir palmariamente al tratar de abordar la experiencia íntima del artista al pintar los cuadros que representan zapatos viejos de campesinos. Se pintan unos zapatos viejos y en ellos ya está la miseria captada en forma extraordinaria por la sensibilidad del artista. Las deformaciones que presentan son al decir de Heidegger una huella del trabajo del propietario, donde puede leerse la historia de la persona que lo habitó. Estas pinturas son admirables, por el hecho de que en un útil tan simple, tan común, se pueda revelar todo un mundo, toda una vida. La pintura de Van Gogh que nos ocupa, no es solamente un par de zapatos, pues en ella se ha simbolizado magistralmente todo el drama de la persona que los usó. Allí están resumidas todas las fatigas diarias que debe soportar el obrero en ese ir y venir hacia el absurdo de su inmodificable cotidianidad. Allí se representan las vidas trágicas que se consumen diariamente en esa interminable agitación en busca de un pedazo de pan, para calmar el hambre y el dolor. ¡Cuánta historia, cuánta explotación e incompreensión hay en ese par de zapatos viejos! Como tan lúcidamente lo ha planteado Martin Heidegger: “En el cuadro de Van Gogh ni siquiera podemos decir dónde están estos zapatos. En torno a este par de zapatos de labriego no hay duda a lo que pudieran pertenecer o corresponder, solo un espacio indeterminado. Ni siquiera hay adheridos a ellos terrenos del terruño o del camino, lo que al menos podía indicar su empleo. Un par de zapatos de labriego y nada más. Y, sin embargo... En la oscura boca del gastado interior bosteza la fatiga de los pasos laboriosos. En la ruda pesantez del zapato está representada la tenacidad de la lenta marcha a través de los largos y monótonos surcos de la tierra labrada, sobre la que sopla un ronco viento. En el cuero está todo lo que tiene de húmedo y graso el suelo. Bajo las suelas se desliza la soledad del camino que va a través de la tarde que cae. En el zapato vibra la tácita llamada de la tierra, su reposado ofrendar del trigo que madura y su enigmático rehusarse en el yermo campo en baldío del invierno. Por este útil cruza el mudo temer por la seguridad del pan, la callada alegría de volver a salir de la miseria ante la inminencia de la muerte en torno. Propiedad de la tierra es este útil y lo resguarda el mundo de la labriegu. De esta

Toda la pintura de Vincent se encuentra atravesada por el realismo social de la vida de los humildes de su época. La violencia de sus sentimientos personales se entremezcla en forma magistral en sus temas pictóricos y particularmente en esa larga serie de pinturas donde el tema central deja adivinar esa impresionante fascinación, ese amor de Van Gogh por los humildes.

22. Raymond Cogniat: *Van Gogh*. Editorial Argos, Barcelona, 1962, p. 31.

resguardada propiedad emerge el útil mismo en su reposar en sí"²³.

Toda la historia de la desigualdad social queda patente en esas pinturas de los humildes. Los efectos de las más diversas formas primitivas de acumulación de poder y riqueza se dejan palpar en esas caras tristes. Los efectos sociales que ha generado la ideología del progreso material basado en una supuesta escasez y que ha negado y desterrado de las relaciones humanas el amor y la amistad, cambiándolas por la arrogancia del poder y la competitividad, son las denuncias a las cuales llega el trazo del gran Van Gogh. En los ojos tristes de los comedores de patatas se puede advertir toda la miseria humana que puede albergar un ser, para el cual en su niñez no hubo juego distinto al de tener que ganar el pan con el sudor de la frente.

En esta sociedad absurdamente burocratizada por el individualismo posesivo propio del positivismo filosófico, en este frío y escalofriante mundo de contabilidades obtusas y de estadísticas grises, se ha levantado la paleta del pintor poeta, y ha protestado por la trágica vida que han de vivir los humildes, ha protestado contra la sociedad que tuvo que padecer: "¿Hasta qué punto el hombre de ese siglo y el del nuestro se ha limitado y mutilado, hasta qué punto ha vendido su primogenitura por el plato de lentejas de la especialización?... En este mundo burocráticamente fiscalizado y definido, en este frío delirio de estadísticas y de tecnicismos, surge de pronto un auténtico inspirado, y con el color, con la palabra, con el sonido o con la piedra, restituye a la palabra creación su síntesis pánica"²⁴.

Buena parte de la producción pictórica de Van Gogh es campesina, mejor, aldeana. En sus dibujos abundan imágenes donde el hombre se confunde con la madre tierra, de la cual el pintor es su cultivador. En la tierra Van Gogh hunde con firmeza su pincel, para cultivar esa serie interminable de símbolos que encuentran su culminación en el sembrador, el segador y en el campo de trigo con un vuelo de cuervos, donde la casi perfecta unión de la tierra y el sol, descifran el camino transitado por Van Gogh en el mundo, el camino del dolor y la miseria de los hombres en la tierra, tan visionariamente plasmada en la plástica vangoghiana: "Las naturalezas muertas están hechas con coliflores y con patatas, y los paisajes, poblados de modestas cabañas. De las ciudades en que ha vivido, Vincent no ha retenido nada seductor o pintoresco; solo ha tomado conciencia de la presencia de una humanidad triste"²⁵.

Así puede plantearse cómo la pintura de Van Gogh anticipa en una forma muy aguda, una lectura clarividente de la soledad en las ciudades del capitalismo tardío, una enunciación anticipada

del devenir de la humanidad en muchedumbre silenciosa.

Van Gogh toma partido por los planteamientos de aquellos para los cuales la inspiración es la recompensa del trabajo cotidiano. Esa inspiración producto de su trabajo diario, desemboca en su pintura, que lejos de ser pulimento y armonía constituye una experiencia única que fue capaz de aprehender la naturaleza y la soledad humana en su esencia más pura. El estilo de Van Gogh se confunde con su vida y su sangre y se va constituyendo en un trabajo de introspección, donde el pintor quiere a toda costa en una búsqueda dramática saber quién es, qué hay dentro de sí. Su pintura es un intento de reconstruir una *identidad* que se está deshaciendo en desgarramientos lentos y que enuncia en forma prodigiosa el duro tránsito de la sociedad moderna, desnudándola como una sociedad solitaria y deprimida. Sí, la pintura de Van Gogh al levantarse sobre las cenizas de su identidad, alcanza validez universal al mostrar el drama del pintor como el gran drama humano: hoy para nadie es un misterio, que el nuevo mal del siglo es precisamente la crisis de identidad. Se están hundiendo muchos de los valores constitutivos del ser. Han desaparecido viejos modos de vida, las viejas amistades y el calor de las relaciones humanas, se evaporan y el hombre ha quedado solo en el ruido atronador de las muchedumbres encarceradas en las urbes. El arte de Van Gogh nombra una y otra vez al mundo que está a punto de perderse para tratar de reconstruir con su pintura de pinceladas encendidas con su ardor interno, su propia identidad, la cual navega a la par con su estilo para producir ese lenguaje pictórico con el que Van Gogh estableció un diálogo fecundo con sí mismo.

La obsesión de Van Gogh por encontrar su identidad, guarda un sorprendente paralelismo con la obsesión de nuestra época saturada de incomunicación, por buscar una identidad propia. No es extraño que esta civilización, que ha llevado hasta el vértigo los desarrollos tecnológicos para diseñar los mecanismos más sofisticados de comunicación, sufra por falta de comunicación. Hay un repliegue del ser, el cual escondido en su propio territorio y saturado de comunicación ha quedado solo, contemplando pasivamente su dolor interno. Los mecanismos de comunicación humana se multiplican diariamente y la comunicación entre

La obsesión de Van Gogh por encontrar su identidad, guarda un sorprendente paralelismo con la obsesión de nuestra época saturada de incomunicación, por buscar una identidad propia. No es extraño que esta civilización, que ha llevado hasta el vértigo los desarrollos tecnológicos para diseñar los mecanismos más sofisticados de comunicación, sufra por falta de comunicación.

23. Martin Heidegger, *Arte y poesía*. Fondo de Cultura Económica, Breviarios. México, Segunda reimpresión, 1978, pp. 59-60.

24. Luis Pierad, *Vincent Van Gogh*. Traducción y prólogo de Nydia Lamarque. Editorial Schapire s.r.l. Buenos Aires, 1957, p. 22.

25. Raymond Cogniat, *Op. cit.*, pp. 32-33.

los hombres, el diálogo de dos soledades, es cada vez más difícil y tortuoso. El hombre está solo, sin soledad. Esa es la denuncia del gran Van Gogh, que con su pintura da una respuesta a la amenaza existencial de una sociedad de consumidores tontos y chatos, que estando al borde del caos, continúan multiplicando su culto al consumo creciente de cosas abstractas e inútiles.

El individuo escindido y con una identidad precaria es la esencia de la personalidad de Van Gogh. El, como lo recuerda Zuleta en nuestro medio, está muy mal en cuanto a la identidad de su yo, "no defiende nada, es de una vulnerabilidad exagerada, si alguien le mira mal se siente destruido, hay más, si ve un perro que viene por la calle visiblemente tembloroso y hambriento, se siente atacado, y la plata que tenía para comprar tabaco (porque ya no había para el almuerzo) la dedica para comprar algo y darle al perro. El se siente atacado por la existencia de todo, todo lo que esté puesto en cuestión lo pone en cuestión a él. No hay nada en el mundo que no lo ponga en peligro. Esa vulnerabilidad del yo es una manera de ver el mundo, de ver el color y las formas, se siente atacado por todo pero precisamente por eso lo puede pintar"²⁶.

Su drama personal en esta atmósfera enrarecida no encontró salida. Huyó de la ciudad al campo tratando con su arte de dibujar un mundo nuevo, una nueva forma de ver y de ser. Este fue uno de sus múltiples fracasos del cual la sociedad ha querido cosechar un gran triunfo; Van Gogh al igual que Gauguin, luchó permanentemente por evadirse del aire contaminado de las ciudades, para encontrar en el campo, en la naturaleza, en esa exuberante magia del color, al sol su astro, que le iluminó el camino para descifrar el infierno de la vida de los hombres humildes, su hambre, miedo y soledad que al final de su vida en su última conversación con Théo le permiten pronunciar en forma aterradora el testamento que dejó a la humanidad y que en buena parte extrajo de su trágica y grandiosa vida: "*La miseria no tiene fin*".

Tal huida, tiene la misma característica de aquella nostalgia que nos ocasiona el deambular solitario, en el cual el sujeto da la impresión de que al quedar sumergido en el espacio, vacilante, tímido se detiene. —¿Dónde estoy?—. Es su melancólico clamar. Imagina por un momento estar frente al mar en un rojizo atardecer.

Lo común, esa pérdida en el infinito innombrable que en su alegórica alucinación lo sitúa frente a un límite inalcanzable pero visible. Límite marino que en su bravo oleaje casi que imperceptible inaugurador por si se duda, de un similar recorrido, ya no, en el continuo movimiento del aparente pétreo sonido, inaugurador en muchas formas, por lo demás diversas, de extrañas visiones sobre el hombre y el mundo, desérticas en el umbral perdido.

Sumergido nuevamente, en el espacio desértico de su atormentadora búsqueda permanente, no le queda sino el regreso a su mundo verdadero. Espacio, ¿por qué tan distante como el tiempo? Por qué cuando enrubamos en la búsqueda eterna de tu posible significado, nos regresamos en el indescifrable tiempo al indescifrable río, que en nuestra aventura llevaba la forma marina, sin saber en su origen si iba o volvía.

Sueña, vacila tembloroso, sin un significado, ni respuesta a su pregunta. Acepta el grito de los dioses. Su corazón arde por querer saberlo. Mentira, verdad, infinito posible en la traviesa aventura, que de soñar el espacio, por el mar llegó a la llanura, para volver y así hasta el infinito limitado, hasta el desarrollo de su posible y esa sí, segura muerte.



Tal es el recorrido alucinante de Vincent quien mirando y pintando el sol se devora a sí mismo en un incendio interior, que no le permite construir más que un camino de llamas en buena parte de sus pinturas del último período en el cual se consume su existencia en esa antorcha de colorido y musicalidad que se nos ocurre es su pintura.

Por esa época se producía otro éxtasis de embriaguez creadora en la obra de Nietzsche el cual iría a enloquecer un año antes de la muerte de Vincent. La productividad que alcanza Nietzsche en su filosofía es muy similar a la alcanzada por Van Gogh en los colores. En ambos se advierte como tan magistralmente lo captó Stefan Zweig, una productividad que llega a los confines de la locura: "En su jardín de Arlés, y en su asilo de

26. Estanislao Zuleta. *Op. cit.*, p. 221.

alienados, Van Gogh pinta con la misma rapidez, con la misma pasión de luz, con la misma exuberancia creativa. Apenas ha terminado uno de sus cuadros al rojo blanco, su pincel impecable corre sobre otra tela, sin plan, sin duda, sin reflexión. Crea al dictado, con una lucidez y un golpe de vista completamente demoníacos, en una proyección de visiones inagotables. Los amigos que le han dejado solo una hora antes en su caballete, se asombran de encontrar que ya ha acabado una segunda tela y que, sin parar, húmedos aún los pinceles, con ojos brillantes, está ya empezando la tercera. El demonio, que le tiene asido por la garganta, no consiente ni aun darle tiempo para respirar, sin inquietarse de que, como jinete vertiginoso, destroza el cuerpo jadeante y febril que tiene debajo de sí. Del mismo modo crea Nietzsche su obra: sin respiro, sin descanso, con una rapidez y velocidad sin precedentes. Sus últimas obras solo le ocupan diez días, quince tal vez, tres semanas a lo más; los periodos de gestación, de creación y de elaboración se funden en uno solo como en un brillante relámpago²⁷.

Sin embargo, no debemos engañarnos, como Van Gogh lo dijo: "Sí, he hecho esto en dos horas, pero he trabajado años para poder hacerlo en dos horas"²⁸. "Es preciso haber muerto varias veces para pintar así"²⁹.

Es importante tener presente, que por la misma época, dos de las vidas más artísticas, el color y la poesía musical de la filosofía, afrontan su lucha por decir lo que sentían en los límites de la razón. Su arte mata su vida para inmortalizar su actitud frente a ella. Dos hermanos en la tragedia muestran el camino tortuoso y feliz de toda gran creación. La de ellos fue la de un color musical, llena de acordes y de saltos voluptuosos e inesperados. Ambos hicieron del arte un estilo de vida, transformador, en tanto que creador permanente. Reclamo de vida entera, plena, clara como el sol, nueva luz, nuevo color, antifilosofía, nueva filosofía, tan llena de luz y colorido como las telas, los autorretratos mutilados, mutilados de fastidio de lo permanente. Filosofía y arte confundidos, como la vida y el color, el pensamiento y la acción, la vida y la muerte. En una soleada embriaguez de la vida, una permanente tempestad, nunca anunciada, imposible de serlo, ya que una llama volcánica impide aprehenderla, la vida está allí confundida con la obra.

La influencia de Van Gogh sobre la pintura moderna, no ha sido básicamente pictórica sino vivencial, espiritual. Su pintura hay que aprehenderla, leerla como estudios sobre el alma humana. A pesar del tiempo que nos separa en los temas que trata, su pintura es la de un gran contemporáneo, posee una enorme actualidad y en esto se encuentra su grandeza artística, es una enunciación anti-

cipada del devenir humano, es una enunciación de la miseria material y psíquica en que se ha sumido el hombre moderno en la sociedad presente, ya sea bajo las condiciones del denominado socialismo real, o las del capitalismo tardío.

En la pintura de Van Gogh se deja ver una extraña mezcla entre utopía y nihilismo. En ella se puede observar un desesperado intento por traer el cielo a la tierra, así como su énfasis vivencial al pintar la miseria humana de aquella inagotable galería de los humildes, que se nos ocurre es su pintura y en la cual parece que el gran pintor quiere expresar que la tierra ya es un infierno. Tomando casi al azar uno de sus cuadros, podemos detenernos en aquel que pintó de Cristina María Hoornik a quien Van Gogh llamaría Sien —diminutivo de Cristina—, y a quien llegó a querer como sólo él sabía hacerlo con los indigentes: con todo su corazón.

Necesitaba amor y aunque casi nunca lo encontró, amó a Sien, una mujer de malas costumbres a quien recogió embarazada de la calle. Van Gogh quería sinceramente a esta mujer y no veía nada anormal en su unión con ella. Le confesó incluso a Théo que todo hombre que valga el cuero de sus zapatos debería haber obrado igual a como él obró, en un caso así. La compañía con Sien le fue de utilidad y de gran ayuda para su trabajo cotidiano. Ella le sirvió de modelo y es quien aparece en uno de sus dibujos más logrados expresivamente: Sorrow, —tristeza—; en él, la tristeza ciertamente expresa la tristeza.

La única filosofía que a Van Gogh le interesó fue la filosofía de la vida, la filosofía encarnada en su forma de existencia, la búsqueda de una sociedad más justa, de una sociedad mejor. La pintura de Van Gogh ofrece un detalladísimo diagnóstico de la miseria humana, posee una descripción desgarradora y visionaria de la enfermedad moderna, de la enfermedad humana, del hombre escindido, del hombre cosa. Su pintura toma conciencia en forma muy profunda que la escisión psíquica en la que ingresa el hombre en la cultura, es una escisión constitutiva y trágica.

El hombre es necesariamente en todos los tiempos un enfermedad, alguien que busca permanentemente y en muchos casos, como en Van Gogh, en forma diabólica, sátanica, saber quién es. La conciencia escindida de un Van Gogh, recuerda la necesidad que otros tuvieron para poder crear, de hacer el pacto con el diablo. Van Gogh, frente a su caballete en el último período, recuerda a Faus-

La influencia de Van Gogh sobre la pintura moderna, no ha sido básicamente pictórica sino vivencial, espiritual. Su pintura hay que aprehenderla, leerla como estudios sobre el alma humana. A pesar del tiempo que nos separa en los temas que trata, su pintura es la de un gran contemporáneo, posee una enorme actualidad y en esto se encuentra su grandeza artística, es una enunciación anticipada del devenir humano.

27. Stefan Zweig. *Nietzsche*. Editorial Apolo. Barcelona, 1951, pp. 194-195.

28. Vincent Van Gogh, *Correspondencia*, Op. cit., p. 95.

29. *Ibid.*, p. 146.

to, el investigador, que pretende descifrar en su trabajo, el misterio del ser; Van Gogh en su pintura, en su personal pacto con el diablo, busca saber quién es.

Estar poseído, significa poder tomar conciencia del yo fetiche que somos; tomar conciencia de nuestra tenue identidad, ser capaces de oír la voz de aquel que usurpa en forma de fantasma nuestra "conciencia", ese otro extraño, ese diablo, ese gran diablo, logra contarlos Van Gogh por momentos en su monumental pintura. Muchos de sus denominados autorretratos son una explosión de la identidad, son una búsqueda desesperada del espejo, para saber dónde está, dónde está el yo, dónde está el diablo, el límite. En su búsqueda, Van Gogh logró pintar y mostró cómo en el arte la identidad de la persona se escinde, cómo el hombre es irremediabilmente una enfermedad diabólica.



ca, volcánica, insaciable. Tal la búsqueda pictórica de Van Gogh, de allí es de donde al observarla y meditarla largamente se produce una risa nerviosa que hiela la sangre. La pintura de Van Gogh anuncia que la "misericordia tiene fin"; la escisión humana que tan profundamente capta esta pintura de un hombre íntegro, de un hombre que se supo jugar la carne en su trabajo, en su búsqueda, no tiene otro significado diferente a aquel que parece estar diciendo que estamos condenados a permanecer ciegos. Sin el arte, sin Van Gogh, el hombre no será capaz de mirar más allá de su tragedia, de mirar más allá de su época, de su historia, de su gran parte. De mirar su presente, de poder gritar viva la vida, estoy muerto.

La pintura llegó a ser para Van Gogh posibilidad de vivir. Su pintura es un intento desesperado por asirse a un mundo que se le está deshaciendo entre las manos; con su pintura trata de recons-

truir su mundo, de buscar su identidad, de impedir su disolución. Esto es lo que hace grande la obra de todo verdadero artista. La búsqueda de una nueva identidad, la esperanza de convertir la vida como lo hizo Van Gogh en una mutación permanente, en una renovación y transformación tan ajena a esa vida rutinaria y ruidosa de la gran mayoría de las existencias humanas que no son sino un tránsito gris y una rutina vacía.

La práctica artística que Van Gogh encarnó en su vida, pone de manifiesto una vez más, cómo la pintura, así como cualquier arte, surge cuando un sujeto se pone en cuestión, duda de sí mismo, no se cree realizado, terminado, vive.

Vincent actualiza a su manera el drama de todo gran creador. En su trabajo, sin proponérselo, va emergiendo esa distancia con respecto al modo dominante de ser, de vivir; en lo más profundo de su alma llegó a sentir el abismo que lo separaba del hombre de su tiempo, llegó a formular en su obra, lo que el filósofo moderno en un gran trabajo pudo ver sobre lo bello, sobre el arte: "La belleza es un destino de la esencia de la verdad, entendiéndose por verdad aquí: la revelación de lo que está velando. Bello no es lo que agrada, sino que está comprendido por aquel destino de la verdad que se cumple cuando lo eternamente no-aparente, y por esto visible alcanza la más aparente epifanía"³⁰.

De Nietzsche, Van Gogh parece haber tomado su filosofía de la vida "vivir como me plazca, o no vivir en absoluto". Al asumir su vida de esta forma, Vincent tuvo que sufrir hasta lo indecible, pero pudo vivir, hasta el punto de que si hubiese tenido nuevamente que volver a empezar, no cabe duda de que hubiese recorrido idéntico camino, que hubiese como él en alguna oportunidad lo dijo, volver a definir y vivir el arte como el hombre agregado a la naturaleza.

Para lograr su amarillo solar, requería de una dieta formada básicamente de café y alcohol, pues como se lo manifestó en alguna ocasión al Dr. Rey "... a fin de alcanzar esa nota tan alta de amarillo... tenía que forzar de alguna manera el ritmo"³¹, y poder captar el ritmo de la pincelada y el colorido de la pintura de Van Gogh, exige una experiencia psicológica similar a la sufrida por Vincent, implica llevar al delirio a un punto tan alto, como el alcanzado en su arte. Este aspecto trae a la memoria nuevamente a Nietzsche, quien en una carta a Karl Knortz, nos recuerda las condiciones implícitas para describir su personalidad y acceder a su obra: "La tarea de describir mi personalidad, ya sea como pensador, como escritor o como poeta me parece extraordinariamente

30. Martín Heidegger: *¿Qué significa pensar?* Ed. Nova, Buenos Aires, 1958, p. 24.

31. John Rewald. *Op. cit.*, p. 255.

difícil... A propósito de mi Zaratustra creo que acaso sea la obra más profunda que existe en lengua alemana, y la más acabada desde el punto de vista de la lengua. Sin embargo, *para que esto se advierta es preciso el transcurso de generaciones enteras que recuperen las experiencias íntimas gracias a las cuales pudo surgir esta obra*³².

La pintura de Van Gogh en consecuencia nos proporciona una interesantísima condición para acceder a su verdad. Al igual de lo que ocurre con Marx y Freud, en su arte hay un prerrequisito para su acceso, hay necesidad de tener en cuenta la posición que el artista tenía frente al mundo, frente al arte: "... En fin, por lo que hace a mi trabajo, arriesgo en él mi vida y mi razón zozobró a medias en él...³³; mis cuadros no tienen valor, pero me cuestan, es cierto, gastos extraordinarios, quizás a veces en sangre y cerebro"³⁴. Tales las condiciones implícitas para captar el secreto fascinador, insisto, en la obra de Van Gogh. El terreno deleznable de muchas de las interpretaciones dominantes sobre su obra, proviene en gran parte de la adopción de filosofías ajenas a la filosofía de la vida vangoghiana, en las cuales no se ha realizado la experiencia vivencial y psicológica que la hizo posible: una agudísima crítica a la situación social que anuncia la gran lucidez satánica de lo que en Occidente se ha dado en llamar locura. Una asunción del siniestro destino humano, de la escisión constitutiva del hombre. La pintura de Van Gogh le devuelve la palabra a la experiencia trágica. Su color, esa antorcha volcánica que describe el material del que está compuesta su alma, procura expulsar fuera de sí la gran locura solar que se ha tomado por asalto la vida en la tierra, bajo esa miserable filosofía: solo de pan y en busca de él vive el hombre.

De Vincent se puede decir lo que otros han dicho de Nietzsche: si actualmente los museos, el arte, la sociedad, recuperan a Van Gogh y muestran su tragedia como válida, ello es debido a que virtualmente empezamos a ser, sin saberlo, vangoghianos: "... Comenzamos a entender que esa pretendida unidad de la persona humana", esa unidad asegurada por un alma bella y hasta inmortal, o por un yo-fetichismo o por una supuesta conciencia se desvanece. Comenzaremos a comprender que la "identidad personal" es un mito, probablemente burgués, en cualquier caso occidental. Que ese mito se halla asegurado por un bautismo y el consiguiente cobro de un "nombre propio". Podemos decir, en efecto: Yo ahora, ya soy yo. En efecto: me reconozco en el carné. El cógito pasa siempre por la comisaría de distrito. El ego es eso: un trozo de papel, a veces recubierto de plástico.

Pero detrás de ese carné, ¿qué hay? ¿Qué es eso que llamamos "hombre" si no un paquete de pape-

les o máscaras (roll-set, lo llaman los sociólogos americanos)? Y la conciencia, ¿no es la ilusión de una identidad que no tiene fondo, el apego febril a una máscara y a un papel? Se ignora que detrás de las máscaras no hay nada —quizás un rostro sin ojos, sin lengua, sin expresión—. O una perpetua fragua colectiva, anónima, de bigotes postizos y barbas, de adminículos, de caretas"³⁵.

De los tres elementos que hemos mencionado como característicos de la obra de Van Gogh queda por señalarse el de la constancia. Ella, nadie que yo sepa, la ha mostrado mejor y tan reiteradamente que Van Gogh, el más pintor de los pintores, al definir en una carta a su hermano Théo lo que precisamente significa pintar. Oigamos: "¿Qué es dibujar? ¿Cómo se llega? Es la acción de abrirse paso a paso a través de una pared de hierro invisible, que parece encontrarse entre lo que se siente y lo que se puede. ¿Cómo se debe atravesar esa pared? Porque no sirve de nada golpear fuerte, sino que se debe mirar esa pared y atravesarla con la lima, y a mi modo de ver despacio y con paciencia. Y verás cómo se puede volver asiduo este trabajo sin dejarse distraer, a menos que uno no reflexione y no regule su vida de acuerdo con sus principios... la grandeza no es una cosa fortuita, sino que debe ser deseada"³⁶.

La constancia de Van Gogh, hace parte de la grandeza de su arte, en el cual se ha asumido firmemente lo inevitable, la angustia, la muerte. De allí surge la novedad de la pintura de Van Gogh, en ella hay una manera muy original de asignarle un sentido al mundo y a la vida. Su constancia se resuelve en lo que Heidegger denomina la decisión resuelta³⁷. Con ella se presenta la voluntad de asumir los rasgos fundamentales de la existencia humana. Van Gogh logró alcanzar como muy pocos lo han hecho su decisión resuelta por el arte, por su pintura de composiciones musicales. Ella se deja entrever en esa necesidad imperiosa de salir de su soledad a través de su trabajo y en la constancia en él, es donde yace el secreto de toda gran creación. De ella da cuenta en forma detallada toda la vida de Van Gogh, la podemos apreciar en diversos momentos en su bella obra literaria, en su correspondencia a Théo: "... en el camino en que me encuentro debo continuar. Si no

De Vincent se puede decir lo que otros han dicho de Nietzsche: si actualmente los museos, el arte, la sociedad, recuperan a Van Gogh y muestran su tragedia como válida, ello es debido a que virtualmente empezamos a ser, sin saberlo, vangoghianos.

32. Friedrich Nietzsche, *Correspondencia*. Editorial Labor, Barcelona, 1974, pp. 142-143.

33. John Rewald. *Op. cit.*, p. 316. Cita de la carta inconclusa que Vincent llevaba en el momento en que se disparó.

34. Correspondencia, *Op. cit.*, p. 304.

35. Eugenio Trias, *Filosofía y Carnaval*. Cuadernos Anagrama. Barcelona, 1970. pp. 74-75.

36. Vincent Van Gogh, *Cartas a Théo*. Barral Editores. Barcelona, 1975, pp. 90-91.

37. Estanislao Zuleta, *A la memoria de Martin Heidegger*. Revista *Universidad del Valle*, N° 2, enero-julio, 1976, Cali, p.22.

hago nada, si no estudio, si no busco más, entonces estoy perdido. Entonces desgracia sobre mí.

Así es como encaro las cosas: continuar, continuar, eso es lo necesario"³⁸.

"Es necesario comprender bien como considero yo el arte. Para llegar a la verdad, se necesita trabajar largo tiempo y mucho"³⁹.

Si se estudia el arte japonés, entonces se ve a un hombre indiscutiblemente sabio, filósofo e inteligente que pasa su tiempo ¿en qué? ¿En estudiar la distancia de la Tierra a la Luna? No; ¿en estudiar la política de Bismarck? No; estudia una sola brizna de hierba.

Pero esta brizna de hierba lo lleva a dibujar todas las plantas: luego las estaciones, los grandes aspectos del paisaje, en fin, los animales, después la figura humana. Pasa así su vida y la vida es muy corta para hacerlo todo.

Veamos, ¿no es casi una verdadera religión lo que nos enseñan estos japoneses tan simples, y que viven en la naturaleza como si ellos mismos fueran flores?⁴⁰

El genio de Van Gogh, tiene un solo santo, trabajar, trabajar. Acá vuelve nuevamente a la memoria el gran Picasso. El, como se sabe, posee al igual que Mozart en la música, una vocación natural por la pintura. Fue un niño prodigio. Van Gogh por el contrario, llega con gran dificultad a definir su estilo propio, el cual en un sentido estricto, solo consolida en sus dos últimos años de vida. Picasso apenas sin cumplir los diez años, ya revela una gran maestría en el oficio, que lo lleva a los 26 años con su gran obra *Las Demoiselles d'Avignon*, a sentar las bases del cubismo y con él, buena parte de la historia definitiva del arte del siglo XX. Van Gogh por el contrario, tiene que construir con enormes dificultades personales su propio estilo. Muchas de sus grandes realizaciones, no son grandes por la maestría pictórica que hay en ellas, sino por ser clave del proceso que llevó a su inconfundible estilo. Van Gogh ciertamente es lo opuesto en este aspecto a Picasso. A diferencia de este o de Mozart, Van Gogh en un trabajo tenaz tiene que ir haciendo obedecer a su "torpe" mano, para que ésta tome sin vacilaciones los dictados de su cerebro, vive durante toda su corta existencia de artista, dudando al igual que Cézanne de la grandeza de su arte. Su trabajo está lleno de incertidumbre, de fracasos y de incredulidad. A pesar de que la pintura ha sido su único mundo verdadero y su gran forma de existencia, duda permanentemente sobre sus verdaderas dotes pictóricas. La aparición del único comentario favorable a su obra, el publicado en enero de 1890 en el "Mercure de France" por el crítico visionario Georges Albert Aurier, lo llena de temores y de dudas, hasta el punto que le ruega que no lo elogie más, no solo por lo equivocado de su apreciación, sino por la

incapacidad de poder enfrentar con algún decoro la publicidad y el éxito.

Van Gogh enseña con toda nitidez que la creación es un asunto de trabajo y no de inspiración. Con una increíble tenacidad y una decisión firme logra hacer que su "torpe" mano obedezca las órdenes de sus ojos y de su espíritu: "si alguna vez hubo un pintor que emprendió con decisión inquebrantable y con la simple fuerza de la voluntad la lucha contra la más descorazonadora de las desgracias —una evidente falta de talento—, ese fue Vincent Van Gogh". ... No hay nada que defender. La incapacidad de Vincent para el aprendizaje contribuyó en gran medida a la originalidad que le iba a capacitar en sus años de maestro para realizar creaciones únicas;... *Si aprendes trabajando, pintando te haces pintor*⁴¹.

Tres pasos fatalmente seguidos por Van Gogh, recuerdan la gran tragedia humana de toda creación, recuerdan las relaciones del alma y del sentir con el diablo tan bellamente llevadas a la literatura por esa vida de por lo menos tres de los más grandes, Dante, Goethe y Thomas Mann. Será que tal relación insinúa nuestra mirada de la muerte, nuestra transformación, nuestro deseo de dejar de ser siendo. Nuestra mirada en el espejo de nuestra tragi-comedia denominada vida. O será que en el caso de Van Gogh, hubo desde antes de su nacimiento un extraño presagio de los dioses, pues no hay que olvidar que sin duda un día, muy temprano en su vida pudo leer en la lápida de su hermano su propio nombre. Tendremos nosotros desde algún sitio que leer en la lápida de nuestra propia vida, si aspiramos a construir un estilo propio. En la búsqueda de un camino singular es bueno no olvidar a Nietzsche: "Por muchos caminos diferentes y de múltiples modos llegué yo a mi verdad; no por una única escala ascendí hasta la altura desde donde mis ojos recorren el mundo. Y nunca me ha gustado preguntar por caminos, —¡esto repugna siempre a mi gusto!, preferiría preguntar y someter a prueba a los caminos mismos. Un ensayar y un preguntar fue todo mi caminar: —¡y, en verdad, también hay que aprender a responder a tal preguntar! Este —es mi gusto:

—No un buen gusto, no un mal gusto, sino mi gusto, del cual ya no me avergüenzo, ni lo oculto.

"Este —es mi camino—, ¿dónde está el vuestro?", así respondía yo a quienes me preguntaban "por el camino". *¡El camino, en efecto, —no existe!*⁴².

38. Correspondencia. *Op. cit.*, p. 39.

39. *Ibid.*, p. 73.

40. *Ibid.*, p. 271.

41. Frank Hebert: *Van Gogh*, Salvat, Grandes biografías, Barcelona, 1985, pp. 56-59 y 65. El subrayado es mío.

42. Friedrich Nietzsche: Así habló Zaratustra. Alianza Editorial. Octava edición, 1980, p. 272.

La constancia de Van Gogh, hace parte de la grandeza de su arte, en el cual se ha asumido firmemente lo inevitable, la angustia, la muerte. De allí surge la novedad de la pintura de Van Gogh, en ella hay una manera muy original de asignarle un sentido al mundo y a la vida.

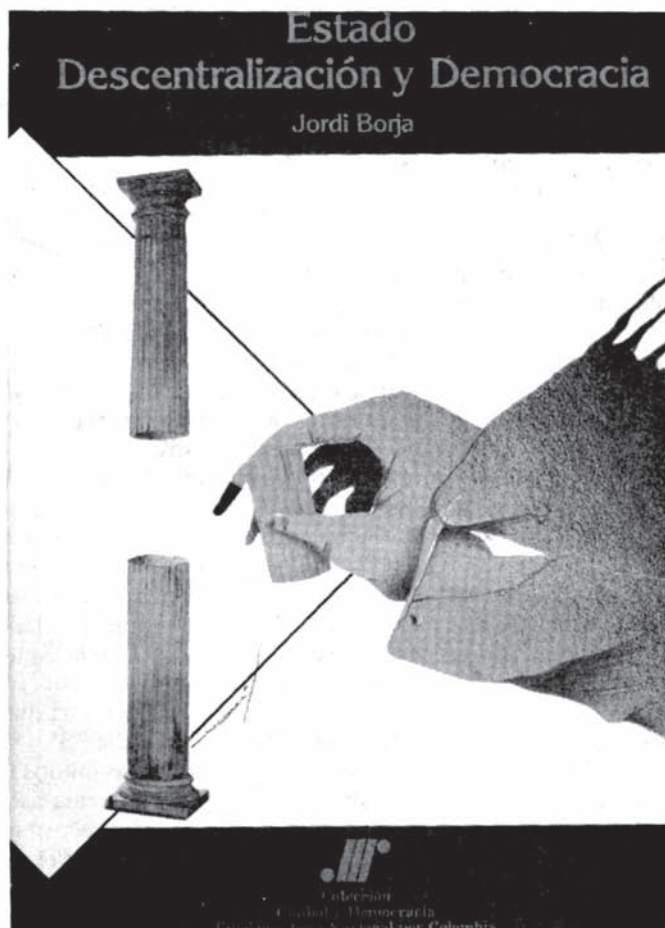
Ediciones Foro Nacional por Colombia ha publicado recientemente un libro del analista español Jordi Borja. Entre otros los temas fundamentales de este libro —que recoge parte de los trabajos de Borja publicados en Europa en los últimos años— se refieren al proceso de descentralización y democratización de los gobiernos locales.

Descentralización y democracia, poder político y participación ciudadana, sociedad civil y Estado, movimientos sociales y Estado, tales son entre otros los temas de nuestro tiempo. Y en el tratamiento de estos temas el sociólogo y urbanista español Jordi Borja ha sido uno de los pioneros y quizás uno de los pocos autores que han enfrentado no sólo en la teoría sino en la práctica estos temas-problemas de nuestra realidad contemporánea. El pensamiento de Borja tiene una característica relevante y es que además de su actualidad teórica, sus planteamientos van al centro también de las preocupaciones prácticas. Esta característica de su obra está íntimamente relacionada con el papel y con la vida del propio autor. Inspirador y guía del movimiento vecinal español desde la época de la dictadura franquista, Teniente de Alcalde elegido por los ciudadanos de Barcelona desde hace más de ocho años, regentó durante varios años la Cátedra de Urbanismo en la universidad de esta ciudad europea. Borja se ha puesto al frente de los programas de la descentralización y su obra refleja la experiencia política y la preocupación práctica de un hombre que vive los problemas de su país y de su ciudad, Barcelona, que ha sido convertida por él, en un verdadero centro de experimentación de nuevas alternativas democráticas que se encuentran plasmadas en sus obras más ligadas a la administración de la ciudad.

Borja mantiene además una preocupación constante por los problemas de América Latina. En este texto se recoge, precisamente, en uno de los capítulos, su reciente trabajo sobre “Ur-

Estado, descentralización y democracia

Jordi Borja. Ediciones Foro Nacional por Colombia. Colección Ciudad y Democracia. Bogotá, 1989, 271 páginas



banización y Democracia Local en América Latina”. En este texto presenta una lectura interesante y actual sobre los recientes procesos de democratización de nuestros países.

Es de anotar, por lo demás, que esta es la primera edición de un libro de Jordi Borja para el público colombiano. Esta edición fue preparada conjuntamente por el autor y por los editores.

Algunos de los planteamientos centrales de Borja en este libro tocan con problemas que son fundamentales para nos-

otros hoy en América Latina y por supuesto también en Colombia. El primero es la crítica al centralismo como modelo de organización del Estado moderno. Borja muestra cómo el centralismo que fue progresista en la realidad de los siglos XVIII y XIX en Europa y sin el cual no se hubiesen logrado tanto la integración de los Estados nacionales como la ampliación y conquista de libertades democráticas fundamentales, ha devenido hoy en una expropiación de la participación y en una dictadura de las tecnocracias.

“La descentralización hoy parece consustancial a la democracia, al proceso de democratización del Estado, es decir: a) ampliación del campo de los derechos y libertades; b) progresiva incorporación de los sectores excluidos o marginados a las instituciones representativas, y c) mayor control y participación populares en la actuación de las administraciones públicas...”. La existencia del Estado centralizado es hoy algo negativo tanto desde el punto de vista funcional (ineficiencia de las políticas sectoriales y de los servicios públicos) como desde un punto de vista democrático, en lo que respecta a su adecuación para promover la participación popular y el cambio social. Y esto es así porque el Estado centralista aleja los centros de decisión de los ciudadanos. Las clases populares excluidas del poder económico y con escasa influencia sobre la burocracia, son las víctimas principales y mayoritarias de la centralización.

El Estado centralizado significa hoy una *expropiación política de las clases populares*. En la medida en que en estos estados se reconoce que la soberanía reside en el pueblo y que todas las instituciones representativas deben ser refrendadas por la opinión ciudadana. Pero es también una expropiación si se le mira desde el punto de vista del papel de la sociedad civil forjada por los sectores populares en la medida en que en los Estados centralizados las organizaciones populares (partidos, sindicatos, organizaciones campesinas y urbanas), pierden cuotas importantes de los poderes conquistados precisamente a través de sus propias luchas.

La reforma del Estado moderno debe replantearse el problema de los niveles locales y regionales del gobierno. Los gobiernos locales deben disponer de mayores competencias y autonomías, pero deben ir más allá en el sentido de representar alternativas de administración democrática. Las nuevas administraciones deben instituciona-

Presentación de Jordi Borja al libro "Estado, descentralización y democracia"

Los textos que siguen fueron escritos al filo de la acción. No son producto de la vida académica, sino de circunstancias ligadas a la actividad política, lo cual no les da patente de corso para la arbitrariedad o la falta de rigor; al contrario: este tipo de textos deben someterse no solamente a la crítica científica, como cualquier estudio universitario, sino también a la crítica política. Además del rigor metodológico debe exigírseles eficacia práctica. Aquí reside el problema que nos plantea su traducción o transferencia a un contexto distinto del que sirvió de referencia al autor. El proceso de democratización de España no puede transplantarse a América Latina. Las políticas de descentralización del Estado que se han elaborado y aplicado en Europa desde el fin de la Segunda Guerra Mundial difícilmente podrían aplicarse a países con niveles de desarrollo económico y de estructura urbana muy distintos. Incluso temáticas como la economía social o la participación ciudadana adquieren características muy diferentes en los países europeos o latinoamericanos. El autor no puede dejar de expresar la inquietud que le producen el pensar que puedan tomarse como propuestas directamente aplicables a la realidad colombiana las reflexiones suscitadas por una actividad ejercida en un contexto europeo caracterizado por un alto nivel de desarrollo económico, urbano e institucional.

Todo lo cual no justifica los errores o limitaciones de los trabajos que siguen, pero uno tampoco quiere excederse en la modestia pensando que estos artículos, informes y ponencias reestructurados en el libro son perfectamente inútiles fuera de casa. Esto ya lo dirán, si es el caso, ustedes los lectores. Es posible que una parte de las problemáticas sean comunes y es probable que el autor, que ha viajado, debatido y aprendido mucho en América Latina, haya incorporado algo de latinoamericanismo a sus trabajos. Puede ser que muchos lectores compartan objetivos y valores implícitos, pero orientadores del hilo del libro que presentamos y quiero esperar que los análisis y propuestas contenidas en estos textos suscitarán reacciones, aunque sean contrarias, y en consecuencia serán, quizás, de alguna utilidad a aquellos que piensan y luchan por la ciudad futura. En este libro no se encontrarán principios de validez universal de los cuales se deducen lógicamente verdades aplicables a cualquier situación. Las páginas que siguen son el resultado de una acción apasionada. No hay doctrina general sino compromiso con la realidad. Cuando no hay pasión sólo se tienen principios. Espero que en este caso la pasión nos permitirá comunicar. Que así sea.

lizar en mecanismos y organismos jurídico-administrativos la participación ciudadana. Estos organismos deben ser dotados de recursos y de atribuciones que les permitan efectivamente participar del gobierno de la ciudad.

En nuestros países, como hemos tenido oportunidad de discutirlo ampliamente, uno de los principales problemas reside en las limitaciones que se presentan, por una parte, en la propia estructura del Estado. Estamos

lejos —en nuestro país y en la mayor parte de los países de América Latina— de contar con verdaderos estados modernos democráticos. Nuestros estados son más bien oligárquicos y antidemocráticos, cerrados a la participación y reactivos frente a ella. Los gobiernos de nuestras ciudades apenas muy recientemente comienzan a democratizarse y la descentralización es todavía una reivindicación en muchas esferas de la vida política y social. La inexis-

tencia de canales de participación institucionales empuja muchas veces en la dirección de las luchas reivindicativas, pues el derecho ciudadano entre nosotros no se ha consolidado. No existe tampoco una ciudadanía beligerante frente a sus derechos. Los movimientos populares que buscan convertirse en nuevos canales de representación son aún débiles y soportan el desconocimiento del Estado y muchas veces su represión.

Durante los últimos seis años se ha venido desarrollando en el país un proceso de descentralización que viene planteando tanto nuevos escenarios de confrontación —por el manejo de los servicios públicos, por ejem-

plo, entre las administraciones municipales y la Junta Nacional de Tarifas; por la definición de los criterios en el manejo del transporte urbano, etc.— y han emergido también nuevos actores en la vida municipal. Al propio tiempo se fortalecen expresiones de la sociedad civil democrática que buscan copar los espacios tímidos abiertos por la reforma emprendida desde 1983. Precisamente a todos ellos va dirigido este texto de uno de los pioneros de la descentralización y de la democratización de la sociedad. Y también va dirigido a los estudiosos de los problemas de la democracia local y la participación ciudadana ■

Los Movimientos Sociales en Colombia

SANTANA, Pedro. Bogotá: Fundación Foro Nacional por Colombia, 1989, 267 págs.

En el marco de la Segunda Feria Internacional del Libro, realizada en Bogotá durante los días 28 de abril y 9 de mayo del presente año, la fundación Foro Nacional por Colombia entregó a sus lectores sus últimas producciones editoriales. Precisamente, al texto *Los Movimientos Sociales en Colombia* —uno de los libros publicados en esa ocasión—, de autoría de Pedro Santana R., investigador y director del Centro FORO, nos referiremos en las líneas siguientes.

Si como nos lo sugieren algunos escritores la lectura puede considerarse como una conversación con el texto, el estudio de *Los Movimientos Sociales en Colombia* deja en el lector la sensación de haber encontrado en sus páginas una serie de referencias que nos hablan sobre la realidad de nuestro país y sobre los cambios y las reformas que la actual situación requiere. Es así como el acercamiento al

problema de los movimientos sociales, se hace en este texto, mediante un análisis de las situaciones concretas que configuran la Colombia de hoy y a la vez mediante la reflexión sobre el país que queremos.

De otra parte el abordaje del tema objeto de estudio se plantea desde una perspectiva tanto teórica como práctica. Teórica porque se intenta responder desde el conocimiento científico —desde la filosofía, la historia, la economía y la ciencia política—, a una serie de interrogantes que, como lo señala el editor y presentador del texto, cubren, entre otros, el siguiente abanico de posibilidades: "¿Qué carácter (de clase) tienen esas luchas o movilizaciones? ¿Cuál es (debería ser) la articulación entre estos movimientos de base popular y los actores políticos (partidos o movimientos)? ¿Cuál es la naturaleza de los antagonismos que manifiestan estos movimientos

con el Estado? ¿Se agotan estos movimientos en la esfera política o trascienden su alcance meramente político y reivindicativo? ¿Son portadores de nuevos valores culturales y prefiguran modalidades y formas de relación nuevas? ¿Son estas luchas movimientos sociales o alternativamente qué son? ¿Expresan nuevas modalidades de organización (y relación) de la sociedad civil y de los sectores subordinados del Estado?"

Desde el punto de vista práctico en este libro se nos presenta la reflexión y análisis de la praxis de las organizaciones populares y los movimientos sociales: la protesta urbana, las marchas campesinas, las organizaciones de viviendistas, sindicales, cívicas, etc., ocupan un papel protagónico en las páginas de este texto.

Tres son las áreas de acercamiento que plantea el autor con la temática de los movimientos sociales; áreas que, de otra parte, configuran la división general del libro; en primer lugar se encuentran dos capítulos relacionados con el tema de la ciudad y la democracia; el primero de ellos titulado "Movimientos Sociales, Sociedad Civil y Cultura Democrática" es un texto teórico que abarca aspectos centrales en el estudio de los movimientos sociales como son: 1) la necesidad de construir en Colombia un Estado y una cultura democrática. Esta premisa se hace partiendo de un análisis del sistema democrático como forma de organización y de autogobierno de los hombres; 2) la ubicación de los movimientos sociales en su pertenencia a la sociedad civil, en el ámbito de las relaciones que estos movimientos establecen con el Estado y con otras esferas políticas. El autor llama la atención sobre el hecho de que los movimientos sociales además de desplegar su accionar en la sociedad civil y de pertenecer a ella, se constituyen en canales alternos de representación de intereses, cuestionando las formas tradicionales de articulación entre sociedad civil y Estado. Los partidos y movimientos

políticos, dado su carácter oligárquico y antidemocrático, han dejado un amplio espacio a los movimientos populares, que de esta forma se convierten en mecanismos eficaces de reclamación, reivindicación y negociación de los intereses populares frente al Estado; 3) los problemas e interrogantes que los movimientos sociales han generado en el marco de las ciencias sociales y en el terreno de la política.

En "Por una Ciudad Democrática", el segundo de los capítulos integrantes de esta sección inicial del libro, se presenta un análisis de la crisis por la que atraviesan nuestras ciudades y que se refleja en hechos tales como el que más de un 30% de las grandes ciudades latinoamericanas pertenezcan al sector informal de la economía; esta crisis urbana se manifiesta como consecuencia, entre otras cosas, de la incapacidad del Estado de responder desde una perspectiva democrática, a las necesidades de los ciudadanos.

En términos generales, esta primera sección del texto nos presenta a los movimientos sociales como mecanismos alter-

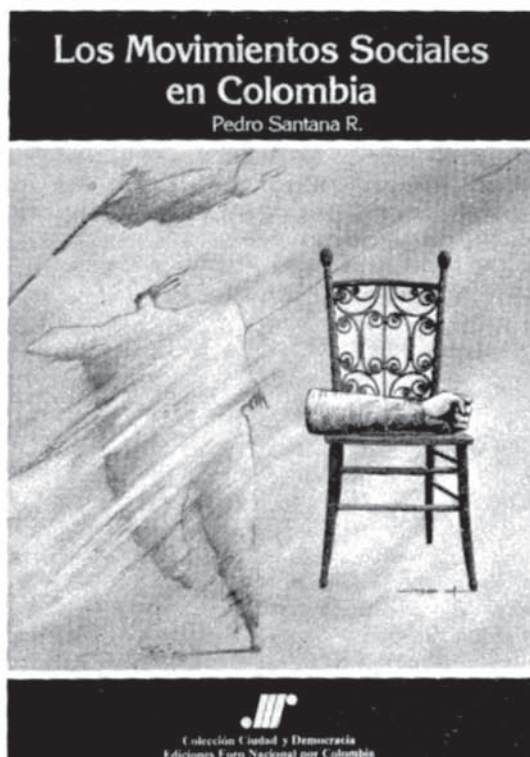
nativos de representación de los intereses populares en una situación de crisis tanto de los componentes de la sociedad política, es decir, los partidos y los movimientos políticos, como de otros componentes de la sociedad civil tales como los sindicatos. Es en este contexto de crisis y ante la inexistencia de un Estado democrático y consiguientemente de formas institucionales de reclamación, donde emergen los movimientos populares como alternativas de representación de los sectores subordinados. El texto que estamos reseñando muestra que el poder, lejos de reconocer la importancia de estos movimientos para recrear nuevas modalidades de negociación y representación de los intereses de los sectores subordinados, muchas veces se enfrenta a ellos.

En una segunda parte se agrupan una serie de artículos que vinculan el tema de los movimientos sociales con la reforma municipal operada en Colombia recientemente, analizando esta última, tanto en lo relacionado con sus posibilidades como con sus limita-

ciones. Se examinan allí los procesos de crisis urbana y municipal que empujaron a las clases en el poder a la aprobación de esta reforma, así como el papel central que, tanto en su definición como en lo que va corrido de su implementación, han jugado los movimientos sociales. Se analiza en este mismo contexto el problema de la vivienda, en un país como el nuestro en donde el déficit tanto cualitativo como cuantitativo alcanza una cifra de 1.200.000 viviendas, y las alternativas — como se demuestra, bastante limitadas — que sobre el problema del hábitat popular plantea la también reciente reforma urbana.

El último capítulo de esta serie examina la aún incipiente participación ciudadana en uno de los espacios abiertos por la reforma municipal: la elección de alcaldes municipales. En este capítulo se hace un análisis de los movimientos cívicos como nuevo fenómeno electoral, mostrando el impacto que a nivel local y regional han tenido, en la primera elección realizada, aquellas organizaciones políticas denominadas en términos generales como "otras".

La sección final del libro enfrenta el tema de la relación de los movimientos sociales con la política; se incluyen allí los siguientes capítulos: "Movimientos Sociales, Gobiernos Locales y Democracia", "Crisis Urbana y Movimientos Cívicos en Colombia", "Política y Sindicalismo".



mo", "Colombia: el Difícil Camino de la Unidad Popular" y "La Política Estatal frente a los Desastres en Colombia". Este conjunto de capítulos muestran cómo, junto a la debilidad de los movimientos sociales en la actual coyuntura para abrir canales democráticos y plantear transformaciones reales del aparato estatal y obviamente de la sociedad política, es decir, para realizar propuestas políticas de carácter global, encontramos unos partidos políticos tradicionales tanto de izquierda como de derecha que no responden a las necesidades del momento. Así mismo, el autor realiza en el capítulo "Política y Sindicalismo", un certero análisis de las limitaciones de organizaciones de la sociedad civil que se pensaban vanguardias de la movilización popular —como es el caso del movimiento sindical— para representar ampliamente los intereses de los sectores populares. En este sentido, bien nos lo señala la presentación del texto, el capítulo "es particularmente crítico de la perspectiva política de los movimientos sociales en el mediano plazo, como resultado de la ausencia de alternativas políticas democráticas con credibilidad en el país".

Esta realidad se hace más dramática al examinar la situación de las agrupaciones políticas de izquierda. El infantilismo y tradicionalismo de una izquierda que no muestra sensibilidad ni perspicacia en el examen de las nuevas realidades; su inveterado sectarismo así como su ausencia de visión nacional y democrática; la fetichización y "sacralización" de la violencia y la ausencia de claridad sobre el papel de la democracia en una estrategia de transformación de la sociedad, es lo que el autor analiza en el capítulo titulado "Colombia: El difícil camino de la unidad popular". Capítulo donde se presenta una crítica aguda y sustentada a los que P. Santana llama "equivocos", que no son más que concepciones de corte extremo izquierdista que alimentan aún buena parte de los discursos y prácticas de los

partidos y movimientos de la izquierda colombiana actual.

Ante esta perspectiva y frente a la necesidad de continuar la búsqueda de vías democráticas de transformación política, el Foro Nacional por Colombia nos presenta un texto que seguramente contribuirá a la discusión y al debate sobre fenómenos tan importantes y tan actuales en nuestra sociedad como son los mencionados en líneas anteriores. Así mismo contribuirá, muy seguramente

como es nuestro deseo, al fortalecimiento de las organizaciones populares y de los movimientos sociales en Colombia. Organizaciones y movimientos que, como se señala ampliamente en el texto, presentan canales alternos para los sectores populares frente al poder político dominante.

Clara Rocío Rodríguez.

Asistente de Investigación
Fundación Foro Nacional
por Colombia.

Santander y la Instrucción Pública, 1819-1840

Alberto Echeverry Sánchez
Bogotá: Foro Nacional por Colombia
—Universidad de Antioquia—, 1989, 446 págs.



La escuela, tal como ha sido diseñada para nuestra sociedad occidental, desde finales del siglo XVI, no puede dejar de operar sino como una "implantación": se inserta en el territorio y en los ritmos cotidianos como uno de los instrumentos de expansión del dispositivo ur-

bano: puntal de la cultura letrada contra las culturas orales, de la medición del tiempo en horas contra los ritmos agrícolas/pastoriles, de la uniformidad y la disciplina versus la "rusticidad" y el sentido común...

Pero esto no significa un acontecimiento puramente ne-

gativo. Esta intrusión actúa como disolvente de las rutinas individuales y comunitarias, pero es al tiempo, condición de difusión tecnológica, de liberación de nuevas formas sociales, de la ampliación de la memoria colectiva y de diferenciación de individualidades.

Lo que hace peculiar la implantación escolar frente a otro tipo de "equipamientos de poder", es que su potencia proviene, desde el interior, de unas prácticas de saber —prácticas pedagógicas—; y desde sus conexiones exteriores, de la integración en una red gubernativa, —el "sistema educativo"—.

Este estudio de Alberto Echeverry se propone analizar las conexiones entre estas dos líneas de fuerza, entre las relaciones de poder propias al funcionamiento de los discursos sobre la enseñanza y los enfrentamientos políticos sostenidos para instaurar un "sistema de instrucción pública", en uno de los períodos de nuestra historia, la post-independencia, en el que se ha disputado con mayor intensidad alrededor de ese carácter de "estrategia civilizadora" asignado al saber pedagógico y sus instituciones de soporte.

En el ámbito de la producción histórica en el país, este trabajo se separa del género denominado "Historia de la Educación", género ambiguo en tanto no ha logrado aún deslindar claramente su campo con el de la sociología y el análisis jurídico institucional de "las ideas". No es tampoco un ejercicio de "historia de la cultura" o de "historia de las mentalidades". Se define como un trabajo de Historia de la Pedagogía. Es fundamental resaltar la dimensión de este acontecimiento. En primer lugar, nos hallamos ante un texto de historia rigurosamente elaborado, pero que no procede del lado de los historiadores. Ha sido hecho por maestros. Y esto es importante, no por "revancha gremial", sino porque forma parte de un desplazamiento en el terreno teórico, por el cual los análisis de "lo social" entendido como un todo, van dando paso a estudios

cada vez más fundamentados desde saberes específicos (historia de las ciencias, de la literatura...). Esto implica, bien, que el historiador domine un campo de conocimientos especializado, o lo que es más significativo, que los intelectuales específicos de un saber se lo apropien desde la elaboración teórica hasta la construcción de su historia. En este nivel, esta transformación es parte de un proceso de reordenamiento de la producción intelectual al cual Colombia se ha ido incorporando más bien con lentitud.

Pero existe otro nivel de mayor profundidad: no se trata sólo de que "los maestros estén recuperando su propia historia", sobre todo cuando se usa esta frase con sentido paternalista o mendicante. Lo que impacta es que además, la historia se ha convertido acá en laboratorio y condición de posibilidad de construcción de conceptos pedagógicos. Su función no es simplemente recuperar la memoria de los sucesos educativos, sino que se ha vuelto herramienta de la reconfiguración intelectual del maestro y uno de los *campos de teorización* de la Pedagogía.

Y ello en virtud de una característica reciente de la política de los saberes sobre la enseñanza en el país y en Latinoamérica. La Pedagogía llegó a tener carácter de "problema nacional" y ocupó el centro de las decisiones políticas desde los primeros años del siglo XIX hasta mediados del presente. Hoy el modelo curricular de la Tecnología Educativa ha disuelto el campo teórico y empírico de la Pedagogía y ha extremado la de por sí subalterna condición intelectual del maestro.

Las razones de esta pérdida de estatuto epistemológico y político: la disolución de la Pedagogía en el concepto de Educación, la sustitución de las nociones de enseñanza por la de aprendizaje, el apoyo de los métodos de enseñanza primero en el maestro, luego en el niño, la selección de modelos de hombre fundados en la gramática y

la lógica, en la biología y en la psicología o en la antropología y la filosofía, las relaciones entre conocer y aprender, la diferencia entre educación e instrucción, las funciones del maestro... son algunos de los problemas del saber pedagógico que están siendo esclarecidos en los "talleres de la historia"...

Si esta perspectiva no se tiene clara, la lectura del libro de Echeverry puede ser poco provechosa aun si se gusta de su estilo heterodoxo.

A la luz del tema general ya señalado, el de las "estrategias que vinculan la práctica política con la práctica pedagógica en regiones específicas del discurso, el sujeto y las instituciones" (p. 96) durante el proceso de reorganización del Estado Republicano; indicó cuatro problemas que a partir de este estudio, los debates pedagógicos e historiográficos deberán tener en cuenta en adelante:

— La elaboración de la noción de Instrucción Pública. Un conjunto de estrategias para la implantación de "modos de hablar, sentir, pensar y enseñar", que opusieron "el Estado a la Iglesia, el centro a la periferia, el poder central a los poderes locales, el intelectual tradicional a la intelectualidad benthamista, el cura de aldea al maestro, el catedrático al doctor de la Iglesia, la escuela a la parroquia, el padre de familia al poder ejecutivo, la escuela confesional a la escuela laica, la familia a la escuela pública, el latín a la lengua castellana, el cuerpo a la idea y la moral a la ley" (p. 10). La descripción histórica minuciosa de cada uno de estos elementos, su localización y efectos éticos, políticos y discursivos abandona la globalidad de los análisis en términos de "sistema educativo" y propone un modelo para la comprensión del funcionamiento de las instituciones del saber pedagógico, del Estado y de la sociedad civil en situación de hegemonía/dispersión.

— La identificación de las "estrategias del Poder Moral": propone un campo analítico para repensar las funciones, ob-

jetivos, técnicas y fuentes de poder de la Iglesia Católica, desplazando la discusión tradicional expresada como "enfrentamiento Iglesia-Estado por el control de la educación" hacia el análisis de las técnicas de control social sobre los cuerpos, las conciencias y las pasiones. Además introduce estos tres elementos como objetos de conocimiento histórico, susceptibles de ser documentados y descritos en coyunturas concretas.

— El tratamiento de las relaciones entre la Ley (documentos jurídicos) y la "Realidad", como un asunto no de cumplimiento o ejecución, sino como el de un campo de luchas en el orden de las políticas del saber. Muestra una nueva salida a los estudios que contraponen "la letra de la ley" (políticas educativas) a la comprobación del "cubrimiento estadístico".

— La historia del maestro, como historia crítica de la intelectualidad nacional: los enfrentamientos para definir la posición del maestro como intelectual subalterno y los poderes de los cuales debía depender, son parte de la formación de las redes y "modos de hacer" de los funcionarios del conocimiento en nuestro país: así lo testimonian las páginas sobre las relaciones maestro-cura, o padres de familia-gamona-catedráticos, o sobre las formas como ciertos sectores de intelectuales fueron siendo aislados de sus saberes, o sobre los nefastos efectos del "transformismo", proceso por el cual los intelectuales de un grupo social son colocados bajo la dirección del grupo social antagonico" (p. 132).

En resumen, se trata de un hito importante para el Movimiento Pedagógico Colombiano. Su apropiación crítica dependerá en gran parte de las vías por las que se asuma su reto central, el de la construcción de un intelectual orgánico del saber pedagógico que entre otras cosas, se nutra de una relación vital entre la escuela y su memoria, hoy fragmentada en los archivos ■



Fuentes fotográficas e ilustraciones

Página

3. Arnoldo Ramírez Amaya. Sobre la libertad, el dictador y sus perros fieles. México, Edit. Siglo XXI, 1976.
4. Sobre la libertad, el dictador y sus perros fieles. México, Edit. Siglo XXI, 1976.
6. Foto archivo El Espectador.
8. Sobre la libertad, el dictador y sus perros fieles. México, Edit. Siglo XXI, 1976.
11. Foto archivo Foro.
12. Foto archivo El Espectador.
13. Foto archivo El Espectador.
14. Foto archivo Foro.
15. La Prensa, agosto 20 de 1989, pág. 15.
17. Fotoprensa 87, El Mundo. Medellín, 1988, pág. 65.
18. Fotoprensa 88, El Mundo. Medellín, 1989, pág. 62.
20. Fotoprensa 88, pág. 65.
21. La Prensa, Bogotá, agosto 20 de 1989, pág. 14.
22. Archivo El Espectador.
23. Ibíd.
24. Ibíd.
25. Ibíd.
26. Fotoprensa 88, pág. 69.
27. Hammacher A.M., Magritte, Nueva York: Harry N. Abrams Publishers, 1985, pág. 34.
28. Torczyner, Harry. Magritte, The true art of painting. Paris: Draeger Editeur, 1979, pág. 89.
29. Magritte (Hammacher), pág. 103.
30. Magritte (Hammacher), pág. 34.
31. Magritte (Hammacher), pág. 36.
33. Magritte (Hammacher), pág. 22.
34. Magritte (Torczyner), pág. 124.
35. Picture Sourcebook for Collage and Decoupage. Dover Publications Inc. Nueva York, 1974, pág. XV.
36. L'Encyclopedie de Diderot et D'Alembert. Edit. Henri Veyrier, Paris, 1965.
37. Ibíd.
38. Ibíd.
40. Ibíd.
43. Ibíd.
44. Ibíd.
46. Picture Sourcebook for Collage and Decoupage. Dover Publications Inc. Nueva York, 1974, pág. 50.
47. Machinery and Mechanical Devices. Dover Publications Inc. Nueva York, 1987, pág. 17.
49. Machinery and Mechanical, pág. 44.
50. Ibíd., pág. 24.
53. Ibíd., pág. 5.
55. Ibíd., pág. 21.
59. Ibíd., pág. 19.
60. Picture Sourcebook Collage, pág. 67 (montaje del editor).
63. Fotoprensa 87, El Mundo. Medellín, 1989, pág. 31.
64. Historia de la fotografía en Colombia. Bogotá, Museo de Arte Moderno, 1982, pág. 292.
65. Papel Periódico Ilustrado. (Edición facsimilar). Cali, Edit. Carvajal, 1979, pág. 168.
66. Historia de la fotografía en Colombia, pág. 86 y Melitón Rodríguez fotografía. Bogotá: Edit. El Áncora Editores, 1985, pág. 122.
67. El 9 de abril en fotos. Bogotá: Edit. El Áncora Editores, 1986, pág. 11 y Nueva historia de Colombia. Bogotá: Edit. Planeta, 1989, pág. 201.
68. Bogotá. Cámara de Comercio de Bogotá, 1978, pág. 47.
69. Colombia 1886. Bogotá: Biblioteca Luis Angel Arango, 1986, pág. 1.
71. El Espectador, agosto 20 de 1989, pág. 1C.
72. Foto archivo El Espectador.
73. Ibíd.
75. Ibíd.
76. Ibíd.
79. El libro de las profesiones, de Jost Amman y Hans Sachs. Madrid: Edit. Erisa Ilustrada, 1980, pág. XXXV.
80. El libro de las profesiones, págs. 2 y 19.
81. Ibíd., pág. 60.
82. Ibíd., págs. 10 y 27.
84. Van Gogh, Autorretratos. Barcelona: Edit. Gustavo Gili S.A., 1973, págs. 1 y 11.
86. Ibíd., pág. 15.
87. Ibíd., pág. 7.
89. Van Gogh, Drawings. Nueva York: Dover Publications, Inc. 1987, pág. 3.
90. Vincent Van Gogh, Dibujos. Barcelona: Edit. Gustavo Gili S.A., 1980, pág. 121.
92. Van Gogh, Drawings, pág. 4.
95. Vincent Van Gogh, Dibujos, págs. 53 y 69.
97. Ibíd., pág. 43.



Extradición sumaria

Decreto Número 1860
18 agosto de 1989

"Por el cual se dictan medidas tendientes al restablecimiento del orden público".

El presidente de la República de Colombia, en ejercicio de las facultades que le confiere el artículo 121 de la Constitución Política y en desarrollo del decreto 1038 de 1984 y.

DECRETA:

Artículo 1º.— Mientras subsista turbado el orden público y en Estado de Sitio el territorio nacional, suspéndese la vigencia del artículo 2º del artículo 17 del Código Penal, para todo lo relacionado con los delitos de narcotráfico y conexos y, en consecuencia, para efectos de la extradición de nacionales colombianos y extranjeros requeridos por estos delitos, podrá aplicarse el trámite previsto en el Código de Procedimiento Penal, con las modificaciones que en el presente decreto se establecen.

Artículo 2º.— La concesión de extradición de nacionales colombianos o extranjeros por los delitos de narcotráfico y conexos, no requerirá de concepto previo de la Sala de Casación Penal de la Corte Suprema de Justicia.

Artículo 3º.— La persona detenida o capturada y susceptible de ser extraditada de acuerdo con el presente decreto, quedará a disposición del Ministerio de Justicia.

Artículo 4º.— Las disposiciones contenidas en este decreto se aplicarán a las extraditaciones por narcotráfico o delitos conexos cuyas solicitudes se reciban con posterioridad a la vigencia del mismo.

Artículo 5º.— En la resolución ejecutiva que conceda la extradición, el Gobierno, integrado por el presidente y los ministros que hacen parte del Consejo Nacional de Estupefacientes, podrá ordenar la entrega inmediata del extraditado al Estado solicitante, aun cuando con anterioridad al recibo de la solicitud de extradición estuviera procesado en Colombia, por cualquier otro delito. En relación con el condenado se aplicará lo dispuesto por el artículo 660 del Código de Procedimiento Penal.

Artículo 6º.— En los casos a que se refiere este decreto, cualquier persona aunque no sea el autor, por el mismo delito por el cual se le solicita la extradición, que no se haya producido sentencia.

Artículo 7º.— Las personas solicitadas en extradición por los delitos de narcotráfico y conexos, no tendrán derecho al beneficio de libertad provisional ni a la condena de ejecución condicional, respecto de otros procesos que se adelanten en Colombia.

Artículo 8º.— La extradición se concederá con las siguientes limitaciones:

A) Cuando el delito de narcotráfico o conexos, por el cual se solicita la extradición, sea punible con la pena de muerte con arreglo a las leyes del Estado requirente, sólo se concederá la extradición si el Estado requirente garantiza de que no impondrá tal pena.

B) En ningún caso se concederá la extradición de un nacional si el Estado requirente no garantiza plenamente que no impondrá pena privativa de la libertad superior a treinta (30) años.

C) El Estado requirente deberá garantizar, también, que al extraditado se le respetarán sus derechos humanos dentro de la condición sancionatoria, en forma no discriminatoria con relación a los condenados de su propio país.

D) Las autoridades de la persona reclamada, o de la persona que ocasionados por la traducción de documentos, deberán proporcionar el transporte de la persona reclamada, a cargo de la persona reclamada.

Artículo 9º.— El Gobierno podrá dictar disposiciones que establezcan el procedimiento a seguir en la extradición de nacionales colombianos o extranjeros requeridos por los delitos de narcotráfico y conexos, en la forma prevista en el artículo 378 de la Constitución Política.

Artículo 10º.— El presente decreto rige a partir de la fecha de su publicación, suspendiéndose la vigencia de las disposiciones que se opongan a las contenidas en el presente decreto.

Artículo 11º.— El presente decreto rige a partir de la fecha de su publicación, suspendiéndose la vigencia de las disposiciones que se opongan a las contenidas en el presente decreto.

Artículo 12º.— El presente decreto rige a partir de la fecha de su publicación, suspendiéndose la vigencia de las disposiciones que se opongan a las contenidas en el presente decreto.

Pesadilla sin fin

Klein

Hagamos algo por lo que queda de Colombia.



Agosto 23 de 1989.

Los Extraditables y Expropiados al pueblo de Colombia:

1. Hemos venido pidiendo la paz al gobierno desde las conversaciones de Panamá en el año de 1984. Cuanta violencia se hubiera podido evitar.

2. Nos acogimos al plan de paz propuesto por el presidente (Virgilio) Barco y no obtuvimos del gobierno ninguna respuesta.

3. La única respuesta que hemos obtenido del gobierno es la represión, los allanamientos arbitrarios, las detenciones injustas de nuestros familiares y los saqueos a nuestros hogares.

4. Se ha cometido contra nosotros toda clase de atropellos jurídicos.

5. El gobierno ha sobornado a la justicia con magistraturas, prebendas diplomáticas y becas en el exterior.

6. La extradición y expropiación son nuevas. Siempre han estado vigentes en nuestro país porque algunos de los extraditables, sin existir orden de captura contra ellos, fueron detenidos y encarcelados injustamente y muchas de nuestras propiedades y enseres fueron decomisadas o usurpadas en forma arbitraria.

7. Se ha extraditado y se ha desecado extraditar a ciudadanos colombianos por lavado de dólares, lo cual no corresponde a ningún tipo de violación de la ley colombiana.

8. Esuvimos, estamos y estaremos dispuestos a dialogar siempre, pero no haremos la bandera de la paz si la lucha y la guerra contra los apuntonales y la guerra de patria.

9. Declaramos la guerra total y absoluta al gobierno, a la oligarquía industrial y política, a los peñeros, a los que se han enriquecido a costa de la sangre de los campesinos y a los que se han enriquecido a costa de la sangre de los obreros y a los que se han enriquecido a costa de la sangre de los estudiantes.

10. No respetamos los familiares de quienes no han respetado nuestras familias.

11. Incendiamos y destruimos las industrias, las propiedades y mansiones de la oligarquía.

Ahora la cosa es con sangre,

LOS DIENTES